

Lutero – R. H. Bainton

ROLAND H. BAINTON

# LUTERO

Traducción de Raquel Lozada de Ayala Torales  
Revisada por A. F. Sosa

Primera edición: Agosto 1955  
Segunda edición: Octubre 1978

[www.escriturayverdad.cl](http://www.escriturayverdad.cl)

# ÍNDICE

- I. EL VOTO
  - El hogar y la escuela.
  - Inquietud religiosa.
  - El refugio
  
- II. EL CLAUSTRO
  - El terror a lo sagrado
  - El camino de la ayuda a sí mismo
  - Los méritos de los santos.
  - El viaje a Roma
  
- III. EL EVANGELIO
  - El fracaso de la confesión.
  - La escala mística
  - La experiencia evangélica
  
- IV. LA ARREMETIDA
  - La indulgencia para la basílica de San Pedro
  - Las 95 Tesis
  
- V. EL HIJO DE LA INIQUIDAD
  - El ataque domínico
  - Transferencia del caso a Alemania
  - Las entrevistas con Cayetano
  - Amenaza de Exilio
  
- VI. EL HUS DE SAJONIA
  - El guantelete de Eck
  - El debate de Leipzig
  - La adhesión a Huss.
  
- VII. EL HÉRCULES GERMANO
  - Los humanistas: Erasmo.
  - Melanchton y Durero.
  - Los nacionalistas: Hutten y Sickingen.
  
- VIII. EL JABALÍ EN LA VIÑA
  - Los sacramentos y la teoría de la Iglesia.
  - Reanudación del proceso.
  - La bula "Exsurge".
  - La bula en busca de Lutero.

IX. LA APELACIÓN AL CÉSAR

Publicación de la bula.  
Contra la execrable bula del Anticristo.  
"La libertad del cristiano".

X. ¡AQUÍ estoy!

Una audiencia prometida y revocada.  
El emperador asume la responsabilidad.  
Renovación de la invitación a Lutero.  
Lutero ante la Dieta.  
El Edicto de Worms.

XI. "MI ISLA DE PATMOS"

En el Wartburgo.  
La reforma en Wittenberg: el monasticismo.  
La misa.  
El estallido de violencia.

XII. LA VUELTA DEL EXILIO

Disturbios.  
La invitación a volver.  
El regreso a Wittenberg.

XIII. NO HAY OTRO FUNDAMENTO

Naturaleza, historia y filosofía.  
Cristo es el único Revelador.  
La Palabra y los Sacramentos.  
La amenaza a la moral.  
El fundamento de la bondad.

XIV. CONSTRUYENDO LOS MUROS

Las vocaciones.  
La economía.  
La política.  
La Iglesia y el Estado.

XV. LA VÍA MEDIA

Hostilidad del papado reformado.  
Retroceso de los católicos moderados: Erasmo.  
Defección de los puritanos: Carlstadt.  
Los santos revolucionarios: Müntzer.  
Destierro de los agitadores.

XVI. BEHEMOTH, LEVIATÁN Y LAS MUCHAS AGUAS

Rivales: Zwinglio y los anabaptistas.  
La religión y la inquietud social.  
Lutero y los campesinos.

Müntzer fomenta la rebelión.  
La derrota y su efecto sobre la Reforma.

#### XVII. LA ESCUELA DEL CARÁCTER

Catalina von Bora.  
Vida doméstica.  
Los hijos y las charlas de sobremesa.  
Puntos de vista sobre el matrimonio.  
Consuelos del hogar.

#### XVIII. LA IGLESIA TERRITORIAL

Difusión de la Reforma.  
Problemas prácticos de la Iglesia.  
El príncipe piadoso.  
La protesta.  
Alianza protestante: el coloquio de Marburgo  
La Confesión de Augsburgo.

#### XIX. LA IGLESIA PRECEPTORA

La traducción de la Biblia.  
Problemas doctrinales en la traducción.  
Los Catecismos.  
La liturgia.  
La música.  
El Himnario.

#### XX. LA IGLESIA MINISTERIAL.

La predicación.  
Sermón sobre la navidad  
Exposición de Jonas  
La Oración.

#### XXI. LA LUCHA POR LA FE.

La persistente lucha de Lutero  
Sus depresiones  
El camino indirecto  
La lucha con el ángel.  
La roca de las Escrituras.

#### XXII. LA MEDIDA DEL HOMBRE.

La bigamia del Lansgrave  
Actitud de los anabaptistas.  
Actitud hacia los judíos.  
Los papistas y el emperador.  
La medida del hombre.

## Capítulo I EL VOTO

En un bochornoso día de julio del año 1505, un viajero solitario caminaba fatigosamente por un camino reseco en las inmediaciones de la aldea sajona de Stotternheim. Era un hombre joven, bajo pero fornido, y su vestido denotaba a un estudiante universitario. A medida que se acercaba a la aldea, el cielo se iba encapotando. De repente cayó un chaparrón y luego se desencadenó una fuerte tormenta. Un rayo rasgó las tinieblas y arrojó al hombre al suelo. Luchando por levantarse, gritó aterrado: "¡Santa Ana, socórreme! ¡Me haré monje!"

El hombre que así invocaba a una santa iba más tarde a repudiar el culto de los santos. El que así hacía el voto de hacerse monje iba más tarde a renunciar al monasticismo. Leal hijo de la Iglesia Católica, iba luego a sacudir los cimientos del catolicismo medieval. Devoto siervo del papa, iba luego a identificar a los papas con el Anticristo. Aquel joven era Martín Lutero.

Su acción demoledora fue tanto más destructiva cuanto que iba a reforzar procesos de desintegración ya iniciados; el nacionalismo estaba en camino de quebrar las unidades políticas cuando la Reforma destruyó la unidad religiosa. Sin embargo, esta figura paradójica revivió la conciencia cristiana de Europa. En sus días, como admiten todos los historiadores católicos, los papas del Renacimiento estaban secularizados; eran petulantes, frívolos, sensuales, magníficos e inescrupulosos. Los intelectuales no se volvían contra la Iglesia, porque la Iglesia era tan semejante a ellos en espíritu y disposición que no era concebible una revuelta. La política estaba emancipada hasta tal punto de todo interés por la fe, que el Cristianísimo rey de Francia y Su Santidad el papa no desdeñaban una alianza militar con el sultán contra el santo emperador romano. Lutero cambió todo esto. La religión se convirtió nuevamente en un factor dominante aun en política durante otro siglo y medio. Los hombres se preocuparon lo suficiente por la fe como para morir y matar por ella. Si queda algún sentido de la civilización cristiana en el Occidente, en no poca medida se debe a este hombre.

Naturalmente, la suya es una figura muy discutida. Los múltiples retratos que de él se han hecho caen dentro de ciertos tipos generales ya delineados en su propia generación. Sus seguidores le saludan como el Profeta del Señor y el Liberador de Alemania. Sus contrarios del lado católico le llaman el hijo de perdición y el destructor de la cristiandad. Los agitadores agrarios lo infamaron como el difamador de los príncipes y los sectarios radicales lo compararon con Moisés, que sacó a los hijos de Israel de Egipto y los dejó perecer en el desierto. Pero estos juicios pertenecen más a un epílogo que a un prólogo. Lo primero que debemos hacer es tratar de comprender al hombre.

No podremos adelantar mucho en esta dirección a menos que reconozcamos desde el principio que Lutero era, por encima de todo, un hombre religioso. Las grandes crisis exteriores de su vida que deslumbran a los biógrafos dramáticos, para Lutero eran triviales en comparación con los cataclismos internos de su búsqueda de Dios. Por tal razón, este estudio puede empezar apropiadamente con su primera crisis religiosa aguda en 1505, más bien que con su nacimiento en 1483. Su niñez y su juventud serán relatadas solamente para explicar su entrada en el monasterio.

### El hogar y la Escuela.

El voto requiere una interpretación, porque aun en este primer punto de la carrera de Lutero divergen los juicios. Los que deploran su subsiguiente repudio del voto explican su defección diciendo que nunca debió haberlo hecho. Si hubiera sido un verdadero monje, dicen,

nunca hubiera abandonado los hábitos. Su crítica al monasticismo se la hace volver sobre él mismo, pintándolo como un monje sin vocación, y se interpreta su voto, no como resultado de una genuina vocación, sino más bien como la solución de un conflicto interno, un escape de su inadaptación en el hogar y en la escuela.

A favor de esta explicación se aducen ciertas evidencias aisladas. Pero éstas no son muy de confiar debido a que son tomadas de conversaciones de un Lutero de más edad, tal como las registraron, a menudo inexactamente, sus alumnos; y aun en el caso de ser genuinas, no pueden ser aceptadas como de valor absoluto porque el Lutero protestante no se hallaba ya en condiciones de recordar objetivamente los motivos de su período católico. En realidad, hay una sola referencia que podría permitirnos relacionar la toma de los hábitos con el resentimiento contra la disciplina paterna. Se dice que Lutero ha contado: "Mi madre me azotó, por haber robado una nuez, hasta que me salió sangre,

Esa disciplina tan estricta me llevó al monasterio, aunque ella pensara que lo hacía por mi bien. Esto es reforzado con otras dos referencias: "Mi padre me zurró una vez en tal forma, que me escapé y estuve furioso con él, hasta el punto que le costó mucho hacerme volver." "[En la escuela] me azotaron en una sola mañana quince veces por una nada: se me pidió que declinara y conjugara y yo no había aprendido mi lección".

No cabe duda de que en esos días se trataba muy rudamente a los jóvenes, y bien puede ser que Lutero haya dicho estas cosas a fin de abogar por un tratamiento más humano; pero no hay indicios de que esa severidad produjera algo más que una ráfaga de resentimiento. Lutero era muy estimado en su casa. Sus padres le consideraban un muchacho de brillantes dotes que se convertiría en un jurista, haría un casamiento próspero y los sostendría en su vejez. Cuando Lutero obtuvo su título de Maestro en Artes, su padre le regaló un ejemplar del Corpus Juris y dejó de tutearlo familiarmente para tratarlo cortésmente de usted. Lutero siempre mostró una extraordinaria devoción por su padre y se sintió grandemente apenado y perturbado por la desaprobación paterna de su entrada al convento. Cuando su padre murió, Lutero estuvo demasiado trastornado para trabajar durante varios días. El afecto hacia la madre parece haber sido menos marcado; pero aun con respecto a los castigos corporales dice que eran bien intencionados, y recordaba afectuosamente una pequeña cantinela que solía cantar:

*Si ni tú ni yo gustamos a las gentes, La falta es nuestra, seguramente.*

Por cierto que las escuelas tampoco eran suaves, pero tampoco eran brutales. Su objeto era impartir un conocimiento hablado de la lengua latina. Los niños no lamentaban esto, pues el latín era útil: era el lenguaje de la Iglesia, de la ley, de la diplomacia, de las relaciones internacionales, de los eruditos, de los viajes. La enseñanza se llevaba a cabo mediante ejercicios puntualizados con la vara. Un escolar, llamado lupus, o lobo, era designado para espiar a los otros e informar cada vez que hablaban alemán. El escolar más atrasado de la clase recibía cada tarde una máscara de burro, y entonces se le llamaba el asinus, debiendo usarla hasta que cogiera a otro hablando alemán. Se acumulaban las faltas y se las expiaba con la varilla al final de la semana. De este modo, se podían recibir quince azotes en un solo día.

Pero, a pesar de toda esta severidad, los muchachos aprendían el latín y les gustaba. Lutero, lejos de ser desaplicado, se dedicaba a sus estudios y llegó a destacarse en ellos. Los maestros no eran brutos. Uno de ellos, Trebonius, al entrar al aula se descubría siempre en presencia de tantos futuros burgomaestres, cancilleres, doctores y regentes. Lutero respetaba a sus maestros y se afligió cuando ellos no aprobaron el curso que subsiguientemente diera a su vida.

Tampoco era mayormente melancólico, sino que por lo general era juguetón, amante de la música, tocaba bien el laúd y era un enamorado de la belleza del paisaje alemán. ¡Qué bello era Erfurt en el recuerdo! Los bosques bajaban hasta el borde de la aldea para continuarse en huertos y viñedos, y luego venían los campos que proporcionaban a la industria de los tintes plantíos de índigo, lino de flores azules y azafrán amarillo; y en medio de ese esplendor los muros, los portones, los campanarios de Erfurt, llena de agujas. Lutero la llamaba una nueva Belén.

### **Inquietud religiosa**

Sin embargo Lutero se sentía a veces muy deprimido, y la razón de ello no estaba en ningún razamiento personal sino en el malestar de la existencia intensificado por la religión. Este hombre no era hijo del Renacimiento italiano, sino un alemán nacido en la remota Turingia, en donde los hombres piadosos todavía erigían iglesias con arcos y chapiteles extendiéndose hacia lo infinito. Lutero mismo era hasta tal punto una figura gótica, que su fe bien puede ser llamada el último gran florecimiento de la religión de la Edad Media. Además, provenía del elemento más religiosamente conservador de la población, los campesinos. Su padre, Hans Lutero, y su madre, Margareta, eran robustos, rechonchos y atezados labradores alemanes. En realidad, no se dedicaban al cultivo del suelo porque, como hijo sin herencia, Hans se había trasladado desde la granja a las minas. En las entrañas de la tierra había prosperado con la ayuda de Santa Ana, la patrona de los mineros, hasta llegar a ser el propietario de una media docena de fundiciones; sin embargo, no era muy opulento, y su mujer todavía tenía que ir al bosque y arrastrar leña hasta la casa. La atmósfera de la familia era la del campesino: ruda, áspera, a veces grosera, crédula y devota. El viejo Hans rezaba al lado de la cama de su hijo y Margareta era también una mujer de oración.

Algunos elementos del antiguo paganismo germano estaban mezclados con la mitología cristiana en las creencias de esa gente inculta. Para ellos, los bosques, los vientos y el agua estaban por elfos, gnomos, hadas, tritones y sirenas, duendes y brujas. Espíritus siniestros desencadenaban las tormentas, las inundaciones y las pestes, e inducían a los hombres al pecado y la melancolía. La madre de Lutero creía que tales seres realizaban pequeñas travesuras como robar huevos, leche y manteca, y Lutero mismo nunca se emancipó de tales creencias. "Muchas regiones están habitadas por demonios —decía—. Prusia está llena de ellos, y Laponia de brujas. En mi país natal, en la cima de una alta montaña llamada el Pubelsberg, hay un lago en el que, si se arroja una piedra, se desata una tempestad en toda la región porque las aguas son la morada de demonios cautivos."

La educación en las escuelas no liberaba de la educación hogareña, sino que la reforzaba. En las escuelas elementales se enseñaban a los niños cánticos sagrados. Aprendían de memoria el Sanctus, el Benedictus, el Agnus Dei y el Confiteor. Se les ejercitaba en cantar salmos e himnos. ¡Cómo le gustaba a Lutero el Magnificat! Asistían a misas y vísperas y tomaban parte en las coloridas procesiones de los días de fiesta. Todos los pueblos en que Lutero asistió a la escuela estaban llenos de iglesias y monasterios. En todas partes era lo mismo: campanarios, agujas, claustros, sacerdotes, monjes de las diversas órdenes, colecciones de reliquias, tañer de campanas, proclamación de indulgencias, procesiones religiosas, curas milagrosas en los santuarios. En Mansfeld, diariamente estacionaban a los enfermos al lado de un convento en la esperanza de que sanaran en el momento de sonar las campanas de las vísperas. Lutero recordaba haber visto a un demonio salir realmente del cuerpo de un poseso.

La Universidad de Erfurt no trajo ningún cambio. Esta institución no había sido invadida todavía por las influencias renacentistas. En los planes de estudio siempre habían sido favoritos en la Edad Media los clásicos tales como Virgilio. La física aristotélica era considerada como un ejercicio para reflexionar sobre los pensamientos de Dios, según él, y las explicaciones naturales de terremotos y rayos no excluían las ocasionales intervenciones directas de Dios. Todos los estudios desembocaban en la teología, y el grado de Maestro para el que Lutero se preparaba con vistas al Derecho podía capacitarlo igualmente para los hábitos sagrados. Toda la enseñanza en el hogar, la escuela y la universidad estaba organizada para inculcar temor de Dios y reverencia por la Iglesia.

En todo esto no hay nada que coloque a Lutero aparte de sus contemporáneos o que explique por qué más tarde habría de rebelarse contra tanto de la religión medieval. En un solo sentido Lutero parece haber sido diferente de otros jóvenes de su época: era extraordinariamente sensible y estaba sujeto a períodos recurrentes de exaltación y depresión de espíritu. Esta oscilación en su estado de ánimo lo atormentó durante toda su vida. El mismo atestigua que esto empezó en su juventud y que las depresiones habían sido agudas en los seis meses anteriores a su entrada en el convento. No se puede aceptar que estos estados fueran ocasionados meramente por la adolescencia, puesto que ya tenía veintiún años y tales estados continuaron produciéndose en todos sus años adultos. Tampoco se puede dar por terminado alegremente el caso como un ejemplo de depresión maníaca, puesto que el paciente demostraba una prodigiosa y continua capacidad para el trabajo de un elevado orden.

La explicación reside más bien en las tensiones que la religión medieval provocaba deliberadamente, haciendo intervenir alternativamente el miedo y la esperanza. Se atizaba el fuego del infierno no porque los hombres vivieran en perpetuo temor sino precisamente porque no lo hacían, y con el fin de inspirarles suficiente miedo como para llevarlos a los sacramentos de la Iglesia. Si el terror los petrificaba se introducía el purgatorio por vía de mitigación, como un lugar intermedio en donde aquellos que no eran suficientemente malos para el infierno ni suficientemente buenos para el cielo podían hacer más expiación. Si esta mitigación provocaba complacencia, se subía la temperatura en el purgatorio y luego la presión era relajada nuevamente a través de las indulgencias.

Aun más desconcertante que la fluctuación de la temperatura de la vida eterna, era la oscilación entre la ira y la misericordia de parte de los miembros de la divina jerarquía. Se describía a Dios ora como el Padre, ora como empuñando el rayo. Podía ser ablandado por intercesión de su Hijo, más bondadoso, quien a su vez era presentado como un juez implacable a menos que lo ablandara su Madre, la que, siendo mujer, consentía en engañar por igual a Dios y al Diablo a favor de sus devotos; y si ella estaba demasiado lejos, se podía recurrir a su madre. Santa Ana.

En los manuales más populares del Renacimiento mismo está ilustrado gráficamente cómo se presentaban estos temas. El tema era la muerte, y los más populares daban instrucciones, no sobre cómo pagar el impuesto a la renta, sino sobre cómo escapar al infierno. Manuales titulados Sobre el arte de morir describían en espeluznantes grabados en madera al espíritu que salía del cuerpo rodeado por demonios que lo tentaban a cometer el pecado irrevocable de dejar de confiar en la misericordia de Dios. Para convencerlo de que estaba ya más allá de todo perdón lo enfrentaban con la mujer con quien había cometido adulterio o el pordiosero al que no había alimentado. Un grabado gemelo le infundía valor presentándole las figuras de pecadores perdonados: Pedro y su gallo, María Magdalena con su redoma, el buen ladrón y Saulo el perseguidor, con este breve lema como conclusión: "Nunca desesperes."



Si bien esta conclusión tendía a la complacencia, otras presentaciones invocaban el miedo. Un libro asombrosamente ilustrativo del espíritu prevaleciente en la época es una historia del mundo publicada por Hartmann Schedel en Nuremberg en 1493. Los macizos folios, después de relatar la historia de la humanidad desde Adán hasta el humanista Conrado Celtes, concluyen con una meditación sobre la brevedad de la existencia humana acompañada por un grabado de la danza de la muerte. La escena final representa el Día del Juicio. Un grabado en madera que ocupa toda una página muestra a Cristo como Juez sentado sobre un arco iris. Una azucena sale de su oreja derecha, representando a los redimidos, quienes, por debajo de él, son llevados al paraíso por los ángeles. De su oreja izquierda emerge una espada, que simboliza la perdición de los condenados, a quienes los demonios sacan de las tumbas izándolos por los cabellos y los arrojan a las llamas del infierno.

Un editor moderno comenta lo extraño que resulta que una crónica publicada en el año 1493 termine con el Día del Juicio en vez del descubrimiento de América. El doctor Schedel había terminado su manuscrito en junio. Colón había vuelto en el mes de marzo. Es probable que la noticia no hubiera llegado todavía a Nuremberg. Por un margen tan estrecho el doctor Schedel perdió esa asombrosa noticia. "¡Qué extraordinario valor tendrían las copias sobrevivientes de la Crónica en la actualidad si hubieran registrado el gran suceso!"

Así escribe el editor moderno. Pero, aun en caso de haberlo sabido, el viejo doctor Schedel podría no haber considerado el descubrimiento de un nuevo mundo como cosa digna de registrarse. Es muy difícil que no haya sabido del descubrimiento del Cabo de Buena Esperanza en 1488. Sin embargo, no lo menciona. La razón de ello es que no consideraba a la historia como el registro de la expansión sobre la tierra de una humanidad que veía como el sumo bien la obtención de más tierra sobre la cual expandirse. Para él la historia era la suma de incontables peregrinaciones a través de un valle de lágrimas hasta la Jerusalén celestial. Cada uno de los que ahora estaban muertos habría de levantarse un día para unirse a la enorme hueste de los muertos ante el trono del juicio para oír las palabras: "Bien hecho" o "Apártate de mí, al fuego eterno". El Cristo sobre el arco iris, con la azucena y la espada, es la figura más familiar en los libros ilustrados de esa época. Lutero había visto cuadros como éste y asegura que se había sentido enormemente aterrorizado ante la vista de Cristo Juez.

### **El refugio del hábito**

Como todo hombre de la Edad Media, Lutero sabía qué hacer con respecto a su condición. La Iglesia enseñaba que ninguna persona sensata esperaría a estar en su lecho de muerte para hacer un acto de contrición y pedir gracia. Desde el principio al fin, el único camino seguro era aprovechar todos los auxilios que la Iglesia ofrecía: sacramentos, peregrinaciones, indulgencias, la intercesión de los santos. Pero, ¿qué necio era el hombre que confiaba solamente en los buenos oficios de los intercesores celestiales si no había hecho antes nada para asegurarse su favor!

¿Y qué cosa mejor podía hacer que tomar los hábitos? Créase que el fin del mundo ya había sido pospuesto en beneficio de los monjes cistercienses. Cristo ya había ordenado al ángel que tocara su trompeta para el Juicio Final, cuando la Madre de Misericordia huyó a los pies de su Hijo y le rogó que esperara un poco: "por lo menos para que mis amigos de la orden cisterciense puedan prepararse". Los mismos demonios se quejaban de San Benito como de un ladrón que les había robado las almas de las manos. El que muriera con el hábito recibiría un tratamiento preferente en el cielo debido a sus vestiduras. Una vez, un cisterciense que sufría una fiebre muy alta se quitó el hábito y murió sin él. Al llegar a las puertas del paraíso, San Benito le negó la entrada por carecer del uniforme. Sólo pudo caminar alrededor de los muros y espiar

adentro a través de las ventanas para ver cómo lo pasaba el resto de la congregación, hasta que uno de sus hermanos intercedió por él y San Benito le concedió la gracia de volver a la tierra a buscar el hábito. Todo esto, por supuesto, eran creencias populares. Por más que estas toscas ideas fueran rechazadas por los teólogos honestos, esto era lo que creía el hombre común, y Lutero era un hombre común. Pero Santo Tomás de Aquino declaraba que tomar los hábitos era un segundo bautismo que restauraba al pecador al estado de inocencia del que gozaba cuando fue bautizado por primera vez. Era popular la opinión de que si el monje volvía a pecar después de tomar los hábitos, gozaba de privilegios peculiares porque en su caso el arrepentimiento lo llevaría a la restauración del estado de inocencia. El monasticismo era el camino por excelencia hacia el cielo.

Lutero sabía todo esto. Cualquier joven que tuviera ojos comprendía lo que significaba el monasticismo. Podían verse ejemplos vivos en las calles de Erfurt. Allí estaban los jóvenes cartujos, apenas muchachos y ya envejecidos por sus austeridades. En Magdeburgo, Lutero vio al demacrado Príncipe Guillermo de Anhalt, que había abandonado los salones de la nobleza para convertirse en un fraile mendicante y andaba por las calles llevando el saco del mendigo. Como cualquier otro hermano, realizaba el trabajo manual del claustro. "Con mis propios ojos lo vi — decía Lutero—. Yo tenía catorce años cuando estuve en Magdeburgo. Lo vi cargando el saco como un asno. Se había desgastado tanto con el ayuno y la vigilia, que parecía un espectro, apenas huesos y piel. Nadie podía mirarlo sin sentirse avergonzado de su propia vida."

Lutero sabía perfectamente bien por qué los jóvenes debían hacerse viejos y los nobles debían rebajarse. Esta vida es solamente un breve período de prueba para la vida futura, en donde los que se salven gozarán de una eternidad de bienaventuranza y los condenados sufrirán el tormento eterno; con sus ojos contemplarán la desesperación que nunca puede experimentar la merced de la extinción y con sus oídos escucharán los lamentos de los condenados. Respirarán vapores sulfurosos y arderán en una llama incandescente pero que nunca se consumirá. Todo esto durará por siempre y siempre jamás.

Estas eran las ideas en que había sido educado Lutero. No había nada peculiar en sus creencias o sus reacciones, salvo su intensidad. Su depresión ante la perspectiva de la muerte era aguda pero de ningún modo singular. El hombre que más tarde iba a volverse contra el monasticismo se hizo monje exactamente por la misma razón que miles de otros, es decir, para salvar su alma. La ocasión inmediata que le resolvió a entrar en el claustro fue el encuentro inesperado con la muerte en aquel bochornoso día de julio de 1505. Tenía entonces veintiún años y era estudiante de la Universidad de Erfurt. Al volver a la escuela después de una visita a sus padres, un rayo lo arrojó en tierra. En ese relámpago vio el desenlace del drama de la existencia. Allí estaba Dios, el terrible; el Cristo inexorable y todos los demonios burlones que miraban de sus guaridas en bosques y estanques y que con risotadas sardónicas lo agarraban por los ensortijados cabellos y lo arrastraban al infierno. No es de asombrarse que invocara a la santa de su padre, la patrona de los mineros: "¡Santa Ana, ayúdame! ¡Me haré monje!"

Lutero mismo afirmaba reiteradamente que creía haber recibido un llamamiento del cielo al que no podía desobedecer. Pudiera o no ser absuelto del voto, se consideraba atado a él. Había tomado los hábitos contra su propia inclinación, bajo divina constrictión. Necesitó dos semanas para arreglar sus asuntos y decidir en qué monasterio entraría. Eligió una orden estricta, la congregación reformada de los agustinos. Después de una fiesta de despedida con unos pocos amigos, se presentó a las puertas del convento. Cuando la noticia llegó a conocimiento de su padre, éste se encolerizó muchísimo. Ese era el hijo, educado en la estrechez, que debía sostener a sus padres en la vejez. El padre no quiso reconciliarse con él hasta que vio en la muerte de otros dos hijos el castigo de su rebelión.

Lutero se presentó como novicio. No tenemos una evidencia directa, pero por la liturgia de los agustinos podemos reconstruir la escena del recibimiento. Mientras el prior está parado en las radas del altar, el candidato se prosterna. El prior pregunta: ¿Qué buscas?" La respuesta llega: "La gracia de Dios y tu merced." Entonces el prior lo levanta y le pregunta si está casado, si es un fiador o está afectado de una enfermedad secreta. Si la respuesta es negativa, el prior describe los rigores de la vida que a emprender: el renunciamiento a la propia voluntad, la alimentación escasa, los vestidos ásperos, las vigiliias de noche y los bajos de día, la mortificación de la carne, el reproche de la pobreza, la vergüenza de mendigar y la desagradable existencia claustral. ¿Está dispuesto el postulante a tomar sobre sí estas cargas? "Sí, con la ayuda de Dios —es la respuesta— y en la medida que la fragilidad humana me lo permita." Entonces se lo admite por un año de prueba. Mientras el coro canta, le tonsuran la cabeza. Los vestidos de paisano son cambiados por el hábito del novicio. El iniciado hinca la rodilla: "Bendice a tu siervo —entona Escucha, oh Señor, nuestros ruegos y dignate conferir tu bendición a este tu siervo, a quien en tu santo nombre hemos vestido con el hábito de monje, para que pueda continuar fielmente con tu ayuda en tu Iglesia y merecer la vida eterna, por Jesucristo Nuestro Señor, Amén." Mientras se canta el himno final, Lutero se prosterna con los brazos extendidos en forma de cruz. Entonces los hermanos lo reciben en el convento con el ósculo de paz, y es amonestado nuevamente por el prior con estas palabras: "No el que haya comenzado sino el que haya perseverado será salvado."

El significado de la entrada de Lutero al convento es, simplemente, éste: que la gran rebelión contra la iglesia medieval surgió de un desesperado intento de seguir el camino prescrito por ella. Así como Abraham superó los sacrificios humanos solamente a través de su disposición para elevar el cuchillo del sacrificio sobre Isaac; así como Pablo se liberó del legalismo judío solamente porque como "hebreo de hebreos" había tratado de cumplir con toda rectitud, así Lutero se rebeló contra algo más que la devoción ordinaria. Fue al monasterio como otros, y aun más que otros, a fin de hacer las paces con Dios.

## Capítulo II EL CLAUSTRO

Lutero en su vida posterior, observaba que durante el primer año en el convento el Demonio está muy quieto. Tenemos todas las razones para creer que su propia tempestad interior amainó y que durante su noviciado su espíritu estuvo relativamente tranquilo. Esto puede inferirse del mero hecho de que al cabo del año se le permitiera profesar. El período de prueba tenía como objeto dar al candidato una oportunidad de probarse a sí mismo y de ser probado. Se le ordenaba sondear en su corazón y declarar cualquier cosa que indicara que no fuera adecuado para la vocación monástica. Por otra parte, si sus compañeros y superiores creían que no tenía vocación, rechazaban. Como Lutero fue aceptado, podemos muy bien suponer que ni él ni su congregación vieron ninguna razón para esperar que no se adaptaría a la vida monástica.

Sus días como novicio estaban ocupados con los ejercicios religiosos destinados a infundir paz a su alma. Las oraciones se hacían siete veces por día. Después de ocho horas de sueño, los monjes eran despertados entre la una y la dos de la mañana por la campana del convento. A la primera llamada saltaban del lecho, hacían la señal de la cruz y se ponían el hábito blanco y el escapulario sin los cuales el hermano no debía abandonar nunca la celda. Al segundo llamado todos iban reverentemente a la celda, se rociaban con agua bendita y se arrodillaban ante el altar mayor con una oración de devoción al Salvador del mundo, ego todos tomaban su lugar en el coro. Los maitines duraban tres cuartos de hora. Cada uno de los siete períodos del día terminaba con el canto del Salve Regina: "Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura, y esperanza nuestra. Dios te salve, a ti llamamos los desterrados hijos de Eva. A ti suplicamos, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas. Ea, pues, abogada nuestra, dulce Virgen María, ruega por nosotros. Tú, Santa Madre de Dios." Después del Ave María y el Padre Nuestro, los hermanos salían silenciosamente en parejas de la capilla.

El día se llenaba con estos ejercicios. El hermano Martín estaba inseguro de que marchaba por el sendero que habían hollado los santos. En ocasión de su profesión, le colmó de alegría el que mis hermanos lo hubieran hallado merecedor de continuar. A los pies del prior hizo su dedicación y escuchó la súplica: "Señor Jesucristo, que te dignaste vestirte con nuestra carne mortal, suplicamos de tu inconmensurable bondad que te dignes bendecir el hábito que los sagrados padres han elegido como signo de inocencia y renunciación. Que este tu siervo, Martín Lutero, que ama el hábito, pueda también revestirse de tu inmortalidad, oh Tu, que vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo, Dios de eternidad a eternidad. Amén."

El solemne voto estaba hecho. Era un monje, tan inocente como un niño recién bautizado. Lutero se entregó con confianza la vida que la Iglesia consideraba como el camino más seguro de salvación. Estaba contento de pasar sus días en oración, en cánticos, en meditación y en tranquilo compañerismo, en disciplinada y moderada austeridad.

### El terror de lo sagrado

Así hubiera continuado de no haber sido alcanzado por otro yo, esta vez del espíritu. Esto fue en oportunidad de su primera misa. Su superior lo había elegido para el sacerdocio y empezaba sus funciones con esta celebración inicial.

La ocasión era siempre una prueba porque la misa es el punto focal de los medios de gracia de la Iglesia. Aquí, en el altar, el pan y el vino se convierten en la carne y sangre de Dios, y se repite el sacrificio del Calvario. El sacerdote que realiza el milagro de transformar los elementos goza de un poder y un privilegio negados aun a los ángeles. En esto reside la gran

diferencia entre clero y los laicos. La superioridad de la Iglesia sobre el Estado también tiene su raíz en esto, pues, ¿qué rey o emperador ha conferido nunca a la humanidad una merced comparable a la concedida por el más humilde ministro del altar?

Era natural que el joven sacerdote temblara al realizar un rito por el cual Dios se aparecía en forma humana. Pero muchos habían hecho, y la experiencia de siglos permitía a los manuales prever todos los posibles temores y prescribir los remedios. El celebrante debe preocuparse, aunque no indebidamente, por las formas. Las vestiduras deben ser correctas; la recitación debe ser también correcta, en voz baja, sin tartamudeos. El estado del alma del sacerdote debe ser correcto. Antes de acercarse al altar debe haberse confesado y recibido la absolución de todos sus pecados. Bien podía temer transgredir algunas de estas condiciones, y Lutero atestigua que un error con respecto a las vestiduras era considerado peor que los siete pecados capitales. Pero los manuales alentaban al principiante a no considerar ningún error como fatal, porque la eficacia del sacramento depende solamente de la buena intención con que se lo celebre. Aun en el caso de que el sacerdote recuerde durante la celebración un pecado mortal no confesado y no absuelto, no debe huir del altar sino terminar el rito, que la absolución vendrá después. Y si la nerviosidad lo asaltara en tal forma que no pudiera continuar, un sacerdote más viejo estará a su lado para reemplazarlo. Ninguna dificultad insuperable enfrentaba al celebrante, y no tenemos razones para suponer que Lutero se acercara a su primera misa con un temor poco común. La postergación de la fecha en un mes no se debió a ningún motivo serio.

La razón era más bien alegre: deseaba que su padre estuviera presente, y se fijó la fecha de acuerdo a su conveniencia. El hijo y el padre no se habían visto desde los días de la universidad, cuando el viejo Hans le regaló a Martín un ejemplar del derecho romano y se dirigió a él con tratamiento respetuoso. El padre se había opuesto vehementemente a su entrada al convento, pero ahora parecía haber superado todos los resentimientos y estaba deseoso, como otros padres, de hacer de la ocasión un día de gala. Acompañado por veinte jinetes, Hans Lutero llegó a caballo e hizo un hermoso regalo al monasterio. El día empezó con el tañer de las campanas del claustro y el canto del salmo: "Cantad al Señor canción nueva." Lutero ocupó su lugar ante el altar y empezó a recitar la parte introductoria de la misa hasta llegar a las palabras: "Te ofrecemos al Dios vivo, eterno y verdadero."

Tiempo después se refería a este momento:

*Al llegar a estas palabras me quedé consternado y transido de terror. Pensé para mí: "¿Con qué lengua me dirigiré a tal Majestad, viendo que todos los hombres tiemblan aun en presencia de un príncipe terreno? ¿Quién soy yo, para elevar mis ojos a la divina Majestad? Los ángeles lo rodean. A una señal suya tiembla la tierra. ¿Y yo, un miserable insignificante pigmeo, he de decir: 'Necesito esto, pido aquello'? Porque soy polvo y ceniza y estoy lleno de pecado, y estoy hablando al Dios vivo, eterno y verdadero."*

El terror de lo sagrado, el horror de lo infinito, le hirió como un nuevo rayo, y sólo mediante una terrible fuerza de voluntad pudo mantenerse en el altar hasta el final.

Los hombres de nuestra generación secularizada pueden tener dificultad en comprender los temores de su carga medieval. Indudablemente existen en la religión de Lutero elementos de carácter muy primitivo que se remontan a la niñez de la raza, sufría del temor propio de un salvaje a una deidad malevolente, enemiga de los hombres, caprichosa y a la que se ofendía fácil inconscientemente si se violaban lugares sagrados o se pronunciaban mal fórmulas mágicas. Era suyo el temor del antiguo Israel ante el arca de la presencia del Señor. Lutero sentía en forma semejante con respecto a la sagrada hostia del cuerpo del Salvador, y cuando era llevada en

procesión, el pánico se apoderaba de él. Su Dios era el Dios que habitaba en las nubes tormentosas que cubrían la cima del Sinaí, ante cuya presencia Moisés no podía estar con la cara descubierta y seguir viviendo. Sin embargo, tu experiencia de Lutero excede en mucho a lo primitivo, y no debería ser ininteligible para el hombre moderno que, al mirar las nebulosas a través de instrumentos de su propia invención, se revuelve en un sentimiento de abyección y pequeñez.

El temor de Lutero se veía aumentado por el reconocimiento por mi indignidad. "Soy polvo y cenizas y estoy lleno de pecado. El sentimiento de criatura y de imperfección también le oprimían. Se sentía a la vez atraído y rechazado por Dios. Solamente en armonía con lo Último podía encontrar la paz. Pero, ¿cómo podía presentarse un pigmeo ante la divina Majestad; cómo podía un transgresor enfrentar a la divina Santidad? Ante Dios el Altísimo y Dios el Santo, Lutero se sentía estupefacto. Para esa experiencia tenía una palabra que tiene tanto derecho a formar parte del lenguaje moderno como Blitzkrieg. La palabra que él usaba era Anfechtung, para la que no hay un equivalente exacto. Puede ser una prueba enviada por Dios para probar al hombre, o un asalto del demonio para destruir al hombre. Es toda la duda, inquietud, angustia, temor, pánico, desesperación, desolación y desesperanza que invaden el espíritu del hombre.

Literalmente flácido fue del altar a la mesa donde su padre y los invitados celebrarían el acontecimiento con los hermanos. Después de temblar ante el inalcanzable Padre celestial, ahora ansiaba alguna palabra de estímulo del padre terrenal. ¡Cuán confortado quedaría su corazón al oír de labios del viejo Hans que mi resentimiento había pasado por completo y que ahora estaba cordialmente de acuerdo con la decisión de su hijo! Se sentaron juntos a comer, y Martín, como si todavía fuera un niño, se volvió y le dijo: "Padre querido, ¿por qué erais tan contrario a que me hiciera monje? Y quizá todavía no estéis del todo satisfechos. ¡La vida es tan tranquila y santa aquí!"

Esto era demasiado para el viejo Hans, que había estado haciendo todo lo posible por dominar su rebelión. Y estalló delante de todos los doctores y maestros y los huéspedes: "Vos, erudito y estudioso, ¿no habéis leído nunca en la Biblia que hay que honrar al padre y a la madre? Y he aquí que me habéis dejado, a mí y a vuestra querida madre, para que cuidemos solos de nuestra vejez."

Lutero no había esperado esto. Pero conocía la respuesta. Todos los manuales recordaban el llamamiento evangélico de abandonar padre y madre, esposa e hijos, y señalaban los grandes beneficios que se concederían en la esfera espiritual. Lutero respondió: "Pero padre, puedo hacer mayor bien con mis oraciones que si hubiera permanecido en el mundo." Y luego debe de haber agregado lo que para él era el argumento irrefutable: que había sido llamado por una voz del cielo que salía de la nube tormentosa.

—Quiera Dios —respondió el viejo Hans— que no haya sido una aparición del Demonio.

Allí estaba el punto débil de toda la religión medieval. En estos días de escepticismo miramos con nostalgia la edad de la fe. ¡Qué hermoso hubiera sido vivir en una atmósfera de ingenua seguridad, en que el cielo se extendía alrededor de la infancia del hombre y no había surgido la duda para atormentar el espíritu! Pero esta pintura de la Edad Media es puro romanticismo. El hombre medieval no tenía duda de que existía el mundo sobrenatural, pero este mundo estaba dividido. Había santos y había demonios. Estaba Dios y estaba el Diablo. Y el Diablo podía disfrazarse de ángel de luz. ¿Había hecho bien Lutero, pues, en seguir una visión que, después de todo, bien podía haber sido del demonio, prefiriéndola a la simple y clara palabra de las Escrituras que manda honrar al padre y a la madre? El día que había empezado con el tañer de las campanas del claustro y el salmo "Cantad al Señor canción nueva", terminó con el horror

de lo Sagrado y la duda acerca de si el primer rayo habría sido una visión de Dios o una aparición de Satanás.

### **El camino de la ayuda a sí mismo**

Este segundo cataclismo espiritual provocó en Lutero una inquietud interior que iba a terminar con el abandono de los hábitos, pero no sino después de un largo lapso. En realidad, continuó usando el hábito monástico durante tres años después de su excomunión. En total, vistió como monje durante diecinueve años. Su evolución fue gradual, y no debemos imaginarlo en perpetuo tormento e incapaz siempre de decir una misa sin terror. Se recobró y siguió el camino señalado y con todos los nuevos deberes que le fueran confiados. El prior, por ejemplo, le informó que debía reanudar sus estudios universitarios a fin de reunir las condiciones necesarias para el puesto de lector en la orden agustina. Asumió todas esas tareas con decisión.

Pero el problema del extrañamiento del hombre con respecto a Dios se había renovado en otra forma. No solamente en la hora de la muerte, sino diariamente en el altar, el sacerdote estaba en presencia del Altísimo y el Santísimo. ¿Cómo podía el hombre soportar la presencia de Dios a menos que él mismo fuera santo? Lutero se entregó a la persecución de la santidad. El monasticismo constituía esa búsqueda; y mientras Lutero había estado en el mundo, había considerado el claustro, en cualquier forma, como la más alta rectitud. Pero después de hacerse monje descubrió que en el monasticismo mismo había diversos niveles. Algunos monjes eran indulgentes; otros eran estrictos. Esos jóvenes cartujos prematuramente envejecidos, ese príncipe de Anhalt, meros huesos animados, no eran ejemplos típicos. Eran los rigoristas, los heroicos atletas que trataban de tomar el cielo por asalto. Ya fuera que el llamado de Lutero al monasterio hubiera sido hecho por Dios o por el Diablo, ahora era monje, y monje sería y lo mejor posible. Uno de los privilegios de la vida monástica era que emancipaba al pecador de todas las distracciones y lo liberaba para salvar su alma practicando los consejos de la perfección; no solamente caridad, sobriedad y amor, sino también castidad, pobreza, obediencia, ayunos, vigiliias y mortificaciones de la carne. Lutero estaba resuelto a realizar todas las buenas obras que pudiera hacer un hombre para salvarse.

Ayunaba, a veces tres días seguidos sin una migaja de pan. Los períodos de ayuno eran para él más consoladores que los de fiesta. La Cuaresma era más consoladora que la Pascua. Echaba sobre sí vigiliias y oraciones en exceso a las estipuladas por la regla. Arrojava lejos de sí las frazadas que le eran permitidas y casi se moría de frío. A veces estaba orgulloso de su santidad y decía: "No he hecho nada malo hoy." Entonces surgían las dudas: "¿Has ayunado lo bastante? ¿Eres suficientemente pobre?" Entonces se despojaba de todo, salvo de lo que la decencia exigía. Más adelante creía que sus austeridades le habían ocasionado desarreglos digestivos crónicos.

En verdad yo era un monje piadoso y guardaba la regla de mi orden tan estrictamente que puedo decir que si alguna vez un monje hubiera alcanzado el cielo por su monasticismo, ése hubiera sido yo. Todos mis hermanos del convento que me conocieron podrían dar testimonio de ello, pues si hubiera continuado más tiempo, me hubiera matado con mis vigiliias, oraciones, lecturas y otros trabajos.

Pero todos estos drásticos métodos no le proporcionaban un sentimiento de tranquilidad interior. El objeto de su lucha era compensar todos sus pecados, pero nunca podía sentir que el platillo se equilibrara. Algunos historiadores han afirmado que, por lo tanto, debió de haber sido un gran pecador, y que con toda seguridad sus pecados estaban relacionados con el sexo, en donde las ofensas son menos susceptibles de rectificación. Pero Lutero mismo declaró que no era

ese su problema especial. Había sido casto. Mientras estuvo en Erfurt ni siquiera había escuchado nunca a una mujer en el confesonario. Y luego, en Wittenberg, había confesado solamente a tres mujeres, y a éstas no las había visto. Por supuesto no era un muñeco de palo, pero la tentación sexual no le preocupaba más que cualquier otro problema de la vida moral.

Lo malo estaba en que no podía satisfacer a Dios en ningún punto. Comentando más adelante el Sermón de la Montaña Lutero dio clara expresión a su desilusión. Refiriéndose a los preceptos de Jesús decía:

*Esta palabra es demasiado elevada y demasiado profunda para que nadie pueda cumplirla. Esto está probado no solamente por la palabra de Nuestro Señor, sino también por nuestra propia experiencia. Tómese a cualquier hombre o mujer piadosos: se mostrarán amables con aquellos que no les ofendan, pero en cuanto alguien los calumnie, hable mal de ellos o los ofenda de otro modo, no podrán evitar el estallar en cólera... Si no contra sus amigos, contra sus enemigos. La carne y la sangre no pueden comportarse de otro modo.*

Lutero simplemente no tenía capacidad para llenar las condiciones requeridas.

### **Los méritos de los santos**

Pero si él no podía, otros podrían. La Iglesia, aunque tiene una concepción individualista del pecado, tiene una concepción corporativa de la virtud. Se ha de responder por los pecados uno por uno, pero la virtud puede ser acumulada en un fondo común; y no falta qué acumular, porque los santos, la Santísima Virgen y el Hijo de Dios fueron mejores de lo necesario para su propia salvación. Cristo, en particular, siendo al mismo tiempo sin pecado y Dios, posee una cantidad ilimitada de virtud. Estos méritos superfluos de los justos constituyen un tesoro que es transferible a aquellos cuyas cuentas están en débito. La transferencia se efectúa por intermedio de la Iglesia y, en particular, por intermedio del Papa, a quien, como sucesor de San Pedro, se le han entregado las llaves para atar y desatar. Esta transferencia de crédito se llamaba indulgencias.

No se había definido con exactitud precisamente cuánto bien haría esto, pero la gente común estaba dispuesta a creer las más extravagantes declaraciones. Nadie dudaba de que el papa podía girar contra ese tesoro a fin de remitir penas por pecados impuestos por él en la tierra. En realidad, podría suponerse que para esto no haría falta ninguna transferencia de méritos sino simplemente su deseo de hacerlo. El problema importante era si podía o no mitigar las angustias del purgatorio. Durante la década en la cual Lutero había nacido, un papa había declarado que la eficacia de las indulgencias se extendía hasta el purgatorio para beneficio de los vivos y de los muertos por igual. En el caso de los vivos no había seguridad de evitar completamente el purgatorio, porque sólo Dios conocía la extensión de la culpa no expiada y la consiguiente duración de la sentencia, pero la Iglesia podía decir los años y los días en que ese lapso podía ser reducido, cualquiera que éste fuera. Y en el caso de los muertos que ya estaban en el purgatorio, cuya suma de maldad estaba completa y era conocida, podía ofrecerse una liberación inmediata. Algunas bulas de indulgencia iban aun más lejos y aplicaban no meramente una reducción de la pena, sino hasta el perdón de los pecados. Ofrecían una remisión plenaria y la reconciliación con el Altísimo.

Había lugares en los que estas señaladas mercedes eran más accesibles que en otros. Por ninguna razón teológica, sino por motivos publicitarios, la Iglesia asociaba la concesión de los méritos de los santos con las visitas a las reliquias de éstos. Los papas especificaban con



frecuencia cuánto beneficio podía obtenerse de la contemplación de cada hueso santo. Cada una de las reliquias de santos existentes en Halle, por ejemplo, fue dotada por el papa León X de una indulgencia para la reducción del purgatorio en cuatro mil años. El mayor depósito de estos tesoros era Roma. Allí, en la sola cripta de San Calixto estaban enterrados cuarenta papas y 76.000 mártires. Roma tenía un trozo de la zarza ardiente de Moisés y trescientas partículas de los Santos Inocentes. Roma tenía la efigie de Cristo en el sudario de la Verónica. Roma tenía las cadenas de San Pablo y las tijeras con que el Emperador Domiciano había cortado el cabello de San Juan. Los muros de Roma, cerca de la puerta Apia, mostraban los puntos blancos dejados por las piedras que se convirtieron en bolas de nieve cuando fueron arrojadas por la turba a San Pedro antes que llegara su hora. Una iglesia de Roma tenía el crucifijo que se había inclinado a hablar a Santa Brígida. Otra tenía una de las monedas pagadas a Judas por su traición al Señor, cuyo valor había aumentado grandemente, pues ahora era capaz de conceder una indulgencia de cuatrocientos años. La cantidad de indulgencias a obtener entre San Juan de Letrán y San Pedro era mayor que la proporcionada por una peregrinación a Tierra Santa. Otra iglesia de Roma poseía la viga de doce pies de largo en la cual se colgó Judas. Ésta, sin embargo, no era estrictamente una reliquia, y estaba permitido dudar de su autenticidad. Frente a San Juan de Letrán estaba la Scala Sancta, de veintiocho escalones, que se suponía que había estado una vez frente al palacio de Pilatos. El que había subido por ella con manos y rodillas, repitiendo un Pater Noster por cada escalón, podía de ese modo liberar su alma del purgatorio. Sobre todo, Roma tenía los cuerpos completos de San Pedro y San Pablo. Habían sido divididos para distribuir los beneficios entre las iglesias. Las cabezas estaban en Letrán y una mitad del cuerpo de cada uno había sido depositada en sus respectivas iglesias. Ninguna ciudad del mundo estaba tan abundantemente provista de santas reliquias y ninguna estaba tan ricamente dotada de indulgencias espirituales como la Santa Roma.

### **El viaje a Roma**

Lutero se sintió altamente privilegiado cuando se le presentó la oportunidad de realizar un viaje a la Ciudad Eterna. Había surgido en la orden agustina una disputa que exigía ser dirimida por el papa. Dos hermanos fueron enviados a la ciudad santa para representar al capítulo de Erfurt. Uno de los hermanos era Martín Lutero. Esto sucedía en el año 1510.

El viaje a Roma es muy revelador del carácter de Martín Lutero. Lo que vio y lo que no le interesó ver echa luz sobre su carácter. No se interesó por el arte del Renacimiento. Por supuesto, los grandes tesoros no eran visibles todavía. Los cimientos de la nueva basílica de San Pedro acababan de ser echados y la Capilla Sixtina no había sido terminada aún. Pero los frescos del Pinturicchio estaban a la vista y podrían haber despertado su admiración si no hubiera estado más interesado en un cuadro de la Virgen María atribuido a San Lucas Evangelista, que en todas las Madonas del Renacimiento. Tampoco las ruinas de la antigüedad despertaban en él ningún entusiasmo, y sólo servían para señalar la moraleja de que la ciudad fundada en el fratricidio y manchada con la sangre de los mártires había sido destruida por la justicia divina como la Torre de Babel.

Ni la Roma del Renacimiento ni la Roma de la antigüedad interesaron a Lutero tanto como la Roma de los santos. Las ocupaciones de la orden no le llevaban tanto tiempo como para impedirle aprovechar las excepcionales oportunidades que se le presentaban para salvar su alma. El estado de ánimo de Lutero era el de un peregrino que a la primera mirada a la Ciudad Eterna exclamaba: "¡Salve, Roma santa!" Trataría de apropiarse, para sí y sus parientes, de todos los enormes beneficios espirituales accesibles solamente allí. Sólo tenía un mes para hacerlo, y trató

de aprovecharlo al máximo. Debía realizar, por supuesto, las diarias devociones del claustro agustino en que estaba alojado, pero le quedaban suficientes horas para permitirle decir la confesión general, celebrar misa en altares sagrados, visitar las catacumbas y las basílicas, venerar los huesos, los santuarios y todas las santas reliquias. Toda clase de desilusiones surgieron de inmediato. Algunas de ellas no estaban relacionadas con su problema inmediato, pero eran concomitantes con su angustia total. Al hacer su confesión general se sintió desanimado por la incompetencia del confesor. Se pasmaba ante la abismal ignorancia, frivolidad y superficialidad de los sacerdotes italianos que podían decir seis o siete misas a la carrera, mientras él decía una, y cuando él se hallaba apenas en el Evangelio ellos habían terminado y le decían: "Passa! Passa!" "¡Apúrate!" La misma cosa hubiera podido descubrir en Alemania si hubiera salido del claustro para visitar sacerdotes de misa, cuya tarea era repetir un número especificado de misas por día, no para los comulgantes, sino en favor de los muertos. Esta práctica llevó a la irreverencia. Algunos de los clérigos italianos, sin embargo, eran impertinentemente incrédulos y se dirigían al sacramento diciendo: "Tú eres pan y pan seguirás siendo, y tú eres vino y vino seguirás siendo." Para un devoto creyente de las ingenuas tierras del norte, tales revelaciones eran realmente chocantes. Aunque no por eso debió desanimarse en cuanto a la validez de su propia búsqueda, puesto que la Iglesia enseñaba desde hacía tiempo que la eficacia de los sacramentos no dependía del carácter de los ministros.

Asimismo, las historias que llegaron a oídos de Lutero sobre la inmoralidad del clero romano lógicamente no deben de haber minado su fe en la capacidad de la Ciudad Santa para conceder beneficios espirituales. Al mismo tiempo, se horrorizaba de oír que si había un infierno, Roma estaba construida sobre él. No era necesario ser un chismoso para saber que el distrito de mala fama era frecuentado por eclesiásticos. Oyó que había quienes se consideraban virtuosos porque se limitaban a las mujeres. La fétida memoria del papa Alejandro VI todavía podía olerse. Los historiadores católicos reconocen honestamente el escándalo de los papas del Renacimiento, y la Reforma católica se preocupó tanto como la protestante por extirpar tales abusos.

Sin embargo, todas estas tristes revelaciones no sacudieron la confianza de Lutero en la bondad genuina de los fieles. La cuestión era si ellos tenían o no méritos superfluos que pudieran ser transferidos a él o a su familia, y si el mérito estaba tan adherido a los lugares sagrados que las visitas a ellos proporcionarían algún beneficio. Fue en este punto que le asaltó la duda. Estaba ascendiendo la escalera de Pilatos sobre manos y rodillas repitiendo un Pater Noster por cada uno y besando cada escalón con la esperanza de liberar un alma del purgatorio. Lutero lamentaba que su padre y su madre no estuvieran ya muertos y en el purgatorio a fin de poder concederles tan señalado favor. No pudiendo hacerlo, resolvió liberar al abuelo Heine. Trepó la escalera, repitió los Pater Noster, besó los escalones. En la cima, Lutero se levantó y exclamó, no como dice la leyenda: "El justo vivirá por la fe" —no había adelantado tanto todavía; dijo—: "¿Quién sabe si será así?"

Esta era la duda realmente desconcertante. Los sacerdotes podían ser culpables de liviandad y los papas de lascivia, pero todo esto no importaría mientras la Iglesia contara con medios válidos para obtener la gracia. Pero si el trepar la misma escalera por donde Cristo había pasado y el repetir oraciones no servía de nada, entonces otro de los grandes fundamentos de la esperanza había resultado ilusorio. Lutero comentaba que había ido a Roma con cebollas y había vuelto con ajos.

### Capítulo III EL EVANGELIO

El volver de Roma, Lutero cayó bajo nuevas influencias debido a un cambio de residencia. Fue trasladado de Erfurt a Wittenberg, donde debía pasar el resto de sus días. En comparación con Erfurt, Wittenberg era sólo una aldea con una población de 2.000 a 2.500 habitantes. Toda la ciudad medía apenas medio kilómetro de largo. Los contemporáneos la describían como "la joya de Turingia" o como "una pestosa duna de arena". Estaba construida sobre una cintura de arena y por esta razón era llamada la Loma Blanca, Wittenberg. Lutero nunca ensalzó el lugar, y le dedicó esta cancioncilla:

Lendicken Lendicken,  
Du bist ein Sandicken.  
Wenn icb dich arbeit, bistu licht  
Wenn ich dich mete, so sinde ich nicht<sup>1</sup>

Pero en realidad no era improductiva. Abundaban los cereales, las hortalizas y las frutas, y los bosques cercanos proporcionaban caza. El río Elba corría por un lado y un foso rodeaba a la ciudad por otro. Dos arroyuelos se introducían por acueductos de madera a través de los muros en el lado superior, y corrían a cielo abierto a lo largo de las dos calles principales de la ciudad hasta unirse en el molino. Esta agua descubierta y perezosa era a la vez conveniente y dañina. Lutero vivía en el claustro agustino en el extremo opuesto de donde se encontraba la iglesia del Castillo.

La mayor gloria del pueblo era la Universidad, la predilecta del elector, Federico el Sabio, quien procuraba hacer de esta academia recientemente fundada una rival para el prestigio de la centenaria Universidad de Leipzig. La nueva fundación no había prosperado de acuerdo a sus esperanzas, y el elector, para conseguir mejores maestros, invitó a los agustinos y franciscanos a que le proporcionaran tres nuevos profesores. Uno de ellos fue Lutero. Esto sucedía en 1511.

Con motivo del traslado, Lutero llegó a conocer bien a un hombre que debía luego ejercer una influencia decisiva en su desarrollo: el vicario de la orden agustina, Johann von Staupitz. No podía haber encontrado mejor guía espiritual. El vicario conocía todos los remedios prescritos por los eruditos para las dolencias espirituales, y además tenía una cálida vida religiosa propia, simpatizando comprensivamente con las preocupaciones de los demás. "De no haber sido por el doctor Staupitz —decía Lutero—, me hubiera hundido en el infierno."

Las dificultades de Lutero persistían, aunque no es posible seguir con precisión el curso de las mismas. No puede decirse que sus estremecimientos hayan subido en un crescendo continuo hasta una crisis única. Más bien pasó a través de una serie de crisis hasta llegar a una estabilidad relativa. Es imposible localizar en el tiempo, lugar o secuencia lógica las distintas etapas. Pero algo es evidente: Lutero sondeó todos los recursos del catolicismo de su tiempo para mitigar la angustia de un espíritu alejado de Dios. Probó el camino de las buenas obras y descubrió que nunca podría hacer lo suficiente para salvarse. Trató de valerse de los méritos de

---

<sup>1</sup> Tierrecitas, tierrecitas,  
Eres de arena un montoncito.  
Si cavo en tí, el suelo es liviano.  
si te cultivo, el resultado es vano.

los santos y terminó dudando, con una duda no muy seria o persistente por el momento, pero suficiente para destruir su seguridad.

### **El fracaso de la confesión**

Trató de explorar al mismo tiempo otros caminos, y el catolicismo tenía, por cierto, muchos más que ofrecer. Nunca se hacía descansar la salvación solamente, ni siquiera principalmente, en las realizaciones humanas. Todo el sistema sacramental de la Iglesia estaba destinado a servir de mediador del hombre para alcanzar la ayuda y el favor de Dios. Especialmente el sacramento de la penitencia ofrecía solaz, no a los santos, sino a los pecadores. Lo único que se les exigía era que confesaran todos sus pecados y buscaran la absolución. Lutero trataba incesantemente de valerse de esta señalada merced. Sin la confesión, declaraba luego, el Demonio lo hubiera devorado largo tiempo atrás. Se confesaba con frecuencia, a menudo diariamente, y hasta durante seis horas seguidas en una sola oportunidad. A fin de ser absuelto había que confesar todos los pecados. Por lo tanto, el alma debía ser examinada y estudiada, la memoria escudriñada y los motivos Hondeados. Como una ayuda para ello, el penitente repasa los siete pecados capitales y los Diez Mandamientos, Lutero repetía su confesión, y para estar seguro de incluir todo, revisaba toda su vida, hasta que el confesor se cansaba y exclamaba: "Hombre, Dios no está encolerizado contigo. Tú estás enojado con Dios. ¿No sabes que Dios te manda tener esperanza?"

Esta asidua confesión conseguía por cierto liquidar todas las trasgresiones mayores. Los restos de culpas con que Lutero continuaba cargando le parecían a Staupitz solamente escrúpulos de un alma enferma. "Mira —le decía—, si esperas que Cristo te perdone, ven con algo que perdonar —parricidio, blasfemia, adulterio— en vez de todos esos pecadillos."

Pero el problema de Lutero no era si sus pecados eran grandes o pequeños, sino si habían sido confesados todos. La gran dificultad con que tropezaba era estar seguro de haber recordado todo. Conocía por experiencia la astucia de la memoria para proteger el yo, y se aterrorizaba cuando después de pasarse seis horas confesándose todavía podía salir y recordar algo que había eludido su más concienzudo escrutinio. Aun más desconcertante era el descubrimiento de que algunos de los delitos del hombre ni siquiera son reconocidos por él, y menos aun recordados. Los pecadores a menudo pecan sin compunción. Adán y Eva, después de gustar la fruta del árbol prohibido, se fueron alegremente a dar un paseo en el fresco del día; y Jonás, después de huir de la orden que le diera el Señor, se durmió profundamente en la cala del barco. Solamente cuando uno se enfrenta con un acusador existe una cierta conciencia de culpa. Con frecuencia también, cuando se le reprocha su culpa al hombre, éste se justifica como Adán, que replicó a Dios: "La mujer que Tú me diste para que me hiciera compañía me tentó: Tú me la diste; luego Tú tienes la culpa."

Existe en el hombre, según Lutero, algo mucho más drásticamente malo que cualquier lista particular de ofensas que puedan ser enumeradas, confesadas y perdonadas. La naturaleza misma del hombre es corrompida. El sistema de la penitencia fracasa porque se ocupa de errores particulares. Lutero había llegado a percibir que el hombre entero está necesitado de perdón. En el transcurso de este examen se había sumido en un estado de perturbación emocional tal, que pasaba los límites de la objetividad, y cuando su confesor le dijo que estaba magnificando sus culpas, Lutero sólo pudo concluir que el consultor no comprendía el caso y que ninguna de las consolaciones que se le brindaban le servía de nada.

En consecuencia le asaltaban los más terribles estados de inseguridad. El pánico invadía su espíritu, y tan intranquila estaba su conciencia, que empezaba a temblar asustado ante una hoja movida por el viento. El horror de las pesadillas se apoderó de su alma; el terror de quien despierta en la oscuridad viendo los ojos del que ha venido a quitarle la vida. Todos los defensores celestiales se han retirado; los demonios, haciendo señas de soslayo, llaman al alma impotente. Tales los tormentos que, según aseguraba Lutero repetidamente, eran mucho peores que cualquier dolencia física que nunca hubiera soportado.

Su descripción concuerda tan bien con un conocido tipo de enfermedad mental, que nuevamente se está tentado de preguntarse si sus perturbaciones deben ser consideradas como provocadas por auténticas dificultades religiosas o por deficiencias gástricas o glandulares. Puede enfrentarse mejor el problema con datos procedentes de otros períodos de su vida. Baste por el momento observar que ninguna enfermedad menoscabó jamás su estupenda capacidad de trabajo; que los problemas que lo acongojaban no eran imaginarios, sino que estaban implícitos en la religión en que había sido educado; que sus reacciones emocionales eran excesivas, como él mismo lo reconocía cuando emergía de una depresión, y que él se lanzó a agotar una por una las ayudas ofrecidas por la religión medieval.

Había llegado a un punto muerto. Los pecados deben ser confesados para ser perdonados. Para ser confesados deben ser reconocidos y recordados. Si no son reconocidos y recordados, no pueden ser confesados. Si no son confesados, no pueden ser perdonados. La única salida es negar la premisa. Pero Lutero no estaba todavía preparado para hacerlo. En este punto Staupitz le ofreció una verdadera ayuda tratando de desviar su atención de los pecados individuales a la naturaleza del hombre. Más tarde, Lutero explicaba lo que había aprendido diciendo que el médico no necesita pinchar cada pústula para saber que el paciente tienen viruelas, ni la enfermedad ha de ser curada escara por escara. Concentrarse en las ofensas particulares es un consejo de la desesperación. Cuando San Pedro empezó a contar las olas se hundió. Es la naturaleza entera del hombre la que debe ser cambiada.

### **La escala mística**

Esta era la visión de los místicos. Staupitz era un místico. Aunque los místicos no rechazaban el sistema de la penitencia, su camino de salvación era esencialmente diferente, y tomaba en cuenta al hombre en su totalidad. Como el hombre es débil, debe dejar de luchar; debe entregarse al ser y al amor de Dios.

La nueva vida, decían, exige un período de preparación que consiste en vencer todas las afirmaciones del yo, toda la arrogancia, todo orgullo, toda búsqueda de sí mismo, todo lo relacionado con el yo, el mí y lo mío. El esfuerzo mismo de Lutero por lograr méritos era una forma de afirmación. En vez de luchar, debía ceder y sumergirse en Dios. El fin del camino místico es la absorción de la criatura en el Creador, de la gota en el océano, de la llama de la vela en el resplandor del sol. El luchador vence su inquietud, cesa su desgaste, se rinde al Eterno y en el abismo del Ser encuentra su paz.

Lutero probó este camino. A veces se elevaba como si se encontrara en un coro de ángeles, pero luego volvía el sentido de extrañamiento de Dios. Los místicos también conocían esto. Lo llamaban la oscura noche del alma, la sequedad, el alejamiento de la olla del fuego hasta que no burbujea más. Aconsejaban esperar hasta que volviera la exaltación. Para Lutero no volvía porque la enemistad entre el hombre y Dios era demasiado grande. Con toda su impotencia, el hombre es un rebelde contra su Hacedor.

La agudeza de la angustia de Lutero nacía de su sensibilidad a todas las dificultades que a la vez se le presentaban al hombre. Si hubiera podido tomarlas una por una, hubiera podido mitigarlas más fácilmente. Para los que están preocupados por pecados particulares, la Iglesia ofrece perdón a través del sistema de la penitencia, pero el perdón depende de condiciones que, para Lutero, eran inalcanzables. Para los que son demasiado débiles para soportar las pruebas está el camino místico de dejar de luchar y perderse en el abismo de Dios. Pero Lutero no podía concebir a Dios como un abismo hospitalario para el hombre, el impuro. Dios es santo, majestuoso, devastador, destructor.

*¿No sabéis que Dios habita en luz inaccesible? Nosotros, débiles e impuras criaturas, nos dejamos tentar y pretendemos escudriñar y comprender la incomprensible majestad de la impenetrable luz de las maravillas de Dios. Nos acercamos; hasta nos atrevemos a acercarnos. ¡Cómo ha de asombrarnos que su majestad caiga sobre nosotros y nos aplaste!*

Tan aguda se había hecho la angustia de Lutero que aun los más simples consuelos de la religión no lograban darle paz. Ni aun la oración podía aquietar sus temores, pues cuando se hallaba arrodillado el Tentador venía y le decía: "Querido compañero, ¿para qué rezas? Mira qué silencioso está todo alrededor de ti. ¿Crees que Dios escucha tu oración y te presta atención?"

Staupitz trataba de conseguir que Lutero viera que estaba haciendo demasiado difícil la religión. Sólo una cosa es necesaria, y ésta es amar a Dios. Este era otro consejo favorito de los místicos, pero la palabra que debía ser consoladora le atravesaba como una flecha. ¿Cómo podía nadie amar a Dios, que es un fuego consumidor? El salmo dice: "Sirve al Señor con temor." ¿Quién, pues, puede amar a un Dios iracundo, justiciero y condenador? ¿Quién puede amar a un Cristo que está sentado sobre un arcoiris, enviando las almas condenadas a las llamas del infierno?

La sola vista de un crucifijo era para Lutero como un rayo. Escapaba, entonces, del iracundo Hijo a la misericordiosa Madre. Apelaba a los Santos, de los cuales había elegido veintiuno como sus patronos especiales, tres para cada día de la semana. Pero de nada valía todo esto, pues, ¿de qué sirve cualquier intercesión si Dios continúa enojado?

La duda definitiva y más devastadora de todas asaltaba también al joven. Quizá ni aun Dios mismo es justo. Este recelo surgió en dos formas, relacionadas con la concepción del carácter y el comportamiento de Dios. Para ambas es fundamental la idea de que Dios es demasiado absoluto para estar condicionado por consideraciones de justicia humana. Los últimos escolásticos, entre los que había sido formado Lutero, pensaban que Dios es tan incondicionado que no está sometido a ninguna ley salvo aquellas de su propia hechura. Él no está obligado a conferir recompensas o las acciones de los hombres, por más meritorias que ellas sean. Normalmente se puede esperar que Dios lo haga, pero no hay ninguna certeza completa. Para Lutero esto significaba que Dios es caprichoso y que el destino del hombre es imprevisible. La segunda concepción era aun más desconcertante, porque sostenía que el destino del hombre está ya determinado, quizás adversamente. Dios es tan absoluto, que nada puede ser contingente. El destino del hombre ha sido decretado desde la creación del mundo, y en gran medida también el carácter del hombre está ya fijado. Esta concepción era tanto más autorizada para Lutero cuanto que había sido expuesta por el fundador de su orden, San Agustín, quien, siguiendo a Pablo, sostenía que Dios había escogido ya algunos vasos para honor y otros para deshonor, independientemente de sus méritos. Los perdidos están perdidos, hagan lo que hicieren; los

salvados están salvados, hagan lo que hicieren. Para los que creen que están salvados esto es un consuelo inefable, pero para los que se creen condenados es un tormento horrible.

Lutero exclamaba:

*¿Acaso no va contra toda razón natural que Dios, por su propio capricho, abandone a los hombres, los endurezca, los condene, como si se deleitara con los pecados y los tormentos eternos de los desgraciados, El, de quien se dice que tiene tanta misericordia y bondad? Esto parece injusto, cruel e intolerable en Dios, y muchísimos se han escandalizado por esto en todas las edades. ¿Y quién no lo haría? Yo mismo, más de una vez, he sido arrastrado a los propios abismos de la desesperación, hasta el punto de desear no haber sido creado nunca. ¿Amar a Dios? ¡Yo lo odiaba!*

La palabra blasfema había sido pronunciada. Y la blasfemia es el pecado supremo porque es una ofensa contra el más excelso de todos los seres, Dios, el augusto. Lutero se lo contó a Staupitz, y su respuesta fue: "Ich verstebe es nicht!"—"¡No comprendo!" ¿Era, pues, Lutero el único que sufría de tales calamidades en todo el mundo? ¿Nunca había pasado Staupitz por tales pruebas? "No —le contestó—, pero creo que la culpa la tienen tu comida y tu bebida." Evidentemente, sospechaba que Lutero cultivaba sus preocupaciones. La única palabra de seguridad que pudo darle fue recordarle que la sangre de Cristo había sido derramada para la remisión de los pecados. Pero Lutero estaba demasiado obsesionado por el cuadro de Cristo el Vengador para consolarse con el pensamiento de Cristo el Redentor.

Staupitz se puso entonces a buscar alguna cura eficaz para este espíritu atormentado. Reconocía en él a un hombre lleno de celo, sensibilidad religiosa y dotes poco comunes. Era una contrariedad que sus dificultades fueran tan enormes y tan persistentes. Evidentemente, los argumentos y consuelos usuales no le hacían ningún bien. Debía hallarse algún otro camino. Un día, bajo el peral del jardín del claustro agustino —Lutero siempre tuvo predilección por ese peral—, el vicario informó al hermano Martín que debía estudiar para lograr su grado de doctor, para poder predicar y asumir la cátedra de Biblia en la Universidad. Lutero abrió la boca, tartamudeó quince razones por las cuales no podía hacer tal cosa. La suma de todo ello era que tanto trabajo lo ataría. "Muy bien —le contestó Staupitz—, Dios tiene muchísimo trabajo para los hombres inteligentes en el cielo."

Hacía bien en tartamudear Lutero, pues la proposición de Staupitz era audaz, si no temeraria. Un joven al borde de un colapso nervioso provocado por problemas religiosos iba a ser nombrado maestro, predicador y consejero de almas enfermas, Staupitz le decía prácticamente: "Médico, cúrate curando a los demás." Debe de haber tenido la convicción de que Lutero era fundamentalmente sano y que si se le confiaba la cura de las almas se sentiría dispuesto, en favor de ellas, a volverse de las amenazas a las promesas, y algo de la gracia que pediría para ellas podría caer también sobre él.

Staupitz sabía también que Lutero podía ser ayudado por la materia que debería enseñar. La cátedra destinada a él era la que Staupitz mismo había ocupado, la cátedra de Biblia. Se está tentado de suponer que él se retiraba discretamente para llevar a ese hermano agonizante a luchar con el libro básico de su religión. Podemos preguntarnos por qué Lutero mismo no había pensado en esto. La razón no es que la Biblia fuese inaccesible, sino que Lutero seguía un curso prescrito y la Biblia no era una asignatura en la educación teológica.

Sin embargo, todo el que busca descubrir el secreto del cristianismo es llevado inevitablemente a la Biblia, porque el cristianismo está basado en algo que sucedió en el pasado: la encarnación de Dios en Cristo es un punto definido de la historia. Y la Biblia registra este suceso.

### **La experiencia evangélica**

Lutero se puso a estudiar y exponer las Sagradas Escrituras. El 1º de agosto de 1513 empezó sus clases sobre el libro de los Salmos. Al terminar el año 1515 estaba dando clases sobre la epístola de Pablo a los Romanos. La epístola a los Gálatas fue tratada en el curso 1516-1517. Estos estudios resultaron ser para Lutero el camino de Damasco. La tercera gran crisis religiosa que resolvió su inquietud fue como una vocecita silenciosa en comparación con el terremoto del primer cataclismo en la tormenta en Stotternheim y el fuego del segundo temblor que lo consumiera al decir su primera misa. Ningún coup de foudre, ninguna aparición celestial, ninguna ceremonia religiosa, precipitó la tercera crisis. El lugar no fue un camino solitario en una tormenta cegadora, ni siquiera el altar sagrado, sino simplemente el estudio en la torre del monasterio agustino. La solución para los problemas de Lutero vino en medio del cumplimiento de la tarea diaria.

Sus primeras clases fueron sobre el libro de los Salmos. Debemos tener presente su método de leer los Salmos y el Antiguo Testamento como un todo. Para él, como para su época, el Antiguo Testamento era un libro cristiano que preanunciaba la vida y muerte del Redentor.

La referencia a Cristo se hizo inequívoca cuando llegó al Salmo 22, cuyo primer versículo fuera recitado por Cristo al expirar en la cruz: "¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has desamparado?" ¿Cuál podía ser el significado de esto? Cristo, evidentemente, se había sentido abandonado, desamparado por Dios, dejado de su mano. Cristo también tenía Anfechtungen. La extrema desolación que Lutero decía que no podía soportar más de cinco minutos y vivir, había sido también experimentada por Cristo mismo en la hora de su muerte. Rechazado por los hombres, había sido también rechazado por Dios. ¡Cuánto peor debe de haber sido esto que los azotes, los clavos y las espinas! En el huerto había sudado sangre, lo que no había sucedido en la cruz. El descenso de Cristo a los infiernos no fue otra cosa que este sentimiento de alejamiento de Dios. Cristo había sufrido lo que Lutero sufría, o más bien, en los sufrimientos de Cristo Lutero se encontraba a sí mismo, así como Alberto Durero se representó a sí mismo en su cuadro del Varón de dolores.

¿Por qué tenía que haber conocido Cristo tal desesperación? Lutero sabía perfectamente bien por qué la sufría él mismo: él era débil en presencia del Todopoderoso; él era impuro en presencia del Santísimo; él había blasfemado contra la Divina Majestad. Pero Cristo no era débil; Cristo no era impuro; Cristo no era impío. ¿Por qué, entonces, había sido abrumado en tal forma por la desolación? La única respuesta debía de ser que Cristo tomó sobre sí la iniquidad de todos nosotros. Él, que no tenía pecados, se convirtió en pecado por nosotros, y se identificó con nosotros hasta el punto de participar en nuestro extrañamiento. Él, que era verdaderamente hombre, experimentó en tal forma su solidaridad con la humanidad como para sentirse, junto con el género humano, separado del Santísimo. ¡Qué nueva era esta visión de Cristo! ¿Dónde, pues, está el juez sentado sobre el arco iris para condenar a los pecadores? Continúa siendo el juez. Debe juzgar, así como la verdad juzga al error y la luz a las tinieblas; pero al juzgar sufre con aquellos a quienes debe condenar y se siente como ellos sometidos a la condenación. El juez sobre el arco iris se ha convertido en el desamparado en la cruz.



También hay aquí una nueva visión de Dios. El Terrible es también el Misericordioso. La ira y el amor se funden en la cruz. El horror del pecado no puede ser negado ni olvidado; pero Dios, que no desea que el pecador muera, sino que se convierta y viva, ha encontrado la reconciliación en los tormentos de la amarga muerte. No es que el Hijo, por su sacrificio, haya aplacado la ira del Padre; no es, primordialmente, que el Maestro, con su abnegada bondad, haya suplido nuestra deficiencia. Es que, en alguna forma inexplicable, en la enorme desolación del Cristo desamparado, Dios pudo reconciliar al mundo consigo. Esto no significa que todo el misterio esté aclarado. Dios está todavía cubierto a veces por espesas tinieblas. Casi hay dos Dioses: el Dios inescrutable cuyos caminos no pueden descubrirse y el Dios que se nos ha revelado en Cristo. Continúa siendo el fuego consumidor, pero arde para purgar y corregir y curar. No es un Dios de caprichosos designios, porque la cruz no es la última palabra. Él, que diera su Hijo a la muerte, también lo elevó y nos elevará con Él, si con Él morimos al pecado para elevarnos a una vida nueva.

¿Quién puede comprender esto? La filosofía no está a su altura. Sólo la fe puede captar un misterio tan elevado. Esta es la locura de la cruz que está oculta a los sabios y los prudentes. La razón debe retirarse. Ella no puede comprender que "Dios oculta tu poder en la debilidad, su sabiduría en la necedad, su bondad en la severidad, su justicia en los pecados, su misericordia en la ira."

¡Cuan sorprendente es que Dios en Cristo haga todo esto; que el Altísimo, el Santísimo, sea también el Amantísimo; que la inefable Majestad se humille y asuma nuestra carne, sujeta al hambre y el frío, a la muerte y la desesperación! Lo vemos yacer en el pesebre de un asno, trabajar en una carpintería, morir como un delincuente bajo los pecados del mundo. El evangelio no es tanto un milagro como una maravilla, y cada línea está impregnada de maravilla.

Lo que Dios hizo por primera vez en Cristo, debe hacerlo también en nosotros. Si aquel que no había hecho ningún mal fue abandonado en la cruz, nosotros, que estamos realmente alejados de Dios, debemos sufrir una profunda herida. No debemos vituperarlo por esta razón, puesto que la herida es para nuestra curación.

*El arrepentimiento que se ocupa de pensamientos apacibles es hipocresía. Debe haber en él un gran celo y un profundo dolor si queremos expulsar al hombre viejo. Cuando el rayo cae sobre un árbol o un hombre, hace dos cosas a la vez: primero hiende el árbol y mata súbitamente al hombre; en segundo término, vuelve la cara del hombre muerto y las ramas o el tronco del árbol hacia el cielo... Buscamos ser salvados, y a fin de poder salvarnos Dios casi condena. Están condenados los que huyen de la condenación, pues Cristo fue, entre todos los santos, el más condenado y el más desamparado.*

La contemplación de la cruz había convencido a Lutero de que Dios no es ni malicioso ni caprichoso. Si, como el samaritano, Dios debe primero verter en nuestras heridas el vino que arde, es para poder usar luego el aceite que suaviza. Pero todavía queda el problema de la justicia de Dios. La ira puede convertirse en misericordia y Dios será tanto más el Dios cristiano; pero si la justicia se disuelve en lenidad, ¿cómo puede ser el Dios justo que describen las Escrituras? El estudio del apóstol Pablo resultó de inestimable valor para Lutero en este punto, y al mismo tiempo le enfrentó con el escollo final, porque Pablo habla inequívocamente de la justicia de Dios. Lutero temblaba ante la sola expresión. Sin embargo siguió aferrándose a Pablo, que, era evidente, había agonizado de angustia precisamente sobre su propio problema y encontrado una solución. La luz irrumpió por fin a través del examen de los matices exactos del significado de la

lengua griega. Se comprende por qué Lutero no pudo nunca unirse a aquellos que descartaban las herramientas humanistas de la escolástica. En el griego de las epístolas de Pablo, la palabra justicia tiene un doble sentido, que se traduce como "justicia" y "justificadora". El primero es un estricto cumplimiento de la ley, como cuando un juez pronuncia la sentencia apropiada. La justificación es un proceso de especie semejante al que a veces tiene lugar si el juez suspende la sentencia, deja al prisionero en libertad condicional, expresa confianza e interés personal por él y en esa forma inspira tal resolución, que el hombre se regenera y la justicia misma es conservada en última instancia mejor que mediante la extracción de una libra de carne. En forma similar, el mejoramiento moral que resulta de la experiencia cristiana de regeneración, aun cuando no llegue a la perfección, puede ser considerado como una vindicación de la justicia de Dios.

Pero aquí termina toda analogía con lo humano. Dios no condiciona su perdón a la esperanza de futuros cumplimientos. Y el hombre no se reconcilia con Dios por ninguna realización de su parte, ya sea ésta presente o prevista. De parte del hombre, el único requisito es la fe, que significa creer que Dios estaba en Cristo buscando salvarnos; confianza en que Dios mantendrá sus promesas, y sumisión a su voluntad y a sus caminos. La fe no es una realización. Es un don. Pero sólo viene escuchando y estudiando la Palabra. En ese aspecto, la propia experiencia de Lutero se convirtió en normativa. Para todo el proceso de ser convertido en un hombre nuevo, Lutero adoptó la terminología de la "justificación por la fe", de Pablo. Estas son las palabras de Lutero:

*Con ardiente anhelo ansiaba comprender la Epístola de Pablo a los Romanos y sólo me impedía una expresión: "la justicia de Dios", pues la interpretaba como aquella justicia por la cual Dios es justo y obra justamente al castigar al injusto. Mi situación era que, a pesar de ser un monje sin tacha, estaba ante Dios como un pecador con la conciencia inquieta y no podía creer que pudiera aplacarlo con mis méritos. Por eso no amaba yo al Dios justo que castiga a los pecadores, sino que más bien lo odiaba y murmuraba contra él. Sin embargo, me así, a Pablo y anhelaba con ardiente sed saber qué quería decir.*

*Reflexioné noche y día hasta que vi la conexión entre la justicia de Dios y la afirmación de que "el justo vivirá por la fe". Entonces comprendí que la justicia de Dios es aquella por la cual Dios nos justifica en su gracia y pura misericordia.*

*Desde entonces me sentí como renacido y como si hubiera entrado al paraíso por puertas abiertas de par en par. Toda la Sagrada Escritura adquirió un nuevo aspecto, y mientras antes la "justicia de Dios" me había llenado de odio, ahora se me tornó inefablemente dulce y digna de amor. Este pasaje de Pablo se convirtió para mí en una entrada al cielo...*

*Si tienes verdadera fe en que Cristo es tu Salvador, ves de inmediato que tienes un Dios lleno de gracia, pues la fe te lleva y te abre el corazón y la voluntad de Dios, para que puedas ver su pura gracia y amor desbordante. El contemplar a Dios por la fe hace ver su paternal y amistoso corazón, en el cual no hay ira ni aspereza. El que ve a Dios iracundo no lo ve como es debido, sino que ve solamente una cortina, una pantalla, como si se hubiera echado una nube oscura sobre su cara.*

Lutero había llegado a una nueva concepción de Cristo y una nueva concepción de Dios. Había llegado a amar al sufriente Redentor y al Dios revelado en el Calvario. Pero, después de todo, ¿eran ellos suficientemente poderosos para liberarlo de todas las huestes del infierno? La cruz había resuelto el conflicto entre la ira y la misericordia de Dios, y a través de Pablo había

visto cómo se concilia el perdón de Dios con su justicia, pero, ¿qué decir del conflicto entre Dios y el Demonio? ¿Es Dios el señor de todo, o Él mismo es estorbado por las hordas demoníacas? Hace unos años estos problemas hubieran parecido al hombre moderno meras reliquias del medievalismo y el temor a los demonios hubiera sido disipado sencillamente negando su existencia. En la actualidad, somos víctimas de tantas cosas siniestras, que estamos inclinados a preguntarnos, si no hay quizá fuerzas malignas en los lugares celestes. Todos aquellos que han conocido los tormentos del desequilibrio mental comprenderán la imagen de las manos satánicas que los arrastran a su condenación. La respuesta de Lutero no era científica, sino religiosa. No disipaba a los demonios encendiendo una luz eléctrica, porque para él habían sido puestos en fuga hacía tiempo, cuando se rasgó el velo del templo y tembló la tierra y las tinieblas descendieron sobre la faz de la tierra. Cristo en su enorme angustia había fundido la ira y la misericordia de Dios y puesto en fuga a todas las legiones de Satán.

En los himnos de Lutero puede oírse el paso marcial de los ejércitos, los gritos de batalla y el canto de triunfo.

*En las mazmorras del demonio yacía yo encadenado;  
Los tormentos de la muerte se cernían sobre mí.  
Mi pecado me devoraba noche y día.  
En el que mi madre me dio el ser.  
Mi angustia se hacía cada vez más grande,  
No tenía placer en vivir  
Y el pecado me enloquecía.  
Luego llegó el Padre perturbado y dolorido  
De verme languidecer para siempre.  
La Eterna Piedad juró entonces  
Salvarme de mi angustia. Volvió hacia mí su paternal corazón Y escogió para sí una  
amarga parte, Su Muy Amado le costó hacerlo.  
Así habló el Hijo: "Aférrate a mí, Desde ahora en adelante eso harás. He dado mi propia  
vida por ti Y por ti la expondré. Pues Yo soy tuyo y tú eres mío, Y donde Yo estoy  
entrelazando nuestras vidas, El Viejo Demonio nada puede hacer.*

## Capítulo IV LA ARREMETIDA

Las nuevas concepciones de Lutero contenían ya la médula de su teología madura. Las ideas salientes fueron presentadas en sus clases sobre los Salmos y la Epístola a los Romanos desde 1513 a 1516. Lo que vino después no fue sino comentarios y afirmación de la teoría para evitar una mala estructuración de la misma. El centro alrededor del cual todos los pétalos se cerraban era la afirmación del perdón de los pecados a través de la absolutamente inmerecida gracia de Dios, hecha posible por la cruz de Cristo, quien reconcilió la ira y la misericordia, puso en fuga a las huestes del infierno, triunfó sobre el pecado y la muerte, y con la resurrección manifestó ese poder que permite al hombre morir al pecado y resucitar a una vida nueva. Esto era, por supuesto, la teología de Pablo ensalzada, intensificada y aclarada. Lutero nunca iría más allá de esos dogmas cardinales.

La evolución posterior consistió más bien, en el sentido positivo, en extraer inferencias prácticas para su teoría de los sacramentos y la Iglesia, y, en el sentido negativo, en el descubrimiento de discrepancias con el catolicismo contemporáneo. Al principio, Lutero no encaró otra reforma que la de la educación teológica, dando mayor importancia a la Biblia que a las decretales y a la escolástica. Por supuesto, esto no implica que fuera indiferente a los males de la Iglesia. En sus notas para las clases sobre la Epístola a los Romanos fustigaba repetidamente la lujuria, avaricia, ignorancia y gula del clero y vituperaba explícitamente la chicanería del papa guerrero Julio II. Sin embargo es dudoso que hayan sido pronunciadas estas diucas, pues nada se dice de ellas en las notas tomadas por los estudiantes en las clases. Lutero, en realidad, se sentía menos impelido que algunos de sus contemporáneos a gritar su protesta contra los abusos inmorales de la Iglesia.

La razón era que estaba demasiado ocupado. En octubre de 1516 escribía a un amigo:

*En realidad, necesitaría dos secretarios. Durante todo el día casi no hago más que escribir cartas. Soy predicador conventual, lector en la mesa, predicador parroquial, director de estudios, prior de once conventos, administrador de una piscina de Litzkau, arbitro de un litigio en Torgau, dicto clases sobre Pablo, recopilo material para un comentario sobre los Salmos y, como dije, debo escribir cartas continuamente. Raramente tengo tiempo libre para leer las Horas y decir misa, para no mencionar mis luchas personales con el mundo, el demonio y la carne. Ya veis qué clase de holgazán soy.*

Pero precisamente de estos trabajos nacieron sus actividades como reformador.

Como predicador parroquial en una iglesia de aldea era responsable del bienestar espiritual de su rebaño. Ellos procuraban obtener indulgencias como él mismo lo había hecho alguna vez. Roma no era el único lugar donde podían alcanzarse tales favores, pues los papas delegaban en muchas iglesias de la cristiandad el privilegio de dispensar indulgencias, y la Iglesia del Castillo de Wittenberg era beneficiaria de una concesión muy poco usual que aseguraba la completa remisión de todos los pecados. El día elegido para la proclamación era el 1º de noviembre, día de Todos los Santos, cuyos méritos proporcionaban la base de las indulgencias y cuyas reliquias se hallaban entonces en exhibición. Federico el Sabio, Elector de Sajonia, el príncipe de Lutero, era un hombre de simple y sincera piedad que había dedicado toda su vida a hacer de Wittenberg la Roma de Alemania como depositaria de reliquias santas. Había hecho viajes a todas las partes de Europa y las negociaciones diplomáticas fueron facilitadas por un

intercambio de reliquias; p. ej., el rey de Dinamarca le había enviado fragmentos del Rey Canuto y Santa Brígida.

La colección tenía como núcleo una espina genuina de la corona de Cristo, de la que se certificaba que había estado clavada en la frente del Salvador. A partir de ese tesoro heredado, Federico aumentó de tal modo la colección, que el catálogo ilustrado por Lucas Cranach en 1509 registraba 5.005 partículas, a las cuales se atribuían indulgencias calculadas para reducir el purgatorio en 1443 años. La colección comprendía un diente de San Jerónimo, cuatro piezas de San Crisóstomo, seis de San Bernardo y cuatro de San Agustín; cuatro cabellos de Nuestra Señora, tres trozos de su manto, cuatro de su cinturón y siete del velo salpicado con la sangre de Cristo. Las reliquias de Cristo comprendían un trozo de sus pañales, trece de su pesebre, una brizna de paja, un trozo de oro traído por los Reyes Magos y tres de mirra, un pelo de la barba de Cristo, un clavo de sus manos, un trozo del pan comido en la Última Cena, un pedazo de la piedra sobre la cual Jesús se paró para ascender a los cielos y un retoño de la zarza ardiente de Moisés. Hacia 1520 la colección de huesos sagrados llegaba a 19.013. Los que miraban las reliquias en el día designado y hacían las contribuciones estipuladas podían recibir del papa indulgencias para la reducción del purgatorio, para sí o para otros, en un período de 1.909.202 años y 270 días. Tales los tesoros al alcance de los fieles el día de Todos los Santos.

En sus sermones del año 1516 Lutero criticó tres veces estas indulgencias. La tercera de estas ocasiones fue la víspera de Todos los Santos. Lutero habló moderadamente y sin seguridad en todos los puntos. Pero en algunos su seguridad era absoluta. Ninguno, declaró, puede saber si la remisión de los pecados es completa, porque la completa remisión es concedida solamente a aquellos que muestran contrición y hacen una confesión perfecta, y nadie puede saber si la contrición y confesión son perfectas. Es temerario afirmar que el papa puede liberar las almas del purgatorio. Si puede hacerlo, es una crueldad no liberar a todas. Pero si posee esta capacidad, está en condiciones de hacer más por los muertos que por los vivos. En todo caso, la compra de indulgencias es muy peligrosa y puede llevar a la complacencia. Las indulgencias sólo pueden remitir las penas particulares impuestas por la Iglesia y pueden fácilmente militar contra la penitencia interior, que consiste en verdadera contrición, verdadera confesión y verdadera reparación en espíritu.

Lutero hace constar que el elector tomó a mal este sermón. Y bien podía hacerlo, porque las indulgencias no sólo servían para dispensar los méritos de los santos, sino también para recoger dinero. Eran la lotería del siglo XVI. Esta práctica nació de las Cruzadas. Al principio, las indulgencias eran concedidas a los que sacrificaban o arriesgaban su vida luchando contra el infiel, y luego fueron extendidas a aquellos que, no pudiendo ir a Tierra Santa, hacían contribuciones para la empresa. El asunto resultó tan lucrativo, que pronto se extendió para cubrir la construcción de iglesias, monasterios y hospitales. Las catedrales góticas fueron financiadas de este modo. Federico el Sabio estaba usando una indulgencia para reconstruir un puente sobre el Elba. No hay que creer que las indulgencias hubieran degenerado en una cosa puramente mercenaria. Los predicadores conscientes trataban de despertar el sentimiento del pecado y es de presumir que sólo aquellos genuinamente preocupados por él las compraban. Sin embargo, la Iglesia actual admite sin reservas que el tráfico de indulgencias era un escándalo, tanto, que un predicador de la época resumía los requisitos para obtenerlas a los tres siguientes: contrición, confesión y contribución.

Un grabado de Holbein muestra cómo la entrega de la carta de indulgencia era regulada de modo de no anticipar la caída del dinero en el cofre. Vemos en este grabado una cámara en la que se encuentra el papa en su trono. Probablemente sea León X, porque en las paredes aparecen repetidas las armas de los Medici. El papa está entregando una carta de indulgencia a un

dominico que se encuentra arrodillado. En el coro, a cada lado, están sentados una serie de dignatarios de la Iglesia. A la derecha, uno de ellos pone la mano sobre la cabeza de un joven arrodillado y con un bastón señala un gran cofre de hierro para las contribuciones, en donde una mujer deja caer su óbolo. En la mesa de la izquierda, varios dominicos preparan y dispensan indulgencias. Uno de ellos rechaza a un pordiosero que no tiene nada que dar en cambio, mientras otro cuenta cuidadosamente el dinero y retiene las indulgencias hasta haber recibido toda la cantidad. En contraste, muestra a la izquierda el verdadero arrepentimiento de David, de Manases y un notorio pecador, que se dirigen a Dios. Las indulgencias dispensadas en Wittenberg servían para sostener la iglesia del castillo y la Universidad. El ataque de Lutero, en otras palabras, iba contra las rentas de su propia institución. El primer golpe no era, por cierto, la rebelión de un alemán explotado contra la expoliación de su país por el codicioso papado italiano. Por más que en años posteriores los seguidores de Lutero puedan haber sido impulsados por tales consideraciones, el primer ataque no tenía ese motivo. Era el de un sacerdote responsable de la salud eterna de su rebaño. Debía advertirles contra las trampas espirituales, sin preocuparse por lo que pudiera sucederles a la iglesia del castillo o a la Universidad.

### **La indulgencia para la basílica de San Pedro**

En 1517, al año siguiente, su atención fue reclamada por otro ejemplo del tráfico de indulgencias, preñado de significaciones de largo alcance. El asunto nació de las pretensiones de dominio de la vida eclesiástica y civil de Alemania por parte de la casa de Hohenzollern. La acumulación de beneficios eclesiásticos en una sola familia era un medio excelente para lograr este fin, pues cada obispo controlaba amplios ingresos y algunos obispos eran, además, príncipes. Alberto de Brandemburgo, de la casa de Hohenzollern, cuando todavía no había llegado a la edad para ser obispo, tenía ya las sedes de Halberstadt y Magdeburgo, y aspiraba al arzobispado de Maguncia, lo que lo haría el primado de Alemania.

Sabía que tendría que pagar bien por este puesto. Los gastos de instalación eran de diez mil ducados, y la parroquia no podía afrontarlos, pues había quedado exhausta con la muerte de tres arzobispos en una década. Uno de ellos se disculpaba por morir al cabo de sólo cuatro años, pues con ello cargaba a sus feligreses con el pago de los derechos de su sucesor. La diócesis ofreció el puesto a Alberto si él mismo pagaba los derechos. Alberto se daba cuenta de que el papa le cobraría, además, por la irregularidad de tener tres diócesis a la vez, y quizá algo más para contrarrestar la presión de la casa rival, los Habsburgo, sobre el papado.

Pero Alberto confiaba en que el dinero hablaría, porque el papa lo necesitaba muchísimo. El pontífice era en ese momento León X, de la casa de los Medici, tan elegante e indolente como un gato persa. Su principal distinción consistía en su capacidad para derrochar los recursos de la Santa Sede en carnavales, guerras, juegos y cacerías. No permitía que los deberes de su sagrado oficio se interpusieran en la práctica de los deportes. Usaba altas botas cazadoras que impedían que se le besara el dedo del pie. Los recursos de tres papados fueron disipados por su disolución: los bienes de sus predecesores, los suyos y los de su sucesor. El historiador católico Ludwig von Pastor declaró que la ascensión de este hombre a la cátedra de San Pedro en una hora de crisis, "un hombre que ni siquiera entendía las obligaciones de su elevado oficio, fue una de las más severas pruebas a que Dios sometiera jamás a su Iglesia".

En ese momento León estaba especialmente necesitado de fondos para completar un proyecto empezado por su predecesor: la construcción de la nueva basílica de San Pedro. La antigua basílica de madera, construida en la época de Constantino, había sido condenada y el titánico papa Julio II había intimado al consistorio a que aprobara el grandioso proyecto de erigir

una cúpula tan grande como el Panteón sobre los restos de los apóstoles Pedro y Pablo. Los cimientos fueron echados; Julio murió; la obra se retrasaba; crecían malezas en las columnas. León tomó posesión de su cargo; necesitaba dinero.

Las negociaciones de Alberto con el papado fueron conducidas con la mediación de la casa de banca alemana de los Fugger, que tenía el monopolio de las finanzas papales en Alemania. Cuando la Iglesia necesitaba fondos adelantados sobre sus rentas, los tomaba prestados a intereses usurarios de los Rothschild o los Morgan del siglo XVI. Se entregaban indulgencias para pagar las deudas, y los Fugger supervisaban su recolección. Conociendo el papel que, en última instancia, estos banqueros desempeñarían, Alberto recurrió a ellos para las negociaciones iniciales. Se le informó que el papa pedía doce mil ducados, por los doce apóstoles. Alberto ofreció siete mil, por los siete pecados capitales. Transigieron en diez mil, aunque no ha de haber sido por los diez mandamientos. Alberto debía pagar antes de conseguir su designación, y tomó prestada la suma de los Fugger. Entonces el papa, para que Alberto pudiera reembolsarse esta suma, le concedió el privilegio de dispensar una indulgencia en sus territorios por un período de ocho años. La mitad de las ganancias, además de los diez mil ducados ya pagados, irían al papa para la construcción de la nueva San Pedro; la otra mitad iría a reembolsar a los Fugger.

Estas indulgencias no fueron ofrecidas realmente en la parroquia de Lutero, porque la Iglesia no podía introducir una indulgencia sin el consentimiento de las autoridades civiles, y Federico el Sabio no iba a permitir su venta en sus tierras porque no deseaba que la indulgencia de San Pedro compitiera con las indulgencias de Todos los Santos. En consecuencia, los vendedores no entraron en el electorado de Sajonia, pero llegaron lo suficientemente cerca como para que los feligreses de Lutero pudieran cruzar la frontera y volver con las mas sorprendentes concesiones.

En las instrucciones a los vendedores, Alberto alcanzó el pináculo de las pretensiones en lo que respecta a los beneficios espirituales que concederían las indulgencias. No hada ninguna referencia a la devolución de su deuda a los Fugger. Las instrucciones declaraban que Su Santidad el papa León X había proclamado una indulgencia plenaria para solventar los gastos que exigía el remediar el triste estado de los santos apóstoles Pedro y Pablo y los innumerables mártires y santos cuyos huesos yacían convirtiéndose en polvo, sometidos a una constante profanación por la lluvia y el granizo. Los compradores gozarían de una plenaria y perfecta remisión de todos los pecados. Serían devueltos al estado de inocencia de que gozaran en el bautismo y aliviados de todas las penas del purgatorio, incluso aquellas en que incurrieran por una ofensa a la Divina Majestad. Los que buscaran indulgencias a favor de los muertos que ya estaban en el purgatorio no necesitaban estar contritos y confesar sus pecados.

Por lo tanto —continuaban diciendo las instrucciones—, que la cruz de Cristo y las armas del papa sean plantadas en los puntos de predicación para que todos puedan contribuir de acuerdo a su capacidad. Reyes y reinas, arzobispos y obispos y otros grandes príncipes debían dar veinticinco florines de oro. Los abades, los prelados de catedrales, los condes, barones y otros grandes nobles y sus esposas eran tasados en veinte. Otros prelados y nobles de menor escala debían dar seis. La tarifa para burgueses y comerciantes era de tres. Para los de menores recursos, de uno.

*Y como no estamos menos inquietos por la salvación de las almas que por la construcción de este edificio, nadie se irá con las manos vacías. El hombre muy pobre puede contribuir con oraciones y ayunos, pues el Reino de los Cielos pertenece no sólo al rico sino también al pobre.*

La proclamación de esta indulgencia fue confiada al dominico Tetzal, vendedor experimentado. Cuando se acercaba a una ciudad, era recibido por los dignatarios, quienes luego entraban con él en solemne procesión. Una cruz con las armas papales le precedía, y la bula de indulgencia del papa era llevada en alto sobre un almohadón de terciopelo bordado en oro. La cruz era plantada solemnemente en el mercado, y empezaba el sermón:

*Escuchad: Dios y San Pedro os llaman. Pensad en la salvación de vuestras almas y las de vuestros queridos difuntos. Vos sacerdote, vos noble, vos mercader, vos doncella, vos matrona, vos joven, vos anciano, entrad ahora en vuestra iglesia, que es la Iglesia de San Pedro. Visitad la santísima cruz erigida ante vos y que siempre os implora. ¿Habéis considerado que estáis azotados por una furiosa tempestad en medio de las tentaciones y peligros del mundo, y que no sabéis si podréis alcanzar el puerto, no para vuestro cuerpo mortal, sino para vuestra alma inmortal? Considerad que todos los que se hayan arrepentido y se hayan confesado y hayan pagado su óbolo recibirán completa remisión de todos sus pecados. Escuchad las voces de vuestros amados parientes y amigos muertos, que os imploran y dicen: "¡Tened piedad de nosotros! ¡Tened piedad de nosotros! Estamos en un terrible momento del cual podéis liberarnos con una dádiva diminuta." ¿No deseáis hacerlo? Abrid vuestros oídos. Escuchad al padre diciendo a su hijo, a la madre diciendo a su hija: "Te hemos dado el ser, alimentado, educado; te hemos dejado nuestra fortuna, y tú eres tan cruel y duro de corazón que no estás dispuesto a hacer tan poco para liberarnos. ¿Vas a dejarnos aquí entre las llamas? ¿Vas a retardar nuestra gloria prometida?" Recordad que podéis liberarlos, pues*

*En cuanto suena la moneda en el cofre El alma salta del purgatorio.*

*¿No queréis, entonces, por un cuarto de florín, recibir esta bula de indulgencia por intermedio de la cual podéis llevar a un alma divina e inmortal a la patria del paraíso?*

Estas arengas no se escuchaban en Wittenberg debido a la prohibición de Federico el Sabio, pero Tetzal estaba inmediatamente al otro lado de la frontera, no tan lejos que los feligreses de Lutero no pudieran hacer el viaje y volver con los perdones. Hasta decían que Tetzal afirmaba que las indulgencias papales podían absolver a un hombre que hubiera violado a la Madre de Dios, y que la cruz blasonada con las armas papales erigida por los vendedores de indulgencias era igual a la cruz de Cristo. Un grabado publicado algo más tarde por uno de los seguidores de Lutero mostraba a la cruz vacía de todo, salvo los agujeros de los clavos y la corona de espinas. Más prominentes, a su lado, se levantaban las almas papales con los globos de los Media, mientras que en el primer plano el vendedor pregonaba sus mercancías.

### **Las noventa y cinco tesis**

Esto era demasiado. Nuevamente, en la víspera de Todos los Santos, cuando Federico el Sabio ofrecería sus indulgencias, Lutero habló, pero esta vez por escrito, colocando en la puerta de la iglesia del castillo, según la práctica corriente, un cartel impreso en latín conteniendo noventa y cinco tesis para debate. Es probable que en ese momento Lutero no conociera todos los sórdidos detalles de la transacción de Alberto. Debe de haber sabido que Alberto obtendría la mitad de las ganancias, pero dirigió su ataque solamente contra el famoso sermón de Tetzal y las instrucciones impresas de Alberto, que evidenciaban el summum del desenfreno en las pretensiones en cuanto a la eficacia de las indulgencias. Sixto IV, en 1476, había prometido



inmediata liberación de las almas del purgatorio, de modo que el versito de Tetzel descansaba en la autoridad papal. Y León X en 1513 había prometido a los cruzados la remisión plenaria de todos los pecados y reconciliación con el Altísimo. Alberto reunió las anteriores pretensiones y además dispuso explícitamente de la contrición a aquellos que compraran para los muertos en el purgatorio.

Las Tesis de Lutero diferían de las proposiciones comunes para debate porque habían sido forjadas con ira. Las noventa y cinco afirmaciones son vigorosas, atrevidas, absolutas. En la discusión subsiguiente explicó su significado más plenamente. El resumen siguiente está sacado de las Tesis y también de las subsiguientes explicaciones. Había tres puntos principales: una objeción al destino confesado del dinero, una negación de los poderes del papa sobre el purgatorio, y una consideración de la salud del pecador.

El ataque se concentraba primero en el intento ostensible de gastar el dinero en cobijar los huesos de San Pedro debajo de un santuario universal de la cristiandad, Lutero replicaba:

*Los recursos de toda la cristiandad son devorados por esta insaciable basílica. Los alemanes se ríen de que se llame a propiedad común de la cristiandad. Pronto todas las iglesias palacios, murallas y puentes de Roma se construirán con nuestro dinero. Primero debemos mantener templos vivientes, luego las iglesias parroquiales, y por último de todo la basílica de San Pedro, que resulta inútil para nosotros. Nosotros, los alemanes, no podemos asistir a San Pedro. Mejor sería que nunca se la construyera y que no se desmoronaran nuestras iglesias parroquiales. El papa haría mejor en designar un buen párroco, así fuera para una sola iglesia, que conferir indulgencias a todas ellas. ¿Por qué no construye el papa la basílica de San Pedro de su propio peculio? Es más rico que Crespo. Mejor haría en vender la basílica de San Pedro y dar el dinero a las pobres gentes que han sido esquiladas por los traficantes de indulgencias. Si el papa conociera las exacciones de estos traficantes, preferiría que la basílica se redujera a cenizas antes que fuera construida con la sangre y la piel de sus ovejas.*

La polémica despertaría un profundo *Ja wohl* entre los alemanes, quienes por un tiempo habían estado sufriendo de un sentimiento de agravio contra la venalidad de la curia italiana y a menudo pasaban completamente por alto la venalidad de los confederados alemanes. Lutero mismo fue llevado a esta tergiversación aceptando el cuadro presentado por Alberto de que todo el dinero iba a Roma en vez de a los cofres de los Fugger. Sin embargo, en cierto sentido la descripción de Alberto era correcta. A él solamente le sería reembolsado el dinero que ya había ido a Roma. En todo caso, sin embargo, el aspecto financiero era el de menor importancia a los ojos de Lutero. Estaba dispuesto a cortar con toda la práctica aun cuando ni un florín saliera de Wittenberg.

El segundo punto negaba el poder del papa sobre el purgatorio para la remisión ya sea del pecado o de la pena. La absolución del pecado es dada al contrito en el sacramento de la penitencia.

Las indulgencias papales no quitan la culpa. Desconfía de aquellos que dicen que las indulgencias traen la reconciliación con Dios. El poder de las llaves no puede convertir la atrición en contrición. El que está arrepentido tiene plena remisión de la culpa y la pena sin indulgencias. El papa puede condonar solamente las penas que él mismo haya impuesto en la tierra, pues Cristo no dijo: "Lo que yo ate en el cielo podrás desatarlo en la tierra."

El papa no puede reducir las penas del purgatorio porque han sido impuestas por Dios, y el papa no tiene a su disposición un tesoro de créditos disponible para una transferencia.

*Los santos no tienen méritos sobrantes. Cada santo está obligado a amar a Dios de todo corazón. Entonces no existe supererogación. Si hubiera algún mérito sobrante, no podría ser almacenado para uso ulterior. El Espíritu Santo los hubiera usado por completo hace mucho tiempo. Cristo tenía por cierto méritos, pero hasta que se me convenza con mejores pruebas niego que ellos sean indulgencias. Sus méritos son libremente alcanzables sin las llaves del papa.*

*Por tanto sostengo que el papa no tiene poder sobre el purgatorio. Estoy dispuesto a rectificar este juicio si la Iglesia así lo decide. Si el papa tiene realmente el poder de liberar a cualquiera del purgatorio, ¿por qué, en nombre del amor, no suprime el purgatorio liberándolos a todos? Si por vil dinero ha liberado a incontables almas, ¿por qué, en nombre del más santo amor, no vacía todo el lugar? Un papa anterior dijo que la pretensión de poder liberar las almas del purgatorio es una temeridad. Decir que son liberadas en cuanto la moneda resuena en el cofre es incitar a la codicia. El papa haría mejor en regalar todo sin pago. El único poder que tiene el papa sobre el purgatorio es el de orar por las almas, y este poder es ejercicio por cualquier sacerdote o cura en su parroquia.*

Hasta aquí el ataque de Lutero no podría ser considerado, en ningún sentido, como herético u original. Aun cuando las instrucciones de Alberto se apoyaban en bulas papales, no se había producido todavía un pronunciamiento definitivo, y muchos teólogos habrían respaldado las exigencias de Lutero.

Pero todavía quedaba algo más devastador que decir:

*Las indulgencias son verdaderamente perjudiciales para el que las recibe porque impiden su salvación apartándolo de la caridad y despertando un falso sentimiento de seguridad. A los cristianos se les debe enseñar que aquel que da limosna al pobre es mejor que el que recibe una indulgencia. El que gasta su dinero en indulgencias en vez de aliviar la miseria no recibe la indulgencia del papa, sino la ira de Dios. Se nos dice que el dinero debe ser dado de preferencia al pobre solamente en caso de extrema necesidad. Eso suena como si no debiéramos vestir al desnudo ni visitar al enfermo. ¿Qué es extrema necesidad? ¿Por qué, me pregunto, la caridad natural tiene tal bondad que da espontáneamente y no discute la necesidad, sino que más bien trata de que no se produzca tal necesidad? Y el amor de Dios, que es incomparablemente más bondadoso, ¿no hará nada semejante? ¿Acaso dijo Cristo: "Que el que tenga una capa la venda y compre una indulgencia"? El amor cubre multitud de pecados y es mejor que todas las indulgencias de Jerusalén y Roma.*

*Las indulgencias son sumamente perniciosas porque inducen a la arrogancia y con ello ponen en peligro la salvación. Están condenadas las personas que creen que las bulas de indulgencia pueden asegurarles la salvación. Dios obra por medio de contrastes, de modo que un hombre se siente perdido precisamente en el momento en que es salvado. Si Dios quiere justificar a un hombre, lo condena. Si quiere vivificar, debe matar antes. La gracia de Dios se muestra en forma de ira, de modo que parece estar más lejos cuando está al alcance de la mano. El hombre debe exclamar primero que no hay nada bueno en él. Debe ser consumido por el terror. Estas son las penas del purgatorio. Yo no sé dónde se encuentra, pero sí sé que puede ser experimentado en esta vida. Conozco a un hombre que ha sufrido tales tormentos, que si hubieran durado un décimo de una hora lo hubieran reducido a cenizas. En esta angustia empieza la redención. Cuando un hombre*

*se cree completamente perdido, se hace la luz. La paz viene en la palabra de Cristo a través de la fe. El que no la tiene está perdido, aunque sea absuelto un millón de veces por el papa, y el que la tiene no desea ser liberado del purgatorio, pues la verdadera contrición busca y ama la pena. A los cristianos debe alentárselos a llevar la cruz. El que ha sido bautizado en Cristo debe ser como una oveja para el sacrificio. Los méritos de Cristo son infinitamente más poderosos cuando traen la cruz que cuando llevan remisiones.*

Las Noventa y cinco tesis de Lutero van desde las quejas de los agraviados alemanes a los gritos de un luchador en las vigiliass nocturnas. Una parte exigía alivio financiero, la otra exigía la crucifixión del yo. Las masas podían aprehender lo primero. Solamente unos pocos espíritus elegidos comprenderían la plena importancia de lo segundo, y sin embargo en ello reside el poder para crear una revolución popular. Durante más de un siglo había habido clamores contra la extorsión económica, sin resultados visibles. Los hombres fueron impulsados a la acción solamente por alguien que consideraba a las indulgencias no meramente como venales, sino como una blasfemia contra la santidad y la misericordia de Dios.

Lutero no tomó ninguna medida para difundir sus tesis entre el pueblo. Meramente invitaba a los eruditos a disputar y a los dignatarios a definir, pero hubo quienes tradujeron subrepticamente estas tesis al alemán y las dieron a la imprenta. Al poco tiempo se convirtieron en la comidilla de Alemania. Lo que Karl Barth dijo de su propio surgimiento inesperado como reformador, podría decirse igualmente de Lutero: que era como un hombre trepando en la oscuridad una escalera de caracol en la torre de una antigua catedral. En las tinieblas logró enderezarse y su mano asió una cuerda: su asombro fue enorme al escuchar el tañido de una campana.

## Capítulo V EL HIJO DE INIQUIDAD

Cuando colocó las tesis, Lutero no pensaba en su difusión general. Las hizo para aquellos interesados en estos asuntos. Envió una copia a Alberto de Maguncia con la siguiente carta:

*"Padre en Cristo e Ilustrísimo Príncipe: Perdonadme que yo, el más humilde de los hombres, ose escribir a Vuestra Sublimidad. Nuestro Señor Jesucristo es testigo de que me doy perfecta cuenta de mi insignificancia y mi indignidad. Me he atrevido a tanto debido a la obligación de fidelidad que debo a Vuestra Paternidad. Quiera Vuestra Alteza mirar hacia este grano de polvo y escuchar mi súplica de clemencia de vos y el papa."*

Lutero informa a continuación lo que ha oído acerca de las predicaciones de Tetzl, acerca de que por intermedio de las indulgencias se prometía a los hombres la remisión no sólo de la pena sino también de la culpa.

*¡Dios del cielo! ¿Es esta la forma en que las almas confiadas a vuestro cuidado son preparadas para la muerte? Debéis dar cuenta de todas ellas. Yo no puedo quedarme más tiempo callado. Debemos obrar nuestra salvación con temor y temblor. ¿Por qué, entonces, hacer que la gente se confíe en las indulgencias, que solamente pueden dar la remisión de las penas canónicas externas? Las obras de piedad y de caridad son infinitamente mejores que las indulgencias. Cristo no mandó predicar las indulgencias sino el Evangelio ¡Qué horror, qué peligro para un obispo si nunca predica a su grey el Evangelio sino la baraúnda de las indulgencias! En las instrucciones a los vendedores de indulgencias, publicadas bajo el nombre de Vuestra Paternidad, pero seguramente sin vuestro conocimiento y consentimiento [Lutero le ofrece con esto una salida], se llama a las indulgencias el don inestimable de Dios para reconciliar al hombre con Dios y vaciar el purgatorio. Se declara que la contrición es innecesaria. ¿Qué puedo hacer yo, Ilustre Príncipe, sino suplicar a Vuestra Paternidad, en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que suprimáis completamente estas instrucciones para que nadie se levante a refutar este libro y arroje oprobio sobre Vuestra Sublimidad, lo que no quisiera en absoluto, pero temo que suceda si no se hace algo rápidamente? Quiera Vuestra Paternidad aceptar mi fiel y obediente admonición. Yo también soy una de vuestras ovejas. Quiera Nuestro Señor Jesucristo guardaros siempre. Amén.*

Wittenberg, 1517, en la víspera de Todos los Santos.

*Si os dignáis echar un vistazo a mis tesis, veréis cuan dudosa es la doctrina de las indulgencias, que se proclaman, empero, con tanta confianza.*

*Martín Lutero, agustino, Doctor en Teología.*

Alberto envió las tesis a Roma. Se atribuye al papa León dos comentarios. Con toda probabilidad, ninguno es auténtico, pero ambos son reveladores. El primero era éste: "Lutero es un alemán borracho. Pensará de modo diferente cuando esté sobrio." Y el segundo: "Fray Martín es un muchacho brillante. Toda la pendencia se debe a la envidia entre los monjes."

Ambos comentarios, dondequiera que se originaran, contienen una cierta medida de verdad. Si bien Lutero no era un alemán borracho que opinaría de otra manera cuando estuviera sobrio, en cambio era un alemán airado que podría ser manejable si se lo ablandaba. Si el papa hubiera sacado de inmediato la bula que salió un año después, definiendo claramente la doctrina de las indulgencias y corrigiendo los abusos más notorios, Lutero habría podido ceder. En muchos puntos no estaba del todo convencido interiormente ni acuciado por ningún prurito de controversia. Repetidamente estuvo dispuesto a retirarse si sus oponentes abandonaban la disputa. Durante los cuatro años que estuvo pendiente su caso, sus cartas revelan una preocupación sorprendentemente escasa por la disputa pública. Estaba absorbido por sus deberes como profesor y sacerdote parroquial, y mucho más interesado por encontrar un beneficiado para la cátedra de hebreo en la universidad de Wittenberg que por quitar una capa de la tiara papal. Una acción inmediata y recta habría podido mitigar la explosión.

Pero el papa prefirió extinguir al fraile con un despabilado clandestino y designó un nuevo general de los agustinos para que "apaciguara a un monje de su orden, Martín Lutero de nombre, y así aplacar el fuego antes de que se convierta en una conflagración". La primera oportunidad se presentó al siguiente mes de mayo, en la reunión trienal regular del capítulo, que esa vez se realizaba en Heidelberg, Lutero debía informar a la terminación de su período como vicario y asimismo defender la teología del padre de la orden, San Agustín, concerniente a la depravación humana. La cuestión de las indulgencias no estaba en el orden del día, pero la teología agustiniana proporcionaba el fundamento para el ataque de Lutero.

Tenía razones para temer la ocasión. Advertencias de peligro le llegaron de muchas partes. Algunos de sus enemigos proclamaban que sería quemado dentro de un mes, y otros que dentro de dos semanas. Fue advertido de la posibilidad de que lo asesinaran en el camino a Heidelberg. "No obstante —escribía Lutero—, obedeceré. Voy a pie. Nuestro Príncipe [Federico el Sabio], sin que se lo haya solicitado, se ha preocupado de que bajo ninguna circunstancia sea yo llevado a Roma." Sin embargo, como precaución, Lutero viajó de incógnito. Después de cuatro días de caminar escribió: "Estoy realmente arrepentido de haber venido a pie. Como mi contrición es perfecta, ya he cumplido la penitencia completa y no hay necesidad de indulgencias."

Para su sorpresa, fue recibido en Heidelberg como huésped de honor. El Conde Palatino lo invitó a comer, junto con Staupitz y otros, y personalmente lo llevó a dar una vuelta para ver los ornamentos de la capilla y la armería. Ante el capítulo, Lutero defendió la tesis agustiniana de que aun los actos exteriormente rectos pueden ser pecados mortales ante los ojos de Dios.

"Si los campesinos os oyen decir esto, os apedrearán", fue el franco comentario de un oyente, pero los presentes protestaron airados. Hasta el capítulo llegaron cartas airadas contra Lutero, pero no hubo repercusiones. Los más viejos no hicieron más que sacudir la cabeza y los más jóvenes estaban entusiasmados. "Tengo la esperanza —dijo Lutero— de que así como Cristo, al ser rechazado por los judíos, se volvió a los gentiles, así esta teología verdadera, rechazada por los ancianos autorizados, pase a la generación más joven." Entre estos hombres jóvenes había varios que más tarde se convertirían en principales dirigentes del movimiento luterano. Estaban Juan Brenz, el reformador de Wurttemberg, y Martín Bucero, el dirigente de Estrasburgo. Éste era un dominico a quien se le había permitido asistir a la sesión pública. "Lutero —comentaba— tiene una maravillosa gracia en la respuesta y una invencible paciencia en la atención. En la argumentación muestra la agudeza del apóstol Pablo. Lo que Erasmo insinúa él lo dice abierta y francamente.

Lejos de ser dejado de lado por los hermanos, Lutero fue invitado a cabalgar de vuelta al hogar con la delegación de Nuremberg, hasta que sus caminos se separaron. Luego se trasladó al coche de los de Erfurt, donde se encontró al lado de su antiguo maestro, el doctor Usingen. "Conversé con él —dice Lutero— y traté de persuadirlo, pero no sé con qué éxito. Lo dejé pensativo y aturdido." En conjunto, Lutero sentía que volvía de obtener un triunfo. Lo resumió en el siguiente comentario: "Fui a pie. Volví en coche."

### **El ataque dominico**

Es concebible que los agustinos fueran más renuentes en reprimir a su turbulento hermano porque sus rivales, los dominicos, estaban tan decididamente en su contra. Esta es la verdad del segundo comentario atribuido al papa León. Los dominicos se unieron en ayuda de Tetzl, a quien se le concedió el grado de doctor para que pudiera estar en condiciones de publicar. En oportunidad de su promoción, defendió rotundamente la cantilena:

*En cuanto suena la moneda en el cofre  
Salta el alma del purgatorio.*

Su tesis fue impresa. Los estudiantes de Wittenberg, mediante robo o compra, reunieron ochocientos ejemplares y, sin que lo supiera el elector, la universidad ni Lutero, hicieron con ellos una fogata. Lutero se sintió muy embarazado por su impetuosidad. En cuanto a Tetzl, no se dignó darle respuesta.

Pero se sintió obligado a hacer declaraciones más completas al público general. Las Noventa y cinco tesis habían sido repartidas por el impresor en toda Alemania, a pesar de haber estado destinadas solamente a los teólogos profesionales. Sus muchas afirmaciones atrevidas exigían una explicación y aclaración, pero Lutero no pudo nunca limitarse a una mera reproducción o explicación de lo que había dicho anteriormente. Los sermones escritos a pedido el lunes no correspondían a las notas tomadas por los oyentes el domingo. Las ideas se agitaban de tal modo dentro de él, que de la cuba siempre salía manteca nueva. Las Resoluciones acerca de las noventa y cinco tesis contienen algunos puntos nuevos. Lutero había hecho el descubrimiento de que el texto bíblico de la Vulgata Latina, usado para apoyar el sacramento de la penitencia, era una traducción equivocada. En latín, Mateo 4: 17, decía penitentiam agite, "haced penitencia", pero en el Nuevo Testamento griego de Erasmo había aprendido Lutero que el original significaba simplemente "sed penitentes". El sentido literal era "cambia de ánimo". "Fortificado por este pasaje —escribía Lutero a Staupitz en la dedicatoria de las Resoluciones—, me atrevo a decir que están equivocados los que dan más importancia al acto en latín que al cambio de corazón en griego." Esto fue lo que Lutero mismo llamó un "deslumbrante" descubrimiento. En este ejemplo crucial un sacramento de la Iglesia no estaba apoyado en la institución de las Escrituras.

En forma muy casual, Lutero hizo otra observación por la que sería seriamente perseguido. "Supongamos —decía— que la Iglesia Romana fuera como fue una vez, antes de los días de Gregorio I, cuando no estaba por encima de las otras iglesias, por lo menos no por encima de la griega." Esto era decir que la primacía de la Iglesia Romana era un hecho histórico debido más a las exigencias de la historia que a una orden divina que se remontara a la fundación misma de la Iglesia.

Declaraciones de importancia tan arrebatadora pronto llevaron la controversia mucho más allá de una mera pendencia entre órdenes monásticas, y cada nueva etapa sirvió para desencadenar el radicalismo implícito en las presuposiciones de Lutero. Pronto se vio obligado a negar, no solamente el poder del papa para liberar del purgatorio, sino aun su poder para enviar a él. Al saber que estaba bajo excomunión, Lutero tuvo la temeridad de predicar sobre la excomunión, declarando, según los informes de oyentes hostiles, que la excomunión y la reconciliación afectan solamente la participación externa en la Iglesia, en la tierra, y no la gracia de Dios. Son impíos los obispos que excomulgan por asuntos de dinero, y deben ser desobedecidos. Estas cosas, que según sus adversarios habían sido afirmadas por Lutero, fueron impresas y mostradas en la dieta imperial a los delegados papales, quienes, según rumores, las enviaron a Roma. Lutero llegó a saber que le habían hecho un daño incalculable. Para aclarar su posición escribió para la imprenta lo que pudo recordar del sermón, pero sus intentos de reconciliación apenas si tuvieron éxito. Si la Madre Iglesia yerra en sus censuras, decía, debemos sin embargo honrarla como Cristo honró a Caifas, Anas y Pilatos. La excomunión se aplica solamente a la comunión externa de los sacramentos, a la sepultura y a las oraciones públicas. No entrega a un hombre al Demonio a menos que ya esté entregado a él. Sólo Dios puede cortar la comunión espiritual. Ninguna criatura puede separarnos del amor de Cristo. No necesitamos tener miedo de morir en estado de excomunión. Si la sentencia es justa, el hombre condenado, si se arrepiente, todavía puede salvarse; si es injusta, es bendecido.

El sermón no estuvo impreso hasta fines de agosto. Mientras tanto se esparcieron las versiones más provocativas de sus críticas. El papa no debía perder más tiempo. De los agustinos, que no colaboraban, se volvió a los dominicos. Silvestre Prierias, de la orden de Santo Domingo, Jefe del Palacio Sagrado de Roma, fue comisionado para bosquejar una réplica a Lutero. La hizo en poco tiempo. El párrafo inicial trasladaba el foco de la cuestión de las indulgencias a la excomunión y las prerrogativas del papa. Prierias declaraba que la Iglesia Universal es virtualmente la Iglesia de Roma. La Iglesia Romana consiste representativamente en los cardenales, pero virtualmente en el papa. Así como la Iglesia Universal no puede errar en puntos de fe y moral, ni tampoco puede un verdadero concilio, así tampoco la Iglesia Romana ni el papa pueden errar al hablar en carácter oficial. El que no acepte la doctrina de la Iglesia Romana y del romano Pontífice como regla infalible de fe, de la que las Sagradas Escrituras derivan fuerza y autoridad, es un hereje, y el que declara que en el asunto de las indulgencias la Iglesia Romana no puede hacer lo que realmente hace, es un hereje. Luego Arrierías procedía a refutar los errores de Lutero, describiéndolo de paso como un leproso con un cerebro de bronce y una nariz de hierro. Lutero replicó:

*Ahora siento haber despreciado a Tetzl. Ridículo como era, era más sagaz que vos. Vos ni citáis ningún pasaje de las Escrituras. Vos no dais razones. Como un demonio insidioso, pervertís las Escrituras. Vos decís que la Iglesia consiste virtualmente en el papa. ¿Qué abominaciones no tendréis que considerar como hechos de la Iglesia? Mirad el espantoso derrama miento de sangre provocado por Julio II. Mirad la tiranía ignominiosa de Bonifacio VIII, quien, como dice el proverbio, "entró como un lobo, reinó como un león y murió como un perro". Si la Iglesia consiste representativamente en los cardenales, ¿qué es para vos el concilio general de toda la Iglesia? Me llamáis leproso porque mezcló la verdad con el error. Me alegro de que admitáis que hay algo de verdad. Convertís al papa en un emperador en poder y autoridad. El emperador Maximiliano y los alemanes no tolerarán esto.*

El radicalismo de este párrafo reside no en sus invectivas sino en su afirmación de que el papa y un concilio pueden errar, y que solamente las Escrituras son la autoridad final. Antes de la aparición de esta declaración ya el papa había tomado medidas. El 7 de agosto Lutero recibió una citación para presentarse en Roma a responder a los cargos de herejía y contumacia. Se le daban sesenta días para presentarse. Al día siguiente Lutero escribió al elector para recordarle su seguridad previa de que el caso no sería llevado a Roma. Luego empezó una tortuosa serie de negociaciones que culminaron con la audiencia de Lutero ante la Dieta de Worms. La importancia de esta ocasión consiste en que una asamblea de la nación alemana asumió funciones de un concilio de la Iglesia Católica. Los papas estaban haciendo todo lo posible por sofocar o dominar los concilios. El resultado de esto fue que una asamblea secular asumió funciones conciliares, mas no sin que antes se ensayaran muchos otros expedientes.

### **Transferencia del caso a Alemania**

El paso inicial hacia la audiencia ante una dieta alemana fue el traslado del juicio de Lutero de Roma a Alemania. Con este fin, el 8 de agosto él solicitó la intervención del elector. El pedido no fue dirigido directamente a él sino al capellán de la corte, Jorge Spalatin, quien desde ese momento entra a desempeñar un gran papel como intermediario entre el profesor y el príncipe. Federico estaba deseoso de que su mano derecha pudiera pretender plausible ignorancia de lo que hacía su mano izquierda, y se cuidó muy bien de aparecer como apoyando las opiniones de Lutero o de respaldar su persona más allá de los derechos de cualquier súbdito. El elector protestaba que no había hablado con Lutero más de veinte palabras en toda su vida. Ahora, en respuesta a la solicitud transmitida por Spalatin, Federico inició negociaciones con el cardenal Cayetano, el legado papal, para dar a Lutero una audiencia personal en ocasión de la futura reunión de la dieta imperial en Augsburgo. La audiencia debía ser privada y no ante la dieta, pero al menos sería en suelo alemán. La ventaja en este punto, sin embargo, estaba contrarrestada por la competencia y carácter del cardenal Cayetano, un alto papalista, íntegro y erudito. Apenas si podía tolerar la Réplica a Prierias o el Sermón sobre la excomunión de Lutero, y estaría menos inclinado a la moderación ya que el propio emperador Maximiliano, irritado por los extractos del famoso sermón, había tomado él mismo la iniciativa, el 5 de agosto, de escribir al papa que "pusiera punto final al más peligroso ataque de Martín Lutero a las indulgencias, si no quería que no sólo el pueblo sino también los príncipes fueran seducidos por él. Con el emperador, el papa y el cardenal en su contra, Lutero tenía sólo una leve esperanza de escapar a la pira.

Lutero partió para Augsburgo con gran ansiedad. El peligro era muchísimo mayor que tres años después, cuando fue a Worms como campeón de una nación levantada. En ese momento era solamente un eremita agustino acusado de herejía. Veía ante sí la hoguera y se decía: "Ahora debo morir. ¡Qué desgracia será para mis padres!" En el camino contrajo una infección intestinal y estuvo a punto de abandonar. Aun más desconcertante era la recurrente duda de si los dictérios de los críticos no serían, después de todo, justos. "¿Eres tú el único sabio y todos los siglos han estado errados?" Los amigos de Lutero le habían advertido que no entrara en Augsburgo sin un salvoconducto, y Federico obtuvo por fin uno del emperador Maximiliano, Cayetano, al ser consultado, se exasperó: "Si no confiáis en mí —dijo—, ¿por qué pedís mi opinión? Y si confiáis, ¿para qué un salvoconducto?" Pero el cardenal se hallaba en un estado de ánimo mucho más complaciente de lo que Lutero tenía razón de esperar. La dieta ya había terminado y durante su transcurso había aprendido mucho. Su misión había sido convocar al Norte para una nueva gran cruzada contra los turcos. Los herejes de Bohemia debían ser reconciliados a fin de que pudieran participar en la empresa; con este fin se levantaría un impuesto; debía obtenerse el concurso de



personas importantes mediante honorarios y distinciones. El arzobispo de Maguncia debía ser elevado a la púrpura y el emperador Maximiliano condecorado con un yelmo y una daga como Protector de la Fe. De paso serían extirpadas las cizañas de la viña del Señor.

La dieta se inició con la característica pompa y etiqueta medieval. Se mostró toda la debida deferencia al cardenal. Alberto de Maguncia recibió la púrpura cardenalicia con sonrojos sentadores y el emperador aceptó la daga sin inmutarse. Pero cuando empezaron las negociaciones, los príncipes no se hallaron dispuestos a luchar contra los turcos bajo los auspicios de la Iglesia. Estaban cansados de las cruzadas y afirmaron su incapacidad para recolectar una contribución después de ser tan explotados por la Iglesia. Como en muchas ocasiones anteriores, fueron presentados los resentimientos de la nación alemana, pero esta vez con garras. El documento declaraba:

*Estos hijos de Nemrod extienden las manos para agarrar conventos, abadías, prebendas, e iglesias parroquiales, y dejan a estas iglesias sin párrocos, a la grey sin pastores. Las anatas e indulgencias aumentan. En los pleitos ante las cortes eclesiásticas, la Iglesia Romana sonríe a ambas partes por un poco de "unto de mano". El dinero alemán, violando las leyes de la naturaleza, vuela sobre los Alpes. Los sacerdotes dados a nosotros son pastores sólo de nombre. No se preocupan sino de la lana y se ceban con los pecados del pueblo. Las misas dótales son desatendidas, y sus piadosos fundadores claman por venganza. Quiera el santo papa León suprimir estos abusos.*

Cayetano fracasó en todos sus principales objetivos. La cruzada y el impuesto habían sido rechazados. ¿Tendría mejor éxito con la cizaña de la viña del Señor? Se dio cuenta de que debía andar con cautela, pero se vio trabado por las instrucciones papales que sólo le permitían reconciliar a Lutero con la Iglesia en el caso que se retractara, y si no lo hacía, enviarlo preso a Roma. Debía invocarse el auxilio del brazo secular, particularmente del emperador Maximiliano, cuya protesta bien pudo haber motivado las instrucciones del papa.

La validez de este documento papal fue impugnada primero por Lutero y subsiguientemente por historiadores modernos sobre la base de que el papa no debía tomar una acción sumaria semejante antes de la expiración de los sesenta días concedidos en la citación. Pero el papa sólo había dado a Lutero sesenta días para presentarse, y no hacía promesas en caso de que no lo hiciera. Además, como el cardenal de Medid escribiera a Cayetano el 7 de octubre: "En los casos de herejía notoria no es necesario observar más ceremonias o citaciones".

No puede establecerse absolutamente la autenticidad de estas instrucciones porque el original no existe. Sin embargo, los archivos del Vaticano contienen el manuscrito de otra carta escrita justamente el mismo día por el papa a Federico, que no es menos perentoria:

*Amado hijo, que la bendición apostólica sea con vos. Recordamos que el principal ornamento de vuestra nobilísima familia ha sido la devoción y la fe de Dios y al honor y dignidad de la Santa Sede. Ahora oímos que un hijo de iniquidad, el hermano Martín Lutero de los eremitas agustinos, lanzándose contra la Iglesia de Dios, cuenta con vuestro apoyo. Aun cuando sabemos que esto es falso, debemos instaros a limpiar de semejante sospecha la reputación de vuestra noble familia. Habiendo sido avisados por el magistrado del Sagrado Palacio que la enseñanza de Lutero contiene herejía, lo hemos citado para que comparezca ante el Cardenal Cayetano. Pero os exhortamos a poner a Lutero en las manos y bajo la jurisdicción de esta Santa Sede, para que en las futuras*

*generaciones no os reprochen haber fomentado el surgimiento de una herejía sumamente perniciosa contra la Iglesia de Dios.*

### **Las entrevistas con Cayetano**

A la luz de esta carta, no caben dudas acerca del contenido de las instrucciones a Cayetano. Evidentemente coartaban su libertad, y un nuevo memorándum lo limitaba a investigar acerca de la enseñanza de Lutero. No debía haber discusión. Tres entrevistas tuvieron lugar el martes, el miércoles y el jueves, desde el 12 al 14 de octubre de 1518. Staupitz se encontraba entre los presentes. El primer día Lutero se prosternó con toda humildad y el cardenal lo levantó con gesto paternal y luego le informó que debía retractarse. Lutero contestó que no había hecho el pesado viaje a Augsburgo para hacer lo que bien podía haber hecho en Wittenberg. Lo que él deseaba era que se le mostraran sus errores.

El cardenal replicó que el principal de ellos era la negación del tesoro de méritos de la Iglesia, claramente enunciado en la bula Unigénitas del papa Clemente VI en el año 1343. "Aquí —dijo Cayetano— tenéis la afirmación del papa de que los méritos de Cristo constituyen un tesoro de indulgencias." Lutero, que conocía bien el texto, contestó que se retractaría si decía realmente así. Cayetano rió entre dientes, hojeó hasta encontrar el lugar en que decía que Cristo, con su sacrificio, adquirió un tesoro. "¡Oh, sí! —contestó Lutero—, pero vos decís que los méritos de Cristo son un tesoro. Y aquí dice que adquirió un tesoro. Ser y adquirir no significan la misma cosa. No debéis pensar que nosotros los alemanes ignoramos la gramática."

La respuesta era a la vez descortés e irrelevante; Lutero replicó con una bravata porque se vio acorralado. Cualquier lector sin prejuicios hubiera dicho que el cardenal parafraseaba correctamente el sentido de la decretal que declara que Cristo, con su sacrificio, adquirió un tesoro que a través del poder de las llaves había sido puesto a disposición de Pedro y sus sucesores a fin de liberar a los fieles de las penas temporales. Este tesoro había sido aumentado con los méritos de la Virgen Santísima y de los santos. El papa dispensa esta provisión como un tesoro a los que visiten a Roma en el año del jubileo de 1350, cuando a los penitentes y confesados podrá serles dada plena remisión de todos sus pecados.

Aquí está inconfundiblemente todo el concepto del tesoro de méritos sobrantes de Cristo y los santos, pero Lutero se encontraba atrapado porque debía retractarse, o rechazar la decretal o interpretarla en un sentido aceptable. Intentó hacer lo último, y dándose cuenta de lo delicado de la tarea, pidió que se le permitiera someter un trabajo por escrito, observando, al pasar, que "ya habían reñido bastante". El cardenal estaba irritado, pues había ido más allá de sus instrucciones al entrar en debate con Lutero. "Hijo mío —estalló—, yo no he reñido con vos. Estoy dispuesto a reconciliarnos con la Iglesia Romana." Pero como la reconciliación sólo era posible mediante la retractación, Lutero protestó que no debía ser condenado sin ser escuchado y refutado. "Yo no tengo conciencia —dijo— de ir contra las Escrituras, los santos padres, las decretales o la razón justa. Puedo estar en error. Me someteré al juicio de las universidades de Basilea, Friburgo, Lovaina y, si es necesario, París." Este era un intento absolutamente carente de diplomacia de evadir la jurisdicción del cardenal.

El trabajo escrito fue solamente un esfuerzo más, ingenioso y elaborado, de dar una interpretación favorable a la decretal. Cayetano debe de habérselo hecho sentir así a Lutero, pues éste, cambiando de posición, salió con un brusco rechazo de la decretal y de la autoridad papal que la formulara. "No soy tan audaz como para que, debido a una sola, oscura y ambigua decretal de un papa humano vaya a apartarme de tantos y tan claros testimonios de las Divinas Escrituras. Pues, como uno de los legistas canónicos ha dicho, en materia de fe no sólo un concilio está por

encima del papa, sino cualquiera de los fieles si está armado con mejor autoridad y razón." El cardenal recordó a Lutero que las Escrituras mismas debían ser interpretadas. El papa es el intérprete. El papa está por encima de los concilios, por encima de las Escrituras, por encima de todo en la Iglesia. "Su Santidad abusa de las Escrituras —replicó Lutero—. Niego que esté por encima de las Escrituras." El cardenal se indignó y rugió que Lutero debía retirarse y no volver jamás a menos que estuviera dispuesto a decir "Revoco", "Me retracto".

Lutero escribió a su casa que el cardenal no era más adecuado para manejar el caso que un asno para tocar el arpa. Los caricaturistas no tardaron en apoderarse del tema y pintaron al papa mismo en esta posición. Cayetano se calmó pronto y en una comida con Staupitz le instó a que indujera a Lutero a retractarse, insistiendo en que Lutero no tenía mejor amigo que él. Staupitz contestó: "Yo lo he tratado a menudo, pero no me igualo a él en capacidad y dominio de las Sagradas Escrituras. Vos sois el representante del papa. Esto es tarea vuestra."

—No voy a hablar con él nunca más —contestó el cardenal—. Sus ojos son tan profundos como un lago y extrañas especulaciones bullen en su mente.

Staupitz desligó a Lutero de su voto de obediencia a la orden. Quizás haya deseado liberar a los agustinos de semejante compromiso o tratado de dejar en mayor libertad de acción al hermano, pero Lutero se sintió repudiado. "Fui excomulgado tres veces —decía después—; la primera por Staupitz, la segunda por el papa y la tercera por el emperador."

Lutero esperó en Augsburgo hasta la semana siguiente para ver si sería citado nuevamente; entonces hizo pública una apelación de Cayetano al papa, señalando que, como la doctrina de las indulgencias no había sido nunca declarada oficialmente, un debate sobre cuestiones dudosas no debía ser considerado una herejía, especialmente en puntos no esenciales para la salvación. Se quejaba de que se lo citara a Roma, lo que lo sometería a los dominicos. Además, Roma no sería un lugar seguro aun con un salvoconducto. En Roma ni siquiera el papa León estaba seguro. Con esto se refería a una conspiración, que más tarde se descubrió, entre los mismos cardenales, para envenenar a Su Santidad. En todo caso, Lutero, como fraile mendicante, no tenía fondos para el viaje. Había sido benévolamente recibido por Cayetano, pero en vez de permitírsele un debate sólo se le había dado una oportunidad para retractarse. La proposición de someter el caso a las universidades había sido rechazada. "Me parece que no se me ha hecho justicia, porque no enseñó nada más que lo que está en las Escrituras. Por lo tanto apelo de un León mal informado a un León mejor informado."

Entonces llegaron a Lutero rumores de que el cardenal tenía poderes para arrestarlo. Las puertas de la ciudad estaban custodiadas. Con la complicidad de ciudadanos amistosos, Lutero escapó de noche, huyendo con tal apuro que montó a caballo con su hábito, sin pantalones de montar, sin espuelas ni estribos ni espada. Llegó a Nuremberg y allí se le mostraron las instrucciones del papa a Cayetano. Lutero dudó de su autenticidad, pero al mismo tiempo vio la posibilidad de apelar del papa a un concilio general. El trece de octubre estaba de vuelta en Wittenberg.

### **Amenaza de exilio**

Su situación se hizo muy precaria. Cayetano envió el informe de su entrevista a Federico el Sabio, declarando que lo que Lutero había dicho respecto a la decretal papal no se podía poner en el papel. Que Federico enviara a Lutero encarcelado a Roma o lo exilara de sus territorios. El elector se lo mostró a Lutero, quien le complicó aun las cosas a su príncipe publicando su propia versión de la entrevista con Cayetano, reforzada por reflexiones subsiguientes. Ya no hacía más intentos de explicar la decretal papal en sentido favorable. En cambio, la calificaba enfáticamente

de falsa. La ambigua decretal de un papa mortal era confrontada con los claros testimonios de las Sagradas Escrituras. Lutero continuaba:

*No eres un mal cristiano si niegas la decretal. Pero si niegas el Evangelio, eres un hereje. Condeno y rechazo esta decretal. El Legado Apostólico me enfrentó con el rayo de su majestad y me exigió que me retractara. Yo le señalé que el papa abusa de las Sagradas Escrituras. Honraré la santidad del papa, pero adoraré la santidad de Cristo y la verdad. Yo no niego esta nueva monarquía de la Iglesia Romana que ha surgido en nuestra generación, pero niego que no se pueda ser cristiano sin estar sometido a los decretos del romano pontífice. En cuanto a esa decretal, niego que los méritos de Cristo sean un tesoro de indulgencias porque sus méritos confieren gracia independientemente del papa. Los méritos de Cristo quitan los pecados y aumentan los méritos. Las indulgencias quitan los méritos y dejan los pecados. Estos aduladores ponen al papa por encima de las Escrituras y dicen que no puede errar. En este caso las Escrituras perecerían y no quedaría en la Iglesia sino la palabra humana. Resisto a aquellos que, en nombre de la Iglesia Romana, no desean otra cosa que instituir una nueva Babilonia.*

El 28 de noviembre, Lutero entregó a un notario una apelación de las resoluciones del papa a un concilio general, deparando que un concilio, legítimamente convocado en el Espíritu Santo, representa a la Iglesia Católica y está por encima del papa, quien, siendo un hombre, puede errar, pecar y mentir. Ni siquiera San Pedro estuvo por encima de esta debilidad. Si el papa ordena algo contra los divinos preceptos, no debe ser obedecido.

Por lo tanto, del León mal aconsejado y su excomunión, suspensión, interdicto, censuras y castigos, y todas las acusaciones y declaraciones de herejía y apostasía, que considero nulas, más aun, inicuas y tiránicas, apelo a un concilio general en un lugar seguro.

Lutero hizo imprimir la apelación y pidió que todas las copias le fueran entregadas para ser dadas a publicidad sólo si realmente se le desterraba, pero el impresor no tuvo en cuenta la orden y las entregó de inmediato al público. Esto puso a Lutero en una posición muy peligrosa, pues el papa Julio II había legislado que la convocatoria de un concilio sin el consentimiento papal constituía en sí una herejía.

Federico el Sabio estaba doblemente en aprietos. Era un príncipe muy católico, adicto al culto de las reliquias, devoto de las indulgencias, completamente sincero en su pretensión de que no estaba en condiciones de juzgar la enseñanza de Lutero. En tales asuntos solicitaba guía. Por eso había fundado la Universidad de Wittenberg y por eso a menudo se había vuelto a ella en busca de consejo en asuntos jurídicos y teológicos. Lutero era uno de los doctores de esa universidad, comisionado para instruir a su príncipe en asuntos de fe. ¿Debía creer el príncipe que su doctor en Sagradas Escrituras estaba en un error? Por supuesto, si el papa declaraba que era un hereje, ello resolvería el asunto, pero el papa no había dado sentencia aún. La facultad teológica de Wittenberg no había repudiado a Lutero. Muchos eruditos de Alemania creían que tenía razón. Si Federico tomaba medidas previas a la condenación papal, ¿no estaría resistiendo a la palabra de Dios? Por otra parte, el papa había instado a que Lutero fuera tomado en custodia y le había llamado "hijo de iniquidad". ¿No estaría apañando a un hereje si se negaba a complacerlo? Estas cuestiones perturbaban a Federico. Difería de otros príncipes de su tiempo en que nunca se preguntaba cómo extender sus fronteras, ni siquiera cómo mantener su dignidad. Su único problema era: "¿Cuál es mi deber como príncipe cristiano?" En esta coyuntura se hallaba seriamente preocupado y no tomó otra medida que escribir, el 19 de noviembre, al emperador,

rogándole que abandonara el caso o que concediera una audiencia ante jueces intachables en Alemania.

Lutero escribió al elector:

*Siento mucho que el legado os reprenda. Está tratando de marcar a fuego a toda la Casa de Sajonia. Os exhorta a que me enviéis a Roma o me desterréis. ¿Qué puedo esperar yo, un miserable monje, fuera de vuestro territorio, si ya aquí estoy en peligro? Pero, para que Vuestra Alteza no sufra por mi causa, abandonaré gustoso vuestros dominios e iré adonde el Señor misericordioso quiera que vaya.*

A Staupitz escribía Lutero:

*El príncipe se oponía a la publicación de mis actas de Augsburgo pero por último ha dado su consentimiento. El legado le rogó que me enviara a Roma o me desterrara. El príncipe está muy inquieto por mí, pero preferiría que yo estuviera en otro lugar. Le dije a Spalatin que abandonaré el país en cuanto llegue el anatema. Me disuadió de una fuga precipitada a Francia.*

Cuando en Augsburgo uno de los italianos había preguntado a Lutero adonde iría si era abandonado por el príncipe, él respondió: "Bajo el cielo abierto."

El 25 de noviembre envió las siguientes palabras a Spalatin:

*Estoy esperando cualquier día el anatema de Roma. Tengo todo listo para que, cuando llegue, esté preparado y ceñido para ir, como Abraham, no sé adonde, o mejor dicho, sí sé, porque Dios está en todas partes.*

Staupitz escribió a Lutero desde Salzburgo, en Austria:

*El mundo odia la verdad. Por ese odio Cristo fue crucificado, y no sé qué es lo que hoy te espera, si no la cruz. Tienes pocos amigos, y quiera Dios que ellos no se escondan por miedo al adversario. Abandona Wittenberg y ven a mí para que vivamos y muramos juntos. También el príncipe [Federico] está de acuerdo. Abandonados, sigamos al abandonado Cristo.*

Lutero dijo a su congregación que no les decía adiós; pero que si descubrían que se había ido, fuera esa su despedida. Convidó a unos amigos a almorzar. Dos horas después se hubiera ido si no hubiese llegado una carta de Spalatin diciendo que el príncipe deseaba que se quedara. Nunca sabremos exactamente lo que pasó. Años más tarde Lutero declaró que el príncipe tenía un plan para esconderlo, pero unas semanas después del suceso escribió: "Al principio el príncipe debe de haber estado deseoso de no tenerme por aquí." Dos años después, Federico se justificaba ante Roma por no tomar medidas contra Lutero diciendo que había estado dispuesto a aceptar la oferta de Lutero de irse cuando le llegó un mensaje del nuncio papal sugiriendo que Lutero sería mucho menos peligroso bajo vigilancia que en libertad. Federico, por supuesto, podría haber dicho esto después del hecho, aun cuando hubiera alimentado el secreto designio de aconsejar a Lutero que se escondiera. Mas también es posible que por un momento Federico estuviera dispuesto a ceder, pero que demorara hasta que el papa hiciera su jugada. En todo caso, el 18 de

diciembre Federico envió a Cayetano el único documento que dirigiera a la curia romana con respecto a Lutero.

*Estamos seguros de que habéis procedido paternalmente con respecto a Lutero, pero tenemos la impresión de que no se le han mostrado suficientes motivos para retractarse. Hay hombres doctos en las universidades que opinan que no se ha probado que su enseñanza sea incorrecta, anticristiana ni herética. Los pocos que lo creen así están celosos de sus éxitos. No defenderíamos su doctrina si estuviésemos convencidos de que es impía o insostenible. Nuestro único propósito es cumplir con nuestro oficio como príncipe cristiano. Por lo tanto, esperamos que Roma se pronunciará sobre la cuestión. En cuanto a enviarlo a Roma o desterrarlo, sólo lo haremos después que sea comprobada su herejía. Su oferta de debatir la cuestión y someterse al juicio de las universidades debería ser considerada. Debería demostrársele en qué respecto es un hereje en vez de condenarlo de antemano. No permitiremos que se nos induzca con ligereza a un error ni se nos haga desobedientes a la Santa Sede. Deseamos que sepáis que la Universidad de Wittenberg ha intercedido recientemente en su favor. Agregamos una copia.*

Lutero le comentó a Spalatin:

*He visto las admirables palabras que nuestro Ilustrísimo Príncipe dirigió al señor Legado. ¡Buen Dios, con qué alegría las leo y releo una y otra vez!*

## Capítulo VI EL HUS DE SAJONIA

Probablemente el cambio en la política papal se haya debido en parte a los perspicaces informes del cardenal Cayetano. Él sabía bien que un hombre puede ser molesto sin ser un hereje, porque la herejía involucra un rechazo del dogma establecido de la Iglesia, y la doctrina de las indulgencias no había sido aún definida oficialmente por el papa. El papa debía pronunciarse primero; y solamente entonces, si Lutero se rehusaba a someterse, correspondería la excomunión. Finalmente apareció una declaración papal, redactada, muy probablemente por el mismo Cayetano. El 9 de noviembre de 1518 la bula Cum Postquam aclaró definitivamente muchos de los puntos en discusión. Se declaraba que las indulgencias se aplicaban solamente a la pena y no a la culpa, la cual debe ser lavada primero a través del sacramento de la penitencia. Con ellas podían disminuirse solamente las penas temporales de la tierra y el purgatorio, pero no las penas eternas del infierno. Sobre las penas impuestas en la tierra por él mismo, el papa, por supuesto, ejercía una jurisdicción completa en virtud del poder de absolución. Pero en el caso de las penas del purgatorio no podía hacer más que presentar a Dios el tesoro de méritos sobrantes de Cristo y los santos en forma de petición. Esta decretal terminó con algunos de los peores abusos.

Si hubiera aparecido antes, es muy posible que la controversia hubiera terminado, pero en el ínterin Lutero había atacado no solamente el poder papal para desatar sino también el poder para atar por intermedio de la excomunión. También había declarado que el papa y los concilios estaban sujetos a error. Había socavado el texto bíblico usado para apoyar el sacramento de la penitencia y rechazado una parte de la ley canónica como incompatible con las Escrituras. Los dominicos le habían llamado hereje notorio y el papa se había referido a él como hijo de iniquidad.

Pero, ¿cómo debía manejarse? La política conciliatoria iniciada en diciembre de 1518 fue motivada por consideraciones políticas. El papa sabía que el plan para una cruzada había sido rechazado, que el tributo había sido repudiado, que la nación alemana le recriminaba muchos agravios. Había otra consideración más seria: el 12 de enero murió el emperador Maximiliano. Con ello se precipitaba una elección para el cargo de Santo Emperador Romano, y desde tiempo atrás se sabía que Maximiliano estaba planeando asegurar la elección de su nieto Carlos como sucesor.

El imperio era un legado de la Edad Media que se estaba desvaneciendo pero que aún tenía su peso. El cargo de emperador era electivo, y cualquier príncipe europeo podía ocuparlo. Sin embargo, los electores eran en su gran mayoría alemanes y preferían un alemán. Pero también eran lo suficientemente realistas para darse cuenta de que ningún alemán tenía suficiente fuerza propia para conservar el cargo. Por esta razón estaban dispuestos a aceptar la dirección de una de las grandes potencias, y la elección estaba entre Francisco de Francia y Carlos de España. El papa objetaba a ambos, sin embargo, debido a que un aumento del poder de uno u otro destruiría el equilibrio del que dependía la seguridad papal. Cuando los alemanes abandonaron la esperanza de un emperador alemán, el papa dio su apoyo a Federico el Sabio. Bajo tales circunstancias, sus deseos con respecto a Martín Lutero no podían ser descartados ligeramente. Por supuesto que la situación cambió cuando Federico, sensible a lo inadecuado de su posición, se derrotó a sí mismo votando por el Habsburgo que el 28 de junio de 1519 fue elegido Carlos V del Santo Imperio Romano. Sin embargo, la situación no se alteró mayormente, pues durante todo un año y medio después Carlos estuvo demasiado ocupado en España para preocuparse por Alemania, y Federico siguió siendo la figura central de ésta. El papa no podía todavía arriesgarse a enemistarse con él indebidamente en lo referente a Lutero.

La política papal se hizo conciliadora y se le destinó a Cayetano un asistente, un alemán relacionado con Federico el Sabio, Carl von Miltitz de nombre, cuya tarea era adular al elector y mantener sujeto a Lutero hasta que la elección quedara terminada. Con este fin se equipó a Miltitz con todas las flechas del carcaj del Vaticano, desde indulgencias hasta interdictos. A fin de ablandar a Federico, trajo nuevos privilegios para la iglesia del Castillo de Wittenberg, mediante los cuales aquellos que hacían las contribuciones apropiadas podían lograr que el purgatorio les fuera reducido cientos de años por cada hueso de los santos de la famosa colección de Federico. Además, fue honrado con una distinción largamente apetecida, el regalo de una rosa de oro de manos del papa. Al conferirle este honor, el papa León X le escribió:

*Amado hijo: La santísima rosa de oro ha sido consagrada por nosotros en el décimo cuarto día de la santa Cuaresma. Fue ungida con santos óleos y perfumada con aromático incienso con la bendición papal. Os será entregada por nuestro amadísimo hijo, Carl von Miltitz, de sangre noble y nobles costumbres. Esta rosa es el símbolo de la preciosísima sangre de Nuestro Salvador, por la cual hemos sido redimidos. La rosa es la flor de las flores, la más dulce y fragante de la tierra. Por lo tanto, querido hijo, permitid que la divina fragancia penetre en lo más profundo del corazón de Vuestra Alteza, para que cumpláis lo que el susodicho Carl von Miltitz os ha de mostrar.*

No poca demora hubo en la entrega de la rosa, porque había sido depositada para su salvaguardia en el banco de los Fugger en Augsburg.

Federico sugirió otra razón para la demora. "Miltitz —decía— puede rehusarse a darme la rosa de oro a menos que destierre al monje y lo declare hereje." Lutero oyó que Miltitz estaba armado de un escrito papal que condicionaba la entrega de la rosa a su extradición, pero que Miltitz desistió de tomar este camino por la prudencia de un cardenal que exclamó: "Sois un hato de necios si pensáis que podéis comprar el monje al príncipe." Miltitz, por cierto, fue precedido por cartas del papa y la curia a Federico instándole a actuar contra ese "hijo de Satanás, hijo de perdición, oveja escrofulosa y cizaña en la viña. Martín Lutero". El hermano Martín esperaba ser detenido, y Miltitz debe de haber partido con esa intención. "Supe después —escribió Lutero a Staupitz—, en la corte del príncipe, que Miltitz llegó armado con setenta autorizaciones apostólicas, para llevarme a la Jerusalén que mata a los profetas, la purpúrea Babilonia." Miltitz se jactó en Alemania de que tenía al fraile en el bolsillo, pero pronto se dio cuenta de que un camino tan perentorio no sería discreto. En las tabernas del camino preguntó a la gente y descubrió que por cada uno a favor del papa había tres en favor de Lutero. Confesó francamente que en mil años ningún caso había molestado tanto a la Iglesia y que Roma pagaría gustosa diez mil ducados por sacárselo de en medio. La curia estaba preparada para hacer aun más que eso. Se le dio a entender a Federico el Sabio que si era complaciente se le permitiría nombrar un cardenal. Y él tomó esto como indicación de que Lutero podría ser el favorecido con tal dignidad.

Miltitz llegó lleno de zalamerías. En una entrevista le dijo a Lutero: "Lo arreglaremos todo en un momento." Le pidió que suscribiera la nueva decretal papal sobre las indulgencias. Lutero replicó que no había una palabra en ella que proviniera de las Escrituras. Entonces Miltitz le pidió sólo una cosa: que se abstuviera de debatir y hacer publicaciones si sus adversarios observaban la misma condición. Lutero prometió hacerlo. Miltitz lloró. "Lágrimas de cocodrilo", comentaba Lutero.

Tetzel sirvió de víctima propiciatoria. Miltitz lo citó a una audiencia y le hizo el cargo de que era extravagante viajar con dos caballos y un carruaje y que tenía dos hijos ilegítimos. Tetzel se retiró a un convento a morir de pena. Lutero le escribió: "No lo toméis demasiado a pecho.



Vos no habéis iniciado toda esta baraúnda. El niño tiene otro padre. " Mientras tanto, el elector se aprovechó de su singular situación para usar a Miltitz en un plan propio. Propuso que el caso de Lutero fuera referido a una comisión de eclesiásticos alemanes bajo la presidencia del arzobispo de Trier, Ricardo de Greiffenklau, quien podía agradar a los alemanes porque era un elector, al papa porque era un arzobispo y a Lutero porque en la elección se oponía al candidato papal. El plan agradó a Cayetano, y Ricardo expresó su aceptación. Federico arregló con él que la audiencia tendría lugar en la próxima reunión de la Dieta de Worms. Pero el papa no autorizó ni desautorizó la proposición, y por el momento todo quedó en nada.

Mientras tanto, Lutero se vio envuelto en otro debate. Había convenido en abstenerse de mantener controversias solamente si sus oponentes observaban también la tregua, pero éstos no lo hicieron. Las universidades empezaron a mezclarse en ella. La universidad de Wittenberg estaba siendo considerada una institución luterana. En su cuerpo docente eran figuras prominentes Carlstadt y Melanchton. El primero era mayor que Lutero y le había conferido el birrete de doctor. Carlstadt era un erudito pero carecía de la prudencia que la erudición a veces da. Era sensible, impresionable, impetuoso y a veces tumultoso. Era tan ferviente partidario de las enseñanzas de Lutero, arremetía a veces contra los críticos en tal forma, que el mismo Lutero casi se rebelaba.

Melanchton era más gentil, más joven —sólo contaba veintiún años—, un prodigio de erudición, que ya gozaba de reputación europea. Su apariencia no predisponía a su favor, pues tenía un defecto en el habla y un impedimento en el hombro cuando caminaba. Una vez, al preguntársele a Lutero cómo imaginaba al apóstol Pablo, respondió con una carcajada afectuosa: "Pienso que sería un enano esmirriado como Melanchton." Pero cuando el mozuelo abrió la boca, era como el niño Jesús en el templo. Llegó como profesor de griego, no de teología, y sin ninguna relación con Lutero; pero pronto sucumbió a su hechizo. Su conversión no nació de ninguna aflicción espiritual, sino del asentimiento a la interpretación de Lutero del apóstol Pablo. Estos eran los cabecillas de la falange de Wittenberg.

### **El guantelete de Eck**

El Goliat de los filisteos que salió a molestar a Israel fue un profesor de la Universidad de Ingolstadt llamado Juan Eck. Al aparecer las tesis de Lutero, había publicado contra ellas un ataque bajo el título de Obeliscos, la palabra utilizada para designar las interpolaciones en Homero. Lutero replicó con Asteriscos. El ataque de Eck fue tanto más amargo para Lutero porque se trataba de un viejo amigo, no un mendicante sino un humanista, no "un pérfido italiano" sino un alemán, y no menos porque era un enemigo formidable. A pesar de su cara de carnicero y su voz de toro, era un hombre de prodigiosa memoria, fluidez torrencial y pavorosa agudeza, un controversista profesional que no vacilaba en ir a Viena o Bolonia para debatir las obras de la Trinidad, la sustancia de los ángeles o el contrato de usura. Particularmente exasperante era su propensión a presentar lo oprobioso como plausible y llevar a su oponente a conclusiones incriminantes.

Eck logró inducir, no a su propia institución, sino a la Universidad de Leipzig, a entrar en la liza como desafiante de Wittenberg. Así, viejas rivalidades fueron llevadas al nuevo conflicto, porque Wittenberg y Leipzig representaban las secciones rivales de la Sajonia electoral y ducal. Eck se acercó al patrono de Leipzig, el duque Jorge el Barbudo (todos los príncipes sajones llevaban barba, pero Jorge dejaba que los otros fueran conocidos como el Sabio, el Constante y el Magnánimo). Éste acordó que Eck debatiera en Leipzig con Carlstadt, quien, en defensa de Lutero, había ya lanzado a Eck un virulento ataque. Pero Eck no tenía intención de

luchar con un segundón. Azuzó abiertamente a Lutero poniendo en tela de juicio sus supuestas afirmaciones de que la Iglesia Romana en los días de Constantino no estaba por encima de las otras, y de que el ocupante de la silla de Pedro no siempre había sido reconocido como sucesor de Pedro y vicario de Cristo; en otras palabras, que el papado era de origen reciente y por lo tanto humano. Lutero replicó:

*Cuando digo que la autoridad de los romanos pontífices descansa en decretos humanos no debe entenderse en el sentido de que yo aconseje la desobediencia. Pero no puedo admitir que todas las ovejas de Cristo fueran encomendadas a Pedro. ¿Qué, pues, se le dio a Pablo? Cuando Cristo dijo a Pedro: "Apacienta mis ovejas", ¿quiso decir realmente que ningún otro podría apacientarlas sin el permiso de Pedro? Tampoco puedo estar de acuerdo con que el romano pontífice no puede errar o que sólo él puede interpretar las Escrituras. La decretal papal transforma las palabras de Cristo: "Tú eres Pedro", en "Tú eres el primado". Mediante las decretales se extingue el Evangelio. Apenas puedo contenerme ante la tan impía y perversa blasfemia de esta decretal.*

Claramente, el debate era entre Eck y Lutero, pero llevar a un hombre estigmatizado por el papa como el "hijo de iniquidad" a un debate público bajo los auspicios de la ortodoxa universidad de Leipzig era algo atrevido. El obispo de la región interpuso una prohibición; pero el duque Jorge insistió. Más tarde se convertiría en el adversario más implacable de Lutero, pero por el momento realmente deseaba saber si

*En cuanto suena la moneda en el cofre  
Salta el alma del purgatorio.*

Recordó al obispo: Desde los tiempos antiguos han sido permitidas las disputas, aun con respecto a la Santísima Trinidad. ¿De qué sirve un soldado si no se le permite pelear, un perro ovejero si no puede ladrar y un teólogo si no puede debatir? Mejor sería entonces gastar el dinero en sostener a viejas que puedan tejer que a teólogos que no pueden discutir." El duque Jorge había ganado. Se le dio un salvoconducto a Lutero para efectuar el debate en Leipzig. "¡Si parece obra del mismo diablo!", comentaba Tetzl desde su obligado retiro.

Lutero se entregó de lleno a la preparación del debate. Como había afirmado que solamente en las decretales de los últimos cuatrocientos años podían apoyarse las pretensiones de primacía papal, debía dedicarse al estudio de las decretales. A medida que trabajaba sus conclusiones se hacían cada vez más radicales. En febrero escribía a un amigo:

*Nuestro Eck está preparando nuevas guerras en contra de mí. Todavía puede llevarme a un serio ataque contra los partidarios de Roma. Hasta ahora sólo he estado jugando.*

En marzo, Lutero le confiaba a Spalatin:

*Te envío cartas de Eck en las que ya se jacta de ser el triunfador olímpico. Estoy estudiando las decretales papales para mi debate. Te susurro al oído que no sé si el papa es el anticristo o su apóstol, en tal forma corrompe y crucifica a Cristo, es decir, a la verdad, en sus decretales.*

La referencia al Anticristo es ominosa. Lutero iba a encontrar más fácil convencer a los hombres de que el papa era el Anticristo, que convencerlos de que "el justo vivirá por la fe". La sospecha que Lutero no se atrevía a expresar todavía abiertamente lo relaciona inconscientemente con los sectarios medievales que habían resucitado y transformado el tema del Anticristo, una figura inventada por los judíos en su cautividad para lograr consuelo en sus calamidades pensando que la venida del Mesías era retardada por las maquinaciones de un Antimesías, cuya furia ha de alcanzar su culminación antes de que llegue el Salvador. De este modo, el cuadro más tenebroso del presente se convertía en el más alentador para el futuro. El libro del Apocalipsis hizo del Antimesías el Anticristo y agregó los detalles de que antes del fin dos testigos deben dar fe y sufrir el martirio. Entonces aparecerá el Arcángel San Miguel y un personaje con ojos de fuego sobre un caballo blanco para arrojar a la bestia al abismo. La forma en que era tratado el tema en la época de Lutero se ve gráficamente en un grabado de la Crónica de Nuremberg. Abajo, a la izquierda, un Anticristo muy plausible seduce a la gente, mientras que a la derecha dos testigos instruyen a la multitud desde un pulpito. La colina del centro es el Monte de los Olivos, de donde Cristo subió al cielo, y desde donde el Anticristo debe ser arrojado al infierno. En la parte superior, Miguel castiga con su espada.

El tema se hizo muy popular en la última parte de la Edad Media entre los Fraticelli y los seguidores de Wycliff y Hus, quienes identificaban al papa con el Anticristo pronto a ser abatido. Lutero estaba inconscientemente en la misma línea que estos sectarios, pero con una diferencia importante: mientras ellos identificaban al Anticristo con determinados papas, debido a la mala vida que llevaban, Lutero sostenía que todos los papas eran Anticristos, aun cuando personalmente fueran ejemplares, porque el Anticristo es colectivo: es una institución, el papado, un sistema que corrompe la verdad de Cristo. Es por esta razón que Lutero se dirige repetidamente a León X en términos de respeto personal apenas una semana después de infamarlo como Anticristo. Pero todo esto estaba todavía por venir. En vísperas del debate de Leipzig, Lutero estaba asustado por sus propios pensamientos. Para alguien que había sido tan devoto del Santo Padre como Vicario de Cristo, la sola sugestión de que, después de todo, éste podía ser el gran enemigo de Cristo era algo realmente aterrador. Al mismo tiempo el pensamiento era reconfortante, pues la condenación del Anticristo era segura. Si Lutero caía como los dos testigos, su atacante sería prontamente destruido por la mano de Dios. Ya no era una lucha meramente entre hombres, sino contra los principados y los poderes y el jefe mundial de estas tinieblas en los lugares celestiales.

### **El debate de Leipzig**

El debate tuvo lugar en Leipzig en el mes de julio. Eck llegó antes y se paseó en casulla en la procesión de Corpus Christi. Los de Wittenberg llegaron unos días después: Lutero, Carlstadt, Melancton y otros doctores con doscientos estudiantes armados con hachas de combate. El consejo de la ciudad dio a Eck una guardia de corps de setenta y seis hombres para protegerlo día y noche de los de Wittenberg y de los bohemios que se creía había entre ellos. Por la mañana y por la tarde marchaba una guardia con estandartes desplegados y al son de tambores y pífanos, y se estacionaba a las puertas del castillo. Se había dispuesto realizar el debate en el aula magna de la universidad; pero era tan grande la concurrencia de abades, condes, caballeros de la Orden del Toisón de Oro, doctos e indoctos, que el duque Jorge puso a su disposición la sala de audiencias del castillo. Las sillas y los bancos fueron decorados con tapices, los de Wittenberg con el emblema de San Martín, y los de Eck con la insignia del matador del dragón, San Jorge.

El día de la iniciación del debate, la asamblea escuchó misa de seis en la iglesia de Santo Tomás. La liturgia fue cantada por un coro de doce voces dirigido por George Rhaw, que más tarde sería el impresor de la música de Lutero en Wittenberg. La asamblea se trasladó al castillo. La sesión fue abierta con un discurso en latín de dos horas por el secretario del duque Jorge acerca de la forma adecuada de llevar una discusión teológica con decoro. "Un gran discurso — comentó el duque Jorge—, aunque me maravilla que los teólogos necesiten tal consejo." Luego el coro cantó el Veni, Sánete Spiritus, mientras el flautista de la ciudad soplabá vigorosamente. Pero para ese entonces ya era la hora de comer. El duque Jorge tenía un ojo especial para las delicadezas de la mesa. A Eck le envió un ciervo, a Carlstadt un corzo y vino a todos los presentes.

Por la tarde empezaron las escaramuzas preliminares sobre las reglas del torneo. La primera cuestión era si debía haber o no secretarios. Eck dijo que no, porque el tenerlos en cuenta enfriaría el apasionado calor del debate. "La verdad podría brillar mucho mejor a una temperatura más baja", replicó Melancton. Eck perdió. La siguiente cuestión era si habría o no jueces. Lutero dijo que no. Federico estaba haciendo arreglos para que su caso fuera escuchado por el arzobispo de Trier y no deseaba dar la impresión, en esta coyuntura, de interponer un plan contrario. Pero el duque Jorge insistió. Lutero perdió. Se eligieron las universidades de París y Erfurt. Esto era una inversión del método varias veces propuesto previamente para el tratamiento del caso. Cuando París aceptó, Lutero exigió que se invitara a todos los profesores y no solamente a los teólogos, de quienes había llegado a desconfiar. "Entonces —le espetó Eck—, ¿por qué no referís el caso a los zapateros y sastres?" La tercera cuestión era si se admitirían o no libros en la arena. Eck dijo que no. Acusó a Carlstadt de que en los primeros días se había aferrado a grandes tomos y había leído hasta que la audiencia quedó dormida. Los de Leipzig, en particular, habían tenido que ser despertados para comer. Carlstadt acusó a Eck de querer deslumbrar a la audiencia con un torrente de erudición. Carlstadt perdió. De común acuerdo, las notas del debate no serían publicadas hasta después que los jueces hubieran dado su veredicto. Entonces empezó la discusión propiamente dicha.

Un testigo ocular nos ha dejado una descripción de los disputantes:

*Martín es de mediana estatura, emaciado por la preocupación y el estudio, de modo que casi se pueden contar sus huesos a través de la piel. Está en el vigor de la virilidad y tiene una voz clara y penetrante. Es un erudito y tiene las Escrituras en las puntas de los dedos. Domina el griego y el hebreo lo suficiente para juzgar las traducciones. Tiene a su disposición una verdadera selva de palabras e ideas. Es afable y amistoso, de ningún modo testarudo o arrogante. Está a la altura de todas las circunstancias. En sociedad es vivaz, jocosos, siempre animado y alegre por más duramente que le asedien sus adversarios. Pero todos le reprochan el ser un poco demasiado arrogante en sus reproches y más mordaz de lo prudente en un innovador en religión o de lo conveniente en un teólogo. Gran parte de esto puede decirse también de Carlstadt, aunque en menor grado. Es más pequeño que Lutero, con una tez de arenque ahumado. Su voz es ahogada y carente de matices. Es más lento en la memoria y más rápido en la ira. Eck es un hombre rechoncho y pesado, con una llena voz alemana reforzada por un tórax enorme. Hubiera podido ser actor o pregonero, pero su voz es más espesa que clara. Sus ojos y boca, y toda su cara, recuerdan más la de un carnicero que la de un teólogo.*

Después que Carlstadt y Eck hubieron disputado una semana sobre la depravación del hombre, Lutero entró a discutir la antigüedad de la primacía papal y romana, juntamente con la

cuestión de si era una institución humana o divina. "Pero, ¿qué importa que el papa lo sea por derecho divino o por derecho humano? —preguntó el duque Jorge—. Lo mismo sigue siendo el papa." "Perfectamente", contestó Lutero, que insistía en que al negar el origen divino del papado no aconsejaba que se le negara obediencia. Pero Eck veía más claramente que Lutero el efecto subversivo de sus aserciones. La pretensión del papa a una obediencia indiscutida descansa en la creencia de que su cargo ha sido instituido por Dios. Lutero reveló cuan ligeramente, después de todo, estimaba el cargo cuando exclamó: "Aun cuando hubiera diez papas o mil papas, no habría cisma. La unidad de la cristiandad podría ser preservada bajo numerosas cabezas, así como las naciones separadas bajo diferentes soberanos viven en concordia."

—Me maravilla —resopló Eck— que el reverendo Padre olvide la perenne disensión de los ingleses y franceses, el odio inveterado de los franceses por los españoles, y toda la sangre cristiana derramada sobre el reino de Nápoles. En cuanto a mí, confieso una sola fe, un solo Señor Jesucristo y venero al Romano Pontífice como al Vicario de Cristo.

Pero probar que las ideas de Lutero eran subversivas no era probar que fueran falsas. Los disputantes debían entendérselas con la historia. Eck afirmó que la primacía de la sede romana y el obispo de Roma como sucesor de Pedro se remontaba a los primerísimos días de la Iglesia. A modo de prueba presentó cartas atribuidas a un obispo de Roma del siglo I afirmando que: "La Santa Iglesia Apostólica Romana obtuvo la primacía, no de los apóstoles, sino de nuestro Señor y Salvador mismo, y goza de preeminencia de poder sobre todas las iglesias y todo el rebaño del pueblo cristiano", y en otra parte: "La ordenación sacerdotal comenzó en el período del Nuevo Testamento directamente después de Nuestro Señor Jesucristo, cuando se le encomendó a Pedro el pontificado previamente ejercido en la Iglesia por Cristo mismo." Ambas afirmaciones habían sido incorporadas a la ley canónica.

—Yo impugno estas decretales —exclamó Lutero—. Nadie me persuadirá nunca de que el santo papa y mártir haya dicho eso.

Lutero tenía razón. En la actualidad son universalmente reconocidos por las autoridades católicas como pertenecientes a las falsas decretales isidorianas. Lutero había hecho una excelente labor de crítica histórica, y sin la ayuda de Lorenzo Valla, cuyo trabajo no había visto todavía. Lutero señaló que, en realidad, en los primeros siglos, los obispos de fuera de Roma no eran confirmados por Roma ni estaban sometidos a ella, y los griegos nunca aceptaron la primacía romana. Y por cierto que los santos de la Iglesia Griega no debían ser considerados como condenados por esta causa.

### **La adhesión a Hus**

—Veo —dijo Eck— que seguís los condenados y pestíferos errores de Juan Wycliff, quien dijo: "No es necesario para la salvación creer que la Iglesia Romana está por encima de todas las demás." Y estáis abrazando los pestilentes errores de Juan Hus, quien pretendía que Pedro no fue ni es la cabeza de la Santa Iglesia Romana.

—Rechazo el cargo de bohemianismo —rugió Lutero—. Nunca he aprobado el cisma de Hus. Aun cuando hubieran tenido el derecho divino de su lado, no debían de haberse alejado de la Iglesia, porque el derecho divino más alto es la unidad y la caridad.

Eck estaba llevando a Lutero a un terreno especialmente traicionero en Leipzig, porque Bohemia estaba cerca y muy vivos en la memoria los husitas bohemios, los seguidores de Juan Hus, quemado por herejía en Constanza, que invadieron y asolaron las tierras sajonas. La asamblea salió para almorzar. Lutero se las arregló en el intervalo para ir a la biblioteca de la universidad y leer las actas del Concilio de Constanza que había condenado a Hus. Para su

sorpresa encontró entre los artículos condenados el siguiente: "La única iglesia universal santa es la compañía de los predestinados"; y en otra parte: "La Santa Iglesia Universal es una, así como es uno el número de los elegidos." En la segunda de estas afirmaciones reconoció una derivación directa de San Agustín. Cuando la asamblea volvió a reunirse a las dos de la tarde, Lutero declaró: "Entre los artículos de Juan Hus encuentro muchos que son claramente cristianos y evangélicos, y que la iglesia universal no puede condenar." A estas palabras el duque Jorge clavó los codos en sus costillas y murmuró audiblemente: "¡La peste!" Su mente evocaba las hordas husitas asolando las tierras sajonas. Eck había ganado un tanto.

Lutero continuó: "En cuanto al artículo de Hus de que 'no es necesario para la salvación creer a la Iglesia Romana superior a todas las demás', no me importa que provenga de Wycliff o de Hus. Sé que innumerables griegos se han salvado aunque nunca escucharan este artículo. No está dentro del poder del romano pontífice o de la Inquisición crear nuevos artículos de fe. Ningún cristiano creyente puede ser obligado más allá de las Sagradas Escrituras. Por ley divina les está prohibido creer nada que no esté establecido por las divinas Escrituras o revelación manifiesta. Uno de los legistas canónicos ha dicho que la opinión de un solo hombre particular tiene más peso que la de un pontífice romano o un concilio eclesiástico si está basada en una autoridad o razón mejor. No puedo creer que el concilio de Constanza condenara estas afirmaciones de Hus. Quizás esta sección de las actas haya sido interpolada.

—Están registradas —afirmó Eck— en la historia de Jerónimo de Croacia y su autenticidad no ha sido nunca impugnada por los husitas.

—Aun así —replicó Lutero—, el concilio no dijo que todos los artículos de Hus fueran heréticos. Dijo que "algunos eran heréticos, algunos erróneos, algunos blasfemos, algunos presuntuosos, algunos sediciosos y algunos ofensivos a oídos piadosos, respectivamente". Debería diferenciarlos y decirnos cuáles son cuáles.

—Cualesquiera que ellos fueran —replicó Eck—, ninguno fue llamado cristianísimo y evangélico; y si los defendéis, entonces vos sois hereje, erróneo, blasfemo, presuntuoso, sedicioso y ofensivo a oídos piadosos, respectivamente.

—Dejadme hablar alemán —pidió Lutero—. Estoy siendo mal comprendido por la gente. Afirmo que un concilio ha errado a veces y puede errar a veces. Tampoco tiene un concilio autoridad para establecer un nuevo artículo de fe. Un concilio no puede hacer un derecho divino de lo que por naturaleza no es un derecho divino. Los concilios se han contradicho entre sí, pues el reciente concilio lateranense ha rechazado la pretensión de los concilios de Constanza y Basilea de que un concilio está por encima del papa. Un simple laico armado con las Escrituras debe ser considerado por encima del papa o un concilio que carezca de ellas. En cuanto a la decretal del papa sobre las indulgencias, digo que ni la Iglesia ni el papa pueden establecer artículos de fe. Éstos deben venir de las Escrituras. En favor de las Escrituras debemos rechazar al papa y los concilios.

—Pero esto —dijo Eck— es el virus bohemio, el dar más peso a la propia interpretación de las Escrituras que a la de los papas y concilios, los doctores y las universidades. Cuando el hermano Lutero dice que este es el verdadero significado del texto, y el papa y los concilios dicen: "No, el hermano no lo ha comprendido correctamente", yo haré caso al concilio y no al hermano. De lo contrario todas las herejías se renovarían. Todas ellas han apelado a las Escrituras y han creído que su interpretación era la correcta, y han pretendido que los papas y los concilios estaban equivocados, como lo hace ahora Lutero. Es rancio ya decir que aquellos reunidos en un concilio, por ser hombres, son susceptibles de errar. Es horrible que el Reverendo Padre, contra el santo concilio de Constanza y el consenso de todos los cristianos, no tema llamar a ciertos artículos de Hus y Wycliff cristianísimos y evangélicos. Os digo, Reverendo Padre, que si

rechazáis el Concilio de Constanza, si decís que un concilio legítimamente convocado yerra y ha errado, sois para mí un gentil y un publicano.

Lutero contestó:

—Si no queréis considerarme cristiano, por lo menos escuchad mis razones y atended las autoridades que presento, como lo haríais con un turco y un infiel.

Eck accedió. Pasaron a discutir el purgatorio. Eck citó el famoso pasaje del Libro II de los Macabeos 12:45: "*Es, pues, un pensamiento santo y saludable el rogar por los difuntos a fin de que sean libres de sus pecados.*" Lutero objetó que el Libro II de los Macabeos pertenece a los apócrifos y no al Antiguo Testamento canónico, y carece por lo tanto de autoridad. Era la tercera vez durante el debate que había impugnado la relevancia de los puntales documentarios de las pretensiones papales. Primero había negado la autenticidad de las decretales papales del siglo I, y había tenido razón. Luego puso en duda las actas del concilio de Constanza, y había estado equivocado. Esta vez rechazaba la autoridad de los libros apócrifos del Viejo Testamento, lo que, por supuesto, es un asunto de juicio.

Luego se ocuparon de las indulgencias, y apenas si hubo debate al respecto. Eck declaró que si Lutero no hubiera atacado la primacía papal, las diferencias hubieran podido ser fácilmente zanjadas. Sobre el tema del sacramento de la penitencia, sin embargo, Eck presionó a Lutero con la pregunta: "¿Sois vos el único que sabe algo? Salvo vos, ¿está toda la iglesia en error?"

—Respondo —contestó Lutero— que una vez Dios habló por la boca de un asno. Os diré claramente lo que pienso. Soy un teólogo cristiano, y estoy obligado no sólo a afirmar sino también a defender la verdad con mi sangre y mi muerte. Quiero creer libremente y no ser esclavo de la autoridad de nadie, ya sea un concilio, una universidad o el papa. Confesaré confiadamente lo que me parezca verdadero, haya sido afirmado por un católico o un hereje, haya sido aprobado o reprobado por un concilio.

El debate duró dieciocho días y "habría podido seguir eternamente —dijo un contemporáneo— si no hubiera intervenido el duque Jorge", quien había aprendido mucho acerca de lo que sucede cuando la moneda cae en el cofre, y necesitaba la sala de audiencias para recibir al Margrave de Brandemburgo, que volvía a su casa después de la elección imperial. Ambas partes continuaron la controversia con una guerra de panfletos. El acuerdo de esperar el juicio de las universidades antes de publicar las notas no fue observado, porque Erfurt nunca dio un informe y París no lo hizo hasta dos años después.

Antes de dejar el debate, vale la pena registrar un incidente de menor importancia que es muy revelador de la grosería e insensibilidad de toda esa generación. El duque Jorge tenía un bufón tuerto. Se produjo un intervalo cómico en la disputa cuando Lutero y Eck discutieron si se le debía permitir tener una esposa a este bufón, Lutero en pro y Eck en contra. Eck fue tan oprobioso, que el bufón se ofendió, y toda vez que después del incidente Eck entraba en la sala el bufón hacía muecas. Eck se vengaba imitando el ojo tuerto, a lo cual el bufón contestaba con un torrente de amargas blasfemias. La audiencia rugía de entusiasmo.

Después del debate Eck encontró un nuevo leño para la pira de Lutero. "En todo caso — alardeó— a mí nadie me ensalza como el Hus sajón." Habían sido interceptadas dos cartas a Lutero, de Juan Paduska y de Wenzel Rozdalowski, husitas de Praga, en las que decían: "Lo que Hus fue una vez en Bohemia, sois vos, Martín, en Sajonia. Manteneos firme." Cuando estas cartas llegaron a Lutero, estaban acompañadas de una copia de la obra de Hus *De la Iglesia*. "Ahora concuerdo con más artículos de Hus que en Leipzig", dijo Lutero. Hacia febrero de 1520 estaba listo para decir: "Somos todos husitas sin saberlo." Por ese entonces Eck estaba en Roma informando al papa que el hijo de iniquidad era también el Hus sajón.

## Capítulo VII EL HÉRCULES GERMANO

En los primeros años de la Reforma apareció una caricatura retratando a Lutero como "el Hércules germano". El papa cuelga ridículamente de su nariz. Su mano abate al inquisidor Hochstraten y a su alrededor están desparramados los teólogos escolásticos. El título revela que Lutero se ha convertido en una figura nacional. Tal importancia sólo la adquirió después del debate de Leipzig. Es asombrosa la forma en que el debate contribuyó por sí solo a aumentar así su fama. Muy poco había dicho en Leipzig que no hubiera dicho antes, y su adhesión parcial a Hus hubiera podido traerle más oprobio que aprobación. Quizás el hecho mismo de que se hubiera permitido a un hereje insurgente debatir con los teólogos fue lo que atrajo la atención pública.

Sin embargo, la difusión de los escritos de Lutero debe de haber sido un factor más importante. Juan Froben, el intrépido impresor de Basilea, había reunido y publicado en una sola edición las Noventa y cinco tesis, las Resoluciones, la Respuesta a Prierias, el sermón Sobre la penitencia y el sermón Sobre la Eucaristía. En febrero de 1519 podía informar a Lutero que quedaban solamente diez ejemplares, y que ninguna cosa salida de su imprenta se había agotado tan rápidamente. Los ejemplares habían ido no solamente a Alemania sino también a otras tierras, haciendo de Lutero una figura no sólo nacional sino también internacional. Seiscientos habían sido enviados a Francia y España, otros a Brabante e Inglaterra. Zwinglio, el reformador de Suiza, había pedido varios cientos para que un agente viajero a caballo pudiera hacerlos circular entre el pueblo. Hasta de Roma le llegó a Lutero una carta escrita por un antiguo compañero de estudios, informándole que discípulos de su doctrina, con peligro de sus propias vidas, estaban difundiendo sus escritos bajo la sombra del Vaticano. Merecía una estatua como padre de su país.

Tal victoria convirtió rápidamente a Lutero en cabeza de un movimiento que ha llegado a ser conocido como la Reforma, el cual, a medida que fue tomando forma, se vio obligado a entrar en relación con los otros dos grandes movimientos de la época, el Renacimiento y el nacionalismo.

El Renacimiento era un fenómeno multifásico en el cual ocupaba un lugar central el ideal llamado comúnmente humanismo. Era básicamente una actitud ante la vida, la concepción de que el verdadero interés de la humanidad es el hombre, quien debía hacer caber dentro de su esfera todas las regiones de la tierra, dentro de su inteligencia todo el dominio del conocimiento y dentro de su dominio racional toda disciplina de la vida. La guerra debía ser reducida a la estrategia, la política a la diplomacia, el arte a la perspectiva y los negocios a la teneduría de libros. El individuo debía tratar de abarcar dentro de su puño todas las hazañas y todas las habilidades de que el ser humano es capaz. El uomo universale, el hombre universal, debía ser cortesano, político, explorador, artista, hombre de ciencia, financista y muy posiblemente también teólogo. La literatura y las lenguas de la antigüedad clásica eran estudiadas con avidez como parte de la búsqueda del conocimiento universal y porque la actitud helénica ante la vida había sido similar.

Este programa no implicaba una ruptura manifiesta con la Iglesia, puesto que los papas secularizados del Renacimiento se convirtieron en sus patrocinadores, y porque ya San Agustín había realizado una síntesis entre lo clásico y lo cristiano. Al mismo tiempo, el movimiento llevaba implícita una amenaza para el cristianismo porque estaba centrado en el hombre, porque la búsqueda de la verdad en cualquier sector podría llevar a la relatividad, y porque las filosofías de la antigüedad no tenían lugar para las doctrinas distintivas del cristianismo: la encarnación y la cruz.



Sin embargo, un solo choque abierto se produjo entre los humanistas y la Iglesia. La discusión fue sobre la libertad de la erudición y el escenario fue Alemania. Allí, un judío converso fanático, de nombre Pfefferkorn, quiso que fueran destruidos todos los libros hebreos. Fue resistido por el gran hebraísta alemán Reuchlin, tío abuelo de Melanchton. Los oscurantistas lograron la ayuda del inquisidor Jacobo von Hochstraten, que en la caricatura está en manos de Lutero, y de Silvestre Prierias como fiscal. El resultado final fue un compromiso. Se permitió a Reuchlin continuar con su enseñanza, aunque cargando con las costas del proceso. Esencialmente había salido ganador.

En varios puntos podían formar una alianza el humanismo y la Reforma. Ambos exigían el derecho de libre investigación. Los humanistas incluían a la Biblia y la lengua bíblica en su programa de resurrección de la antigüedad, y la batalla de Lutero por la correcta interpretación de Pablo les pareció a ellos y a Lutero mismo una continuación del proceso de Reuchlin. Los adversarios eran los mismos: Hochstraten y Prierias, y el objetivo el mismo: la investigación sin trabas. El humanista de Nuremberg, Willibald Pirckheimer, satirizó a Eck presentándolo como incapaz de conseguir un doctor en las ciudades humanistas de Augsburgo y Nuremberg y debiendo volverse, necesariamente, a Leipzig, el escenario de su reciente "triumfo" sobre Lutero. El mensaje era enviado por intermedio de una bruja quien, para hacer volar su cabra por los aires, pronunciaba las palabras mágicas Tarisboh Nerokreffep, que al revés dan los nombres de los principales protagonistas del caso Reuchlin: Pfefferkor (e)n y Ho(c)hstrat(en).

La exhibición del carácter espurio de algunos documentos papales, hecha por Lutero, tenía para los humanistas, tanto como para él, el mismo valor que la demostración de la falsedad de la Donación de Constantino, hecha por Lorenzo Valla. Por diferentes razones, tanto los humanistas como la Reforma atacaban las indulgencias. Lo que ésta llamaba blasfemia era ridiculizado por los otros como necia superstición.

La afinidad más profunda se manifestaba en el punto en que el hombre del Renacimiento no se sentía seguro, cuando empezaba a preguntarse si su valor no podía ser frustrado por la diosa Fortuna o si su destino no había sido ya determinado por las estrellas. Era el problema de Lutero del Dios caprichoso y el Dios adverso al hombre. El hombre del Renacimiento, al enfrentarse con este enigma, y como no tenía una profunda religiosidad propia, estaba generalmente dispuesto a encontrar menos solaz en las desconcertantes irracionalidades de Lutero que en la venerable autoridad de la Iglesia.

Pero las reacciones fueron diversas. Muchos primitivos admiradores de Lutero, como Pirckheimer, retrocedieron e hicieron las paces con Roma. Tres ejemplos ilustran bien los diversos caminos tomados por otros: Erasmo pasó de un apoyo con reservas a Lutero a una quejosa oposición; Melanchton se convirtió en su más devoto y desconcertante colega; Durero podría haberse convertido en el artista de la Reforma si no hubiera sobrevenido su muerte no mucho después de su crisis espiritual.

### **Los humanistas: Erasmo**

Erasmo estaba más cerca de Lutero que muchas otras figuras del Renacimiento porque era tan cristiano como él. La mayor parte de sus obras literarias están dedicadas, no a los clásicos, sino al Nuevo Testamento y los Padres de la Iglesia. Su ideal, como el de Lutero, era revivir la conciencia cristiana de Europa a través de la difusión de los escritos sagrados, y con este fin Erasmo fue el primero que hizo accesible para la imprenta el Nuevo Testamento en el original griego. De la imprenta de Froben salió en 1516 un hermoso volumen, con reminiscencias de los manuscritos griegos, y con el texto acompañado de una traducción literal y aclarado con notas, El

volumen llegó a Wittenberg cuando Lutero estaba dando clases sobre el Capítulo IX de la Epístola a los Romanos, y desde ese momento se convirtió en su herramienta de trabajo. La traducción que lo acompañaba le permitió apreciar la inexactitud de la traducción de la Vulgata de "hacer penitencia" en vez de "arrepentirse". Durante toda su vida Erasmo continuó mejorando los instrumentos de la ciencia bíblica. Lutero apreciaba sus esfuerzos, y en sus clases sobre la Epístola a los Gálatas, en 1519, declaró que hubiera sido más feliz si hubiese esperado un comentario de la pluma de Erasmo. La primera carta de Lutero a Erasmo era aduladora. El príncipe de los humanistas era llamado: "Nuestro deleite y esperanza. ¿Quién no ha aprendido de él?" En los años 1517-1519 Lutero era tan consciente de su afinidad con los humanistas, que adoptó su manía de helenizar los nombres vernáculos. Se llamaba a sí mismo Eleutherius, "el hombre libre".

La verdad es que Lutero y Erasmo tenían mucho en común. Ambos insistían en que la Iglesia de su época había caído en el legalismo judío tan castigado por el apóstol Pablo. Se ha hecho que el cristianismo no consista en amar al prójimo, decía Erasmo, sino en abstenerse de mantequilla y queso durante la Cuaresma. ¿Qué son las peregrinaciones, preguntaba, sino hazañas externas, a menudo a expensas de la responsabilidad familiar? ¿De qué sirven las indulgencias a aquellos que no enmiendan sus caminos? Las costosas ofrendas piadosas que cubren la tumba de Santo Tomás en Canterbury podían haber sido dedicadas mejor a la caridad, tan querida al santo. Los que nunca en su vida tratan de imitar a San Francisco desean morir con su hábito. Erasmo se mofaba de aquellos que para apartar a los demonios confiaban en una vestidura, incapaces de matar un piojo.

Ambos hombres tuvieron una disputa con el papa, Lutero a causa de que el pontífice ponía en peligro la salvación de las almas, Erasmo porque fomentaba las ceremonias externas y a veces estorbaba la libre investigación. Erasmo salió a su encuentro interpolando en las nuevas ediciones de sus obras pasajes que no podían dejar de ser interpretados como instigando a Lutero. Las Anotaciones sobre el Nuevo Testamento en la edición de 1519 introducían este pasaje:

*¡Por cuántas reglamentaciones humanas se ve impedido el sacramento de la penitencia y la confesión! El rayo de la excomunión está siempre listo. Se ha abusado en tal forma de la autoridad sagrada del romano pontífice con absoluciones, dispensas y cosas semejantes, que los piadosos no pueden verlo sin suspirar. Aristóteles está tan de moda que apenas si hay tiempo en las iglesias para interpretar el Evangelio.*

Nuevamente, en la edición de 1520 de la Ratio Theologicae, insertó esta interpolación:

*Hay personas que, no contentas con la observancia de la confesión como rito de la Iglesia, superponen el dogma de que fue instituido no meramente por los apóstoles sino por Cristo mismo, ni sufrirán que un sacramento sea agregado o disminuido del número de siete, aunque estén perfectamente dispuestos a entregar a un solo hombre el poder de abolir el purgatorio. Algunos afirman que el cuerpo universal de la Iglesia ha sido entregado a un sólo pontífice romano, que no puede errar en cuestiones de fe y de moral, atribuyendo así al papa más de lo que él mismo pretende, aunque no vacilan en impugnar su juicio si se mezcla con sus bolsas o sus planes. ¿No es esto abrir la puerta a la tiranía en caso de que ese poder sea aprovechado por un hombre impío y vil? Lo mismo puede decirse de los votos, diezmos, restituciones, perdones y confesiones con que son embaucados los simples y los supersticiosos.*

Durante los años que siguieron al ataque de las indulgencias y antes del asalto a los sacramentos, Erasmo y Lutero aparecían ante sus contemporáneos predicando un evangelio tan semejante, que la primera apología de Lutero aparecida en lengua alemana y compuesta en 1519 por el secretario humanista de Nuremberg, Lázaro Spengler, lo ensalzaba como el emancipador de los rosarios, salterios, peregrinaciones, agua bendita, confesión, leyes de comidas y ayunos, mal uso de la excomunión y la pompa de las indulgencias. Erasmo podría haber dicho todas estas palabras.

Pero había diferencias, y la más fundamental de todas, la de que Erasmo era, después de todo, un hombre del Renacimiento, deseoso de llevar a la religión misma dentro de los límites de la comprensión humana. Trató de hacerlo, no como los escolásticos, elevando un imponente edificio de teología racionalmente integrada, sino más bien relegando al día del juicio final la discusión de puntos difíciles y estableciendo la enseñanza cristiana en términos lo suficientemente simples como para ser comprendidos por los aztecas, para quienes fueron traducidos sus opúsculos devocionales. Su santo patrono era siempre el buen ladrón, porque se había salvado con tan poca teología.

Había otra razón por la cual Erasmo no se decidía a prestar a Lutero un apoyo sin reservas. Erasmo sentía nostalgias de las desvanecientes unidades de Europa. Su sueño era que el humanismo cristiano sirviera de paragon al nacionalismo. Al dedicar su comentario a los cuatro Evangelios a cuatro soberanos de los nuevos estados nacionales —Enrique de Inglaterra, Francisco de Francia, Carlos de España y Fernando de Austria— expresaba sus esperanzas de que así como sus nombres estaban unidos con los evangelistas, así pudieran sus corazones fundirse con el Evangelio. Le aterraba la amenaza de división y guerra implícita en la Reforma.

Lo más decisivo de todo era su propia necesidad interna. Esa simple filosofía de Cristo de que él tanto alardeaba no mitigaba las últimas dudas, y el programa mismo de erudición en que él confiaba para redimir al mundo no era inmune a las burlas reflexivas. ¿Por qué andar demacrado, débil, con los ojos irritados y prematuramente envejecido por escribir libros, si quizá la sabiduría está en los niños? El que podía dudar en tal forma de la utilidad de los trabajos de su vida necesitaba un ancla: si ésta no era Lutero entonces sería Roma.

Un hombre como éste no podía prestar a Lutero una adhesión absoluta sin violar con ello su propia integridad. Erasmo eligió su camino con circunspección y se mantuvo en él con más tenacidad y valor de lo que comúnmente se le atribuye. Defendería al hombre más que a las opiniones. Si se adhería a una idea, sería como idea simplemente y no como idea de Lutero. Defendería el derecho del hombre a hablar y ser oído. Erasmo pretendía no saber siquiera lo que Lutero estaba diciendo. No había tenido tiempo, afirmaba, para leer los libros de Lutero, salvo, quizá, algunas pocas líneas de las obras latinas y nada de las alemanas, debido a ignorancia de la lengua, aunque existen dos cartas de Erasmo a Federico el Sabio en alemán. Y después de tales negativas, una y otra vez se traiciona mostrando estar familiarizado aun con las obras en alemán. Pero su posición era sólida. Se limitaba a la defensa de cuestiones de libertad civil y religiosa. Lutero era un hombre de vida irreprochable. Estaba dispuesto a someterse a la corrección. Había pedido jueces imparciales. Se le debía acordar una audiencia, y una verdadera audiencia, para determinar si sus interpretaciones de las Escrituras eran sanas. Era una batalla por la libertad de investigación. Aun cuando Lutero estuviera equivocado, debía corregírsele fraternalmente y no fulminarlo con los rayos de Roma. Erasmo era por convicción un hombre neutral en una época que no toleraba la neutralidad.

## Melanchton y Durero

Otros humanistas se pusieron de parte de Lutero sin reservas, y entre ellos estaba Melanchton, quien como erudito humanista estaba convencido de que Lutero interpretaba correctamente al apóstol Pablo. Melanchton, por lo tanto, se convirtió en el colega y el aliado. Sin embargo, continuó ocupando una posición al mismo tiempo tan intermedia y tan ambigua como para que hasta ahora se discuta si fue el defensor o el pervertidor del Evangelio de Lutero. El hecho de que Melanchton conservara hasta el fin la amistad inquebrantable de Erasmo no sería en sí mismo particularmente significativo si no fuera porque siempre estaba listo para dar a las enseñanzas de Lutero un matiz extraño. Después de la muerte de Lutero, Melanchton tradujo la Confesión de Augsburgo al griego, para el patriarca de Constantinopla, y al hacerlo en realidad trasmutó la enseñanza de Lutero de la justificación por la fe en el concepto griego de la deificación del hombre a través de la unión sacramental con el Cristo incorruptible. El humanismo era un aliado dudoso.

Uno se pregunta si Lutero no fue mejor comprendido por ese humanista alemán que en sus primeros años fuera la figura típica del Renacimiento. El artista Alberto Durero fue un hermoso ejemplo del uomo universale, experimentando con todas las técnicas y tratando de abarcar todos los misterios en esotéricos simbolismos; dado a veces a un toque de ligereza, como en la "Madonna del papagayo"; sujeto también a una profunda inquietud sobre la futilidad de toda empresa humana. Esos exuberantes jinetes del Renacimiento tiraban de las riendas ante el abismo del destino. Esta angustiada situación se ve en forma emocionante en la Melancolía de Durero. En ella una mujer alada de elevada inteligencia está sentada en aletargado ocio en medio de todos los instrumentos y símbolos de las más elevadas habilidades humanas. Abandonados alrededor de ella yacen el compás del dibujante, la balanza del químico, el cepillo del carpintero, el tintero del escritor; abandonadas en su cinturón las llaves del poder, la bolsa de la riqueza; abandonadas a su lado las escaleras del constructor. La esfera perfecta y el biselado romboide no inspiran una nueva hazaña. Por sobre su cabeza caen las arenas en el reloj, y el calendario recuerda que los días del hombre son como la lanzadera del telar. La campana, por encima de él, está lista para tañer. Sin embargo, se deja estar en oscura melancolía porque los caminos del destino luchan en la esfera celestial. En el cielo reluce el arco iris, signo del pacto jurado por Dios a Noé de que nunca volvería a anegar la tierra; pero dentro del arco iris destella un cometa, presagio de inminente desastre. Al lado de la Melancolía, encaramado sobre una piedra de molino, está sentado un querube garabateando, el único activo en el cuadro, porque es inconsciente de las fuerzas en juego. Se plantea nuevamente el problema de Erasmo, de si la sabiduría no reside en la simplicidad de la niñez y si el hombre no debe dejar de lado sus habilidades hasta que los dioses hayan decidido los caminos del día.

¡Qué paralelo tenemos aquí, aunque en términos completamente diferentes, de la agonizante búsqueda de Lutero del significado último de la vida! Su lenguaje era diferente, sus símbolos eran diferentes; pero el Renacimiento podía abarcar una gran variedad de símbolos. Cuando Durero oyó que el hombre se salva por la fe, comprendió que el cometa había sido arrastrado dentro del arco iris y deseó, con la ayuda de Dios, ver a Martín Lutero y grabar su retrato "como duradero recuerdo del hombre cristiano que me ha ayudado a salir de una gran ansiedad". Desde ese momento el arte de Durero abandonó lo secular por lo evangélico. Del "centelleante esplendor" pasó a una "repulsiva y sin embargo apasionante austeridad"

## Los nacionalistas: Hutten y Sickingen

El segundo gran movimiento que se relacionó con la Reforma fue el nacionalismo alemán. El movimiento se inició realmente en la época de Lutero porque Alemania, en comparación con España, Francia e Inglaterra, estaba retrasada en su unificación nacional. No había un gobierno central. El Santo Imperio Romano no se aproximaba tampoco a un estado nacional alemán porque, a la vez que demasiado grande, ya que cualquier príncipe europeo podía ser elegido al cargo más alto, era demasiado pequeño, porque en realidad la dinastía de los Habsburgo era la que dominaba. Alemania estaba dividida en jurisdicciones pequeñas y superpuestas de príncipes y obispos. Las ciudades libres centelleaban en el lóbrego camino de intrincadas alianzas. Los caballeros eran una clase ingobernable que trataba de detener el desvanecimiento de su poder, y los campesinos también eran ingobernables porque estaban deseosos de obtener un papel político compatible con su importancia económica. Ningún gobierno ni clase alguna eran capaces de fundir a Alemania en un solo bloque. Desmembrada y atrasada, era ridiculizada por los italianos y tratada por el papado como una vaca lechera privada. El resentimiento contra Roma era más intenso que en los países en que los gobiernos nacionales habían hecho frente a la explotación papal.

Los representantes del nacionalismo alemán que por varios años afectaron en cierta medida la carrera de Lutero fueron Ulrich von Hutten y Franz von Sickingen. Hutten era al mismo tiempo un caballero y un humanista, amante de exhibirse en las armas y los laureles. También ilustra las diversidades del humanismo, que podía ser internacional en Erasmo y nacional en él. Hutten hizo mucho por crear el concepto de nacionalismo alemán y construir un cuadro del alemán ideal, que debía repeler a los enemigos de la patria y levantar una cultura capaz de competir con la italiana.

El primer enemigo que debía ser rechazado era la Iglesia, responsable tan a menudo de la división y mutilación de Alemania. Hutten tomó la pluma del humanista para infamar a la curia con las más violentas invectivas. En un opúsculo llamado *La trinidad romana*, catalogó en un crescendo de tríos todos los pecados de Roma: "Tres cosas se venden en Roma: Cristo, el sacerdocio y las mujeres. Tres cosas son odiosas a Roma: un concilio general, la reforma de la Iglesia y la apertura de los ojos alemanes. Tres calamidades pido para Roma: peste, hambre y guerra. Que esta sea mi trinidad."

El hombre que escribió esto, al principio no aplaudió a Lutero. En las primeras etapas de la escaramuza con Eck, Hutten miró la controversia como una disputa de monjes, regocijándose de que se devoraran uno a otro, pero después del debate de Leipzig se dio cuenta de que las palabras de Lutero le venían muy bien. Lutero también sentía el despojo de que era objeto Alemania, la chicanería y la arrogancia de Italia. Prefería que la basílica de San Pedro se redujera a cenizas antes de que Alemania fuera despojada. El cuadro del alemán romántico de Hutten, podía enriquecerse con el concepto de Lutero de una profundidad mística del alma alemana superior a la de otros pueblos. En 1516 Lutero había descubierto un manuscrito anónimo proveniente de los Amigos de Dios y lo había publicado bajo el título de *Una teología alemana*, declarando en el prefacio que había aprendido de ella más que de cualquier otro escrito, salvo la Biblia y las obras de San Agustín. Estas palabras no implicaban un nacionalismo estrecho, puesto que San Agustín era un latino, pero por cierto que con ellas Lutero significaba que los alemanes debían ser colocados por encima de aquellos que los despreciaban. La similitud entre Hutten y Lutero se hizo aun más marcada cuando Hutten se volvió evangélico y cambió el idioma de Atenas por el de Galilea.

El problema práctico para Hutten era cómo poner en marcha su programa para la emancipación de Alemania. Primero esperaba que el emperador Maximiliano doblegara a la Iglesia y consolidara la nación, pero Maximiliano murió. Luego Hutten tuvo la esperanza de que Alberto de Maguncia, como primado de Alemania, pudiera ser inducido a encabezar una Iglesia genuinamente nacional, pero Alberto le debía demasiado a Roma.

Una sola clase respondía a las instancias de Hutten, y era la suya propia, la de los caballeros. Entre ellos, la figura más notable era la de Franz von Sickingen, quien hiciera tanto por que se llevara a cabo la elección imperial al concentrar sus tropas alrededor de Erfurt. Sickingen trataba de evitar la extinción de su clase dando a Alemania un sistema de justicia a la manera de Robín Hood. Se proclamó el vengador de los oprimidos, y como sus tropas no tenían tierras, siempre estaba buscando más oprimidos para reivindicar. Hutten vio una oportunidad para alistarlos en la defensa tanto de Alemania como de Lutero. Durante el invierno sin guerras Hutten se estableció en el castillo de Sickingen llamado el Ebernburg, y allí el poeta laureado de Alemania le leyó al iletrado hombre de armas las obras alemanas del profeta de Wittenberg. Sickingen rubricó su asentimiento, con golpes de pie y puño, al resolverse a ser el campeón de los pobres y sufrientes por el Evangelio. Panfletos populares empezaron a presentarlo como el defensor de los campesinos y de Martín Lutero. En uno de estos manifiestos aparece un campesino que, habiendo pagado la mitad de su multa a la Iglesia, no puede entregar el resto. Sickingen le dice que no debió haber pagado la primera mitad, y cita las palabras de Cristo a los discípulos en que les dice que no tomen bolsa ni alforja. El campesino pregunta dónde se encuentran esas palabras, y Sickingen responde: "En Mateo 10, y también en Marcos 6 y Lucas 9 y 10."

—Señor caballero —exclama el atónito campesino—, ¿cómo aprendisteis tanto de las Escrituras?

Sickingen responde que lo aprendió de los libros de Lutero que le leyera Hutten en Ebernburg.

La descripción de Sickingen como defensor de los oprimidos no era del todo fantástica. Se había dejado alistar por Hutten en una pequeña cruzada a favor del Humanismo y la Reforma, mediante la cual Reuchlin fue aliviado de su multa, y perseguidos por el Evangelio eran protegidos en el Ebernburg. Entre ellos se hallaba el joven dominico Martín Bucero, que había estado tan entusiasmado con Lutero en la conferencia de Heidelberg y que ahora, habiendo abandonado su propio hábito, volaba hacia el caballero de la selva frondosa. Se le hizo saber a Lutero que él también sería bienvenido. No sabemos lo que contestó, pero podemos inferir su respuesta de una similar dada a una propuesta de un caballero que le informó que, en caso de que el elector fallara, se podrían reunir cien caballeros para protegerlo, puesto que no había sido refutado por jueces irreprochables. Ante tales ofertas Lutero no quiso comprometerse: "No las desprecio —confió a Spalatin—, pero no haré uso de ellas a menos que Cristo, mi protector, así lo desee. Quizá él mismo haya inspirado al caballero."

Pero Lutero estaba dispuesto a usar las cartas que había recibido con fines diplomáticos, y dio instrucciones a Spalatin para que, si no era impropio, las mostrara al cardenal Riario. Que la curia supiera que si por sus fulminaciones era echado de Sajonia, no iría a Bohemia, sino que encontraría un asilo en Alemania misma, en donde podría ser más molesto que cuando estaba bajo la vigilancia del príncipe y enteramente entregado a la enseñanza. El tono de la carta era truculento. "Para mí el dado está echado —decía—. Desprecio por igual la furia y el favor de Roma. No me reconciliaré ni me comunicaré con ellos. Ellos condenan y queman mis libros. A menos que pueda conseguir un poco de fuego, yo quemaré públicamente toda la ley canónica."

En agosto de 1520, Lutero insinuó que como había sido liberado por esos caballeros del temor a los hombres, atacaría al papado como al Anticristo. Pero ya lo había hecho, y aunque la seguridad de una protección sin duda lo alentó y le dio más audacia, la fuente de su valor no debe buscarse en una sensación de inmunidad. Uno de sus amigos temía que Lutero retrocediera ante el inminente peligro. Él le respondió:

*Me preguntáis cómo me va. No lo sé. Satanás nunca estuvo tan furioso contra mí. Lo que puedo decir es que nunca he buscado bienes, honores ni gloria, y no me aplasta la hostilidad de las masas. En realidad, cuanto más se enfurecen, tanto más lleno del espíritu me siento. Pero, y esto puede sorprenderos, apenas si puedo resistir la menor ola de desesperación interior, y es por eso que el menor temblor de esta clase excluye a los más grandes de otra especie. No debéis temer que abandone las banderas.*

El revolucionario más intrépido es el que teme a algo más grande que cualquier cosa que sus contrarios puedan hacerle. Lutero, que había temblado tanto frente a Dios, no tenía miedo frente al hombre.

Cuando la cuestión se planteó más claramente, se evidenció que no desataría violencias ni a favor de sí ni del Evangelio. En enero de 1521 le escribía a Spalatin:

*Ves lo que pide Hutten. No estoy dispuesto a luchar por el evangelio con derramamiento de sangre. Ya le he escrito en este sentido. El mundo es conquistado por la Palabra y por ella la Iglesia es salvada y restaurada. Pero también el Anticristo, así como empezó sin que intervenga la mano del hombre, así sin la mano del hombre caerá por obra de la Palabra.*

## Capítulo VIII EL JABALÍ EN LA VIÑA

No porque confiara en última instancia en los brazos del Señor extendidos desde el cielo, descuidaría por ello Lutero lo que pudiera hacerse en la tierra. La demora de un año y medio en su juicio le dio oportunidad de elaborar sus puntos de vista y exponer sus conclusiones. Su teología, como hemos visto, ya estaba madura antes de la ruptura con Roma en cuanto a la naturaleza esencial de Dios y Cristo y en cuanto al camino de la salvación. En estos puntos Lutero había sido llevado a ver que en ciertos aspectos estaba en desacuerdo con la Iglesia. Pero hasta entonces no había reflexionado sobre las implicaciones prácticas de su teología para la teoría de la Iglesia, sus ritos, su composición y su relación con la sociedad. Tampoco se había planteado los problemas de la conducta moral. El intervalo durante el cual no fue molestado, desde la conferencia con Cayetano en octubre de 1519 hasta la llegada de la bula papal en octubre de 1520 le dio esta oportunidad. Lutero aprovechó febrilmente el respiro, sin saber, por supuesto, cuánto duraría. Durante el verano de 1520 entregó al impresor un paquete de opúsculos que todavía son mencionados como sus principales obras: El sermón sobre las buenas obras, en mayo; El papado en Roma, en junio, y El discurso a la nobleza alemana, en agosto; La cautividad babilónica, en setiembre, y La libertad del cristiano, en noviembre. Los tres últimos están más inmediatamente ligados a la controversia y sólo de ellos nos ocuparemos por el momento.

El más radical de ellos a los ojos de sus contemporáneos era el dedicado a los sacramentos, titulado La cautividad babilónica que se refería a la esclavización de los sacramentos por la Iglesia. Este ataque a la enseñanza católica era más devastador que todo lo anterior, y cuando Erasmo leyó el opúsculo exclamó: "La escisión es irreparable." La razón de esto reside en que las pretensiones de la Iglesia Católica Romana descansan en forma absoluta en los sacramentos como únicos caminos de gracia y sobre las prerrogativas del clero, por quien los sacramentos son administrados en forma exclusiva. Si se socava el sacramentalismo, entonces el sacerdocio está condenado a caer. Lutero de un golpe redujo el número de sacramentos de siete a dos: la confirmación, el matrimonio, el orden sacerdotal, la penitencia y la extremaunción fueron eliminados. Sólo quedaban la comunión y el bautismo. El principio que dictaba esta reducción era el de que un sacramento, para ser tal, tiene que haber sido instituido directamente por Cristo y ser claramente cristiano.

La eliminación de la confirmación y la extremaunción no era de tan tremenda importancia, salvo en el sentido de que disminuía el dominio de la Iglesia sobre la juventud y la muerte. La de la penitencia era más seria porque ésta es el rito del perdón de los pecados. En este caso Lutero no la abolió por completo. De los tres componentes de la penitencia reconocía, por supuesto, la necesidad de la contrición y consideraba a la confesión como útil, siempre que no se la convirtiera en institución. El punto drástico era con respecto a la absolución, la cual es, decía, solamente una declaración hecha por el hombre de lo que Dios ha decretado en el cielo y no una ratificación por Dios de lo que el hombre ha resuelto en la tierra.

El repudio de la ordenación sacerdotal como sacramento demolía la casta clerical y proporcionaba una sólida base para el sacerdocio de todos los creyentes, puesto que según Lutero la ordenación es un simple rito de la Iglesia por la cual un ministro es destinado para desempeñar un oficio particular. Ella no confiere un carácter indeleble, ni exime de la jurisdicción de los tribunales civiles, ni da poder para celebrar los otros sacramentos.

En este punto, lo que el sacerdote hace puede hacerlo cualquier cristiano, si es encargado de ello por la congregación, porque todos los cristianos son sacerdotes. La erección de la ordenación en sacramento.



*...ha engendrado una irreconciliable discordia, y el clero y los laicos han quedado más separados que el cielo y la tierra, para increíble injuria de la gracia bautismal y la confusión de la comunidad evangélica. Este es el origen de esta detestable tiranía sobre los laicos ejercida por los clérigos que, confiando en la unción externa de las manos, la tonsura y los hábitos, no sólo se exaltan a sí mismos por encima de los cristianos laicos, ungidos por el Espíritu Santo, sino que los miran como a perros, indignos de ser considerados miembros de la Iglesia... Aquí la hermandad cristiana desaparece y los pastores se convierten en lobos. Todos los que hemos sido bautizados somos en cierto modo sacerdotes, pero aquellos que llamamos sacerdotes son ministros, elegidos entre nosotros para que hagan todas las cosas en nuestro nombre y su sacerdocio no es otra cosa que un ministerio. El sacramento de la ordenación sacerdotal, por lo tanto, no puede ser otra cosa que determinado rito para elegir un predicador en la iglesia.*

Pero el rechazo por Lutero de los cinco sacramentos aun hubiera podido ser tolerado si no hubiera sido por la transformación radical que realizó en los dos que conservó. De su concepto del bautismo habría de inferir el repudio del monasticismo sobre la base de que no es un segundo bautismo y que no debía hacerse ningún otro voto fuera del voto bautismal.

Lo más serio de todo era la reducción de la misa a la Cena del Señor. La misa es el punto central de todo el sistema católico romano, porque se la considera una repetición de la Encarnación y la Crucifixión. Cuando el pan y el vino son transustanciados, Dios se convierte nuevamente en carne y Cristo muere otra vez en el altar. Este milagro sólo puede ser realizado por el sacerdote mediante el poder conferido por la ordenación. Como este medio de gracia es administrado exclusivamente por sus manos, los sacerdotes ocupan un lugar único en la Iglesia, y como la Iglesia es el custodio del cuerpo de Cristo, ocupa un lugar único en la sociedad.

Lutero no atacó la misa con el fin de socavar la posición de los sacerdotes. Sus preocupaciones eran siempre primordialmente religiosas y sólo incidentalmente eclesiásticas o sociológicas. Su primera insistencia era que el sacramento de la misa no debe ser mágico sino místico, no la ejecución de un rito sino la experiencia de una presencia. Este punto fue uno de los varios discutidos en la entrevista con Cayetano. El cardenal se quejaba de la opinión de Lutero de que la eficacia del sacramento depende de la fe del que lo recibe. La Iglesia enseña que el sacramento no puede ser menoscabado por ninguna debilidad humana, sea ésta la indignidad del celebrante o la indiferencia del que lo recibe. El sacramento opera en virtud de un poder intrínseco *ex opere operato*. A los ojos de Lutero esta concepción hacía del sacramento algo mágico y mecánico. Tampoco él tenía la intención de someterlo a la fragilidad humana y no admitiría que lo había hecho afirmando la necesidad de la fe, puesto que la fe en sí misma es un don de Dios; pero esta fe es dada por Dios cuando, donde y a quien Él quiere, y aun sin el sacramento es eficaz; en cambio, no es verdadero lo inverso, es decir, que el sacramento sea eficaz sin la fe. "Puedo estar equivocado con respecto a las indulgencias —declaró Lutero—, pero en cuanto a que en los sacramentos sea necesaria la fe, moriré antes de retractarme." Esta insistencia sobre la fe disminuía el papel del sacerdote, quien puede colocar una hostia en la boca pero no puede engendrar fe en el corazón.

El segundo punto sobre el que Lutero hizo hincapié era que el sacerdote no está en condiciones de hacer lo que la Iglesia pretende en la celebración de la misa. Él no "hace a Dios" ni "sacrifica a Cristo". La forma más simple de negar este punto de vista hubiera sido decir que ni Dios está presente ni Cristo es sacrificado, pero Lutero estaba dispuesto a afirmar solamente lo último. Cristo no es sacrificado porque su sacrificio fue hecho de una vez por todas sobre la cruz,

pero Dios está presente en los elementos porque Cristo, siendo Dios, declaró: "Este es mi cuerpo." La repetición de estas palabras por el sacerdote, sin embargo, no transforma el pan y el vino en el cuerpo y sangre de Dios, como sostiene la Iglesia católica. La teoría de la transustanciación afirma que los elementos conservan sus accidentes de forma, sabor, color, etcétera, pero pierden su sustancia, que es sustituida por la sustancia de Dios. Lutero rechaza esta posición sobre bases más bíblicas que racionales. Ya Erasmo y Melancton antes que él habían señalado que el concepto de sustancia no es bíblico sino una sofisticación escolástica. Por esa razón Lutero se resistía a usarlo y su propia concepción no debiera ser llamada consubstanciación. El sacramento para él no era un pedazo de Dios caído del cielo como un meteorito. Dios no necesita caer del cielo porque está presente en todas partes a través de su creación, como fuerza sostenedora y animadora, y Cristo como Dios es igualmente universal, pero su presencia está escondida a los ojos humanos. Por esta razón Dios ha escogido manifestarse a la humanidad en tres lugares de revelación. El primero es Cristo, en quien el Verbo, la Palabra, se hizo carne. El segundo son las Escrituras, donde está registrado el Verbo pronunciado. El tercero es el sacramento, donde el Verbo se manifiesta en alimento y bebida. El sacramento no conjura a Dios como la bruja de Endor, sino que revela dónde está Él.

En la medida en que eran disminuidos los poderes del sacerdote eran también menoscabadas sus prerrogativas. En la práctica católica una de las distinciones entre el clero y los laicos es que en la misa solamente el sacerdote bebe el vino. Esta restricción nació del temor de que un laico, por torpeza, derramara algo de la sangre de Dios. Lutero no sentía menos reverencia por el sacramento, pero no quería salvaguardarlo a expensas de un sistema de castas dentro de la Iglesia. A pesar del riesgo, el cáliz debía ser dado a todos los creyentes. Este pronunciamiento en su época tenía un inusitado eco de radicalismo porque el cáliz para el pueblo era el grito de los husitas bohemios. Ellos justificaban su práctica sobre la base de que Cristo dijo; "Bebed todos de él." Los intérpretes católicos explican estas palabras como dirigidas solamente a los apóstoles, que eran todos sacerdotes. Lutero estaba de acuerdo con ello, pero replicaba que todos los creyentes son sacerdotes.

### **Los sacramentos y la teoría de la Iglesia**

Esta concepción estaba preñada de consecuencias de largo alcance para la teoría de la Iglesia, y la concepción de Lutero sobre la Iglesia se derivaba de su teoría de los sacramentos. Sus deducciones, sin embargo, no estaban bien definidas en este sector, porque su concepción de la Comunión señalaba en una dirección y su concepción del bautismo en otra. Es por esto que habría de resultar hasta cierto punto el padre del congregacionalismo de los Anabaptistas a la vez que de la iglesia territorial de los luteranos posteriores.

Su concepto de la Cena del Señor exigía una congregación de creyentes convencidos solamente, pues declaraba que la eficacia del sacramento depende de la fe de quien lo recibe. Esto necesariamente debe hacer de él algo eminentemente individual, porque la fe es individual. Cada alma, decía Lutero, se levanta en desnuda confrontación ante su Hacedor. Nadie puede morir en lugar de otro: cada uno debe luchar con las angustias de la muerte por sí mismo. "Entonces yo no estaré con vosotros ni vosotros conmigo. Cada uno debe responder por sí mismo." En forma similar decía: "La misa es una divina promesa que no puede ayudar a nadie, ser aplicada a nadie, interceder por nadie ni ser comunicada a nadie, sino solamente a aquel que cree con fe propia. ¿Quién puede aceptar o solicitar por otro la promesa de Dios que exige fe de cada uno individualmente?"

Y aquí tocamos el corazón mismo del individualismo de Lutero. No es el individualismo del Renacimiento, que busca la plenitud de las capacidades del individuo; ni el de los últimos escolásticos que, sobre bases metafísicas, declaraban que la realidad consiste solamente en individuos y que los agregados como la Iglesia y el Estado no son entidades sino simplemente la suma de sus componentes. Lutero no se interesaba en filosofar sobre la estructura de la Iglesia y el Estado; insistía simplemente en que cada uno debe responder por sí mismo ante Dios. Este era el alcance de su individualismo. La fe exigida para el sacramento debe ser la propia. La inferencia obvia de tal teoría es que la Iglesia debe consistir solamente en aquellos poseídos de una cálida fe personal, y como el número de esas personas nunca es grande, la Iglesia tiene que ser un convertículo relativamente pequeño. No pocas veces habló Lutero precisamente como si esto fuera lo que quería significar. Especialmente en sus primeras clases, debido a que los elegidos son pocos. Y esto debe ser así, sostenía, porque la Palabra de Dios va contra todos los deseos del hombre natural, abatiendo el orgullo, aplastando la arrogancia y convirtiendo todas las pretensiones humanas en polvo y cenizas. Tal trabajo no es agradable y pocos lo aceptarán. Los que lo hagan serán piedras rechazadas por los constructores. El desprecio y la persecución serán su suerte. Todo Abel está destinado a tener su Caín, y todo Cristo su Caifas. Por lo tanto, la verdadera Iglesia será despreciada y rechazada por los hombres y yacerá escondida en medio del mundo. Estas palabras de Lutero podrían fácilmente terminar en la sustitución del monasterio católico por la comunidad protestante segregada.

Pero Lutero no deseaba tomar este camino porque el sacramento del bautismo le señalaba otra dirección. Habría podido acomodar fácilmente el bautismo a la concepción precedente si hubiera estado dispuesto, como los anabaptistas, a considerar el bautismo como el signo externo de una experiencia interior de regeneración, apropiado solamente para los adultos y no para los niños. Pero no sería él quien hiciera esto. Lutero se mantuvo del lado de la Iglesia Católica en cuanto al bautismo de los infantes, porque los niños deben ser arrebatados desde su nacimiento del poder de Satanás. Pero, ¿en qué queda entonces su fórmula de que la eficacia del sacramento depende de la fe de quien lo recibe? Luchó duramente para mantenerla mediante la ficción de una fe implícita en el párvulo comparable a la del hombre en el sueño. Pero nuevamente Lutero salta de la fe del niño a la fe del padrino que representa al niño. El nacimiento no era, para él, un acto tan solitario como la muerte. No se puede morir por otros, pero se puede, en cierto sentido, ser iniciado por otro en la comunidad cristiana. Por esa razón el bautismo, más que la comunión, es el sacramento que liga la Iglesia a la sociedad. Es el sacramento sociológico. Para la comunidad medieval cada niño que no perteneciera al ghetto era, por su nacimiento, un ciudadano, y por su bautismo un cristiano. Las mismas personas constituían el estado y la Iglesia independientemente de toda convicción personal. Era, pues, natural la alianza de estas dos instituciones. Allí estaba la base de una sociedad cristiana. La grandeza y la tragedia de Lutero fue que nunca pudo renunciar ni al individualismo del cáliz eucarístico ni al carácter corporativo de la pila bautismal. Hubiera sido un espíritu agitado en una época tranquila.

### **Reanudación del proceso**

Pero su época no era tranquila. Roma no se había olvidado de él. El relajamiento de la presión era meramente oportunista, y cuando se acercó el momento en que el Muy Católico Emperador vendría de España a Alemania, el papado estaba preparado para reanudar la persecución. Aun antes de la publicación del ataque a los sacramentos, que a los ojos de Erasmo hacía irreparable la escisión, Lutero había dicho bastante como para justificar una acción drástica. Las afirmaciones hechas en la controversia de las indulgencias habían sido aumentadas por el

ataque, aun más devastador, al origen y poder divinos del papado en el debate de Leipzig. Su ofensa era tan notoria, que un miembro de la curia se quejó de que se esperase la llegada del emperador. Entonces llegó Eck a Roma, armado no solamente con las notas de Leipzig, sino también con la condenación de las enseñanzas de Lutero de parte de las universidades de Colonia y Lovaina. Como Erfurt se había excusado y París no se había expedido en la disputa entre Lutero y Eck, aquellas otras dos universidades se lanzaron a la brecha sin que nadie se lo pidiera. El juicio de Colonia, dominada por los dominicos, era más severo. Lovaina estaba ligeramente imbuida de erasmismo. Ambas concordaban en condenar los conceptos de Lutero sobre la depravación humana, la penitencia, el purgatorio y las indulgencias. Lovaina guardaba silencio con respecto al ataque contra el papado, mientras que Colonia se quejaba de ideas heréticas en cuanto al primado y derogación del poder de las llaves.

Lutero replicó que ninguna de ellas citaba contra él ninguna prueba de las Sagradas Escrituras.

*¿Por qué no abolimos el evangelio y nos volvemos a ellos? ¿Es extraño que los obreros manuales emitan juicios más sólidos que los teólogos? ¿Cómo podemos tomar en serio a los que condenaron a Reuchlin? Si ellos queman mis libros, repetiré lo que he dicho. En esto soy tan osado que por ello sufriré la muerte. Si Cristo estuvo lleno de desdén por los fariseos y Pablo indignado por la ceguera de los atenienses —pregunto—, ¿qué me cabe hacer a mí?*

No se registra nada más acerca de la persecución hasta marzo, cuando se reanudó el intento de suprimir a Lutero silenciosamente por intermedio de la orden agustina. El general escribió a Staupitz:

*La orden, que hasta ahora nunca había sido sospechosa de herejía, se está volviendo odiosa. Os ruego por el amor de Dios que hagáis todo lo que podáis para evitar que Lutero hable contra la Santa Iglesia Romana y sus indulgencias. Urgidlo a que deje de escribir. Haced que salve a nuestra orden de la ignominia.*

Staupitz se desembarazó de ello renunciando a su cargo de vicario.

Otro intento se hizo a través de Federico el Sabio. El cardenal Siabio, recientemente perdonado de su complicidad en un atentado contra la vida del papa, escribió a Federico:

*Ilustrísimo y noble señor y hermano mío: Cuando recuerdo el esplendor de vuestra casa y la devoción siempre demostrada por vuestros progenitores y vos mismo hacia la Santa Sede, considero un deber de amistad escribiros acerca del bien común de la cristiandad y el eterno honor vuestro. Estoy seguro de que no ignoráis la obstinación, mordacidad y desenfreno con que Martín Lutero injuria al Pontífice Romano y a toda la curia. Por lo tanto os exhorto a que induzcáis a ese hombre a repudiar su error. Vos podéis hacerlo si queréis; con un solo guijarro el débil David mató al poderoso Goliat.*

Federico contestó que el caso había sido referido a su muy querido amigo el arzobispo de Trier, Elector del Santo Imperio Romano, Ricardo de Greiffenklau.

En mayo terminó el ocio. Hubo cuatro reuniones del consistorio, el 21, 23 y 26 de mayo y el 1° de junio. El papa, en la tarde del 22, se retiró a su coto de caza en Magliana, a soliti píaceri. Los cardenales, los canonistas y los teólogos continuaron solos. Debe de haber sido una asamblea

de unos cuarenta. Eck era el único alemán. Estaban representadas las tres grandes órdenes monásticas: los dominicos, los franciscanos y los agustinos. Ya no se podía hablar de una querrela entre monjes. El propio general de Lutero estaba allí, para no mencionar a sus antiguos adversarios Prierias y Cayetano. Tres eran las cuestiones que debían ser resueltas: qué hacer con las opiniones de Lutero, qué hacer con sus libros y qué hacer con su persona. Surgieron vivas diferencias de opinión. En la primera sesión algunos pusieron en duda la conveniencia de lanzar siquiera una bula en vista del exacerbado estado de Alemania. Los teólogos estaban por la condenación lisa y llana de Lutero. Los canonistas sostenían que se le debía escuchar como a Adán, pues aun cuando Dios sabía que era culpable le dio una oportunidad de defenderse cuando le dijo: "¿Dónde estás tú?" Se llegó a un compromiso por el cual no se escucharía a Lutero pero se le darían sesenta días para que se sometiera.

Con respecto a su enseñanza hubo debates, aunque sólo podemos hacer suposiciones acerca de quiénes discutieron y acerca de qué. Informes de segunda o tercera mano sugieren que había diferencias dentro del consistorio. Se dice que el cardenal italiano Accolti llamó a Tetzl un porcaccio y dio a Prierias un rabuffo por redactar en tres días una respuesta a Lutero que podría haber llevado mejor tres meses. Se dice que a la llegada de Eck a Roma, Cayetano resopló: "¿Quién dejó entrar a esa bestia?" Se dice que el cardenal español Carvajal, partidario de los concilios, se opuso vehementemente a una acción contra Lutero. Por fin, se llegó a una unanimidad con respecto a la condenación de cuarenta y un artículos. Las censuras previas de Lovaina y Colonia fueron ampliadas y combinadas.

### **La bula "Exsurge"**

Cualquiera que estuviera familiarizado con la madura posición de Lutero se daría cuenta de que la bula era demasiado vaga en su reprobación. Los conceptos de Lutero sobre la misa eran condenados solamente en el punto de dar el cáliz a los fieles. Ningún otro de los siete sacramentos es mencionado, salvo la penitencia. No se decía nada sobre los votos monásticos, sólo una desaprobación del deseo de Lutero de que los príncipes y prelados suprimieran el saco de los mendicantes. Nada había acerca del sacerdocio de todos los creyentes. Los artículos se concentraban en el menosprecio de Lutero por la capacidad humana aun después del bautismo, su derogación del poder del papa para atar y desatar penas y pecados, del poder del papa y los concilios para declarar doctrinas, del primado del papa y de la Iglesia Romana. En un punto la condenación de Lutero estaba en conflicto con el reciente pronunciamiento del papa sobre las indulgencias. Lutero era reprobado por reservar solamente a Dios la remisión de las penas impuestas por la justicia divina, mientras que el papa mismo acababa de declarar que en tales casos el tesoro de méritos podía ser aplicado solamente por vía de intercesión, no de jurisdicción. El cargo de bohemianismo contra Lutero había sido evidentemente acogido, pues se lo condenaba por introducir algunos de los artículos de Juan Hus. Dos principios característicamente erasmianos fueron censurados: que quemar herejes era ir contra la voluntad del Espíritu y que la guerra contra los turcos era resistencia al castigo de Dios. Los cuarenta y un artículos no fueron declarados uniformemente heréticos, sino que fueron condenados como "herédeos, o escandalosos, o falsos, u ofensivos a los oídos piadosos, o seductores de espíritus simples, o repugnantes a la verdad católica, respectivamente". Algunos sospecharon que se había adoptado esta fórmula porque el consistorio no había podido ponerse de acuerdo sobre cuál era cuál, y por lo tanto, como los triunviros, proscribían a los enemigos de cada uno aunque podían ser amigos del resto. Se puede dudar, sin embargo, de que este sea el caso, porque era una fórmula estereotipada que había sido ya usada en la condenación de Hus.

Terminada la bula fue presentada al papa para que le pusiera un prefacio y conclusión. A tono con el ambiente de su pabellón de caza en Magliana, escribió:

*¡Levántate, oh Señor, y juzga tu causa! Un jabalí salvaje ha invadido tu viña. ¡Levántate, oh Pedro, y observa la situación de la Santa Iglesia Romana, madre de todas las iglesias, consagrada con tu sangre! ¡Levántate, Pablo, que con tu enseñanza y tu muerte iluminaste e iluminas a la Iglesia! ¡Levantaos, vosotros, todos los santos, y toda la iglesia universal, cuya interpretación de las Escrituras ha sido atacada! Apenas si podemos expresar nuestro pesar por las antiguas herejías que han revivido en Alemania. Estamos tanto más deprimidos cuanto que ella estuvo siempre a la vanguardia de la guerra contra la herejía. Nuestro oficio pastoral no puede tolerar más tiempo el veneno mortífero de los siguientes cuarenta y un errores. (Se los enumera). No podemos tolerar más que la serpiente se arrastre por el campo del Señor. Los libros de Martín Lutero que contienen estas herejías deben ser examinados y quemados. En cuanto a Martín mismo, buen Dios, ¿qué deber de amor paternal hemos omitido a fin de hacerle desistir de sus errores? ¿No le hemos ofrecido un salvoconducto y dinero para el viaje? [Tal oferta nunca había llegado a Lutero.] Y él ha tenido la impertinencia de apelar a un futuro concilio aunque nuestros predecesores Pío II y Julio II sujetaban tales apelaciones a la pena de herejía. Ahora concedemos a Martín sesenta días para someterse, a partir de la fecha de la publicación de esta bula en su parroquia. Todo aquel que se atreva a infringir nuestra excomunión y anatema quedará bajo la ira del Dios Todopoderoso y los apóstoles Pedro y Pablo.*

*Dado a los 15 días de junio de 1520*

Esta bula es conocida por sus primeras palabras, que son Exsurge Domine. Unas pocas semanas después, el papa escribía a Federico el Sabio:

*Amado hijo: Nos alegramos de que nunca hayáis mostrado ningún favor a ese hijo de iniquidad, Martín Lutero. No sabemos si debemos alabar más vuestra prudencia o vuestra piedad. Este Lutero favorece a los bohemios y turcos, deplora el castigo de los herejes, desprecia las obras de los santos doctores, las resoluciones de los concilios ecuménicos y los decretos de los pontífices romanos, y no da crédito a las opiniones de nadie, salvo las suyas propias, lo que ningún hereje antes que él se atrevió a hacer. No podemos sufrir más tiempo que la oveja sarnosa contagie a la grey. Por lo tanto hemos convocado a un cónclave de venerables hermanos. El Espíritu Santo estuvo también presente, pues en tales casos nunca está ausente de nuestra Santa Sede. Hemos redactado una bula, sellada con plomo, en la que, de los innumerables errores de este hombre, hemos elegido aquellos en que pervierte la fe, seduce al simple y relaja los lazos de la obediencia, la disciplina y la humildad. Los vituperios que ha lanzado contra la Santa Sede los dejamos a Dios. Os exhortamos a inducirlo a retornar a la cordura y recibir nuestra clemencia. Si persiste en su locura, tomadlo prisionero. Dado bajo el sello del anillo del Pescador, el 8 de julio de 1520 y en el octavo año de nuestro pontificado.*

## Bula en busca de Lutero

La bula papal tardó tres meses en encontrar a Lutero, pero ya le habían llegado rumores de que estaba en camino. Hurten le escribió el 4 de junio de 1520:

*Se dice que estáis bajo excomunión. Si es cierto, ¡cuán poderoso sois! En vos se han cumplido las palabras del salmo: "...y condenan la sangre inocente, mas el Señor Nuestro Dios... hará tornar sobre ellos su iniquidad y los destruirá por su propia maldad." Esta es nuestra esperanza; sea también nuestra fe. También hay maquinaciones en contra de mí. Si se valen de la fuerza, se encontrarán con la fuerza. Ojalá me condenaran. ¡Manteneos firme! No titubeéis. Pero, ¿por qué he de amonestaros yo? Estaré a vuestro lado, suceda lo que sucediere. Defendamos la libertad común. Liberemos a la patria oprimida. Dios estará de nuestra parte; y si Dios está con nosotros, ¿quién podrá estar contra nosotros?*

Fue en este momento cuando llegaron renovados ofrecimientos de Sickingen y de otros cien caballeros. Lutero no dejaba de sentirse conmovido, pero apenas sabía si debía confiar en el brazo del hombre o solamente en el Señor. Durante el verano de 1520, cuando la bula papal lo buscaba por toda Alemania, su estado de ánimo pasaba de incendiario a apocalíptico y llegó a incitar a la violencia en un estallido imprudente. Lleno de ira ante un nuevo ataque de Prierias, declaró en una respuesta impresa:

*Me parece que si la furia de los romanistas sigue de este modo, no queda otro remedio que el emperador, los reyes y los príncipes ataquen a esta peste mundial a mano armada y decidan el asunto ya no con palabras sino con el acero. Si castigamos a los ladrones con el cepo, a los asaltantes con la espada y a los herejes con el fuego, ¿por qué no atacamos más bien con todas las armas a esos doctores de la perdición, esos cardenales, esos papas y todas esas inmundicias de la Sodoma romana, que corrompe la Iglesia de Dios, y lavamos nuestras manos en su sangre?*

Más tarde Lutero explicó que en realidad no había querido decir lo que sus palabras implicaban.

*Yo escribí: "Si quemamos herejes, ¿por qué más bien no atacamos al papa y sus seguidores con la espada y lavamos nuestras manos en su sangre?" Como yo no apruebo el quemar herejes ni el matar a ningún cristiano —que, bien lo sé, no es evangélico—, he indicado con esas palabras lo que merecen ellos si los herejes merecen el fuego. Tampoco hay necesidad de atacarlos con la espada.*

A pesar de esta explicación, nunca se le dejó olvidar a Lutero su incendiario estallido. Se lo citó contra él en el Edicto de la Dieta de Worms.

El repudio era genuino. Su actitud dominante está expresada en una carta de octubre a un ministro a quien se le obligaba a dejar su puesto. Lutero escribía:

*Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra señores del mundo, gobernadores de estas tinieblas, contra malicias espirituales en los aires. (Epístola a los Efesios, 6: 12.) Por lo tanto, mantengámonos firmes y escuchemos la trompeta del Señor. Satanás está luchando, no contra nosotros,*

*sino contra Cristo que lucha en nosotros. Nosotros libramos las batallas del Señor. Por lo tanto, debemos ser valientes. Si Dios es con nosotros, ¿quién podrá ser contra nosotros?*

*Estáis preocupado porque Eck está publicando una severísima bula contra Lutero, sus libros y seguidores. Suceda lo que sucediere, no me importa porque nada puede suceder que no esté de acuerdo con la voluntad de Aquel que está en los cielos dirigiéndolo todo. Por eso no os angustiéis. Vuestro Padre sabe de qué cosas habéis menester antes de que vos le pidáis nada. Ni una hoja de un árbol cae al suelo sin su voluntad. ¡Cuánto menos puede caer uno de nosotros a no ser que sea Su voluntad!*

*Si el espíritu que tiene la fuerza viene sobre vos, no abandonéis vuestro puesto a fin de que otro no reciba vuestra corona. Es poca cosa que muramos por el Verbo, porque él mismo, hecho carne, entregó su vida por nosotros. Resucitaremos con él y moraremos con él en la eternidad. Cuidad, pues, de no despreciar su santo llamado. Él vendrá, no demorará; él nos liberará de todo mal. Hasta pronto, en nombre de Jesús nuestro Señor, que conforta y sostiene la mente y el espíritu. Amén.*



## Capítulo IX LA APELACIÓN AL CÉSAR

EN un punto Lutero no tenía duda alguna. Le ayudaran o no le ayudaran, él daría su testimonio.

*"Para mí la suerte está echada. Desprecio por igual la furia y el favor de Roma. No me reconciliaré ni me comunicaré con ellos. Que condenen y quemen mis libros. Por mi parte, a menos que no pueda encontrar un fuego, condenaré y quemaré públicamente toda la ley canónica."*

Tampoco descuidó Lutero su defensa. En vano había apelado al papa y a un concilio. Sólo quedaba un recurso: apelar al emperador. Durante el mes de agosto Lutero se dirigió a Carlos V en estas palabras:

*No es presunción que quien mediante la verdad evangélica ha ascendido al trono de la Divina Majestad se aproxime al trono de un príncipe terrenal, ni es impropio que un príncipe terrenal, que es la imagen del celestial, se incline a levantar al pobre del polvo. Por eso, indigno y pobre como soy, me arrojo a los pies de Vuestra Majestad Imperial, ya que presento un asunto digno. He publicado libros que me han atraído la indignación de muchos; pero lo hice impulsado por otros, pues no hubiera preferido otra cosa que mantenerme en la oscuridad. Durante tres años he buscado la paz en vano. Ahora me queda un solo recurso: apelar al César. No quiero protección si se me encuentra impío o herético. Una sola cosa pido: que ni la verdad ni el error sean condenados sin ser escuchados y refutados.*

Pero Lutero no sólo pedía al César que escuchara a un hombre. Le pedía algo más. También debía reivindicar una causa. La Iglesia estaba desesperadamente necesitada de reforma y la iniciativa debía venir, como Hutten pretendía, del poder civil. Un poderoso programa de reforma había sido delineado por Lutero en el Discurso a la nobleza alemana. El término "nobleza" era usado ampliamente para abarcar toda la clase dominante en Alemania, desde el emperador para abajo. Pero, ¿con qué derecho, puede preguntarse el lector moderno, podía pedirles Lutero que reformaran la Iglesia? La cuestión tiene algo más que interés de anticuario, porque algunos afirman que en este opúsculo Lutero rompía con su primitiva concepción de la Iglesia como un remanente perseguido, y en cambio establecía las bases para una iglesia aliada al estado y servidora de éste. Lutero aducía tres fundamentos para su apelación: La primera era simplemente que el magistrado era el magistrado, ordenado por Dios para castigar a los malhechores. Todo lo que Lutero pedía del magistrado como tal era que llevara al clero ante los jueces civiles, protegiera a los ciudadanos contra la extorsión eclesiástica y reivindicara al estado en el ejercicio de funciones civiles, liberándolo de la intromisión clerical. Era en este sentido que Lutero a menudo afirmaba que ni en mil años alguien había luchado por el estado civil como él lo había hecho. Las pretensiones teocráticas de la Iglesia debían ser rechazadas.

*El Discurso a la nobleza alemana*, sin embargo, va mucho más allá que el mero circunscribir a la Iglesia a su debida esfera. Lutero se interesaba mucho menos por la emancipación del estado que por la purificación de la Iglesia. El despojarla del poder temporal y de la riqueza excesiva tenía el propósito de emancipar a la Iglesia de las preocupaciones mundanas para que pudiera llenar mejor sus funciones espirituales. La base del derecho del

magistrado para emprender esta reforma está expresada en la segunda razón de Lutero, que es: "Las autoridades temporales están bautizadas con el mismo bautismo que nosotros." Este es el lenguaje de la sociedad cristiana, constituida sobre el sacramento social administrado a cada recién nacido dentro de la comunidad. En esa sociedad, la Iglesia y el estado son mutuamente responsables del sostenimiento y corrección el uno del otro.

En un tercer pasaje, Lutero da la razón adicional de que los magistrados son cristianos que comparten el sacerdocio de todos los creyentes, de lo que algunos historiadores modernos han inferido que Lutero concedería a los magistrados el papel de reformadores de la Iglesia solamente en el caso de que fueran ellos mismos cristianos convencidos, y aun así solamente en una emergencia. Pero en este opúsculo no se expresa tal condición. Se hace descansar al propio sacerdocio de todos los creyentes en el más bajo grado de fe implícita en el niño bautizado. Toda la actitud de Lutero con respecto al papel reformador del magistrado es esencialmente medieval. Lo que lo distingue de tantos otros intentos de reparación de agravios es su profundo tono religioso. Las quejas de Alemania estaban combinadas con la reforma de la Iglesia, y el mismo poder civil se hacía residir menos en el brazo de la carne que en la mano del Señor.

El programa empezaba con premisas religiosas. Tres muros de Roma deben caer como los muros de Jericó. El primero era la afirmación de que el poder espiritual está por encima del temporal. A esta pretensión Lutero enfrenta la doctrina del sacerdocio de todos los creyentes. "Todos somos por igual cristianos y tenemos bautismo, fe, el Espíritu Santo y todas las cosas por igual. Si es muerto un sacerdote, se coloca a un territorio entero bajo interdicto. ¿Por qué no se hace lo mismo en el caso de un campesino? ¿De dónde viene esta gran distinción entre los que se llaman cristianos?" El segundo muro era la pretensión de que solamente el papa podía interpretar las Sagradas Escrituras. Esta aserción era rebatida no tanto con la reivindicación de los derechos de la ciencia humanista contra la incompetencia papal, como por las pretensiones de los laicos cristianos de comprender el espíritu de Cristo. "El asno de Balaam fue más sabio que el profeta, mismo. Si Dios habló por boca de un asno contra un profeta, ¿por qué aun ahora no podría hablar por boca de un hombre recto contra el papa?" El tercer muro era la pretensión de que solamente el papa puede convocar a un concilio. En este punto también el sacerdote de todos los creyentes daba a cualquiera el derecho de hacerlo en una emergencia, pero especialmente al poder civil debido a su posición estratégica.

Luego siguen todas las propuestas de reformas a ser instituidas por un concilio. El papado debía volver a la sencillez apostólica, sin más triple corona ni beso de los pies. El papa no debía recibir sentado el sacramento, que le era presentado por un cardenal arrodillado, a través de una boquilla de oro, sino que debía estar parado como cualquier otro "hediondo pecador". Debía ser reducido el número de cardenales. Las posesiones y pretensiones temporales de la Iglesia debían ser abandonadas para que el papa pudiera dedicarse solamente a asuntos espirituales. Los ingresos de la Iglesia debían ser reducidos: no más anatas, derechos, indulgencias, años de oro, reservas, impuestos para cruzadas y todo el resto de triquiñuelas por las que los "borrachos alemanes" eran despojados. Los litigios en los tribunales eclesiásticos que afectaran a alemanes debían ser resueltos en Alemania bajo un primado alemán. Esta sugerión apuntaba en dirección de una iglesia nacional. Para Bohemia se la recomendaba definitivamente.

Las proposiciones con respecto al monasticismo y el matrimonio clerical iban más allá de todo lo que Lutero había dicho antes. Los mendicantes debían ser relevados de escuchar confesión y predicar. El número de órdenes debía ser reducido y no debían existir votos irrevocables. Debería permitirse al clero casarse, porque los sacerdotes necesitan un ama de casa, y colocar a un hombre y una mujer juntos en tales circunstancias es como colocar paja al lado del fuego y esperar que no arda.

Otras recomendaciones diversas piden la reducción de los festivales de la Iglesia y una restricción de las peregrinaciones. Debe dejarse a los santos que se canonicen ellos mismos. El estado debía iniciar una reforma legal y emprender la legislación suntuaria. Este programa era amplio y en su mayor parte despertaría un caluroso aplauso en Alemania.

Por debajo de todo había una profunda indignación contra la corrupción de la Iglesia. Una y otra vez el papa era avergonzado con una comparación con Cristo. Este tema se remontaba a Wycliff a través de Hus. En la biblioteca de Federico el Sabio se encontraba un ilustrado trabajo en lengua bohemia sobre la disparidad entre Cristo y el papa. Una obra similar fue publicada más tarde en Wittenberg con anotaciones de Melancthon y grabados de Cranach. La idea ya estaba presente en el Discurso a la nobleza alemana, en donde se hace referencia a Cristo a pie y el papa en un palanquín con un séquito de tres o cuatro mil jinetes en muías; Cristo lavando los pies de los discípulos, y el papa haciendo besar sus pies; Cristo ordenando mantener la palabra aun a un enemigo, y el papa declarando que no debe mantenerse ninguna promesa al que no tiene fe y que las promesas hechas a los herejes no comprometen. Lo que es peor, se emplea la coacción contra ellos. "Pero los herejes deben ser vencidos con libros y no con fuego. ¡Oh Cristo, mi Señor, ¡mira hacia abajo! ¡Que rompa: el día de tu juicio y destruya el nido del diablo en Roma!"

### **Publicación de la Bula.**

Mientras tanto, la bula *Exsurge Domine* era ejecutada en Roma. Los libros de Lutero eran quemados en la Piazza Navona. La bula fue impresa, homologada y sellada y se le dio amplia difusión. La tarea de su publicación en el norte fue encargada a dos hombres que fueron nombrados nuncios papales e inquisidores especiales con este fin. Uno de ellos era Juan Eck. El otro, Jerónimo Aleandro, era un distinguido humanista, maestro en tres lenguas —latín, griego y hebreo—, antiguo rector de la Universidad de París. Tenía cierto conocimiento de los asuntos alemanes a través de su juventud pasada en los Países Bajos. Sus irregularidades en cuestiones de moral privada no significaban una ofensa en los días del papado no reformado. El campo fue dividido entre los dos hombres, en parte siguiendo límites geográficos. Eck debía tomar el Este. Franconia y Baviera. Aleandro debía abarcar los Países Bajos y el Rin. Había otra división de funciones, en el sentido de que Aleandro debía dirigirse al emperador, su corte y los altos magnates, laicos y eclesiásticos, mientras que Eck debía ir más bien a los obispos y a las universidades. Los dos hombres recibieron instrucciones para actuar de perfecto acuerdo. Las instrucciones de Aleandro le mandaban ante todo entregar la bula a "Nuestro amado hijo Carlos, Santo Emperador Romano y Rey Católico de España". En ese momento todos los partidos miraban a Carlos. Era joven y no se había definido aún. El papa esperaba que siguiera el ejemplo de su abuela, Isabel la Católica. Los alemanes veían en él al heredero de su abuelo, Maximiliano el alemán. Se aconsejó a Aleandro que si Lutero pedía una audiencia ante la corte del emperador, respondiera que el caso se estaba tratando solamente en Roma. Esta es la primera sugestión de que Lutero podría pedir que su caso fuera referido a un tribunal secular. El secretario que compuso este memorándum fue singularmente clarividente, ya que las instrucciones fueron redactadas antes de la apelación de Lutero al César. Eck recibió una comisión secreta, desconocida para Aleandro, que le permitía incluir en la condenación otros nombres además del de Lutero, según su discreción.

La tarea no era grata para ninguno de los dos, que la emprendieron con riesgo para sus vidas. Eck la complicó enormemente agregando imprudentemente seis nombres: tres de Wittenberg, incluyendo a Carlstadt, y tres de Nuremberg, incluyendo a Spengler y Pirkheimer. No hubiera podido escoger un momento más inoportuno para atacar a los dirigentes del

humanismo alemán, que nunca estuvo más unido. En los Países Bajos, Aleandro también debió enfrentarse con muchos simpatizantes de Lutero. Estaba Erasmo, que decía: "La inclemencia de esta bula no está de acuerdo con la moderación de León." Y otra vez: "Las bulas papales son de peso, pero los eruditos atribuyen más peso a los libros con buenos argumentos extraídos del testimonio de las Divinas Escrituras, que no coaccionan, sino que instruyen." En Amberes, los "marranos" —españoles y portugueses de extracción judía— estaban imprimiendo a Lutero en español. Los mercaderes alemanes difundían sus ideas. Alberto Durero ejecutaba encargos en Amberes mientras esperaba que Lutero y Erasmo purificaran la Iglesia. En el valle del Rin corrían rumores de que Sickingen podría vengar a Lutero, como lo había hecho con Reuchlin, con la fuerza de las armas.

Eck se encontró con la más inesperada oposición. El duque Jorge retrocedió con el pretexto de que su localidad no había sido específicamente nombrada. Se esperaba que Federico el Sabio obstruyera la acción de Eck, pero lo hizo en la forma más desconcertante diciendo que había sabido por Aleandro que Eck no tenía autorización para incluir a ningún otro, excepto Lutero. Entonces Eck se vio obligado a mostrar sus instrucciones secretas. Con un pretexto u otro los obispos alemanes mismos se mantuvieron apartados, y algunos de ellos demoraron seis meses en publicar la bula. La Universidad de Viena se excusó de actuar sin el obispo, y la Universidad de Wittenberg protestó contra la impropiedad de confiar la publicación de la bula a una de las partes en litigio. "No se debería permitir a la cabra ser jardinero, ni al lobo pastor, ni a Juan Eck nuncio papal." No sólo la Universidad de Wittenberg, sino que aun el duque Jorge de Baviera expresó el temor de que la publicación de la bula produjera desórdenes. Existían algunas razones para esta preocupación. En Leipzig Eck tuvo que esconderse en un claustro para salvar la vida. En Erfurt, cuando hizo reimprimir la bula, los estudiantes arrojaron todos los ejemplares al río para ver si flotaban. En Torgau fue rasgada y embadurnada. Los únicos éxitos fáciles fueron con los obispos de Brandemburgo, Meissen y Magdeburgo, que permitieron la publicación de la bula el 21, 25 y 29 de setiembre, respectivamente. Eck, en honor a este triunfo, erigió una lápida votiva en la iglesia de Ingolstadt: "Juan Eck, professor ordinarius de teología y canceller universitario, nuncio papal y protonotario apostólico, habiendo publicado de acuerdo a la orden de León X la bula contra la doctrina luterana en Sajonia y Meissen, erige esta lápida en gratitud por haber vuelto con vida a su hogar."

Aleandro vio complicada su tarea por haberse la bula filtrado en Alemania antes de su publicación, en una forma discrepante con la suya. Fue bien recibido, sin embargo, en la corte imperial de Amberes y Su Majestad prometió arriesgar su vida en la protección de la Iglesia y el honor del papa y la Santa Sede. Estaba perfectamente dispuesto a ejecutar la bula en sus dominios hereditarios, y Aleandro pudo por lo tanto hacer un auto de fe de los libros luteranos, en Lovaina, el 8 de octubre. Sin embargo, cuando se inició la hoguera, los estudiantes arrojaron a ella obras de teología escolástica y un manual medieval para predicadores titulado *Duerme bien*. Una hoguera semejante tuvo lugar en Lieja el 17 del mismo mes. Se incitó a los mendicantes y los conservadores de la facultad universitaria de Lovaina, a que le hicieran intolerable la vida a Erasmo. Ya había empezado la Contrarreforma, ayudada por el brazo imperial.

Pero en las tierras del Rin era distinto. El emperador regía allí solamente en virtud de su elección. Cuando estuvo en Colonia el 12 de noviembre, Aleandro trató de encender una hoguera, pero aunque el arzobispo había dado su consentimiento, el ejecutor oficial se rehusó a proceder sin un mandato imperial expreso. El arzobispo reafirmó su autoridad y los libros fueron quemados. En Maguncia la oposición fue más violenta. El ejecutor, antes de aplicar la tea, se volvió a los espectadores reunidos y preguntó si los libros habían sido legalmente condenados. Cuando a una sola voz la multitud contestó: "¡No!", el ejecutor retrocedió y se negó a actuar.

Aleandro apeló a Alberto, el arzobispo, y consiguió de él una autorización para destruir algunos libros al día siguiente. La orden fue cumplida el 29 de noviembre, no por el verdugo público, sino por el sepulturero y sin testigos, salvo unas pocas mujeres que habían llevado sus gansos al mercado. Aleandro fue apedreado y declaró que a no ser por la intervención del abad no hubiera salido con vida. Se podría dudar de su palabra si no hubiera otras evidencias, pues magnificaba sus peligros para ensalzar sus proezas.

Pero en este caso hay una corroboración independiente. Ulrich von Hutten lanzó una invectiva en verso, en latín y alemán:

*Aquí se queman los libros del piadoso Lutero Porque se refieren a Tu Santa Ley.  
Aquí se queman, oh Señor, muchas palabras buenas,  
Aquí se asesina Tu divina doctrina.  
Aquí se concede indulgencia y perdón,  
Pero nada a quien no tenga dinero.  
Aquí se expolia a la nación alemana  
Y se permiten muchas cosas malas por dinero.  
Pero si quisiera ayudarte  
Y aconsejarte en estos asuntos,  
No querría ahorrar lo que tengo en bienes  
Ni aun mi propia sangre*

El 10 de octubre la bula llegó a Lutero. Al día siguiente comentó a Spalatin:

*Esta bula condena a Cristo mismo. No me citan para someterme a un interrogatorio, sino para una mera retractación. Aunque creo que es genuina, quiero tratarla como apócrifa. Ojalá Carlos fuera un hombre y luchara por Cristo contra estos Satanás. Por mí no temo nada; que suceda lo que quiera Dios. No sé lo que debe hacer el príncipe; lo único sería fingir. Os envío una copia de la bula para que podáis ver al monstruo romano. La fe y la Iglesia peligran. Me regocijo de sufrir por tal causa. No soy digno de tan santa persecución. Me siento mucho más libre ahora que por fin estoy seguro de que el papa es el Anticristo. Erasmo escribe que la corte imperial está abarrotada de frailes mendicantes ansiosos de dominar; pues no hay esperanzas de parte del emperador. Estoy en camino a Lichtenburgo para una entrevista con Miltitz. Adiós y orad por mí.*

El juego de obstrucción había empezado. Federico el Sabio usó de las instrucciones de Aleandro y la comisión de Miltitz en contra de Juan Eck. Miltitz no había sido nunca destituido por el papa y ahora decía francamente que Eck no podría de ningún modo publicar la bula mientras las negociaciones amistosas estaban todavía en camino. Federico resolvió mantenerlas en acción, y por lo tanto arregló una nueva entrevista entre Lutero y Miltitz, y por supuesto el arzobispo de Trier todavía estaba dentro del cuadro como arbitro. Por esta razón Lutero impugnó la validez de la bula sobre la base de que Roma no se burlaría de dos electores quitándoles el caso de entre las manos. "Por lo tanto no creeré en la autenticidad de esta bula hasta que yo vea el plomo y la cera original, el cordón, la firma y el sello con mis propios ojos."

Durante un tiempo, Lutero contó con la doble posibilidad de que la bula pudiera ser verdadera o falsa. En ese sentido se pronunció con un vehemente ataque, aparentemente a instancias de Spalatin, a quien escribió:

*Es duro disentir de todos los pontífices y príncipes, pero no hay otro camino para escapar del infierno y la ira de Dios. Si vos no me hubierais instado, yo hubiera dejado todo en manos de Dios y no haría más de lo que ya he hecho. Redacté una réplica a la bula en latín, de la que os envió una copia. La traducción alemana está en prensa. ¿Cuándo, desde el principio del mundo, Satanás ha hablado con tanta insolencia contra Dios? Sucumbo a la magnitud de las terribles blasfemias de esta bula. Casi estoy convencido de que el último día está en el umbral. El imperio del Anticristo empieza a tambalearse. Veo que por la bula se originará una rebelión incontenible, y esto es lo único que merece la curia romana.*

### **Contra la execrable bula del Anticristo**

La respuesta a que se refería se titulaba Contra la execrable bula del Anticristo. Lutero escribía:

*Se dice que una bula contra mí ha andado por toda la tierra antes de llegar a mí; como una hija de las tinieblas, teme mi faz. Por eso y porque condena artículos manifiestamente cristianos, tuve mis dudas acerca de si realmente procede de Roma o si no será más bien el engendro de aquel hombre de mentiras, hipocresía, errores y herejía, el monstruo Juan Eck. La sospecha aumentó cuando se me dijo que Eck era el apóstol de la bula. Estilo y saliva señalan a Eck. En realidad, no es inverosímil que allá donde Eck se hace oír como apóstol esté el reino del Anticristo. No obstante, entretanto quiero suponer que León X no es el responsable, no porque salvaguarde el honor del nombre romano, sino porque no me considero digno de sufrir tan gloriosamente por la verdad de Dios. Pues, ¿quién sería más feliz ante Dios que Lutero, si fuera condenado por tan altas autoridades a causa de una verdad tan evidente? Pero esta causa requiere un mártir más digno. Yo, con mis pecados, merezco otra cosa. Pero sea quien fuese el autor de esta bula, lo considero como el Anticristo. Doy fe ante Dios, Nuestro Señor Jesucristo, sus santos ángeles y todo el mundo, de que con todo corazón me aparto del juicio de esta bula, a la que repruebo y detesto como sacrilegio y blasfemia contra Cristo, el Hijo de Dios y Señor Nuestro. Que esta sea mi retractación, ¡oh bula infame! Después de haber dado mi testimonio, voy a atacar la bula misma. Pedro dice que debemos dar cuenta de la fe que está en nosotros, pero esta bula me condena autocráticamente sin ninguna prueba de las Escrituras, mientras que yo documento todos mis postulados con la Biblia. Te pregunto, oh ignorante Anticristo, ¿crees que puedes triunfar con tus meras palabras contra la fuerte armadura de las Escrituras? ¿Lo has aprendido de Colonia y Lovaina? Si la reprobación eclesiástica de los errores consiste tan sólo en decir: "no acepto", "digo que no", "no quiero", ¿qué tonto, qué asno, qué patán no podría emitir un juicio? ¿No se sonroja tu frente de meretriz cuando con el humo de tus palabras contradices los rayos del divino Verbo? ¿Por qué no damos crédito a los turcos? ¿Por qué no admitimos a los judíos? ¿Por qué no honramos a los herejes, si basta con el mero condenar? Pero Lutero, que está acostumbrado a bellum, no teme a; bullam. Todavía sé distinguir entre un mero papel y el omnipotente Verbo de Dios.*

*Muestran su ignorancia y su mala conciencia al inventar el adverbio "respectivamente". Mis artículos son llamados "respectivamente" heréticos, erróneos, escandalosos, lo que quiere decir que no saben cuáles son qué. ¡Oh preocupada ignorancia! Yo no quiero ser instruido "respectivamente" sino absoluta y ciertamente.*

*Exijo que se diga absoluta y no "respectivamente", explícita y no confusamente, seguramente y no con apariencia engañosa, clara y no oscuramente, punto por punto y no en general, qué es herético y qué no lo es; deben demostrarme en qué punto soy hereje, o secar su saliva. Dicen que algunos artículos son heréticos, otros erróneos, algunos enojosos, otros escandalosos. De esto hay que inferir que los que son heréticos no son erróneos, los que son erróneos no son enojosos, los que son enojosos no son escandalosos. ¿Qué significa, pues, pretender que algo no sea herético, ni enojoso, ni falso pero sí escandaloso? Escribid, pues, sobria y sensatamente, vosotros, papistas impíos e insensatos, si es que queréis escribir algo. Ya sea que proceda de Eck o del papa, esta bula lo es todo a la vez: impiedad, blasfemia, ignorancia, hipocresía, mentira; en una palabra, es Satanás mismo con su Anticristo.*

*¿Dónde estáis ahora, oh noble emperador Carlos, reyes y príncipes cristianos? En el bautismo os habéis comprometido solemnemente a Cristo, ¿y podéis soportar estas palabras infernales del Anticristo? ¿Dónde estáis vosotros, los obispos? ¿Dónde los doctores? ¿Dónde estáis todos los que os confesáis de Cristo? ¡Ay de todos aquellos que viven en estos tiempos! La venganza de Dios ha caído sobre los papistas; sobre los enemigos de la Cruz de Cristo, de modo que también ellos son hostiles a todas las gentes e impiden que sea predicada la verdad. A vosotros, entonces, oh León X, y vosotros los cardenales, y quienquiera que tenga nombre de Roma, os digo francamente en vuestra cara: si esta bula se ha publicado en vuestro nombre, entonces quiero hacer uso del poder que me es dado por el bautismo, por el que me he convertido en un hijo de Dios y coheredero de Cristo, fundado sobre una roca sólida, contra la cual no pueden nada las puertas del infierno. Os digo, exhorto y advierto en nombre del Señor: haced penitencia, renunciad a estas blasfemias diabólicas y terminad con la audaz impiedad. ¡Pronto! Si no queréis, entonces sabed que yo, junto con todos los que sirven a Cristo, consideraré a vuestra sede como ocupada por el mismo Satanás; como el asiento maldito del Anticristo. En nombre de Jesucristo, Nuestro Señor, a quien vosotros perseguís. Amén. Pero mi celo me arrebató. Aún no estoy convencido de que la bula realmente provenga del papa, sino que creo que proviene de ese apóstol de la injusticia, Juan Eck.*

Luego sigue una discusión de los artículos. El opúsculo concluye así:

*Si alguien desprecia mi advertencia fraternal, no tengo parte en su sangre y estoy disculpado en el Juicio Final de Cristo. Es mil veces mejor que yo muera a que me retracte de una sola sílaba de los artículos condenados. Y así como ellos me excomulgan por su herejía perversa, así los excomulgo yo en nombre de la sagrada verdad de Dios. Cristo juzgará cuál excomunión prevalecerá. Amén.*

### **La libertad del cristiano**

Dos semanas después de la aparición de este opúsculo salió otro tan sorprendentemente diferente, que hace preguntarse si podría ser escrito por el mismo hombre o, si es del mismo autor, cómo podía pretender ninguna apariencia de sinceridad. Se titulaba La libertad del cristiano y empezaba con unas deferentes palabras a León X. Esta obrita fue el fruto de la entrevista con Miltz, quien volvió a su antiguo principio de mediación pidiendo a Lutero que se dirigiera al papa disculpándose de cualquier ofensa personal y haciendo una profesión de fe. Lutero podía responder con toda integridad. No estaba luchando contra un hombre sino contra un sistema. En

una quincena podía fustigar al papado tachándolo de ser el Anticristo y, sin embargo, dirigirse al papa con deferencia.

*Santísimo Padre: Durante las luchas de los últimos tres años siempre he pensado en vos, y aunque vuestros aduladores me incitaron a apelar a un concilio a pesar de los fútiles decretos de vuestros predecesores Pío y Julio, jamás me dejé inducir por su estulta tiranía a despreciar a Vuestra Santidad. Por cierto que he usado palabras ásperas contra doctrinas impías, pero, ¿no llamó Cristo a sus adversarios generación de víboras, guías ciegos e hipócritas? ¿Y Pablo no calificaba a sus adversarios de perros, "cortamiento", hijos del diablo? ¿Quién podría hablar más mordazmente que los profetas? No discuto con nadie sobre su vida sino sólo sobre la Palabra de verdad. Veo en vos menos a León el león que a Daniel en la cueva de los leones de Babilonia. Quizá tengáis tres o cuatro cardenales doctos y excelentes, pero, ¿qué son ellos entre tantos? La curia romana no os merece a vos sino al mismo Satanás. ¿Qué hay bajo el cielo que sea más pervertido, más enfermo y más digno de odio? ¿No es ella más impía que el mismo turco? Mas no penséis, oh Padre León, que yo, al arremeter contra esta sede de pestilencia., arremeto también contra vuestra persona. Cuidaos de las sirenas que quieren hacer de vos no un hombre sino un semidiós. Vos sois un siervo de siervos. No escuchéis a los que dicen que nadie puede ser cristiano sin vuestra autoridad y que os hacen señor del cielo, del infierno y el purgatorio. Están errados los que os colocan por encima de un concilio y la Iglesia Universal. Están equivocados si os transforman en el único intérprete de las Escrituras. Os envío un escrito como prenda de paz, para que os deis cuenta de cuáles son las cosas de que podría y querría ocuparme más fructíferamente si vuestros aduladores lo permitieran.*

Luego seguía el cántico sobre la libertad del cristiano. Si Lutero suponía que esta carta y el opúsculo suavizarían al papa, era excesivamente ingenuo. La propia carta deferente negaba la primacía del papa sobre los concilios, y la disertación afirmaba el sacerdocio de todos los creyentes. La pretensión de que el ataque era dirigido no contra el papa, sino contra la curia, es el artificio empleado comúnmente por los revolucionarios con espíritu constitucional, a quienes no les gusta admitir que se rebelan contra el jefe de un gobierno. De la misma manera, los puritanos ingleses pretendieron durante un tiempo que no estaban luchando contra Carlos I sino contra los "malignos" que lo rodeaban. A medida que el conflicto continúa, tales ficciones pronto se hacen demasiado transparentes para ser útiles. Lutero se vio pronto obligado a abandonar la distinción, pues la bula había sido lanzada en nombre del papa y nunca había sido desautorizada por el Vaticano. Ella exigía retractación. Lutero nunca accedería a ello. El 29 de noviembre salió a la lucha con la Afirmación de todos los artículos equivocadamente condenados en la bula romana. El tono de la misma puede ser inferido de los dos siguientes.

No. 18: la proposición condenada era que "las indulgencias son la piadosa defraudación de los fieles". Lutero comentaba:

*Estaba equivocado, lo admito, cuando dije que las indulgencias eran "una piadosa defraudación de los fieles". Me retracto y digo: Las indulgencias son los más impíos fraudes e imposturas de papas criminales, con las cuales destruyen los bienes y corrompen las almas de los fieles.*



No. 29: La proposición condenada era "que ciertos artículos de Juan Hus condenados en el Concilio de Constanza son cristianísimos, verdaderos y evangélicos, a los que la iglesia universal no puede condenar". Lutero comentaba:

*Estaba equivocado. Me retracto de la afirmación según la cual ciertos artículos de Juan Hus son evangélicos. Ahora digo: no algunos, sino todos los artículos de Juan Hus fueron condenados por el Anticristo y sus apóstoles en la sinagoga de Satanás. Y ante vuestra cara, oh Santísimo Vicario de Dios, digo francamente: todos los artículos condenados de Juan Hus son evangélicos y cristianos, y los vuestros son absolutamente impíos y diabólicos.*

Esto apareció el día en que los libros de Lutero eran quemados en Colonia. Corrían rumores de que la próxima hoguera sería en Leipzig. Los sesenta días de gracia pronto expirarían. Generalmente se hacía la cuenta desde el día en que la citación había sido realmente recibida. La bula había llegado a Lutero el 10 de octubre. El 10 de diciembre Melancton, en nombre de Lutero, hizo una invitación a la facultad y estudiantes de la universidad para reunirse a las diez en la puerta de Elster donde, en represalia por haber quemado los piadosos y evangélicos libros de Lutero, serían dadas a las llamas las impías constituciones papales, la ley canónica y obras de teología escolástica. Lutero mismo arrojó la bula papal. Los profesores volvieron a sus casas, pero los estudiantes cantaron el Te Deum y desfilaron por la ciudad en un carro con otra bula fijada en un palo y una indulgencia en la punta de una espada. Las obras de Eck y otros oponentes de Lutero fueron quemadas.

Lutero justificó públicamente lo que habían hecho:

*Como ellos quemaron mis libros, yo quemo los suyos. Se incluyó el derecho canónico porque transforma al papa en un Dios en la tierra. Hasta ahora sólo he jugado en mi trato con el papa. Todos mis artículos condenados por el Anticristo son cristianos. Rara vez el papa ha vencido a alguien que esté con la Escritura y la razón.*

Federico el Sabio se ocupó de disculpar la acción de Lutero ante el emperador. Escribió a uno de los consejeros:

*Después que dejé Colonia, fueron quemados los libros de Lutero, y otra vez en Maguncia. Lamento esto porque el Dr. Martín ya ha protestado estar dispuesto a hacer todo lo que sea compatible con el nombre de cristiano, y yo he insistido constantemente en que no debe ser condenado sin ser oído, y que sus libros no deben ser quemados. Si Lutero ha hecho ahora lo mismo, espero que Su Majestad Imperial lo pasará benévola por alto.*

Federico nunca había ido tan lejos. Se jactaba de que en toda su vida no había cambiado más de veinte palabras con Lutero. Pretendía no pronunciar juicios sobre sus enseñanzas, sino que pedía solamente que se le concediera una audiencia imparcial. Y todavía podía decir que no estaba defendiendo las ideas de Lutero, sino meramente excusando su acto. El pretexto no era la teología, sino la ley. Los libros de Lutero habían sido quemados ilegalmente. Es cierto que él no debía haberse vengado, pero el emperador debía tolerar la afrenta en vista de la provocación. Lo que Federico estaba diciendo era que un alemán, objeto de una injusticia, debía ser perdonado por

quemar no solamente una bula papal sino todo el derecho canónico, el gran código legal que en la Edad Media había proporcionado más que la ley civil, la base legal para la civilización europea.

## Capítulo X ¡AQUÍ ESTOY!

Federico estaba bien aconsejado al volverse al emperador. En Roma el caso estaba decidido y era inevitable un destierro formal. La cuestión era si el estado infligiría una pena adicional. Esa cuestión debía decidirla el estado mismo. Evidentemente, Lutero no podía hacer otra cosa que predicar, enseñar y orar, y esperar que los otros determinaran las disposiciones a tomar en su caso.

Seis meses fueron necesarios para la respuesta. Esto no parece un lapso muy largo en comparación con los cuatro años de dilación de parte de la Iglesia. Sin embargo, podría suponerse que como el emperador estaba imbuido de la ortodoxia de España, no impondría más demoras. Pero el emperador no estaba en condiciones de hacer lo que le pluguiera. La pompa de su coronación no le dispensaba de la necesidad de agregar su firma a la constitución imperial y algunos suponen que dos cláusulas de esta constitución habían sido insertadas por Federico el Sabio para salvaguardar a Lutero. Una de ellas estipulaba que ningún alemán de ningún rango debía ser juzgado fuera de Alemania, y la otra que nadie podía ser proscrito sin causa y sin ser oído. Es extremadamente dudoso que estas provisiones tuvieran realmente como fin proteger a un monje acusado de herejía, y en ningún documento existente recurrieron a ellas ni Federico ni Lutero. Al mismo tiempo, el emperador es un monarca constitucional; y cualesquiera que fueran sus propias convicciones, no hubiera encontrado posible gobernar a Alemania con un *fiat arbitrario*.

La opinión pública se encontraba dividida. Algunos estaban a favor de Lutero, algunos en contra de él y otros en el medio. Los que estaban a favor eran numerosos, poderosos y se hacían oír. Aleandro, el nuncio papal en Alemania, informaba que las nueve décimas partes de los alemanes gritaban: "¡Lutero!", y la otra décima parte: "¡Muera el papa! Esto era, indiscutiblemente, una exageración. Pero los seguidores de Lutero no eran despreciables. Sus sostenedores eran poderosos. Franz von Sickingen, desde su fortaleza en el Ebernburg, dominaba el valle del Rin y bien podía evitar que el emperador, que había llegado a Alemania sin tropas españolas, iniciara alguna acción. Los sostenedores de Lutero también se hacían oír, y especialmente Ulrich von Hutten, quien, fingiendo sumisión a Roma a fin de evitar la excomunión, fulminaba desde el Ebernburg con invectivas a la curia y encendía la sangre de Aleandro con sucesivos manifiestos. La bula Exsurge fue reimpressa con mordaces anotaciones y en un opúsculo Hutten se describía a sí mismo como el "Matador de Toros". Apelaba al emperador para que se desembarazara de la gentuza de los sacerdotes. Dirigía amenazas de violencia a Alberto de Maguncia. Instaba a Aleandro, el nuncio papal, a considerar los gruñidos del pueblo alemán y acordar un juicio honesto, que no podía negarse ni a un parricida. "¿Suponéis —preguntaba Hutten— que por medio de un edicto arrancado por engaños al emperador podréis separar a Alemania de la libertad, la fe, la religión y la verdad? ¿Creéis que podéis intimidarnos quemando libros? Esta cuestión no se arreglará con la pluma sino con la espada."

El más influyente de los sostenedores de Lutero era Federico el Sabio, que había llegado hasta a excusar que hubiera sido quemada la bula papal. En la Dieta de Worms permitió que Fritz, su bufón de la corte, imitara a los cardenales. Federico había rehusado ser halagado con la rosa de oro, las indulgencias para la iglesia del castillo en Wittenberg y un beneficio para su hijo natural. La confesión más clara de su apoyo a la causa de Lutero nos llega solamente de tercera mano. Aleandro pretendía haber oído de Joaquín de Brandemburgo que Federico le había dicho: "Nuestra fe ha carecido largo tiempo de esta luz que Martín le ha traído." La observación debe ser

tomada con reservas porque ambos narradores estaban deseosos de atribuir a Federico adhesión a Lutero. El elector mismo insistió repetidamente en que no estaba defendiendo las opiniones del doctor Martín, sino meramente exigiendo un juicio honesto. Si el fraile era debidamente escuchado y condenado, Federico sería el primero en cumplir con su deber contra él como príncipe cristiano. Pero la idea de Federico de un juicio honesto significa que Lutero debía ser convencido con argumentos de las Escrituras. Federico era a menudo oscuro en sus decisiones, pero cuando se mostraba claro era terco.

En el bando opuesto estaban los papistas, hombres como Eck, que seguían las indicaciones de Roma. La curia reiteraba las exigencias de que se arrancara la cizaña, se expulsara a la oveja tiñosa, se amputara el miembro putrefacto y se arrojara por la borda al que sacudía la barca de San Pedro. El representante de Roma en todo el juicio era Aleandro, cuyo objetivo era lograr que el caso fuera decidido arbitrariamente por el emperador sin consultar a los estados alemanes, que era sabido que estaban divididos. Por sobre todo, Lutero no debía lograr una audiencia ante un tribunal secular. Ya había sido condenado por la Iglesia, y los laicos debían simplemente ejecutar la decisión de la Iglesia y no reexaminar los fundamentos de la condenación.

Y por último estaba el partido intermedio, dirigido personalmente por Erasmo, quien, a pesar de su afirmación de que la escisión era irreparable, no desistió en sus esfuerzos de mediación y hasta patrocinó un memorándum proponiendo la designación de un tribunal imparcial por el emperador y los reyes de Inglaterra y Hungría. Los erasmistas como partido sentían menos que su dirigente la profundidad del abismo entre Lutero y la Iglesia, y entre Lutero y ellos mismos.

Con las opiniones así divididas eran inevitables las demoras en las decisiones sobre el caso de Lutero. El partido luterano recurría deliberadamente al filibusterismo. En forma curiosa, algunos de los mayores obstruccionistas estaban en el Vaticano porque el papa había visto realizados sus peores temores en la elección de Carlos como emperador, y ahora estaba dispuesto a contrarrestar su poder apoyando a Francia. Pero toda vez que se hacía una jugada en esa dirección, Carlos, con toda su ortodoxia, intimaba que Lutero podía ser usado como arma. Aun los más activos en la escena eran menos activos de lo que podría haberse esperado. Hutten estaba reprimido por la esperanza, porque creía que la historia se repetiría inevitablemente y que a su debido tiempo cualquier emperador alemán aplastaría las pretensiones temporales del papa. Engañado por estas esperanzas, difería su guerra contra los sacerdotes hasta que un humanista le echó en cara que sólo hacía espuma. Pero al mismo tiempo Aleandro estaba intimidado por las fulminaciones de Hutten, y cuando el papa envió una bula de excomunión contra Lutero y Hutten, Aleandro se abstuvo de publicarla y la devolvió a Roma para que primero fuera borrado el nombre de Hutten. Tales comunicaciones tomaban, de por sí, meses, y así, en razón de la timidez de Aleandro, Lutero llegó a ser proscrito por el imperio, antes de haber sido formalmente excomulgado por la Iglesia.

### **Una audiencia prometida y revocada**

Dónde, cómo y por quién debía ser tratado el caso era el problema con que se enfrentaba Carlos. El 4 de noviembre de 1520 se llegó a una decisión sobre el punto, cuando Carlos, después de su coronación en Aquisgrán, fue a conferenciar con el "tío Federico", inmovilizado por la gota en Colonia. Todos sabían que estaban pendientes importantes decisiones. Los luteranos empapelaron la ciudad con el llamamiento al César. Abogando por los papistas, Aleandro se apresuró a entrevistar a Federico el Sabio y le urgió a que entregara el caso al papa. En vez de

ello, Federico llamó a Erasmo, el dirigente de los moderados, y le pidió su juicio. Erasmo apretó los labios. Federico siguió tratando de exprimirle una respuesta ponderada. "Dos crímenes ha cometido Lutero —fue el veredicto—. Ha atacado la corona del papa y los vientres de los monjes." Federico rió.

Así fortificado, Federico conferenció con el emperador y consiguió la promesa de que Lutero no sería condenado sin ser escuchado. No sabemos sobre qué fundamentos fue convencido Carlos, ni qué clase de audiencia tenía pensada. La Universidad de Wittenberg pronto señaló una audiencia ante la venidera dieta de la nación alemana que pronto se reuniría en la ciudad de Worms. Federico transmitió la proposición a los consejeros del emperador y recibió de Su Majestad una respuesta de fecha 28 de noviembre y dirigida a su "amado tío Federico: Estamos deseosos de que llevéis al arriba mencionado Lutero a la dieta que se realizará en Worms, para que allí pueda ser cuidadosamente examinado por personas competentes, para que no se haga ninguna injusticia ni nada contrario a la ley". No dice qué ley, ni por quién será conducida la investigación, ni si Lutero estaría en libertad de defender sus puntos de vista. Lutero debía comparecer, eso era todo. La apelación al César había sido escuchada. Esta invitación del 28 de noviembre señalaba un sorprendente cambio de política. El Defensor de la Fe, que había estado quemando los libros, ahora invitaba al autor de esos mismos libros a una especie de audiencia. ¿Había sido ganado el emperador a la política de Erasmo? ¿O algunas inquietantes noticias políticas le predisponían por un momento a hostigar al papa y cultivar a los alemanes? ¿Acaso temía las insurrecciones populares? Sus motivos se nos escapan. Lo único que sabemos es que la invitación fue hecha.

Esto era en noviembre, pero Lutero no compareció realmente ante la dieta hasta abril del año siguiente. En el ínterin, la invitación fue retirada y vuelta a hacer. Toda la lucha de los partidos se centralizaba en este punto: ¿Debía permitirse a Lutero comparecer ante un tribunal secular para ser examinado sobre puntos de fe? "Nunca", era la resolución de Aleandro.

*En cuanto a mí, mucho me alegraría enfrentarme con este Satanás, pero la autoridad de la Santa Sede no debe ser perjudicada mediante una sujeción al juicio de los laicos. Quien ha sido condenado por el papa, los cardenales y los prelados, debe ser escuchado a lo sumo en la prisión. Los laicos, incluso el emperador, no están en condiciones de retomar el caso. El único juez competente es el papa. ¿Cómo puede ser llamada la Iglesia la barca de Pedro, si Pedro no se encuentra en el timón? ¿Cómo puede ser ella el arca de Noé, si Noé no es el capitán? Si Lutero desea ser escuchado, se le puede dar un salvoconducto a Roma. O su majestad puede enviarlo a los inquisidores de España. Puede perfectamente retractarse en donde está y luego venir a la dieta a pedir perdón. Exige un lugar seguro. Mas para él todos los lugares son sospechosos, excepto Alemania. ¿Qué jueces aceptaría, si no Hutten y los poetas? ¿Acaso la Iglesia Católica ha estado muerta durante mil años y sólo puede ser revivida por Martín? ¿Todo el mundo ha estado equivocado y sólo Martín tiene ojos para ver?*

El emperador se impresionó. El 17 de diciembre rescindió la invitación hecha a Lutero para que concurriese a la dieta. La razón que dio para ello era que los setenta días habían expirado y que en consecuencia, si Lutero iba a Worms, la ciudad se encontraría bajo interdicto. Podemos dudar de que esta fuera la verdadera razón. Los motivos que tuvo el emperador para retirar la invitación se nos escapan tanto como sus motivos para hacerla, pues Lutero no se hallaba todavía formalmente excomulgado; y aun si lo hubiera estado, podía haberse conseguido una dispensa papal. Carlos puede haber sido persuadido por Aleandro, irritado por el acto de

Lutero de quemar la bula, deprimido por noticias provenientes de España y deseoso de aplacar a la curia. Cualesquiera hayan sido sus razones, podría haberse ahorrado el trabajo de una revocación pública si hubiera esperado, pues Federico el Sabio declinó la invitación con el pretexto de que el caso parecía prejuzgado por haberse quemado los libros de Lutero, de lo que, estaba seguro, no era responsable el emperador. Federico bien podía tener esta duda porque el mismo día en que los libros fueron quemados en Maguncia el emperador había hecho la invitación a Lutero. Federico estaba decidido a conseguir que Carlos aclarase su posición y asumiera plena responsabilidad.

Por esta razón el elector preguntó a Lutero si estaría dispuesto a venir en caso de ser invitado directamente por el emperador mismo.

Lutero respondió:

*Me preguntáis qué haré si soy llamado por el emperador. Iré, aun cuando deba ser llevado allá enfermo. Pues no se debe dudar de que el Señor es quien llama cuando llama el emperador. Si se valen de la fuerza hay que encomendar el asunto al Señor. Aquel que salvara a los tres jóvenes del horno ardiendo de Babilonia, vive y domina. Si no quiere salvarme, mi cabeza tiene poco valor en comparación con Cristo, que fue muerto para pesar de muchos. Ahora no es el momento de pensar en el peligro o la salvación. Ahora sólo importa cuidar de que el Evangelio no se convierta en escarnio de los impíos, por no osar profesar lo que hemos enseñado y tener miedo de derramar nuestra sangre por ello.*

Su estado de ánimo se revela más cabalmente en cartas a Sttupitz:

*Ahora no es el momento de tener miedo sino de clamar en voz alta, cuando Nuestro Señor Jesucristo es condenado, ultrajado y blasfemado. Si me exhortáis a la humildad, yo os exhorto al orgullo. El asunto es serio. Vemos sufrir a Cristo. Si hasta ahora hemos debido callar y humillarnos, os conjuro, ¿no tenemos que luchar ahora por Nuestro Salvador, ahora, cuando Él es convertido en escarnio de todo el mundo? Padre mío, el peligro es mayor de lo que muchos creen. Ahora tienen valor las palabras del Evangelio: "Cualquiera, pues, que me confesare delante de los hombres, le confesare yo también delante de mi Padre que está en los cielos. Y cualquiera que me negare delante de los hombres lo negaré yo delante de mi Padre que está en los cielos" Os escribo esto con plena franqueza, porque temo mucho que vaciléis entre Cristo y el papa, que por cierto están en posiciones diametralmente opuestas. Reguemos que el Señor Jesucristo destruya al hijo de perdición con el soplo de su boca. Si no queréis seguir, dejadme seguir a mí. Estoy muy triste por vuestra sumisión, que me muestra a otro Staupitz, no a aquel que en otros tiempos me predicaba la gracia y la cruz... Padre mío, ¿recordáis cuando estábamos en Augsburgo y me decíais: "Recordad, hermano, que iniciasteis esto en el nombre del Señor Jesucristo"? Nunca he olvidado esto, y os lo digo ahora a vos. Quemé los libros del papa, primero con miedo y temblores, pero ahora siento el corazón más ligero que nunca en mi vida. Son mucho más abominables de lo que yo suponía.*

## El emperador asume la responsabilidad

Aleandro, desconocedor de los nuevos acercamientos a Lutero, consideró propicia la ocasión para presentar un edicto que el emperador debía publicar sin consultar a la dieta. El emperador respondió que no podía actuar solo. El arzobispo de Maguncia no había llegado todavía; y cuando llegó se opuso al edicto, aun cuando un mes antes había autorizado a que se quemaran los libros de Lutero. El Elector de Sajonia tampoco había llegado. Su llegada coincidió con la Fiesta de los Reyes Magos, y entró en Worms cabalgando como uno de los tres reyes, llevando regalos para el joven emperador, del que obtuvo otro cambio de política. Carlos prometió asumir la responsabilidad del caso de Lutero. Al ser informado Lutero de ello, replicó a Federico: "Me alegro de todo corazón que Su Majestad tome a su cargo este asunto, que no es mío, sino de toda la cristiandad y toda la nación alemana."

Pero con su promesa Carlos evidentemente no quería significar que Lutero sería oído en público ante la dieta. En cambio, se designó una comisión para que se ocupara del caso, y se permitió a Aleandro que se dirigiera a ella. Este estropeó su ventaja al principio dedicándose a demostrar que Lutero era un hereje abominable, mientras que lo más indicado hubiera sido que se quejara de que una comisión de laicos no tenía jurisdicción en el caso. En vez de ello quiso demostrar, con manuscritos medievales, que el papado era, por lo menos, tan antiguo como Carlomagno. Todo esto hubiera sido pertinente en el debate de Leipzig, pero ya había pasado el momento para esta discusión. Mientras tanto el papa había hablado, y la dieta había sido invitada, no para ratificar, sino simplemente para cumplir el veredicto papal. La comisión escuchó y dijo que tendrían que esperar.

Las demoras sirvieron para alimentar el clima de violencia popular en la ciudad. Los informes que tenemos de bandos opuestos indican que la guerra religiosa estaba a punto de desencadenarse. Aleandro, con el aire de un mártir, decía:

*Martín es representado con un halo y una paloma encima de la cabeza. El pueblo besa esos retratos. Se ha vendido una cantidad tal de ellos, que no he podido obtener ni uno. Ha aparecido un grabado en madera que muestra a Lutero con un libro, acompañado por Hutten, vestido de armadura y espada, y la siguiente leyenda: "Campeones de la libertad cristiana." Otra lámina presenta a Lutero con Hutten, llevando un cofre con dos cálices y la inscripción: "El arca de la verdadera fe." En primer plano está Erasmo, tocando el arpa como David. En el fondo se ve a Juan Hus, a quien Lutero ha proclamado recientemente su santo. En otra parte del cuadro, el papa y los cardenales son maniatados por soldados de la guardia. No puedo salir a la calle sin que los alemanes lleven la mano a la espada y rechinen los dientes contra mí. Espero que el papa me conceda una indulgencia plenaria y cuide de mis hermanos y hermanas en caso de que algo me suceda.*

Los disturbios son descritos por la otra parte en una carta de un humanista de Worms a Hutten:

*Un español arrancó vuestra edición de la bula y la pisoteó en el fango. Un capellán imperial y dos españoles prendieron a un hombre con sesenta ejemplares de La cautividad babilónica. El pueblo lo liberó y los agresores debieron refugiarse en el castillo. Un español persiguió a caballo a uno de nuestros hombres, que apenas pudo escapar por una puerta. El español frenó tan violentamente su caballo, que cayó al suelo*

*y un alemán tuvo que levantarlo. Todos los días, dos o tres españoles atraviesan el mercado al galope de sus mulas, y el pueblo debe abrirles paso. Esta es nuestra libertad.*

Se incitaba continuamente a la violencia declarada con la difusión de panfletos difamatorios. Aleandro sostenía que no cabrían en un carretón los insolentes opúsculos con que era inundada Worms, como esta parodia del Credo de los Apóstoles:

*Creo en el papa, que ata y desata en cielo, tierra e infierno, y en Simón, su único hijo, Nuestro Señor, que fue concebido por el derecho canónico, nacido de la Iglesia Romana. Bajo su poder la verdad ha sufrido, fue crucificada, muerta y sepultada; descendió a los infiernos por la excomunión; resucitó por el Evangelio y Pablo y fue llevada a Carlos; está sentada a su diestra y en el porvenir regirá sobre las cosas religiosas y mundanas. Creo en el derecho canónico, la Iglesia Romana, la destrucción de la fe y la comunión de los santos, en las indulgencias con perdón de la culpa y la pena en el purgatorio, en la resurrección de la carne para una vida epicúrea que nos será regalada por el Santo Padre, el papa. Amén.*

El emperador estaba irritado. Cuando el 6 de febrero le fue presentada la apelación de Lutero la rasgó y la pisoteó. Pero se apresuró a recobrar su compostura y convocó a una sesión plenaria de la dieta para el 13 de febrero. El plan era presentar una nueva versión del edicto, para sacarlo en nombre del emperador, pero con el consentimiento de la dieta. Se le dio a Aleandro oportunidad de preparar sus espíritus en un discurso de tres horas. Y nuevamente dejó que se le escapara la oportunidad de entre los dedos. Estaba ahora en condiciones de corregir el error que cometiera al dirigirse a la comisión, pues dos días antes había llegado a sus manos la bula papal excomulgando a Lutero. Lo único que tenía que hacer era mostrarla para eliminar la objeción de que se pedía a la dieta que proscibiera a un hombre no excomulgado aún por la Iglesia. Pero fue en ese momento cuando Aleandro retrocedió porque la bula nombraba no sólo a Lutero sino también a Hutten. El documento no fue mostrado. La dieta procedió a examinar un caso de herejía, y Aleandro mismo, más que Lutero, fue el responsable de que una asamblea secular se convirtiera en un concilio eclesiástico.

Indudablemente, Aleandro preparó una acusación muy buena contra Lutero, una acusación mucho mejor que la que hacía la bula, que simplemente incorporaba la primera condenación de la Exsurge Domine sin un nuevo examen de los opúsculos más subversivos del verano de 1520. Aleandro había memorizado secciones enteras de estas obras y se dedicó nuevamente a probar que Lutero era un hereje que trajo a Juan Hus del infierno y endosó, no algunos, sino todos sus artículos. En consecuencia, debe adherir también a la negación de Wycliff de la presencia real [cosa que no hizo] y a la pretensión de Wycliff de que ningún cristiano puede obligar legalmente a otro. Que Lutero pretende el haber afirmado este punto en su Libertad del cristiano [cosa que no hizo]. Que rechaza los votos monásticos. Que rechaza las ceremonias. Que apela a los concilios y al mismo tiempo rechaza la autoridad de los concilios. Que como todos los herejes apela a las Escrituras y, sin embargo, lo rechaza cuando no lo apoyan. Que rechaza la Epístola de Santiago porque contiene el texto que prueba la extremaunción [lo que, por cierto, no era la razón de Lutero]. Es un hereje, y un hereje obstinado, pide que se le escuche, pero, ¿cómo puede concederse una audiencia a uno que no escucharía ni a un ángel del cielo? Es también un revolucionario. Grita que los alemanes deberían lavarse las manos en la sangre de los papistas. [Es obvia la referencia al desenfrenado arranque contra Prierias.]



El caso no podía haberse presentado peor contra Lutero ante la dieta, a la que ahora se le pedía que sancionara el edicto imperial proclamando a Lutero un hereje bohemio y un revolucionario que pronto sería formalmente excomulgado por el papa. (La bula, por supuesto, había sido ocultada.) A menos que se le absolviera, debía ser puesto prisionero y sus libros debían ser extirpados. Los que no cooperaran con el edicto serían culpables de lesa majestad. La presentación de este edicto precipitó la tormenta. Los electores de Sajonia y Brandemburgo debieron ser separados en plena sesión de la dieta por el cardenal Lang. El Elector del Palatinado, ordinariamente taciturno, bramaba como un toro. Los estados pidieron tiempo, y respondieron que la enseñanza de Lutero estaba ya tan firmemente arraigada en el pueblo, que su condenación sin una audiencia ocasionaría grave peligro de insurrección. Debía ser llevado a la dieta bajo salvoconducto, y ser examinado por hombres doctos. Debía ser llevado a responder, no a discutir. Si renunciaba a lo que había dicho contra la fe, podían discutirse otros puntos. Si se rehusaba, la dieta apoyaría el edicto.

### **Renovación de la invitación a Lutero**

Así fue como el emperador volvió a su primer acuerdo de que Lutero debía comparecer. Se le limaron los dientes al edicto. Las penalidades por lesa majestad fueron sacadas. El edicto debía salir en nombre de los estados en vez del emperador solo, y Lutero debía ser llevado a la dieta para ser examinado. Entonces el emperador hizo una nueva invitación a Lutero. Lleva fecha del 6, aunque no fue enviada hasta él, porque mientras tanto se hacía otro intento de inducir a Federico a que asumiera la responsabilidad de traer al acusado. Pero éste nuevamente pasó el cargo directamente al emperador, quien, por último, envió la misiva dirigida a "Nuestro noble, querido y estimado Martín Lutero". "¡Voto al chápiro! —exclamó Aleandro cuando la vio—. ¡Esta no es forma de dirigirse a un hereje!" La carta continuaba: "Nosotros y la dieta hemos decidido pedirnos que vengáis bajo salvoconducto a responder por vuestros libros y enseñanzas. Tendréis veintiún días para llegar." No hay una afirmación clara de que estaría prohibida la discusión. La invitación no fue confiada a las manos del correo común, sino a las del heraldo imperial Gaspar Sturm.

¿Vendría Lutero? Realmente se dudaba de ello. Escribiendo a Spalatin le dice:

*Responderé al emperador que si se me invita simplemente para que me retracte, no iré. Si sólo se trata de retractarse, lo mismo puedo hacerlo aquí. Pero si se me invita para matarme, entonces iré. Sólo desearía que nadie, aparte de los papistas, fuera culpable de mi sangre.*

A otro le escribió:

*Esta será mi retractación en Worms: "Antes llamé al papa Vicario de Cristo. Me retracto. Ahora digo que el papa es el adversario de Cristo y el apóstol del Demonio.*

Evidentemente, Lutero había decidido ir.

En el camino se enteró de un edicto que ordenaba el secuestro de sus libros. Se había demorado su publicación, quizá por temor de que si lo veía infiriera que su caso estaba decidido y no fuera. Pero su comentario fue: "A menos que se me retenga por la fuerza o el César revoque su invitación, entraré en Worms bajo la bandera de Cristo contra las puertas del infierno". No se

hacia ilusiones acerca del probable resultado. Después de una ovación en Erfurt comentaba: "He tenido mi Domingo de Ramos. Me pregunto si esta pompa es meramente una tentación o si es también el signo de mi inminente pasión."

Mientras se esperaba su llegada, fue publicado en Worms otro libelo, titulado *La letanía de los alemanes*.

*¡Oh Cristo, escucha a los alemanes! ¡Oh Cristo, escucha a los alemanes! ¡De los malos consejeros libra a Carlos, oh Señor! ¡Del veneno en el camino a Worms libra a Martín Lutero! ¡Preserva a Ulrich von Hutten, oh Señor! No dejéis, Señor, que os crucifiquen de nuevo. ¡Extermina a Alejandro, oh Señor! A los nuncios que trabajan contra Lutero en Worms, arrójalos del cielo. ¡Oh Señor Jesucristo, escucha a los alemanes!*

Los católicos moderados, sin embargo, deseaban que el caso pudiera ser decidido fuera del tribunal. El dirigente de este partido era Glapión, el confesor del emperador. Es discutible si era un erasmista sincero o un hijo de la duplicidad, pero lo cierto es que empezó sus negociaciones antes de que pudiera haber la menor sospecha de que estaba tratando de alejar a Lutero de Worms hasta después de la expiración del salvoconducto. Glapión se había acercado antes a Federico el Sabio con un argumento muy comprador. Pretendía que las primeras obras de Lutero habían confortado su corazón. Estaba completamente de acuerdo con el ataque a las indulgencias y veía en La libertad del Cristiano un maravilloso espíritu cristiano. Pero cuando hubo leído La cautividad babilónica quedó simplemente horrorizado. No podía creer que Lutero reconociera como suyo ese libro. No estaba escrito en su estilo habitual. Si lo había escrito, debía de haber sido en un arranque de pasión. En ese caso debería sentirse dispuesto a que se lo interpretara en el sentido de la Iglesia. Si accedía a ello, tendría muchos sostenedores. El asunto debía ser arreglado en privado, pues de lo contrario el demonio incitaría a la disputa, a la guerra y a la insurrección. Ningún bien podía provenir de una controversia pública, y solamente el Demonio se aprovecharía de la aparición de Lutero en Worms.

El llamado era tanto más insinuante por ser tan verdadero. Si Lutero hubiera estado dispuesto a abandonar el ataque a los sacramentos, podría haber reunido a una nación alemana unida para atacar la seducción del poder y la extorsión papales. La dieta podría haber arrancado al papa la clase de concesiones ya acordadas a los fuertes estados nacionales de Francia, España e Inglaterra. Podría haberse impedido el cisma y evitado la guerra religiosa. Para un hombre como Federico esta propuesta debe de haber sido muy atractiva, pero estaba resuelto a no hacer ninguna insinuación que pudiera dar al emperador la oportunidad de eludir su responsabilidad.

Glapión se volvió entonces a otro sector. ¿Por qué no trabajar por intermedio de Hutten y Sickingen? En primer lugar, comprometer a Hutten con una pensión del emperador, y luego hacer que Lutero fuera invitado al castillo de Sickingen en el Ebernburg para una conferencia. Glapión tuvo el coraje de ir en persona y enfrentar a Hutten y Sickingen en su nido de águilas. Fue tan simpático con respecto a Lutero e hizo aparecer al emperador como tan favorable a él, que Hutten aceptó la pensión (que subsiguientemente debía ser declinada) y Sickingen envió a su capellán, Martín Bucero, a interceptar a Lutero en el camino a Worms y extenderle la invitación. Pero Lutero había "afirmado su rostro para subir a Jerusalén" y no se desviaría por nada. Entraría en Worms aunque hubiera tantos demonios como tejas en los techos. Hutten se conmovió. "Está tan claro como la luz del día —escribía a Pirkheimer— que estaba bajo la dirección divina. Despreció todas las consideraciones humanas y literalmente se arrojó sobre Dios." Y a Lutero: "Aquí hay una diferencia entre nosotros. Yo miro a los hombres. Vos, que sois ya más perfecto, confiáis todo a Dios."

## Lutero ante la dieta

El 16 de abril, Lutero entró en Worms en un carro sajon de dos ruedas, con unos pocos compañeros. El heraldo imperial lo precedía, con el águila sobre la capa. Aunque era la hora de la comida, dos mil personas salieron a conducir a Lutero hasta su alojamiento. Al día siguiente, a las cuatro, esperaban a Lutero el heraldo y el mariscal imperial, quienes lo condujeron furtivamente, para evitar las multitudes, a una reunión con el emperador, los electores y una porción de los estados. El monje compareció ante el monarca, quien exclamó: "Este sujeto no hará nunca de mí un hereje."

La escena se presta a una descripción dramática. Allí estaba Carlos, heredero de una larga línea de soberanos católicos —de Maximiliano el romántico, de Fernando el católico, de Isabel la ortodoxa—, vástago de la casa de Habsburgo, señor de Austria, Borgoña, los Países Bajos, España y Nápoles; Santo Emperador Romano, que regía un dominio más vasto que ninguno, salvo el de Carlomagno, símbolo de las unidades medievales, encarnación de una gloriosa aunque desvaneciente herencia; y allí, ante él, un simple monje, hijo de un minero, sin nadie que lo sostuviera excepto de su propia fe en la palabra de Dios. Allí se enfrentaban el pasado y el futuro. Alguien habría de ver en este punto el comienzo de los tiempos modernos. El contraste era bastante real. Lutero mismo se daba cuenta de él en cierta medida. Se daba perfecta cuenta de que no había sido criado como hijo de la hija del Faraón, pero lo que lo abrumaba no era tanto el estar en presencia del emperador como tal, sino el hecho de que él y el emperador por igual estaban llamados a responder ante el Dios Todopoderoso.

Lutero fue examinado por un funcionario del arzobispo de Trier, de nombre Eck, pero por supuesto no el Eck del debate de Leipzig. Se le enfrentó con una pila de sus libros y se le preguntó si eran, suyos. La mera pregunta reabría la insinuación de Glapión. Lutero hubiera podido repudiar entonces la cautividad babilónica e invitar a la discusión de las pretensiones financieras y políticas del papado. Esta era su oportunidad para reunir tras sí una Alemania unida. Con una voz apenas audible respondió: "Los libros son todos míos y he escrito más."

La puerta se había cerrado, pero Eck la volvió a abrir. "¿Los defendéis a todos, o queréis rechazarlos en parte?"

Lutero reflexionó en voz alta: "Esto toca a Dios y su Palabra. Esto afecta a la salvación de las almas. De esto Cristo dijo: 'Al que me negare delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi padre.'" Decir demasiado o demasiado poco sería peligroso. Os ruego que me deis tiempo para pensarlo."

El emperador y la dieta deliberaron. Eck trajo la respuesta. Expresó el asombro de que un profesor de teología no estuviera listo para defender de inmediato su posición, particularmente considerando que había venido precisamente con ese fin. No merecía consideración. Sin embargo, el emperador, en su clemencia, le concedería hasta el día siguiente.

Algunos historiadores modernos comparten el asombro de Eck, hasta el punto de adelantar la sugestión de que el pedido de Lutero había sido concertado de antemano como parte de la táctica obstaculizante de Federico el Sabio. Pero cualquiera que recuerde los temores de Lutero en oportunidad de su primera misa, apenas si podrá interpretar en ese sentido esta vacilación. Así como entonces deseaba huir del altar, ahora se hallaba demasiado aterrizado ante Dios para dar una respuesta al emperador. Al mismo tiempo debemos admitir que el temor de Lutero ante la Divina Majestad sirvió en realidad para llevarlo ante una sesión plenaria de la dieta. Al día siguiente, el 18, se eligió una sala más grande, la cual estaba tan llena que sólo el

emperador pudo sentarse. El terror a lo Sagrado conspiraba para que Lutero compareciera ante la nación alemana.

Había sido citado para las cuatro de la tarde del día siguiente, pero la presión de los asuntos demoró su aparición hasta las seis. Esta vez su voz era vibrante. Eck reiteró su pregunta del día anterior. Lutero respondió: "Serenísimo emperador, ilustrísimos príncipes, clementísimos señores, si no os he dado a alguno de vosotros vuestros debidos títulos, os ruego me perdonéis. No soy un cortesano, sino un monje. Ayer me preguntasteis si los libros eran míos y si quería repudiarlos. Son todos míos, pero en cuanto a la segunda pregunta, no todos ellos son de la misma clase."

Esta era una jugada hábil. Diferenciando sus obras, Lutero ganó para sí la oportunidad de decir un discurso en vez de responder simplemente sí o no.

Continuó: "Algunos se refieren a la fe y la vida en forma tan simple y evangélica que mis mismos enemigos se ven obligados a considerarlos como dignos de ser leídos por los cristianos. Aun la misma bula no trata a mis libros como si fueran todos de la misma índole. Si yo renunciara a éstos sería el único hombre en la tierra que condenara la verdad confesada por igual por amigos y enemigos. Una segunda clase de mis obras ataca la desolación causada en el mundo cristiano por la mala vida y enseñanza de los papistas. ¿Quién puede negar esto, cuando quejas universales atestiguan que por las leyes de los papas son vejadas las conciencias de los hombres?"

"¡No!", prorrumpió el emperador.

Lutero, sereno, continuó hablando de la "increíble tiranía" por la que era devorada la nación alemana. "Si yo me retractara en este punto abriría una puerta a más tiranía e impiedad, y sería aun peor si pareciera haberlo hecho a instancias del Santo Imperio Romano." Este era un hábil llamado al nacionalismo alemán, que tenía fuertes seguidores en la dieta. Aun el duque Jorge el católico no se quedaba atrás en la presentación de quejas.

"Una tercera clase —continuó Lutero— contiene ataques a individuos particulares. Confieso que he sido más cáustico de lo que conviene a mi profesión, pero estoy siendo juzgado no en cuanto a mi vida, sino por la enseñanza de Cristo, y no puedo renunciar tampoco a estas obras, sin aumentar la tiranía y la impiedad. Cuando Cristo compareció ante Anas dijo: 'Mostradme testigos.' Si Nuestro Señor, que no podía errar, hizo esta exigencia, ¿por qué no puede un gusano como yo pedir que se le convenza del error con testimonios de los profetas y los evangelios? Si se me demuestra mi error, seré el primero en arrojar mis libros al fuego. Se me han recordado las disensiones que mi enseñanza engendra. Sólo puedo responder con las palabras del Señor: 'No he venido a traer paz, sino espada.' Si nuestro Dios es tan severo, cuidémonos de no desatar un diluvio de guerras que haga inauspicioso el reino de este noble y joven Carlos. Que os sirvan de advertencia los ejemplos de Faraón, el rey de Babilonia y los reyes de Israel. Dios es quien confunde al prudente. Y debo andar en el temor de Dios. No digo esto para regañaros, sino porque no puedo eludir mi propio deber hacia mis alemanes. Me encomiendo a Vuestra Majestad. No dejéis que mis adversarios os indispongan contra mí sin causa. He dicho."

Eck replicó: "Martín, no habéis diferenciado suficientemente vuestras obras. Las primeras eran malas y las últimas peores. Vuestro pedido de ser escuchado apoyándoos en las Escrituras es el que siempre hacen los herejes. No hacéis otra cosa que renovar los errores de Wycliff y Hus. ¿Cómo se regocijarán los judíos, cómo se regocijarán los turcos al oír que los cristianos discuten sobre si han estado en el error todos estos años! ¿Cómo podéis suponer, Martín, que sois el único que comprende el sentido de las Escrituras? ¿Poneís vuestro juicio por encima del de tantos hombres famosos y pretendéis saber más que todos ellos? No tenéis derecho a poner en duda la más santa fe ortodoxa, instituída por Cristo el perfecto legislador, proclamada en todo el mundo

por los apóstoles, sellada por la roja sangre de los mártires, confirmada por los sagrados concilios, definida por la Iglesia, en la que todos nuestros padres creyeron hasta la muerte y nos dieron como herencia, y que ahora nos está prohibido discutir por el papa y el emperador, para que el debate no sea interminable. Os pregunto, Martín —y responded sencillamente y sin cuernos—: ¿repudiáis o no vuestros libros y los errores que contienen?" Lutero replicó: "Puesto que Vuestra Majestad y vuestros señores desean una respuesta simple, responderé sin cuernos y sin dientes. A menos que se me convenza con las Escrituras y la mera razón —no acepto la autoridad de papas y concilios pues se han contradicho entre sí—, mi conciencia es cautiva de la Palabra de Dios. No puedo retractarme y no me retractaré de nada, pues ir contra la conciencia no es justo ni seguro. Dios me ayude. Amén."

La primera versión impresa agrega las palabras: "No retrocederé. No puedo hacer otra cosa." Las palabras, aunque no registradas en el mismo acto, pueden, sin embargo, ser auténticas, ya que es posible que los oyentes estuvieran demasiado conmovidos en ese momento para escribir.

Lutero había hablado en alemán. Se le pidió que repitiera en latín. Estaba sudando. Un amigo exclamó. "Si no podéis hacerlo, doctor, ya habéis hecho bastante." Lutero repitió su afirmación en latín, levantó los brazos en un gesto de caballero victorioso y abandonando el salón oscuro, entre los silbidos de los españoles, se fue a su alojamiento. Federico el Sabio también se retiró a su alojamiento y observó: "El doctor Martín habló maravillosamente ante el emperador, los príncipes y los estados en latín y alemán, pero es demasiado arriesgado para mí." Al día siguiente Alejandro escuchó el informe de que los seis electores estaban dispuestos a declarar hereje a Lutero. Esto incluiría a Federico el Sabio. Spalatin dice que Federico estaba realmente muy preocupado por saber si Lutero había sido convencido o no con las Escrituras.

### El edicto de Worms

El emperador llamó a los electores y cierto número de príncipes para pedirles su opinión. Ellos solicitaron tiempo. "Muy bien —dijo el emperador—, os daré mi opinión." Y les leyó un papel que él mismo había escrito en francés. No se trataba de un discurso redactado por un secretario. Allí el joven Habsburgo confesaba su fe:

*Desciendo de una larga línea de emperadores cristianos de esta noble nación alemana, de los Reyes Católicos de España, de archiduques de Austria y de duques de Borgoña. Todos ellos fueron fieles hasta la muerte a la Iglesia de Roma y defendieron la fe católica, las ceremonias sagradas, decretos, decretales y costumbres sagradas en honor de Dios. He resuelto seguir sus pasos. Un solo fraile que se opone a la cristiandad milenaria debe de estar equivocado. Por lo tanto estoy resuelto a arriesgar mis tierras, mis amigos, mi cuerpo, mi sangre, mi vida y mi alma. No sólo yo, sino vosotros, de esta noble nación alemana, os cubriríais para siempre de deshonor si por nuestra negligencia se nos imputara no digo herejía, sino aunque sólo fuera la menor sospecha de herejía. Después de haber escuchado ayer la obstinada defensa de Lutero, lamento haber demorado tan largo tiempo el proceder contra él y su falsa doctrina. No quiero tener nada más que hacer con él. Puede volver bajo salvoconducto, pero sin predicar ni provocar tumultos. Procederé contra él como contra un hereje notorio y os pido que os pronunciéis según me habéis prometido.*

Muchos de los oyentes del emperador quedaron del color de la muerte. Al día siguiente los electores se declararon completamente de acuerdo con el emperador, pero de los seis sólo cuatro firmaron. Los que disentían eran Ludwig del Palatinado y Federico de Sajonia. Éste había visto claro.

El emperador se sintió entonces bastante respaldado para proceder con el edicto, pero durante la noche se colocó en la puerta del Ayuntamiento de la ciudad y por todas partes en Worms un cartel con el sello del Bundschuh. Este era el símbolo de la rebelión de los campesinos, la sandalia del campesino en contraste con la bota alta del noble. Durante un siglo Alemania había sido perturbada por la inquietud campesina. Este cartel implicaba vigorosamente que si Lutero era condenado los campesinos se levantarían. De dónde salieron esos carteles, es algo que sólo puede ser motivo de conjeturas. Hutten supuso que habían sido pegados por los papistas a fin de desacreditar a los luteranos, pero Aleandro también ignoraba su origen. Quienquiera lo hiciera, Alberto de Maguncia estaba aterrado. Al amanecer corrió a los aposentos del emperador, quien se rió de él. Pero Alberto no se iba a dejar poner de lado, y llamó a su hermano Joaquín, el más ardiente opositor de Lutero. A instancias de ambos, los estados pidieron al emperador que permitiera que Lutero fuera examinado de nuevo. El emperador respondió que él no haría nada por sí mismo, pero que disponían de tres días.

Entonces empezó un intento de doblegar a Lutero por intermedio de una comisión. El juicio, aunque menos dramático, fue más crucial que la aparición en público. Al que es capaz de dar un rotundo no ante una asamblea pública, puede resultarle más difícil, si es sensible, resistir a las amables reconvenciones de hombres interesados en impedir la división de Alemania y la desintegración de la Iglesia. La comisión estaba presidida por Ricardo de Greiffenklau, el arzobispo de Trier, el custodio de la túnica sin costuras de Cristo, a quien desde hacía tanto tiempo Federico el Sabio proponía como árbitro. Con ellos estaban algunos amigos de Lutero, y algunos de sus enemigos, entre ellos el duque Jorge.

En una forma ligeramente diferente se renovó el intento de Glapión de lograr una revocación parcial. El ataque de Lutero a los vendedores de indulgencias fue declarado nuevamente justificado, y su denuncia de la corrupción romana era considerada confortante. Había escrito bien acerca de las buenas obras y los Diez Mandamientos, pero La libertad del cristiano empujaría a las masas a rechazar toda autoridad. Podemos observar que en este momento el ataque se centraba, no en la demolición del sistema sacramental que se hacía en La cautividad babilónica, sino en la pretendida amenaza a la tranquilidad pública existente en el opúsculo sobre la libertad cristiana. Lutero replicó que él no intentaba nada de eso, y aconsejaría obediencia aun a los malos magistrados. Trier le imploró que no desgarrara la túnica inconsútil de la cristiandad. Respondió con el consejo de Gamaliel: esperar y ver si sus enseñanzas provenían de Dios o el hombre. Se le recordó a Lutero que, si caía Melancton sería arrastrado tras él. Ante esto sus ojos se arrasaron en lágrimas; pero cuando se le preguntó qué juez aceptaría, se enderezó y replicó que nombraría a un niño de ocho o nueve años. "El papa —declaró— no es juez en materias tocantes a la Palabra de Dios y la fe; un cristiano debe examinar y juzgar por sí mismo." La comisión informó de su fracaso al emperador.

El 6 de mayo su majestad presentó a una dieta disminuida el proyecto final del Edicto de Worms, preparado por Aleandro, Se acusaba a Lutero de atacar los siete sacramentos al modo de los condenados bohemios.

Ha mancillado el matrimonio, menospreciado la confesión y negado el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor. Hace que los sacramentos dependan de la fe de quien los recibe. Es un pagano en su negación del libre albedrío. Este demonio con hábito de monje ha unido antiguos errores para formar un solo charco pestilente y ha inventado otros nuevos. Niega el poder de las llaves y

alienta a los laicos a lavarse las manos en la sangre del clero. Su enseñanza promueve la rebelión, la división, la guerra, el asesinato, el robo, el incendio y el derrumbe de la cristiandad. Vive una vida de bestia. Ha quemado las decretales, desprecia por igual la excomunión y la espada. Hace más daño al poder civil que al eclesiástico. Hemos trabajado con él, pero sólo reconoce la autoridad de las Escrituras, a las que interpreta según su propio sentir. Le hemos dado veintiún días, desde el 15 de abril. Ahora hemos reunido a los estados del imperio. Lutero debe ser considerado como un hereje convicto [aunque la bula de excomunión no había sido publicada aún]. Vencido el plazo nadie debe darle albergue. Sus seguidores también serán condenados. Sus libros serán arrancados de la memoria del hombre.

Aleandro llevó el edicto ante el emperador para que lo firmara. Éste tomó la pluma. "Luego —dice Aleandro—, no tengo la menor idea de por qué, la dejó y dijo que debía someter el edicto a la Dieta." El emperador sabía por qué. Los miembros se estaban volviendo a sus casas. Federico el Sabio se había ido. Ludwig del Palatinado se había ido. Los que quedaban constituían un grupo dispuesto a condenar a Lutero. Aunque el edicto tenía fecha 6 de mayo, no fue promulgado hasta el veintiséis.

Para entonces la dieta estaba lo suficientemente reducida para consentir. Entonces firmó el emperador. Aleandro dice:

*Su majestad firmó el texto latino y el alemán con su propia y bendita mano, y sonriendo dijo: "Estaréis contento ahora." "Sí —le respondí—, y mayor aun será el contento de Su Santidad y de toda la Cristiandad." Alabamos a Dios por darnos un emperador tan piadoso. Que Dios lo preserve en todos sus santos caminos a él, que ya ha adquirido perpetua gloria y con Dios eterna recompensa. Estaba por entonar un pean de Ovidio cuando recordé que era una ocasión religiosa. Por lo tanto, bendita sea la Santísima Trinidad por su inmensa misericordia.*

El edicto de Worms, sancionado por un tribunal secular encargado de un caso de herejía a instancias de los luteranos y contra la oposición de los papistas, fue después repudiado por los luteranos por haber sido sancionado solamente por unos pocos, y fue patrocinado por los papistas debido a que era una confirmación de la fe católica. La Iglesia de Roma, que tan esforzadamente había tratado de evitar que la dieta de Worms se convirtiera en un concilio eclesiástico, se convirtió, a la luz de los resultados, en la mayor defensora del pronunciamiento de un tribunal secular en un caso de herejía.

## Capítulo XI MI ISLA DE PATMOS

LOS contemporáneos consideraron el juicio de Lutero en Worms como una repetición de la pasión de Cristo. Alberto Durero, el 17 de mayo, registraba en su diario esta oración: "Oh Señor, que deseaste que antes de venir tú a juzgarnos, tu Hijo Jesucristo tuviera que morir en manos de los sacerdotes y elevarse de la muerte y ascender a los cielos, que del mismo modo tu discípulo Martín Lutero sea sumiso a Él." Tal comparación nos choca más en el secularizado siglo veinte que en el siglo dieciséis, cuando los hombres caminaban en una perpetua representación de la Pasión. Algún panfletista anónimo no trepidó en narrar los procedimientos de Worms en el mismo lenguaje que los evangelios, identificando a Alberto con Caifas, a Lang con Anas, a Federico con Pedro y a Carlos con Pilatos. El único relato que poseemos de cómo se quemaron los libros de Lutero en Worms proviene de este documento y dice:

*Luego el prefecto (Carlos en el papel de Pilatos) les entregó los libros de Lutero para que los quemaran. Los sacerdotes los tomaron, y cuando los príncipes y el pueblo se hubieron ido, la Dieta imperial hizo una gran pira frente al palacio del sumo sacerdote, donde quemaron los libros, colorando en lo alto un retrato de Lutero con esta inscripción "Este es Martín Lutero, el doctor del Evangelio", La inscripción fue leída por muchos romanistas, pues el lugar en que fueron quemados los libros de Lutero no estaba lejos de la corte del obispo. Este título estaba escrito en francés, alemán y latín... Entonces los sumos sacerdotes y los romanistas dijeron al prefecto: "No escribáis: 'Un doctor de la verdad evangélica', sino que él dijo: 'Yo soy un doctor de la verdad evangélica.' " Pero el prefecto respondió: "Lo escrito, escrito está."*

*Y junto con él fueron quemados otros dos doctores, Hutten y Carlstadt, uno a la derecha y el otro a la izquierda. Pero el retrato de Lutero no se quemó hasta que los soldados lo hubieron enrollado y puesto dentro de un barril con pez, en donde se redujo a cenizas. Como un conde contemplara estas cosas que se habían hecho, se maravilló y dijo: "En verdad, éste es un cristiano." Y toda la multitud presente, viendo estas cosas que habían sucedido, volvió golpeándose el pecho.*

*Al día siguiente, los sumos sacerdotes y los fariseos, junto con los romanistas, fueron hasta el prefecto y dijeron: "Recordamos que este seductor dijo que deseaba escribir aún cosas más grandes. Por lo tanto, dad una orden por toda la tierra que sus libros no sean vendidos, pues de lo contrario el último error será peor que el primero."*

*Pero el prefecto dijo: "Tenéis vuestra propia guardia. Id y publicad bulas, como sabéis hacerlo, a través de vuestra falsa excomuni6n." Entonces se fueron y dictaron terribles mandatos en nombre del romano pontífice y el emperador, pero hasta el día de hoy no han sido obedecidos.*

Esta descripci6n de Carlos como Pilatos, cediendo vacilantemente a los eclesiásticos, no está, por supuesto, de acuerdo con la realidad. En sus dominios privados la Contrarreforma, ya iniciada, proseguía con celo, Aleandro volvió a los Países Bajos y continuó quemando alegremente los libros. En una oportunidad, un fraile estaba vigilando una hoguera, y un espectador le dijo: "Veríais mejor si las cenizas de los libros de Lutero os entraran en los ojos." Era un hombre osado el que se atrevía a decir tanto. Erasmo, en Lovaina, empezaba a darse



cuenta de que pronto debería elegir entre la pira y el exilio. Y confesando tristemente que no estaba hecho para el martirio, trasladó su residencia a Basilea.

Alberto Durero, en los Países Bajos, recibió la noticia de que la pasión de Lutero había terminado. Y anotó en su diario:

*No sé si vive o si ha sido asesinado; pero en todo caso ha sufrido por la verdad cristiana. Si perdemos a este hombre, que ha escrito más claramente que cualquier otro en siglos, que Dios conceda su espíritu a otro. Sus libros deberían ser tenidos en gran honor y no quemados como ordena el emperador, cosa que debiera hacerse más bien con los libros de sus enemigos. ¡Oh Dios! Si Lutero está muerto, ¿quién nos explicará tan claramente el Santo Evangelio de ahora en adelante? ¿Qué no podría haber escrito para nosotros en los próximos diez o veinte años?*

### **En el Wartburgo**

Pero Lutero no estaba muerto. Sus amigos empezaron a recibir cartas "Desde el desierto", "Desde la isla de Patmos". Federico el Sabio había decidido esconderlo, y dio instrucciones a funcionarios de la corte para que tomaran las disposiciones necesarias sin divulgar los detalles, ni siquiera comunicárselos a él mismo, para poder sinceramente fingir inocencia. Spalatin, sin embargo, podía saber. Lutero y un compañero fueron enterados del plan. Lutero no se sintió muy feliz con él. Estaba decidido a volver a Wittenberg, sucediera lo que sucediese. Con unos pocos compañeros entraba en un carro en los bosques de las afueras de la aldea de Eisenach, cuando jinetes armados cayeron sobre la partida y con muchas maldiciones y muestras de violencia arrastraron a Lutero al suelo. El compañero, sabedor del engaño, desempeñó también su papel e increpó duramente a los raptores. Pusieron a Lutero sobre un caballo y durante todo el día lo condujeron por caminos llenos de rodeos a través de los bosques, hasta que, al crepúsculo, se recortaron contra el cielo los macizos contornos del castillo de Wartburgo. A las once de la noche la partida se detuvo ante las puertas del castillo.

La antigua fortaleza era ya el símbolo de un día ido, en que la caballería germana estaba en flor y la santidad era incuestionablemente el más elevado fin del hombre. Allí se habían reunido monarcas y trovadores, caballeros y bufones, y allí Santa Isabel había dejado las reliquias de su santidad. Pero Lutero no estaba con ánimo de ensoñaciones históricas. Acostado en la cámara del bastión casi vacío, mientras los búhos y los murciélagos rondaban en la oscuridad, le parecía que el Demonio estaba arrojando nueces contra el cielo raso y haciendo rodar toneles por las escaleras. Más insidiosas que esas travesuras del Príncipe de las Tinieblas era la inquietante pregunta: "¿Eres tú el único sabio? ¿Han estado equivocados tantos siglos? ¿Y si estás en error y arrastra a tantos otros contigo a la condenación eterna?" A la mañana abrió de par en par la ventana y miró hacia las hermosas colinas de Turingia. A la distancia pudo ver una nube de humo que se elevaba de los hornos de los quemadores de carbón. Una ráfaga de viento elevó y disipó la nube. Del mismo modo se disiparon sus dudas y se restauró su fe.

Pero sólo por un momento. Le embargaba el estado de ánimo de Elías en Horeb. Los sacerdotes de Baal estaban realmente muertos, pero Jezabel buscaba la vida del profeta, y éste exclamaba: "¡Basta ya! ¡Ahora, oh Señor, quítame la vida!" Lutero pasaba de una auto recriminación a otra. Si no estaba en error, entonces, ¿había sido lo suficientemente firme en la defensa de la verdad? "Mi conciencia me inquieta porque en Worms cedí a la importunidad de mis amigos y no desempeñé el papel de Elías. Escucharían otras cosas de mí si estuviera nuevamente ante ellos." Y cuando contemplaba el resultado, no podía sentirse alentado. "¡Qué

abominable espectáculo es el reino del Anticristo romano! —escribía Melanchton—. Spalatin me escribe contándome de los más crueles edictos contra mí,"

Sin embargo, todo el peligro externo no es nada en comparación con las luchas internas. "Os puedo decir que en esta desolada soledad se producen mil batallas contra Satanás. Es mucho más fácil luchar contra el Demonio encarnado —esto es, contra los hombres— que contra la maldad espiritual en los lugares celestiales. A menudo caigo y soy levantado nuevamente por la diestra, de Dios." La soledad y el ocio aumentaban su angustia. Escribía a Spalatin: "Ha llegado el momento de orar con todo nuestro corazón contra Satanás. Está planeando un ataque a Alemania y me temo que Dios lo permitirá a causa de que soy tan indolente en la oración. Estoy profundamente disgustado conmigo mismo, quizá porque estoy solo." Pero no estaba completamente solo. Estaban el mayordomo y dos muchachos de servicio, pero no eran la clase de personas con las cuales pudiera desahogarse como con el viejo Staupitz. Se le había advertido no buscar compañía afuera y no hacer confidencias, pues de lo contrario se traicionaría. Dejó de lado el hábito de monje, se vistió como un caballero y se dejó crecer una larga barba. El mayordomo hizo todo lo que pudo por proporcionarle diversión e incluyó a Lutero en una partida de caza. Pero esto lo rebeló. "En cierto modo hay razón —reflexionaba— en perseguir osos, lobos, jabalíes y zorros, pero, ¿por qué perseguir a una criatura inofensiva como un conejo?" Uno se le subió por las piernas para escapar a los perros, pero éstos lo mataron mordiendo a través de su capa. "Exactamente como el papa y el demonio nos tratan a nosotros", comentó el teólogo inveterado.

Estaba ocioso, decía. Por lo menos se hallaba apartado del fragor de la lucha. "Yo no quería venir aquí —escribía—. Quería estar en la refriega." Y otra vez: "Preferiría quemarme sobre las brasas antes que podrirme aquí."

A la soledad y falta de actividad pública se agregaron males físicos que no eran nuevos pero que fueron grandemente acentuados por las circunstancias. Cuando todavía se hallaba en Worms había sido asaltado por agudos ataques de constipación, debido quizás al agotamiento nervioso después de los días cruciales. El régimen alimentario restringido y la vida sedentaria en el Wartburgo empeoraron el caso. Tuvo la intención de arriesgar la vida escapando de su escondite a fin de procurarse asistencia médica en Erfurt. Las dolencias continuaron desde mayo hasta octubre, cuando Spalatin pudo enviarle laxantes.

Su otra enfermedad era el insomnio. Empezó en 1520 a través de intentos por recuperar atrasos en las horas canónicas. Durante toda su controversia con Roma continuaba siendo un monje obligado a decir maitines, tercias, nonas, vísperas y completas. Pero cuando se convirtió en profesor de la universidad, predicador de la iglesia de la aldea y director de once monasterios, estaba simplemente demasiado ocupado para mantenerse al día. Debía amontonar sus oraciones durante una semana, dos semanas y hasta tres semanas, y luego dedicar todo un domingo o, en una ocasión, tres días enteros sin beber ni comer hasta haberlo "rezado todo". Después de una de esas orgías, en 1520, su cabeza vaciló. Durante cinco días no pudo conciliar el sueño, yaciendo en su cama como muerto hasta que el médico le dio un sedante. Durante la convalecencia el libro de oraciones le daba náuseas y se atrasó en un trimestre. Entonces se dio por vencido. Esta fue una de las etapas de su destete del monasticismo. El residuo permanente de la experiencia fue el insomnio.

Lutero halló en el Wartburgo un remedio para las depresiones: el trabajo. "Para no estar ocioso en mi Patmos —escribió en la dedicatoria de un tratado a Sickingen— he escrito un libro de Revelación." No sólo escribió uno sino casi una docena. A un amigo de Estrasburgo explicaba:

*No sería seguro enviaros mis libros, pero he pedido a Spalatin que se ocupe de ello. He escrito una réplica a Catarino y otra a Latoro, y en alemán un estudio sobre la confesión, comentarios de los salmos LXVII y XXXVI, un comentario sobre el Magnificat y una traducción de la réplica de Melancton a la Universidad de París. Tengo en prensa un volumen de sermones sobre los pasajes de las epístolas y evangelios. Estoy atacando al cardenal de Maguncia y comentando la parábola de los diez leprosos.*

Además de esto, tradujo todo el Nuevo Testamento a su idioma nativo. Esta fue su tarea para el año. Es de preguntarse si sus depresiones eran algo más que el ritmo del trabajo y la fatiga.

### **La reforma en Wittenberg: él monasticismo**

Y no era que realmente hubiera abandonado la lucha. La reforma en Wittenberg se movía con desconcertante velocidad, y él se mantenía al frente de ella en la medida en que las tardías comunicaciones y las condiciones de su escondite lo permitían. Su opinión era continuamente solicitada y sus respuestas afectaban el desarrollo de los acontecimientos, aun cuando no estuviera en condiciones de tomar la iniciativa. La dirección recayó sobre Melancton, profesor de griego en la Universidad; sobre Carlstadt, profesor y arcediano de la iglesia del castillo, y sobre Gabriel Zwilling, un monje de la propia orden de Lutero, los agustinos. Bajo la dirección de estos hombres la reforma asumió por primera vez una forma claramente reconocible para el hombre común.

Nada de lo que Lutero había hecho hasta entonces significaba una diferencia para las gentes ordinarias, excepto, por supuesto, el ataque a las indulgencias, pero éste no había demostrado todavía ser especialmente eficaz. Mientras se hallaba en el Wartburgo, Lutero supo que el cardenal Alberto de Maguncia continuaba el antiguo tráfico en Halle. El 19 de diciembre de 1521 Lutero informó a Su Gracia que estaba completamente equivocado si creía que él había muerto.

*Vuestra Excelencia Electoral acaso crea que estoy fuera de combate, pero debéis saber que haré lo que exige la caridad cristiana, sin tener en cuenta las puertas del infierno, por no hablar de papas, cardenales y obispos ignorantes. Por eso ruego a Vuestra Excelencia Electoral que os mostréis como un obispo y no como un lobo. Ha quedado aclarado que las indulgencias no son más que bribonadas y mentiras. Recuerde Vuestra Excelencia Electoral el principio: qué conflagración tan terrible ha resultado de la pequeña chispa despreciada, cuando todo el mundo estaba tan seguro y creía que este pobre mendigo era demasiado insignificante para el papa y que se proponía cosas imposibles. Dios vive aún, nadie lo duda; también posee el poder de resistir a un cardenal de Maguncia, aunque cuatro emperadores le ayuden. También tiene el poder de tronchar los altos cedros y de humillar a los faraones altaneros y endurecidos. No crea Vuestra Excelencia Electoral que Lutero está muerto. Quiero mostrar a todo el mundo la diferencia entre un obispo y un lobo. Por eso pido y espero la respuesta inmediata de Vuestra Excelencia Electoral dentro de quince días, pues pasados estos quince días publicaré mi opúsculo contra el ídolo de Halle.*

El cardenal replicó que los abusos ya habían sido suprimidos. Se confesaba ser un pestilente pecador, dispuesto a recibir corrección.

Eso era algo. Sin embargo, Lutero no podía decir, mientras se hallaba en el Wartburgo, que las indulgencias habían sido suprimidas en su propia parroquia de Wittenberg. Durante su ausencia en 1521 y 1522 una innovación siguió a otra con desconcertante rapidez. Los sacerdotes se casaban, los monjes se casaban, las monjas se casaban. Hasta se casaban entre sí las monjas y los monjes. Los tonsurados dejaban que les creciera el cabello. En la misa se daba el vino a los fieles y se les permitía que tomaran los elementos con sus propias manos. Los sacerdotes celebraban el sacramento sin revestirse, con ropas comunes. Trozos de la misa eran recitados en alemán. Cesaron las misas por los muertos. Cesaron las vigiliias, las vísperas fueron alteradas, las imágenes fueron destrozadas. Se comía carne en los días de ayuno. Las fundaciones fueron retiradas por sus donantes. La inscripción en las universidades declinó porque los estudiantes ya no eran sostenidos con estipendios eclesiásticos. Todo esto no podía escapar a los ojos de Hans y Gretel. La doctrina podía pasar por encima de sus cabezas, pero la liturgia era parte de su vida religiosa diaria. Ahora se daban cuenta de que la reforma significaba algo, y esto empezó a preocupar a Lutero. La gloriosa libertad de los hijos de Dios estaba en peligro de convertirse en un asunto de vestidos, régimen alimentario y corte de cabello. Pero al principio aplaudió los cambios.

Primero vino el matrimonio de los sacerdotes. Lutero había dicho en *La cautividad babilónica* que las leyes de los hombres no pueden anular las órdenes de Dios, y puesto que Dios había ordenado el matrimonio, la unión de un sacerdote y su mujer es una unión verdadera e indisoluble. En el Discurso a la Nobleza había declarado que un sacerdote debe tener un ama de casa y que poner a un hombre y a una mujer juntos en esa situación era como acercar el fuego a la paja y esperar que no sucediera nada. El matrimonio debía ser libre para los sacerdotes, aunque todo el derecho canónico se hiciera pedazos. Que terminara la incasta castidad. El consejo de Lutero estaba siendo puesto en práctica. En 1521 tres sacerdotes se casaron y fueron arrestados por Alberto de Maguncia. Lutero le envió una cálida protesta. Alberto consultó a la Universidad de Wittenberg. Carlstadt respondió con un trabajo sobre el celibato, en el que llegaba hasta afirmar no sólo que un sacerdote puede casarse, sino que debe hacerlo, y que también debiera ser padre de familia. Sustituía el celibato obligatorio por el matrimonio y la paternidad obligatorios. Y él mismo se casó. Se describe a la joven como de noble familia, ni bonita ni rica, al parecer de quince años. Carlstadt envió un anuncio al Elector:

*Nobilísimo príncipe. Observo que en las Escrituras ningún estado es tan altamente alabado como el matrimonio. Compruebo también que el matrimonio es permitido al clero, y que por falta de él muchos pobres sacerdotes han sufrido agudamente en las mazmorras del Demonio. Por lo tanto, si Dios Todopoderoso lo permite, contraeré matrimonio con Ana Mochau en la víspera de San Sebastián, y espero que Vuestra Gracia lo apruebe.*

Lutero lo aprobó. "Estoy muy complacido con el casamiento de Carlstadt —escribió—. Conozco a la joven."

Sin embargo, no tenía el propósito de hacer lo mismo él porque no sólo era un sacerdote sino también un monje. Al principio se sintió aturcido cuando Carlstadt atacó también el celibato monástico. "¡Dios mío! —escribía Lutero—. ¿Acaso nuestros wittenbergueses dan esposas a los monjes? ¡No me la darán a mí!" Pero bajo la ardiente prédica de Gabriel Zwilling, los monjes agustinos empezaron a abandonar el claustro. El 30 de noviembre salieron quince. El prior informó al Elector:

*Se está predicando que ningún monje puede salvarse con su cogulla, que los claustros están en manos del demonio, que habría que expulsar a los monjes y demoler los claustros. Dudo mucho que tal enseñanza esté fundada en el Evangelio.*

Pero, ¿se debía obligar a los monjes a volver? Y si no, ¿se les debía permitir que se casaran? Melancton consultó a Lutero. "Desearía poder conversar de esto con vos", le contestó éste.

*El caso del monje me parece diferente del de un sacerdote. El monje ha tomado voluntariamente los votos. Vos argumentáis que un voto monástico no es de rigurosa observancia, porque no se lo puede cumplir. Con esa teoría abrogaríais todos los divinos preceptos. Decís que un voto significa servidumbre. No necesariamente. San Bernardo vivió felizmente bajo sus votos. La verdadera cuestión no es si los votos pueden ser cumplidos o no, sino si han sido impuestos por Dios.*

Para hallar la respuesta, Lutero se abocó a escudriñar las Escrituras. No tardó mucho en resolverse, y pronto envió a Wittenberg algunas tesis sobre los votos. Cuando fueron leídas al círculo del clero y profesores de Wittenberg, Bugenhagen, sacerdote de la iglesia del castillo, pronunció el juicio: "Estas proposiciones trastornarán las instituciones públicas como no lo había hecho hasta ahora la doctrina de Lutero." Las tesis fueron seguidas poco después por un tratado Sobre los votos monásticos. En un prefacio dirigido "A mi queridísimo padre", Lutero confesaba ahora discernir la mano de la Providencia al hacer de él un monje contra la voluntad de sus padres, a fin de que pudiera testificar por experiencia en contra del monasticismo. El voto del monje no está fundado en las Escrituras y se encuentra en conflicto con la caridad y la libertad. "El matrimonio es bueno, la virginidad es mejor, pero la libertad es lo mejor de todo. " Los votos monásticos descansan en la falsa suposición de que existe un llamamiento especial, una vocación con la que son invitados a observar los consejos de perfección los cristianos superiores, mientras que los cristianos comunes cumplen solamente los mandamientos. Pero Lutero declaraba que simplemente no existe ninguna vocación religiosa especial, puesto que el llamado de Dios llega a todos los hombres en las tareas comunes. "Esta es la obra —dice Jonas— que vació los claustros." La propia orden de Lutero en Wittenberg, los agustinos, en una reunión en enero, en vez de aplicar sanciones disciplinarias a los monjes apóstatas, reglamentó que desde entonces en adelante cualquier miembro quedaba en libertad de quedarse o irse.

### La misa

Luego vino la reforma de la liturgia, que tocó más en lo íntimo al hombre común, porque alteraba sus devociones diarias. Se le invitaba a beber el vino en el sacramento, a tomar los elementos con sus propias manos, a comulgar sin previa confesión, a escuchar las palabras de institución en su propio idioma y a participar extensamente en los cánticos sagrados.

Lutero estableció los fundamentos teóricos para los cambios más importantes. Su principio era que la misa no es un sacrificio, sino una acción de gracias a Dios y una comunión con los creyentes. No es un sacrificio en el sentido de aplacar a Dios, porque Dios no necesita ser aplacado, y no es una oblación en el sentido de algo que se ofrece, porque el hombre no puede ofrecer nada a Dios, sino sólo recibir de Él. Entonces, ¿qué debería hacerse con expresiones de la misa tales como "este santo sacrificio", "esta oblación", "estas ofrendas"? En La cautividad babilónica, Lutero las había interpretado figuradamente, pero en el Wartburgo llegó a

conclusiones más drásticas: "Las palabras del canon son claras, las palabras de las Escrituras son claras. Que el canon ceda ante el Evangelio." La liturgia pues, debía ser revisada.

Una forma particular de la misa descansaba exclusivamente en su carácter de sacrificio. Esta era la misa privada en beneficio de las almas de los muertos, por quienes el sacerdote ofrecía un sacrificio; y como éstos no podían de ningún modo estar presentes, comulgaba solo. Esta forma de la misa se llamaba privada porque estaba dotada privadamente. También se la realizaba privadamente. Lutero objetó primero el principio de sacrificio y en segundo lugar la ausencia de la congregación. En La cautividad babilónica había estado dispuesto a tolerar esas misas como devociones privadas de parte del sacerdote, siempre, por supuesto, que fueran realizadas con un espíritu de devoción y no contadas simplemente para completar la cuota del día. En el Wartburgo llegó a una posición más definida. Escribió a Melanchton el 1º de agosto: "Nunca volveré a celebrar una misa privada en toda la eternidad." Un opúsculo suyo sobre la abolición de las misas privadas concluía con un llamamiento a Federico el Sabio a emular la cruzada de Federico Barbarroja para la liberación del Santo Sepulcro. Le pedía que liberara al Evangelio en Wittenberg, aboliendo todas las misas que había dotado privadamente. Para decir tales misas en la iglesia del castillo, estaban empleados veinticinco sacerdotes.

Sobre la antigua cuestión planteada por los husitas, de si debía darse a los fieles tanto el pan como el vino, Lutero y los wittenbergueses concordaban en el deseo de restaurar la práctica apostólica. En cuanto al ayuno y la confesión previos a la comunión, Lutero era indiferente. Había divergencias sobre si el sacerdote debía elevar los elementos. Carlstadt consideraba este acto como la presentación de un sacrificio y como tal lo rechazaba, mientras que Lutero veía solamente una señal de reverencia que debía ser conservada.

### **El estallido de violencia**

El acuerdo era, por cierto, suficiente como para justificar la acción, y Melanchton tomó la iniciativa el 29 de setiembre administrando la comunión en ambas formas a unos pocos estudiantes en la iglesia parroquial. En el claustro agustino Zwilling hacía apasionados pedidos a los hermanos para que se rehusaran a celebrar a menos que se reformara la misa. El prior respondió que prefería que no se dijera misa a que se la mutilara. En consecuencia, la misa cesó en el claustro agustino el 23 de octubre. En la iglesia del castillo, en el día de Todos los Santos, el 1º de noviembre, el mismo día destinado a la exhibición de las reliquias y la dispensa de las indulgencias, Justus Jonas vituperó las indulgencias calificándolas de trastos viejos y clamó por la abolición de las vigiliyas y misas privadas. En el futuro se negaría a celebrar a menos que estuvieran presentes los comulgantes. Empezó la violencia popular. Estudiantes y burgueses intimidaron en tal forma a los antiguos creyentes, que los agustinos fieles temieron por su propia seguridad y por la del claustro. El elector se hallaba preocupado. Como príncipe era responsable de la paz pública. Como cristiano debía interesarse en la verdadera fe. Deseaba ser iluminado sobre el significado de las Escrituras, y designó una comisión para ello. Pero la comisión no podía ponerse de acuerdo. Ningún grupo de Wittenberg podía ponerse de acuerdo, ni siquiera la Universidad, ni los agustinos, ni el capítulo de la iglesia del castillo. "En qué enredo nos hallamos —decía Spalatin— con cada cual haciendo algo distinto."

El antiguo orden argumentaba que Dios no hubiera sufrido que su iglesia fuera engañada tanto tiempo. Los cambios debían esperar por lo menos hasta que se lograra la unanimidad, y el clero no debía ser molestado. Federico el Sabio señalaba, además, a los innovadores que las misas estaban dotadas, y si cesaban las misas, las dotaciones también cesarían. No veía cómo un sacerdote podía esperar casarse, dejar de decir misa y, sin embargo, seguir cobrando su

estipendio. Argumentaba que la alteración de la misa interesaba a toda la cristiandad, y que si en una pequeña ciudad como Wittenberg no podían ponerse de acuerdo, el resto del mundo no se impresionaría. Sobre todo, era necesario que no hubiera división ni tumultos. Los evangélicos replicaban señalando el ejemplo de Cristo y los apóstoles, que, a pesar de no ser sino un puñado de hombres, no se detuvieron ante las reformas por temor a los tumultos. En cuanto a los antepasados que habían dotado las misas, si pudieran volver a la vida y recibir una enseñanza mejor, se alegrarían de que su dinero fuera usado para fomentar la fe de mejor manera. Los antiguos creyentes refutaban: "No debéis pensar que porque seáis un puñado de hombres estáis por ello en la posición de Cristo y los apóstoles."

Las simpatías de Lutero estaban por el momento con el puñado, y se angustiaba porque los sucesos se producían demasiado lentamente. Había enviado a Spalatin los manuscritos de sus tratados titulados: Sobre el voto monástico, Sobre la abolición de las misas privadas y Una invectiva contra el arzobispo de Maguncia. Ninguno de ellos había sido publicado. Lutero resolvió hacer un viaje de incógnito a Wittenberg para descubrir la razón de esto.

## Capítulo XII LA VUELTA DEL EXILIO

Con una barba suficiente como para engañar a su madre, el exilado del Wartburgo apareció en las calles de Wittenberg el 4 de diciembre de 1521. Se hallaba inmensamente complacido con las reformas que sus colaboradores habían introducido últimamente, pero enfadado porque sus recientes opúsculos no habían sido publicados. Si Spalatin no los había entregado a la imprenta, debía saber que otros peores los reemplazarían. Spalatin entregó entonces los tratados sobre los votos y las misas privadas, pero retuvo la invectiva contra Alberto, que nunca apareció. Lutero hizo saber también en Wittenberg que estaba contemplando la posibilidad de una invectiva contra Federico si no dispersaba su colección de reliquias y contribuía para el fondo de los pobres con todo el oro y la plata en que estaban engastadas. En este momento Lutero estaba claramente en favor de la aceleración de la reforma.

Pero no por la violencia. El día antes de que llegara a Wittenberg se había producido un tumulto. Estudiantes y vecinos, con cuchillos debajo de sus capas, habían invadido la iglesia parroquial, arrebatando los misales de los altares y sacando a los sacerdotes. Habían arrojado piedras contra los que decían devociones privadas a la virgen María. Al día siguiente, el mismo día de la llegada de Lutero, los franciscanos fueron intimidados. Y esto no era lo peor. Lutero quizá hubiera podido disculpar este tumulto como una travesura de estudiantes, pero en los viajes de ida y vuelta al Wartburgo había pulsado en el pueblo un sentimiento revolucionario. Por lo tanto se apresuró a hacer una advertencia contra la violencia. "Recordad— decía — que el Anticristo, como dice Daniel, ha de ser vencido sin la mano del hombre. La violencia sólo lo hará más fuerte. Orad, predicad, pero no luchéis. No quiero decir que esté prohibida toda represión, pero ésta debe ser ejercida por las autoridades constituidas."

Pero mientras tanto en Wittenberg la autoridad constituida era inhibitoria. El elector Federico publicó el 19 de diciembre una orden en la que decía que la discusión podía continuar, pero que no podía haber cambios en la misa hasta lograr unanimidad. Carlstadt decidió desafiar al elector y anunció que cuando le llegara el turno de decir misa en Año Nuevo daría la comunión en ambas formas a toda la ciudad. El elector se interpuso, pero Carlstadt se le anticipó cambiando su turno para Navidad y haciendo la invitación pública apenas la noche antes. El populacho estaba excitado y la Nochebuena fue celebrada con tumultos. El populacho invadió la iglesia parroquial, destruyó las lámparas, intimidó a los sacerdotes, cantó por toda la iglesia "Mi muchacha perdió su zapato", y luego desde el patio se puso a maullar contra el coro. Finalmente fueron a la iglesia del castillo y cuando el sacerdote daba la bendición le desearon pestilencia y fuego del infierno.

### Disturbios

El día de Navidad, dos mil personas se reunieron en la iglesia del castillo; "toda la ciudad", decía un cronista. Y estaba muy cerca de serlo, pues la población total era de 2500. Carlstadt ofició sin vestiduras, con un simple traje negro. En su sermón dijo al pueblo que en preparación para el sacramento no necesitaban ayunar ni confesarse. Si les parecía que primero debían ser absueltos, entonces les faltaba fe en el sacramento mismo. Sólo se necesita fe, fe y deseo sincero, y profunda contrición. "Mirad como Cristo os hace partícipes de su santidad si creéis. Mirad cómo os ha limpiado y santificado con su promesa. Mejor aun, mirad que Cristo está ante vosotros. Os saca de vuestras luchas y dudas, para que sepáis que a través de su palabra sois bendecidos."



Carlstadt recitó la misa en latín, en forma muy abreviada, omitiendo todos los pasajes sobre sacrificio. En la consagración y distribución de los elementos, el pan y el vino, pasó del latín al alemán. Por primera vez en sus vidas, las dos mil personas reunidas escucharon en su propia lengua las palabras: "Este es el cáliz de mi sangre y del nuevo y eterno testamento, espíritu y secreto de la fe, derramada por vosotros para la remisión de los pecados." Uno de los comulgantes tembló tanto que dejó caer el pan. Carlstadt le dijo que lo levantara; pero el que había tenido valor para adelantarse y tomar el sagrado manjar con sus propias manos del plato, cuando lo vio profanado en el suelo se sintió tan vencido por el terror del sacrilegio infligido al cuerpo de Dios, que no pudo decidirse a tocarlo de nuevo.

Bajo la dirección de Carlstadt el consejo de la ciudad de Wittenberg publicó la primera ordenanza comunal de la reforma. La misa debía ser dicha más o menos como Carlstadt lo había hecho. Las ideas de Lutero sobre reforma social fueron completadas. Se prohibió la limosna. Los que fueran verdaderamente pobres debían ser mantenidos con un fondo común. Las prostitutas debían ser desterradas. Y luego venía un punto completamente nuevo: las imágenes debían ser quitadas de las iglesias.

La cuestión de las imágenes, cuadros y estatuas de los santos y la virgen y los crucifijos había sido grandemente agitada durante las semanas precedentes. Zwilling había dirigido una revuelta iconoclasta, derribando altares y destrozando imágenes y cuadros de santos. El autor de la idea era Carlstadt, quien se basaba directamente en las Escrituras: "No te harás imagen ni ninguna semejanza de cosa alguna que esté arriba en el cielo, o abajo en la tierra, o en las aguas debajo de la tierra." La Escritura era reforzada por su propia experiencia. Él había sido tan profundamente adicto a las imágenes, que por ellas se había alejado del verdadero culto. "Dios es espíritu" y debe ser adorado solamente en espíritu. Cristo es espíritu, pero la imagen de Cristo es madera, plata u oro. El que contempla un crucifijo recuerda solamente los sufrimientos físicos de Cristo en vez de sus tribulaciones espirituales.

Unido a este ataque al arte en la religión se produjo también un ataque a la música religiosa. "Relegad los órganos, trompetas y flautas al teatro", decía Carlstadt.

*Es mejor una sola oración sentida que mil cantatas de los Salmos. Las lascivas notas del órgano despiertan pensamientos mundanos. Cuando deberíamos estar meditando sobre el sufrimiento de Cristo, nos acordamos de Píramo y Tisbe. O, si debe haber canto, que no sea más que una monodia.*

Mientras Wittenberg estaba así convulsionado por los iconoclastas, desde Zwickau, cerca de la frontera bohemia, llegaron tres laicos diciendo que eran profetas del Señor y que habían tenido íntimas conversaciones con el Todopoderoso. No necesitaban la Biblia, sino que confiaban en el Espíritu. Si la Biblia fuera importante, Dios la hubiera dejado caer directamente desde el cielo. Repudiaban el bautismo de los niños y proclamaban la rápida erección del reino de los piadosos a través de la destrucción de los impíos, ya fuera a manos de los turcos o de los piadosos mismos. Melancton los escuchó lleno de asombro y escribió al elector:

*Apenas puedo decirlos cuan profundamente conmovido me hallo. Pero nadie, como no sea Martín, podrá juzgarlos. Como el Evangelio está en peligro, debería dárseles la oportunidad de que se encuentren con él. Ellos lo desean. No os hubiera escrito si el asunto no fuera tan importante. Debemos cuidarnos de no resistir al Espíritu de Dios, pero también de no entregarnos al demonio.*

Pero tal disputa con Martín parecía peligrosa para él y perturbadora para Wittenberg. En opinión de Spalatin, ésta ya había tenido suficiente.

Lutero en sus cartas rechazaba a los profetas sobre bases religiosas porque hablaban demasiado volublemente.

*Preguntadles si han experimentado esas angustias espirituales, nacimientos divinos, muerte e infierno. Si se os dice que todo es dulce, quieto, devoto y religioso, entonces no los admitáis aunque pretendan haber sido arrebatados al tercer cielo. La Majestad Divina no habla directamente; habla por medio de seres humanos — nadie puede soportar oírlo, hablar a Él mismo. Dios es un fuego devorador; hasta los ensueños y visiones de los santos son terribles. Si no podéis discernir los espíritus, entonces seguid el consejo de Gamaliel y esperad.*

En otra carta agregaba:

*No dudo de que fácilmente habremos de reírnos de estos dos incendiarios, aun sin recurrir a la espada. Que nuestro príncipe no manche sus manos en la sangre de estos nuevos profetas. Mas no volveré a causa de ellos. No me conmueven.*

Federico el Sabio era atormentado por una erupción tras otra. El golpe siguiente vino de la derecha. El ruido de los sucesos de Wittenberg llegó a oídos del duque Jorge en la frontera, y la grieta confesional se fundió con la antigua rivalidad entre las dos casas de Sajonia. Lutero pronto pudo completar su trinidad de oposición con el papa, el duque Jorge y el demonio. Por el momento el duque era el más activo de los tres. Estuvo en la dieta de Nuremberg y persuadió a los estados de que enviaran a Federico el Sabio y al obispo de Meissen, que tenía jurisdicción eclesiástica sobre la región de Wittenberg, las siguientes instrucciones:

*Se nos dice que hay sacerdotes que celebran con vestiduras profanas, omitiendo partes esenciales de la misa. Consagran el santo sacramento en alemán. A los comulgantes no se les exige confesión previa. Ellos mismos toman los elementos con sus propias manos y en ambas especies. La sangre de Nuestro Señor se ofrece no en un cáliz sino en una jarra. Se da el sacramento también a los niños. Los sacerdotes son sacados de los altares por la fuerza. Sacerdotes y monjas se casan y el populacho es incitado al sacrilegio y al pecado.*

En respuesta a esta comunicación, el obispo de Meissen pidió a Federico el Sabio permiso para realizar una visita por todos sus dominios, y Federico consintió, aunque sin hacer promesas en cuanto a los transgresores de la disciplina. El 13 de febrero, Federico dio instrucciones propias a la Universidad y al capítulo de la iglesia del castillo:

*Nos hemos dado demasiada prisa. El hombre común ha sido incitado a la rebelión y nadie ha sido edificado con ello. Debemos tener consideración por los débiles. Se puede discutir sobre las imágenes; más tarde se tomarán las medidas necesarias. La cuestión de la mendicidad debe ser examinada. Primero se debe informar sobre los cambios en la misa, pero los puntos en duda deben ser discutidos. Sería preferible que Carlstadt renunciara a predicar.*

Este documento apenas si puede ser descrito como una abrogación completa de las reformas. Federico simplemente pedía una tregua e invitaba a una ulterior consideración. Lo que sí abrogaba enfáticamente era la ordenanza municipal de enero. Si debía haber reformas, estaba decidido a que no fuera por ciudades sino por territorios, como en el subsiguiente modelo alemán. Carlstadt se sometió y acordó no predicar. Zwilling abandonó Wittenberg.

### **La invitación a volver**

Pero el consejo de la ciudad decidió desafiar al elector invitando a Martín Lutero a volver. Se le envió una invitación en nombre de "el consejo y toda la ciudad de Wittenberg". Ya que el elector declaraba nula su ordenanza, traerían de vuelta al autor de todo el movimiento. Probablemente esperaban que Lutero ejerciera una influencia moderadora. Carlstadt y Zwilling eran incendiarios latentes. Melancthon estaba en un dilema, sospechado de irse para escapar a los radicales; dijo francamente: "El dique se ha roto y yo no puedo hacer frente a las aguas." El consejo no sabía a dónde mirar en busca de dirección, salvo hacia el Wartburgo, y, sin consultar ni siquiera informar al elector, invitó a Lutero a volver.

No le faltaban a éste deseos de volver, pues ya había dicho en diciembre que no tenía intenciones de quedarse escondido después de Pascua. Se quedaría hasta que terminara un volumen de sermones y la traducción del Nuevo Testamento. Luego se proponía encarar la traducción del Antiguo Testamento y establecerse en algún lugar en las cercanías de Wittenberg a fin de poder lograr la colaboración de colegas mejor versados que él en el hebreo. En ese momento, estos intereses eruditos lo dominaban más que cualquier deseo de hacer el viaje a Wittenberg. Pero cuando le llegó la invitación directa de la ciudad y la congregación, fue para él como un llamado de Dios.

Lutero tuvo la cortesía de notificar al elector de su intención. Federico replicó que se daba cuenta de que quizá no había hecho suficiente. Pero, ¿qué debía hacer? No deseaba ir contra la voluntad de Dios, ni provocar desórdenes. La dieta de Nuremberg y el obispo de Meissen amenazaban con su intervención. Sí Lutero volvía y el papa y el emperador intervenían para hacerle daño, el elector lo pasaría mal. Pero si el elector se resistía, se produciría un gran disturbio en el país. En lo que se refería a su persona, el elector estaba dispuesto a sufrir, pero le gustaría saber para qué. Si sabía que la cruz provenía de Dios, la soportaría; pero en Wittenberg nadie sabía quién era el cocinero ni quién el mozo. Pronto tendría lugar una nueva reunión de la dieta. Mientras tanto, que Lutero se mantuviera quieto. El tiempo podría cambiar grandemente las cosas. Lutero respondió:

*Lo que he escrito fue escrito por inquietud, pues quería confortar a Vuestra Excelencia Electoral, no a causa del asunto mío, sino por el conflicto desacertado en Wittenberg, originado por los nuestros para gran deshonra del Evangelio. Yo me hubiera desalentado si no supiera que el Evangelio todo está de nuestro lado. Cuanto he sufrido hasta ahora no es nada en comparación con este asunto. Con alegría lo hubiera pagado con mi vida, si hubiera sido posible. Pues se ha procedido de tal manera que no podemos responder de ello ni ante Dios ni ante el mundo. El diablo ha puesto sus manos en este asunto.*

*En cuanto a mi asunto, Vuestra Señoría, contesto lo siguiente. Vuestra Excelencia Electoral sabe —o si no lo sabe se lo hago saber con esto— que el Evangelio no me ha sido dado por los hombres, sino por Nuestro Señor Jesucristo desde el cielo. Ahora veo que mi excesiva humildad ha traído como consecuencia la humillación del Evangelio, El*

*diablo quiere ocupar todo el lugar cuando le concedo sólo un palmo. Debo hacer otra cosa para descargo de mi conciencia. He contentado a Vuestra Excelencia Electoral permaneciendo escondido este año. El diablo bien sabe que no lo hice por cobardía, e iría cabalgando a Leipzig aun cuando llovieran duques Jorge durante nueve días.*

*Vuestra Excelencia Electoral sepa que llegaré a Wittenberg bajo una protección mucho más sublime que la del Príncipe Elector. Tampoco tengo la intención de pedir la protección de Vuestra Excelencia Electoral. Sí, creo que yo podría proteger a Vuestra Excelencia Electoral mejor que vos a mí. Además, si supiera que Vuestra Excelencia Electoral pudiera y quisiera protegerme, no iría. En estos asuntos no puede ni debe aconsejar o ayudar la espada; sólo Dios debe actuar aquí, sin cuidados ni intervención humanos. Por eso, quien crea más podrá proteger más en este caso. Y como ahora siento que Vuestra Excelencia Electoral es bastante débil aun en la fe, no puedo considerar de ninguna manera a Vuestra Excelencia Electoral como el hombre que pueda protegerme o salvarme.*

*Ahora Vuestra Excelencia Electoral quiere saber qué debe hacer en este asunto, porque Vuestra Excelencia Electoral cree que ha hecho demasiado poco. Pero respondo yo sumisamente: Vuestra Excelencia Electoral ya ha hecho demasiado y no debe hacer nada más. Porque Dios no quiere ni puede tolerar la intromisión de Vuestra Excelencia Electoral o mía. Él quiere que todo sea dejado a él. Si Vuestra Excelencia Electoral cree esto, entonces estará seguro y tendrá paz; si no lo cree, en cambio yo creo y debo tolerar que la incredulidad de Vuestra Excelencia Electoral se atormente con inquietudes, como corresponde sufrir a todos los descreídos.*

*Teniendo en cuenta que yo no quiero obedecer a Vuestra Excelencia Electoral, Vuestra Excelencia Electoral queda disculpado ante Dios, si me toman preso o me matan. Ante los hombres, Vuestra Excelencia Electoral debe portarse así: ser obediente a las autoridades como Príncipe Elector y dejar actuar a Su Majestad Imperial. Porque nadie debe quebrar el poder ni oponerle resistencia, salvo aquel que lo ha establecido; de lo contrario sería rebelión, y contra Dios. Si Vuestra Excelencia Electoral deja abiertas las puertas cuando ellos vengan a buscarme, entonces Vuestra Excelencia Electoral habrá satisfecho la obediencia. Si Vuestra Excelencia Electoral creyera, vería la gloria de Dios; pero como no cree aún, no ha visto nada todavía.*

### **El regreso a Wittenberg**

El regreso a Wittenberg fue incomparablemente valeroso. Nunca hasta entonces había estado Lutero en tal peligro. En la entrevista con Cayetano y en Worms había estado bajo el bando de la iglesia y el imperio, y Federico había estado pronto para proporcionarle asilo. Pero esta vez se había hecho saber a Lutero que no podía contar con ninguna protección en caso de extradición por la dieta o el emperador. En Worms había habido una segunda línea de defensa, en Sickingen, Hutten y los caballeros, esta muralla estaba desmoronándose rápidamente. Después de Worms, Sickingen había tenido la imprudencia de embarcarse en una aventura destinada a detener la desaparición de los caballeros alemanes a expensas de los príncipes territoriales y los obispos. El ataque se concentró en el príncipe obispo Ricardo de Greiffenklau, elector y arzobispo de Trier. Una cantidad de caballeros que antes habían ofrecido ayuda a Lutero se unieron a Sickingen, pero su campaña estaba perdida desde el principio porque las víctimas de sus depredaciones anteriores se unieron al arzobispo de Trier y acorralaron a Sickingen en uno de sus propios castillos, donde murió a consecuencia de las heridas recibidas. Hutten no había

podido acompañarlo en su campaña porque estaba enfermo de sífilis en el Ebernburg. Pero en intervalos de salud se había entregado a una correría propia, una guerra de sacerdotes como la llamaba, que consistía principalmente en el saqueo de conventos. Cuando Sickingen fracasó, escapó a Suiza a terminar con un chasquido su meteórica carrera en una isla del lago Zurich. Los caballeros que habían participado en la empresa de Sickingen sufrieron la confiscación de sus bienes. Si Lutero hubiera confiado en ellos, habrían resultado una caña quebrada. Pero ya hacía tiempo que había decidido confiar solamente en el Señor de los ejércitos, que no siempre libra a sus hijos de la boca del león.

Un detalle del viaje de Lutero hacia el hogar es registrado por un cronista suizo, quien apologeticamente introdujo en una historia críptica de la época una descripción de una experiencia propia cuando viajaba con un compañero hacia Wittenberg y llamaron, muy entrada una noche tormentosa, al portal de la Posada del Oso Negro de una aldea de Turingia. El posadero hizo pasar a los sucios viajeros a una pieza donde estaba sentado un caballero con una frondosa barba negra envuelto en una capa escarlata y calzones de lana, con las manos descansando en la empuñadura de una espada mientras se dedicaba a la lectura. El caballero se paró y hospitalariamente invitó a los enfangados viajeros a sentarse y compartir con él un vaso. Observaron que su libro estaba escrito en hebreo. Le preguntaron si sabía si Lutero "estaba en Wittenberg." "Sé positivamente que no —dijo—, pero estará." Entonces les preguntó qué pensaban los suizos de Lutero. 'El posadero, observando que la pareja estaba bien dispuesta para con el reformador, les confió que el caballero era Lutero mismo. El suizo no podía dar crédito a sus oídos, aunque debe de haber confundido el nombre con Hurten. Al partir a la mañana siguiente le hicieron saber al caballero que lo habían tomado por Hutten. "No, es Lutero", interrumpió el posadero. El caballero rió. "Vosotros me tomáis por Hutten. Él me toma por Lutero. Quizá yo sea el diablo." A la semana habrían de encontrarse nuevamente en Wittenberg.

La primera preocupación de Lutero fue restaurar la confianza y el orden. Con fornida presencia y meliflua voz subió al pulpito a predicar paciencia, caridad y consideración por los débiles. Recordó a sus oyentes que ningún hombre puede morir por otro, ningún hombre puede creer por otro, ningún hombre puede responder por otro. Por lo tanto, cada hombre debe estar plenamente convencido en su propio espíritu. Nadie puede ser obligado a creer. La violencia de los que demuelen altares, destrozan imágenes y arrastran a los sacerdotes por los cabellos era para Lutero un desastre mayor que ningún ataque procedente del papado contra él mismo. Estaba empezando a creer que quizá después de todo se hallaba más cerca de Roma que de sus propios sectarios. Se hallaba profundamente herido porque las predicciones de sus atacantes de que sería ocasión de "división, guerra e insurrección" estaban cumpliéndose demasiado abundantemente. Les rogó:

*Dad tiempo a los hombres. Yo tardé tres años de constante estudio, reflexión y discusión, para llegar a donde estoy ahora, y, ¿cómo puede esperarse que el hombre común, no versado en tales asuntos, recorra el mismo camino en tres meses? No creáis que los abusos se eliminan destruyendo el objeto de que se abusa. Los hombres pueden proceder mal con el vino y las mujeres. ¿Vamos por ello a prohibir el vino y matar a las mujeres? El sol, la luna y las estrellas han sido adorados. ¿Vamos por ello a arrancarlos del cielo? Tal apresuramiento y violencia revelan falta de confianza en Dios. Mirad cuánto ha querido Él realizar por mi intermedio sin violencia. Sólo me he dedicado a la Palabra de Dios; la he predicado y escrito; fuera de esto no hice nada. La Palabra de Dios, mientras yo dormía o bebía cerveza en Wittenberg con mi Felipe y Amsdorf, hizo tanto por debilitar el papado como ningún príncipe o emperador lo han logrado jamás.*

*Yo no he hecho nada. La Palabra lo hizo todo. Si yo hubiera procedido con ímpetu, habría expuesto a Alemania a una gran matanza, y hubiera iniciado tal conflagración en Worms, que ni siquiera el emperador hubiese estado seguro. Pero, ¿qué habría logrado con ello? Hubiera sido una gran locura. En cambio, no hice nada: dejé obrar a la Palabra.*

En respuesta a estos llamados, Zwilling acordó dejar de celebrar la comunión con plumas en el birrete, y Lutero cordialmente lo recomendó a un curato en Altenburg y más tarde en Torgau. Carlstadt se encargó de una congregación en el vecino Orlamünde. Wittenberg estaba tomada.

Lutero entonces se volvió a tratar con el elector, quien deseaba de él una afirmación para someterla a la dieta de Nuremberg, exculpando al príncipe de toda complicidad en su vuelta desde el Wartburgo. Lutero cumplió alegremente con ello, pero en el curso de la carta observaba que las cosas están dispuestas en forma diferente en el cielo y en Nuremberg. Federico sugirió que las palabras "en Nuremberg" fueran sustituidas por "en la tierra". Lutero lo complació nuevamente.

## Capítulo XIII NO HAY OTRO FUNDAMENTO

Desde el punto de vista externo, Lutero había alcanzado el punto crucial de su carrera. El dirigente de la oposición estaba llamado a ser la cabeza del gobierno, aunque en un área restringida. El demoleedor fue llamado a construir. El cambio de curso no era absoluto porque, por un lado, había sido constructivo todo el tiempo, y por otro, hasta el fin no cesó de desollar al papado. Había, sin embargo, una gran diferencia entre vituperar contra "la execrable bula del Anticristo" y proveer un nuevo modelo de Iglesia, estado y sociedad, una nueva constitución para la Iglesia, una nueva liturgia y una nueva Biblia en lenguaje vernáculo.

En el cumplimiento de esta tarea debía tener en cuenta dos consideraciones. La primera estaba relacionada con los principios que Lutero trataba de realizar en concreto, y la segunda con el pueblo que constituía el campo en que esas ideas debían realizarse. Los puntos de vista de Lutero estaban en su mayor parte ya maduros para la época de su vuelta a Wittenberg. La controversia agudizaría las partes más importantes. La experiencia práctica dictaba las líneas de avance o retroceso, mientras que largos años en el pulpito y en el aula le proporcionaban ocasión para una copiosa ilustración.

Los principios de Lutero en religión y ética deben ser constantemente tenidos en cuenta, pues de lo contrario a veces parece ininteligible y hasta caprichoso. Para él la principal consideración era la preeminencia de la religión. En una sociedad donde la casta menor se entregaba al juego, las fanfarronadas y las mozas —la dieta de Worms fue llamada un verdadero "pueblo de Venus"—, en un momento en que la clase más elegida se gloriaba de las realizaciones del hombre, se adelantaba Lutero, transportado por los cantos de los ángeles, pasmado ante la ira de Dios, atónito ante la maravilla de la creación, cantando a la divina misericordia, un hombre inflamado por Dios. Para una persona así no había ninguna cuestión que importara mucho, salvo ésta: ¿Cómo estoy ante Dios? Lutero nunca eludiría una tarea mundana tal como exhortar al elector a que reparase los muros de la ciudad para evitar que los cerdos de los campesinos destrozaran los jardines de los vecinos, pero nunca se interesaba mucho por cercos, jardines, muros, ciudades, príncipes ni ninguna de todas las bendiciones y fastidios de esta vida mortal. El problema último era siempre Dios y las relaciones que tiene el hombre con Dios. Por esta razón, las formas políticas y sociales eran para él asuntos relativamente indiferentes. Todo lo que fomentara la comprensión, difusión y práctica de la Palabra de Dios debía ser alentado, y todo lo que se opusiera a ello debía ser atacado. Por eso es fútil preguntarse si Lutero era demócrata, aristócrata, autócrata o cualquier otra cosa. La religión era para él el principal fin del hombre, y todo lo demás era periférico.

Y la religión que tenía en mente era, por supuesto, la religión cristiana. Todos en su época hubieran dicho esto, aunque más no fuera por orgullo nacional o europeo. Pero Lutero hablaba así porque había experimentado un completo impasse en todo otro acercamiento a Dios que no fuera su propio auto-conocimiento en Jesucristo. "No hay otro fundamento que el que ha sido puesto, el cual es Jesucristo."

### Naturaleza, historia y filosofía

La naturaleza no puede revelar a Dios. La naturaleza es realmente maravillosa y cada partícula de la creación revela la obra de Dios, si se tiene ojos para verlo. Pero en ello está precisamente la dificultad. Si ya se cree en la bondad de Dios, sobrecoge de asombro y maravilla el temblor de la aurora cuando la noche no es todavía día y el día no es noche sino que la luz

dispersa imperceptiblemente las tinieblas. ¡Qué maravillosas son las nubes sostenidas sin pilares y el firmamento que no se apoya en columnas! ¡Cuan hermosos son los pájaros del cielo y los lirios del campo! "Si pudiéramos comprender un solo grano de trigo, moriríamos de asombro." Dios está en todo esto. Está en toda criatura, interna y externamente, a través de ella, por encima y por debajo, por delante y por detrás, de modo que nada puede ser más interior y escondido en toda criatura que Dios. "En Él vivimos, y nos movemos y tenemos nuestro ser." Sin Él es la nada. Dios llena todo el mundo, pero Él no es contenido por el mundo. "¿Adonde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos allí estás tú, y si en abismo hiciese mi estrado, he aquí que allí tú estás." Pero, ¿quién ve todo esto? Sólo la fe y el espíritu. Lo único de Erasmo era que no quedaba estupefacto de admiración ante el niño en el seno materno. No contemplaba el matrimonio con reverente sorpresa, ni alababa ni agradecía a Dios por la maravilla de una flor o ante un carozo de durazno que se abre por la fuerza de la semilla hinchada. Contempla estas maravillas como una vaca que mirase una puerta nueva. La deficiencia de la fe se hace evidente en esta falta de asombro, pues la naturaleza es una revelación solamente para aquellos a quienes Dios ya ha sido revelado.

No sucede algo mejor con la historia, que tampoco puede revelar a Dios, porque el conjunto de la historia parece a primera vista nada más que un comentario al texto. "Quitó a los poderosos de los tronos y levantó a los humildes." Dios permite que los poderosos imperios se pavoneen en el escenario durante un tiempo: Asiría, Babilonia, Persia, Grecia y Roma. Luego, cuando se vuelven demasiado arrogantes, coloca la espada en la mano de otro y lo deja derribar al matón, solamente para rebajarlo a la vez después de su fanfarronada. Aquí nos encontramos nuevamente con un tema agustiniano, salvo que la historia de Agustín es una ilustración de la ambición de dominio del hombre y de la justiciera acción de Dios al abatir al arrogante. Pero Lutero se pregunta si Dios no se estará divirtiendo con una representación de títeres.

Aun más desconcertante es el reconocimiento de que demasiado a menudo Dios no abate al poderoso ni exalta a los humildes, sino que los deja en su inmundicia sin pagarles con la misma moneda y sin vengarlos. En toda la historia los santos son los despreciados y rechazados, maltratados, abusados y pisoteados bajo los pies del hombre. José, por ejemplo, sin ninguna razón fue tomado por sus hermanos, arrojado al pozo, vendido a los ismaelitas y llevado como esclavo a Egipto. Allí, precisamente por ser honrado, fue mancillado con la acusación de adulterio y arrojado en la cárcel. Y la virgen María, después de ser informada por el ángel Gabriel de que sería la madre del Altísimo, tuvo que sufrir la sospecha de su propio marido. La situación de José es comprensible, pues aún no habían estado juntos y ella había permanecido tres meses ausente con su prima Isabel. Él no pudo aceptar cumplidamente su situación hasta que el ángel lo instruyó en sueños. Pero, ¿por qué esperó Dios, para sacarlo del error, a que María fuera avergonzada?

Algunas de las aflicciones que caen sobre los justos eran, en opinión de Lutero, obra del Demonio, y en este punto sigue el familiar dualismo agustiniano del eterno conflicto entre la Ciudad de Dios y la Ciudad Terrena a través de la cual opera Satanás. Lutero podía en esta forma encontrar consuelo en el tumulto porque el Demonio no puede dejar de atacar la fe, y el tumulto es prueba de que la fe está presente y sometida a un ataque. Pero no siempre es responsable el Demonio. Dios es un Dios que actúa por medio de contradicciones. La virgen tuvo que ser avergonzada antes de entrar a la gloria. José tuvo que ser humillado por una falsa acusación antes de poder convertirse en el primer ministro y salvador de Egipto. En tales momentos, Dios parece escondido. José debe de haber sostenido una terrible lucha.

Habrá dicho: "¡Oh, si solamente pudiera volver a mi padre!" Y luego debe de haberse recobrado y dicho: "¡Detente! Si solo pudiera encontrar el camino de salida de este calabozo..."



Detente. ¿Y si muero en desgracia en esta prisión? ¡Detente!" Tales pasos de la angustia al consuelo lo asaltaron hasta que pudo discernir la mano de Dios.

No hay escape a los horrores de las tinieblas, porque Dios es un Dios tal "que antes de poder ser Dios debe aparecer primero como si fuera el Demonio. No podemos alcanzar el cielo si no descendemos primero al infierno. No podemos ser los hijos de Dios a menos que primero seamos los hijos del diablo, Y también antes de poder ver que el mundo es una mentira, debe parecer primero que es la verdad".

Debe parecer así. Sin embargo, Dios no nos ha abandonado realmente, sino que está oculto y no podemos descubrirlo mediante una búsqueda directa. No sabemos por qué Dios desea esconderse de nosotros; pero lo que sí sabemos es que nuestra naturaleza no puede alcanzar su majestad. David no habló con el Dios absoluto, a quien debemos temer si no queremos perecer, porque la naturaleza humana y el Dios absoluto son enemigos implacables. Y no puede ser de otro modo, sino que la naturaleza humana sea oprimida por tal majestad. Por lo tanto, David no habla con el Dios absoluto sino con Dios revestido y escondido en la Palabra.

Tampoco la filosofía puede revelar a Dios. Al hacer esta aseveración Lutero en parte se hacía eco del lenguaje de los últimos escolásticos, en cuyas obras había sido educado. Los discípulos de Occam habían, destrozado la síntesis de Tomás de Aquino en la que la naturaleza y la razón llevan a través de una serie de etapas a la gracia y la revelación. En cambio, estas teologías introdujeron un gran hiato entre la naturaleza y la gracia, entre la razón y la revelación. Tanto, que en realidad la filosofía y la teología se vieron obligadas a recurrir a dos clases diferentes de lógica y aún a dos variedades de aritmética. La ilustración clásica era la doctrina de la Trinidad, que afirma que tres personas son un solo Dios. De acuerdo con la aritmética humana, esto es absurdo, y sin embargo, de acuerdo con la aritmética divina esto debe ser creído. Lutero en este punto sobrepasó a sus maestros y afirmó que mientras por la norma de la razón humana dos más cinco es igual a siete, sin embargo, si Dios declara que son ocho hay que creer contra la razón y contra los sentimientos. Todo esto podría decir Lutero con sus maestros, pero tales acertijos le preocupaban muy poco.

La insuficiencia de la filosofía era para él más aparente y más deprimente en los puntos en que su maestro, San Agustín, había acentuado la división entre el hombre natural y el hombre redimido, y con ello había agrandado al mismo tiempo la brecha entre la religión natural y la religión revelada. Agustín concedía libremente que en algunos respectos el hombre aún se parece a Dios, a cuya imagen fuera creado. La caída de Adán no borró todos los vestigios, pero su significado es ininteligible al que no está familiarizado con el modelo original. Los últimos escolásticos realzaban el punto de que cuando una vaca pasta en un prado es una vaca solamente para el que ha visto previamente una vaca; del mismo modo, la estructura trinitaria del hombre, con intelecto, memoria y voluntad, señala la estructura trinitaria de Dios solamente para aquel a quien la doctrina ya le ha sido revelada. Lutero tomó toda esta manera de pensar y la aplicó en una forma más drástica y penetrante, porque para él el problema no era tanto metafísico como religioso. El punto crucial no era la estructura de Dios, sino el carácter de Dios. Su estructura sigue siendo un misterio insoluble en el cual sería más prudente no intentar penetrar, pero debemos preguntarnos: ¿Dios es bueno? ¿Es justo? ¿Es bueno conmigo? El corazón de Agustín ya no tuvo inquietud después de recibir el yugo que es fácil. Pero Lutero no cesó nunca de revolver esas viejas preguntas atormentadoras.

## Cristo es el único revelador

Para hallar la respuesta tuvo que buscar a Dios donde Él ha escogido darse a conocer, a saber, en la carne de Jesucristo Nuestro Señor, que es el único revelador de Dios.

*El profeta Isaías dijo: "El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz." ¿No creéis que esta sea una luz inefable que nos permite ver el corazón de Dios y la profundidad de la Divinidad? ídem, que también vemos los pensamientos del diablo, qué es el pecado y cómo debemos salvarnos de él; qué es la muerte y cómo liberarnos de ella. Qué es el mundo, y el ser humano y cómo preservarnos de ellos. Antes nadie sabía lo que es Dios, ni si había o no demonios, qué es la muerte y el pecado, y tampoco cómo salvarse de ellos. Todo esto es obra de Cristo, y en este pasaje es llamado Poderoso, y Maravilloso.*

*El es el único Redentor del hombre de la esclavitud del pecado y los caminos de la muerte. Él es la única esperanza de una sociedad duradera en la tierra. Donde los hombres no conocen al Niño de Belén desvarían, se encolerizan y luchan. Los ángeles proclamaron la paz en la tierra, y así será para aquellos que conozcan y reciban a este Niño. ¿Qué es el mundo sino un perfecto infierno sin otra cosa que mentira, engaño, glotonería, ebriedad, lujuria, fanfarronadas y asesinatos? Es decir, el mismo diablo maldito. No hay amor ni fidelidad. Nadie está seguro de otro. Hay que guardarse tanto de los amigos como de los enemigos, y a veces más. Este es el reino del mundo, donde el Demonio reina y domina. Pero los ángeles muestran en su cántico que los que conocen y aceptan al Niño Jesús no sólo honran a Dios sino que tratan a sus hermanos como si fueran dioses, es decir, gente buena y amante de la paz, que a todos con gusto ayudan y aconsejan, que impedirán reyertas y discordias para que todo se haga bella y tranquilamente y en toda amabilidad entre los cristianos, que exista un régimen bello y pacífico, un trato amable, donde cada uno haga alegremente lo mejor que pueda por los demás.*

Entonces todo parecería ser simple. "Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo", pero la fe en Cristo está lejos de ser simple y fácil porque Él es un rey sorprendente que, en vez de defender a su pueblo, lo abandona. Al que va a salvar lo hace primero un pecador desesperado. Al que quiere hacer sabio lo convierte primero en un necio. Al que quiere hacer vivir debe primero matar. Al que quiere honrar debe primero deshonorar. Es un extraño rey que está más cerca cuanto más lejos está y más lejos cuanto más cerca está.

El intento de Erasmo de hacer al cristianismo simple y fácil era para Lutero completamente vano porque Cristo hiera tan profundamente. La corrupción del hombre debe ser atacada antes que puedan ser abiertos sus ojos. Uno de los alumnos de Lutero registraba lo siguiente:

*En la Nochebuena (1538) el doctor Martín estaba muy alegre. Todas sus palabras y cánticos y pensamientos eran sobre la Encarnación de Cristo Nuestro Salvador. Luego, con un suspiro, dijo: "¡Ay de nosotros, los pobres hombres que nos mostramos tan fríos e indiferentes ante la gran alegría que nos ha sido dada, ante ese gran don, que excede tanto, tanto, a todo lo que Dios ha creado! Nuestra fe es tan débil, a pesar de que nos es cantado y predicado por los ángeles, que son los teólogos celestiales. Su cántico es hermoso y resume toda la religión cristiana, pues 'gloria a Dios en las Alturas' es el*

*mejor servicio divino. Esto es lo que ellos desean para nosotros y nos llevan en esta Navidad. Pues el mundo, desde la caída de Adán, no conoce a Dios ni a sus criaturas. Vive del todo fuera de la gloria de Dios. ¡Oh! ¡Qué hermosos, delicados y felices pensamientos tendría el hombre si no hubiera caído! ¡Cómo hubiera meditado sobre Dios ante todas las criaturas viendo en la más pequeña e insignificante flor la omnipotente sabiduría y bondad de Dios! En verdad os digo que es difícil imaginar cómo Dios crea del suelo seco flores tan distintas, colores tan hermosos, de perfume tan agradable, que ningún pintor podría hacerlo igual. Dios puede producir colores verdes, amarillos, rojos, azules y pardos de la tierra. Todo esto demuestra que Dios Nuestro Señor es un gran artista y maestro al que nadie puede imitar. Adán y sus hijos se hubieran gloriado en todo esto, pero ahora, desde la desgraciada caída, el Creador es deshonrado y envilecido. Por eso los queridos ángeles llaman una vez más, en nombre de Cristo, a los hombres caídos, a la fe y el amor para que den gloria solo a Dios y puedan vivir en esta vida en paz con Dios y con los demás."*

La razón por la cual la fe es tan difícil y la razón tan inadecuada es un problema mucho más profundo que lógico. Lutero a menudo hablaba mal de la razón y en consecuencia ha sido descrito como un completo irracionalista en religión. Esto es entender completamente mal el sentido de lo que él quería decir. Él empleaba la razón, en el sentido de lógica, hasta sus últimos límites. En Worms y a menudo en otras partes pidió que se le refutara con las Escrituras y la razón. En este sentido la razón significa deducción lógica de premisas conocidas, y cuando Lutero despotricaba contra la razón meretricia quería decir algo distinto. Sentido común es quizás una traducción mejor. Al decir esto pensaba en la forma en que el hombre se comporta, siente y piensa comúnmente. No quiere decir que lo que Dios dice esté en un idioma extranjero, sino que lo que Dios hace es completamente incomprensible.

*Cuando se me dice que Dios se hizo hombre, puedo seguir la idea, pero no entiendo lo que significa. Pues, ¿qué hombre, abandonado a sus inclinaciones naturales, si fuera Dios, se humillaría hasta yacer en el pesebre de un asno o colgar de una cruz? Dios echó sobre Cristo las iniquidades de todos nosotros.*

*Es esta inefable e infinita misericordia de Dios lo que la frágil capacidad del hombre no puede comprender y mucho menos expresar, esa insondable profundidad y ardiente celo del amor de Dios hacia nosotros. Y realmente, la magnitud de la misericordia de Dios engendra en nosotros no sólo una dificultad para creer sino también una incredulidad completa. Pues oigo no solamente que el Dios omnipotente, el Creador y Hacedor de todas las cosas, es bueno y misericordioso, sino también que esa Suprema Majestad se preocupó tanto por mí, pecador perdido, hijo de la ira y la muerte eterna, que no sólo no escatimó a su propio hijo, sino que lo entregó a la más ignominiosa muerte para que, colgando entre dos ladrones, fuera convertido en maldición y pecado por mí, un maldito pecador, para que yo pueda ser hecho justo, bendito e hijo y heredero de Dios. ¿Quién puede proclamar lo bastante esta bondad enormemente grande de Dios? Ni siquiera todos los ángeles. Por lo tanto, las Sagradas Escrituras hablan de cosas muy distintas que asuntos filosóficos y políticos, como ser los inefables y totalmente divinos dones, que sobrepasan toda comprensión de hombres y ángeles*

Sólo en Dios puede encontrar paz el hombre. Dios puede ser conocido solamente a través de Cristo, pero, ¿cómo confiar en Cristo cuando sus caminos son tan increíbles? La respuesta es guiarse no por la vista sino por la fe, que camina alegremente en la oscuridad. Pero nuevamente, ¿cómo llegar a esta fe? Es un don de Dios. No puede ser inducida por ningún acto de voluntad.

### **La Palabra y los Sacramentos**

No, pero el hombre no ha quedado enteramente sin recursos. Puede recurrir a los canales de autorrevelación que Dios ha ordenado. Todos son llamados en la Palabra. Esta no debe ser equiparada a las Escrituras ni a los Sacramentos, sino que opera a través de ellos y no fuera de ellos. La Palabra no es la Biblia, como libro escrito, pues "el Evangelio no es realmente lo que está contenido en libros y compuesto en letras, sino más bien una predicación oral y una palabra viva, una voz que resuena a través de todo el mundo y es públicamente proclamada". Esta Palabra debe ser escuchada. Esta Palabra debe ser ponderada. "La fe en Cristo no nace en nosotros a través del pensamiento, la sabiduría y la voluntad, sino a través de una incomprensible y oculta operación del Espíritu, que es dado por la fe en Cristo solamente al escuchar la Palabra y sin ninguna obra nuestra." También es necesario algo más que la simple lectura. "Nadie es instruido por intermedio de mucha lectura y reflexión. Existe una escuela mucho más alta donde se aprende la Palabra de Dios. Hay que irse al desierto, entonces Cristo viene y el hombre se hace capaz de juzgar el mundo."

Asimismo, la fe es dada a aquellos que aprovechan de los ritos externos que Dios ha ordenado como órganos de revelación, los Sacramentos.

*Pues aunque Él está en todas partes y en todas las criaturas y puedo encontrarlo en las piedras, el fuego, el agua o una cuerda, como con toda certeza Él está ahí, no desea, sin embargo, que yo lo busque fuera de la Palabra, ni que me arroje en el fuego, o el agua, o me cuelgue con una soga. Él está en todas partes, pero no desea que lo busquéis en todas partes sino solamente donde está la Palabra. Allí, si lo buscáis, lo encontraréis realmente, es decir, en la Palabra. Es lo que la gente no sabe ni ve bien, y dice que es absurdo que Cristo esté en el pan y el vino. Ciertamente si Cristo no estuviera conmigo en la prisión, el martirio y la muerte, ¿dónde quedaría yo? Él está verdaderamente presente en donde está la Palabra, pero no en el mismo sentido que en el sacramento, porque ha adherido su cuerpo y sangre a la Palabra y en el pan y el vino debe ser recibido corporalmente.*

Estos eran los principios religiosos de Lutero: que la religión es lo más importante, que el cristianismo es la única religión verdadera y que debe ser aprehendida por la fe encaminada a través de las Sagradas Escrituras, la predicación y los Sacramentos.

Las deducciones prácticas de tal concepción son obvias. Todas las instituciones deben acordar a la religión el derecho de supremacía. El estudio de las Escrituras debe ser cultivado en la iglesia y la escuela. En la iglesia, el pulpito y el altar deben sostenerse mutuamente.

También están implícitas otras consecuencias aun, aunque menos tangibles. Si la religión es tan central, entonces todas las relaciones humanas deben estar condicionadas por ella. Las alianzas, amistades y casamientos serán seguros solamente si están basados en la fe común. Los contemporáneos a veces se espantaban de que Lutero rompiera relaciones humanas o unidades eclesiásticas por una mera cuestión de doctrina. A lo cual él replicaba que lo mismo podrían decirle que era irrazonable cortar una amistad por el mero hecho de que el amigo estrangulara a

su mujer o hijo. Negar a Dios en un punto es atacar a Dios en todos. También la exclusividad que Lutero asignaba al cristianismo significaba necesariamente el rechazo de otras religiones, tales como el judaísmo. Podría o no ser caritativo con los adoradores de falsos dioses, pero nunca podía condonar su error. Tampoco podía sentirse benévola hacia aquellos que menospreciaban las Escrituras y los Sacramentos o los interpretaban torcidamente en sus juicios.

### **La amenaza a la moral**

En el campo de la moral muchos sentían que su preocupación por la religión era peligrosa. Se consideraba particularmente que su insistencia en que la buena conducta no constituye ningún derecho sobre Dios era destructora del motivo más poderoso de la buena conducta. Se le hacía a Lutero la misma objeción que a Pablo: si somos salvados, no por los méritos, sino por la misericordia de Dios, "pequemos, para que la gracia abunde". Tanto Pablo como Lutero respondieron: "Dios no lo permita." Y cualquiera que haya seguido de cerca a Lutero sabrá que estaba muy lejos de ser indiferente en lo moral. Sin embargo, el cargo no era del todo errado. Lutero a veces decía cosas que enfáticamente sonaban subversivas en lo moral. El ejemplo clásico es el notorio pecca fortiter: "Pecad todo lo que podáis. Dios puede perdonar solamente a un vigoroso pecador." Hacer de esto el resumen de la ética de Lutero es una burda injusticia porque se trata de un exabrupto, una chanza al anémico Melanchton, que se hallaba en un aprieto por escrúpulos de conciencia. El consejo de Lutero era esencialmente el mismo que le diera a él Staupitz, quien le dijo que antes de acudir tan frecuentemente al confesonario debía ir y cometer un verdadero pecado, por ejemplo un parricidio. Staupitz por cierto que no estaba aconsejando a Lutero que asesinara a su padre, y Lutero sabía bien que su chanza no induciría al impecable Melanchton a tirar por la borda los Diez Mandamientos. Lutero decía simplemente que quizá pudiera hacerle bien echar a perder, por una vez, sus antecedentes.

Este es un punto que a veces exponía Lutero: que se necesitaba un pecado como medicina para curar otro. Una foja sin mácula engendra el peor de los pecados: el orgullo. Por lo tanto, una caída de vez en cuando conduce a la humildad. Pero los únicos pecados que Lutero recomendaba realmente para manchar una foja eran comer, beber y dormir en demasía. Esos excesos dominados podrían ser utilizados como un antídoto para la arrogancia.

Sin embargo, a veces realmente decía cosas que tenían un tono poco ético, como ser que las buenas obras sin fe son "pecados ociosos y condenables". Erasmo se horrorizaba de ver así estigmatizadas la integridad y la decencia. Pero Lutero nunca quiso decir que desde el punto de vista social la decencia no sea mejor que la indecencia. Lo que quería decir era que la decencia del hombre que se comporta bien simplemente por temor de dañar su reputación, es a los ojos de Dios un pecado condenable y ocioso, mucho peor que la indecencia del pecador contrito. La afirmación de Lutero no es más que una versión característicamente paradójica de la parábola del publicano penitente.

Pero quizá la amenaza más profunda de Lutero a la moral esté en su rescate de la moral. No aceptaba ninguna atenuación de las terribles exigencias del Nuevo Testamento. Cristo dijo: "Dad vuestra capa; no os preocupéis por el mañana; cuando os golpeen presentad la otra mejilla; vended todo y dad a los pobres; abandona padre y madre, esposa e hijos." La Iglesia Católica de la Edad Media tenía varios modos de atenuar lo inexorable. Una de ellas era distinguir entre cristianos y cristianos, y asignar solamente a las almas heroicas los preceptos más arduos del Evangelio. Los consejos de perfección eran consignados al monasticismo. Lutero cerró esta puerta aboliendo el monasticismo. Otra distinción era entre lo continuo y lo acostumbrado. Los cristianos esforzados debían amar a Dios y al prójimo ininterrumpidamente, pero los cristianos

ordinarios sólo ordinariamente. Lutero se burlaba de toda esta casuística; y cuando se le recordaba que sin ella los preceptos del Evangelio son imposibles, replicaba: "Por supuesto que lo son, Dios ordena lo imposible." Pero entonces surge nuevamente el antiguo problema: Si el objetivo no puede ser alcanzado, ¿a qué hacer el esfuerzo?

En este punto es necesario entender claramente qué alcance tenía la afirmación de Lutero de que la meta es inalcanzable. Lo que quería decir muy claramente es que la más noble realización humana queda corta a los ojos de Dios. Todos los hombres son pecadores. Pero no por esta razón son todos unos canallas. Un cierto nivel de moralidad no está fuera de nuestro alcance. Aun los judíos, los turcos y los paganos son capaces de mantener la ley natural comprendida en los Diez Mandamientos.

*"¡No hurtarás!" Debería estar escrito en el saco del molinero, en el pan del panadero, en la horma del zapatero, en las telas del sastre, en el hacha del carpintero. Las tentaciones no pueden ser evitadas; pero si no podemos evitar que los pájaros vuelen sobre nuestras cabezas no por ello tenemos que dejarlos anidar en nuestros cabellos.*

Existe, pues, una amplia base para una conducta genuinamente moral aun fuera del cristianismo.

Pero una vez más surge el peligro para la ética porque todo esto no es suficiente, Dios exige no solamente actos sino actitudes. Es como la madre que pide a la hija que cocine u ordeñe la vaca. La hija puede cumplir alegremente o a regañadientes. Dios no sólo nos pide que nos abstengamos del adulterio, sino que exige también pureza de pensamiento y restricción dentro del matrimonio. Estas son las normas que no podemos alcanzar. "Un caballo puede ser dominado con un freno de oro, pero, ¿quién puede dominarse en los puntos en que es tocado vitalmente?" Aun nuestra misma búsqueda de Dios es una manera disimulada de buscarnos a nosotros mismos. La búsqueda de la perfección es tanto más desesperada cuanto que el objetivo va retrocediendo. Cada acto de bondad abre la puerta para otro; y si no entramos por ella, hemos fracasado. Por lo tanto, toda rectitud del momento es pecado con respecto a lo que debe ser agregado en el instante siguiente. Aun más desconcertante es el descubrimiento de que somos culpables de pecados de los que no nos damos cuenta. Lutero había aprendido en el confesonario la dificultad de recordar o reconocer sus faltas. El reconocimiento mismo de que somos pecadores es un acto de fe. "Solamente por la fe debe creerse que somos pecadores, y en realidad lo más común es que parezca que no sabemos nada contra nosotros mismos. Por lo tanto, debemos confiar en el juicio de Dios y creer a su palabra cuando nos llama inicuos."

### **El fundamento de la bondad**

Una vez más se levantan los críticos de Lutero para preguntar por qué, si el hombre al final no tiene méritos delante de Dios, debe hacer el esfuerzo por ser bueno. La respuesta de Lutero es que la moralidad debe basarse en alguna otra cosa que el beneficio propio y la búsqueda de una recompensa. La paradoja es que Dios debe destruir en nosotros todas las ilusiones de rectitud antes de poder hacernos rectos. Primero debemos deponer toda pretensión de bondad. El camino para eliminar el sentimiento de culpa es admitir la culpa. Entonces hay alguna esperanza para nosotros. "Somos pecadores y al mismo tiempo justos." Lo que quiere decir que por más malos que seamos actúa en nosotros un poder que puede hacer algo de nosotros, y lo hará.

*Es una nueva maravillosa creer que la salvación está fuera de nosotros. Estoy justificado y soy aceptable ante Dios, aun que en mí haya pecado, maldad y horror a la muerte. Sin embargo, debo mirar a otra parte y no ver pecado. Es prodigioso no ver lo que veo, no sentir lo que siento. Ante mis ojos veo un florín, o una espada o un fuego, y debo decir: "No hay ningún florín, ninguna espada, ningún fuego." El perdón de los pecados es parecido a este.*

Y el resultado de todo esto es que el pecador humilde, perdonado, tiene muchas más posibilidades que el santo orgulloso.

La justicia del pecador no es una ficción. Debe producir y producirá buenas obras, pero nunca podrán éstas ser buenas si las hace por ellas mismas. Deben nacer de la fuente del hombre nuevo. "Las buenas obras no hacen bueno al hombre, sino que el hombre bueno hace buenas obras." Lutero describió en diversas formas el fundamento de la bondad. A veces dice que toda moralidad es gratitud. Es la expresión irreprimible de la gratitud por el alimento y el vestido, por la tierra y el cielo y el inestimable don de la redención. Otra vez la moralidad es el fruto del espíritu que habita en el corazón del cristiano. O la moral es la conducta constituida en la naturaleza misma del hombre unido con Cristo, como la esposa con el esposo. Así como no hay necesidad de decir a los amantes lo que deben hacer o decir, así no hay necesidad de reglas para los que están enamorados de Cristo. La única palabra que abarca todo eso es fe. Ella quita todas las inhibiciones que nacen de las preocupaciones y coloca al hombre en una relación tal con respecto a Dios y Cristo, que todo lo demás viene solo.

En ninguna otra parte expresa Lutero sus ideas en palabras más vigorosas y resplandecientes que en el cántico La libertad del cristiano.

*El alma que con una fe firme penetra en las promesas de Dios está unida a ellas, absorbida por ellas, penetrada, saturada, embriagada por su poder. Si el contacto de Cristo curaba, ¡cuánto más lo hará este tiernísimo contacto en el espíritu, esta absorción en la Palabra que da al alma todas las cualidades de la Palabra, de modo que se convierte en digna, apacible, libre, llena de toda bondad, un verdadero hijo de Dios! Por eso vemos muy fácilmente por qué la fe puede hacer tanto y por qué ninguna buena obra puede ser tal, pues ninguna buena obra proviene de la Palabra de Dios como la fe. Ninguna buena obra puede estar dentro del alma, mas la Palabra y la fe reinan allí. Lo que la Palabra es, es el alma, como el hierro se pone al rojo al unirse con la llama. Simplemente, pues, la fe es suficiente para el hombre cristiano. No necesita de las obras para hacerse justo. Entonces está libre de ley.*

*Pero no por ello debe ser perezoso o disoluto. Las buenas obras no hacen bueno a un hombre, pero un hombre bueno hace buenas obras. Un obispo no es un tal porque consagre una iglesia, sino que consagra una iglesia porque es obispo. A menos que un hombre sea un creyente y un cristiano, sus obras no tienen ningún valor. Son pecados necios, ociosos y condenables, porque cuando las buenas obras son presentadas como base para la justificación, ya no son buenas. Comprended que no rechazo las buenas obras, sino que las alabo grandemente. El apóstol Pablo dijo: "Haya, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual siendo igual a Dios se anonadó a sí mismo tomando forma de siervo, obediente hasta la muerte y muerte de cruz." Pablo quiere decir que cuando Cristo estaba plenamente en la forma de Dios, abundante en todas las cosas, de modo que no tenía necesidad de ningún trabajo o sufrimiento para ser salvado, no se envaneció, no se arrogó poder, sino que mediante el sufrimiento, el*

*trabajo, las penas y la muerte se hizo como otro hombre, como si necesitara todas las cosas y no estuviera en la forma de Dios. Todo esto lo hizo para servirnos. Cuando Dios, en su inmensa bondad y misericordia y sin ningún mérito de mi parte, me ha dado tan inexpresables riquezas, ¿cómo no voy yo a hacer todo lo que sé que a Él le agrada, libremente, alegremente, de todo corazón y sin vacilar? Me daré como una especie de Cristo a mi prójimo, como Cristo se dio por mí, y no haré nada en esta vida que no crea bueno, necesario y provechoso para mi prójimo.*

Esta es la palabra que debiera ser colocada como epítome de la ética luterana: que el cristiano debe ser un Cristo para su prójimo. Lutero continúa explicando lo que esto implica:

*Yo mismo debo depositar ante Dios mi fe y mi justicia para encubrir los pecados de mi prójimo, debo cargar con ellos y de tal modo afanarme y servirlo como si fueran los míos propios, pues así lo hizo Cristo por nosotros.*

*Por eso concluimos que un cristiano no vive para sí mismo, sino en Cristo y su prójimo; de lo contrario no es cristiano. En Cristo por la fe, en el prójimo por el amor. Por la fe se eleva por sobre sí hasta Dios; por el amor desciende nuevamente hacia el prójimo y permanece, no obstante, en Dios y su amor.*

¿Dónde podremos encontrar una restauración más noble de la ética y dónde encontraremos nada más devastador para la ética? El cristiano debe identificarse de tal modo con su prójimo como para tomar sobre sí pecados que no ha cometido personalmente. Los padres asumen los pecados de sus hijos, los ciudadanos los pecados del estado. Lutero no soportaba que se hiciera, del mantener limpia la foja, el fin principal del hombre. Los cristianos, como Cristo, deben en cierto sentido convertirse en pecadores con y para el pecador, y, como Cristo, compartir el extrañamiento de aquellos que por el pecado estén separados de Dios.



## Capítulo XIV RECONSTRUYENDO LOS MUROS

La reconstrucción de los muros de Jerusalén por Esdras y Nehemías está curiosamente ilustrada en la Biblia alemana de Lutero por un grabado en el que el tema es del Antiguo Testamento y la decoración de Sajonia. Los constructores de los muros son los judíos que volvieron de Babilonia. Las piedras, el mortero, las vigas, las sierras, las carretillas y cabrias son precisamente los empleados para reparar los muros de Wittenberg. Muy similar era la aplicación por Lutero de los principios cristianos a la reconstrucción de la sociedad. La preeminencia de la religión, la sola suficiencia del cristianismo, la obligación del cristiano de ser Cristo para el prójimo, eran sus principios fundamentales. Las aplicaciones eran conservadoras. Lutero no vino a destruir, sino a construir, y contra todas las malas interpretaciones de su enseñanza trató de dejar bien claro que la tradicional ética cristiana quedaba intacta. El Sermón sobre las buenas obras no está estructurado en torno a las Bienaventuranzas, sino alrededor de los Diez Mandamientos, el núcleo de la ley de Moisés equiparado a la ley de la naturaleza. Como los anteriores a él, Lutero extendió el mandamiento de honrar al padre y a la madre para que incluyera la reverencia por todos los que poseen autoridad, tales como obispos, maestros y magistrados. Su ética doméstica era paulina y patriarcal; la ética económica, tomista y principalmente agraria; la ética política, agustiniana y de pueblo.

### Las vocaciones

En un sentido Lutero era más conservador que el catolicismo, puesto que abolió el monasticismo y eliminó así un sector seleccionado para la práctica de la piedad superior. En consecuencia, la predicación del Evangelio podía ser contada entre las vocaciones seculares, sólo que Lutero se negaba a llamarlas seculares. Así como había extendido el sacerdocio a todos los creyentes, extendió también el concepto del llamado divino, la vocación, a todas las ocupaciones dignas.

Nuestra expresión "guía vocacional" proviene directamente de Lutero. Dios ha llamado al hombre a trabajar porque Él mismo trabaja. Trabaja en ocupaciones comunes. Dios es un sastre que le hace a un venado un manto que durará mil años. Es un zapatero que le proporciona botas a las que el venado no sobrevivirá. Dios es el mejor cocinero, porque el calor del sol proporciona todo el calor que existe para cocinar. Dios es un repostero que prepara un festín para los gorriones y gasta en ellos anualmente más de las rentas totales del rey de Francia. Cristo trabajó como carpintero. "Puedo imaginarme —decía Lutero desde el pulpito— a la gente de Nazareth en el día del juicio. Comparecerán ante el Maestro y dirán: 'Señor, ¿no construiste tú mi casa? ¿Cómo llegaste a este honor?'" La virgen María también trabajaba, y el más sorprendente ejemplo de su humildad es que después de haber recibido la asombrosa noticia de que iba a ser la madre del Redentor, no se envaneció, sino que siguió ordeñando las vacas, fregando las ollas y barriendo la casa como cualquier sirvienta. Pedro trabajaba como pescador y estaba orgulloso de su habilidad, aunque no tan orgulloso que no aceptara la sugestión del Maestro cuando éste le dijo que echara las redes hacia el otro lado. Lutero comentaba:

*Yo hubiera dicho seguramente: "Querido, no me enseñes. Predicar y pescar son dos cosas diferentes; tú sabes lo primero, yo lo segundo; yo no pretendo enseñarte a predicar, ¡no me enseñes tú tampoco a pescar!" Pero Pedro era más humilde y por eso el Señor lo hizo pescador de hombres.*

Los pastores trabajaban. Era un trabajo penoso vigilar sus rebaños por la noche, pero después de ver al Niño volvieron a él.

*Seguramente esto debe de estar equivocado. Deberíamos corregir el pasaje y leer: "Fueron y tonsuraron sus cabezas, ayunaron, rezaron sus rosarios y se pusieron hábitos." En cambio, leemos: "Los pastores volvieron." ¿Adonde? A sus ovejas. Las ovejas habrían estado muy tristes si ellos no lo hubieran hecho así.*

Como Dios, Cristo, la virgen, el príncipe de los apóstoles y los pastores trabajaban, así debemos trabajar nosotros en nuestras vocaciones. Dios no tiene manos ni pies propios. Debe continuar sus trabajos a través de instrumentos humanos. Cuanto más baja la tarea, tanto mejor. La lechera y el que acarrea estiércol ejecutan un trabajo más agradable a Dios que el canto de un salmo por un cartujo. Lutero nunca se cansó de defender las vocaciones que por una u otra razón eran despreciadas. La madre era considerada más baja que la virgen. Lutero replicaba que la madre muestra el modelo del amor de Dios, que se eleva sobre los pecados de los hombres, como el amor de la madre se eleva por sobre los pañales sucios.

*Seguramente opinan algunos que el oficio de copista es un oficio fácil e insignificante, y que en cambio cabalgar vestido de armadura, sufrir calor, frío, polvo, sed y otras molestias es realmente un trabajo. Pero a mí me gustaría ver al jinete que pudiera quedarse quieto sentado todo el día, mirando un libro, aunque no tuviera que preocuparse, versificar, pensar ni leer. Colgar dos piernas sobre un caballo es algo que pronto se aprende; pero el arte no se aprende tan rápidamente y no se ejerce ni se practica tan fácilmente. Los que desprecian la pluma se la ponen, no obstante, en lo alto, en su sombrero, mientras que ciñen su espada, que es su herramienta, en las caderas. La pluma de escribir es liviana, es verdad; pero los que trabajan con el puño, el pie, o cualquier otro miembro, pueden a la vez cantar con alegría o chancear libremente, cosa que no puede hacer, por cierto, un copista. Lo hacen con tres dedos (se dice de los copistas), pero todo el cuerpo y toda el alma colaboran. Preguntad a un maestro qué clase de trabajo es enseñar y educar a muchachos: es algo que nadie debiera hacer por más de diez años.*

Lutero prefería centrar su pensamiento social alrededor de las vocaciones y tratar con los hombres en las posiciones en que se hallaban, pero no podía tratar bien todas las ocupaciones en forma puramente personal sin tomar en cuenta ambientes más amplios. Él clasificaba las relaciones humanas —todas ellas buenas, por haber sido instituidas por Dios en la creación, antes de la caída del hombre— en tres amplios sectores. Estos tres sectores son el eclesiástico, el político y el doméstico, inclusive el económico, que Lutero concebía principalmente en términos de la formación de una familia. Entre éstos, solamente el eclesiástico ocupó su pensamiento teórico en detalle. El estado era, para él, por lo general, simplemente el magistrado, aunque encaraba el estado, como una asociación para beneficio mutuo y, en vista de la caída del hombre, como la institución peculiarmente investida con el ejercicio del poder coercitivo. En el campo de la economía consideraba menos las leyes abstractas de la oferta y la demanda que las relaciones personales entre comprador y vendedor, deudor y creador. Sus puntos de vista con respecto al matrimonio y la familia serán considerados más adelante.

## La economía

En la esfera económica Lutero era un conservador en el mismo sentido que en la esfera teológica. En ambas acusaba a la Iglesia de su época de haber innovado e instaba a sus contemporáneos a volver al Nuevo Testamento y a la primera Edad Media, La nueva Europa después de la invasión de los bárbaros había sido agraria, y la Iglesia había dispensado la más alta estima a la agricultura, luego a los oficios manuales y por último al comercio. Esta era también la escala de valores de Lutero. No veía con buenos ojos los cambios introducidos por las Cruzadas, que recobraron el Mediterráneo para el tráfico cristiano, dando así un inmenso estímulo al comercio. La distinta situación afectó grandemente la cuestión de los préstamos a interés. Cuando el préstamo era de comestibles en una época de hambre, en los primeros tiempos de la Edad Media, toda devolución en exceso de los bienes consumidos parecía una extorsión. Pero en una aventura comercial en busca de utilidades el caso era diferente. Santo Tomás vio esto y sancionó la participación en las ganancias de parte del prestamista, siempre que hubiera también una participación en las pérdidas. Un contrato de riesgo mutuo era aceptable, pero no un contrato de devolución fija que diera a Shylock sus ducados aun cuando los barcos de Antonio fueran a parar a las rocas. En la época del Renacimiento, sin embargo, los aventureros preferían un riesgo mayor y los banqueros una ganancia más segura aunque menor. La Iglesia estaba dispuesta a complacer a ambos, puesto que ella misma estaba tan íntimamente envuelta en todo el proceso del surgimiento del capitalismo, con la banca, teneduría de libros, créditos y préstamos. Los Fugger no escatimaron la paga de los servicios del teólogo Juan Eck para que defendiera todos los artificios casuísticos para evadir las restricciones medievales y tomistas sobre los intereses.

Lutero, en cambio, se convirtió en el campeón de la economía precapitalista. En un grabado de la carátula de su opúsculo sobre la usura, en el cual se ve a un campesino en el momento de devolver no sólo el ganso que había pedido prestado, sino también los huevos, se muestra vividamente hasta qué punto era agrario su pensamiento. Basaba su posición en la prohibición bíblica de la usura (en el Deuteronomio) y en la teoría aristotélica de la esterilidad del dinero. Un florín, decía Lutero, no puede engendrar otro florín. La única manera de hacer dinero es trabajando. La holgazanería monástica es una peste. Si Adán no hubiera caído, hubiese seguido trabajando en el cultivo de la tierra y la caza. La mendicidad debería ser abolida. Los que no pueden valerse a sí mismos deberían ser mantenidos por la comunidad y el resto trabajar. Sólo hay una excepción: las personas de edad que dispongan de fondos pueden prestar a un interés no mayor del cinco por ciento o menos, según el éxito de la empresa. Es decir que Lutero conservaba el contrato de mutuo riesgo. De lo contrario, los préstamos se convertirían para él en caridad; y, a pesar de su desprecio por el voto franciscano de pobreza, él mismo era un franciscano en la prodigalidad de sus donaciones.

Evidentemente, Lutero era contrario al espíritu del capitalismo, e ingenuamente atribuía la elevación de los precios a la rapacidad de los capitalistas. Al mismo tiempo contribuía, inconscientemente, al desarrollo de las cosas que deploraba. La abolición del monasticismo y la expropiación de los bienes eclesiásticos, la calificación de la pobreza como pecado, o por lo menos una desventura, si no una desgracia, y la exaltación del trabajo como la imitación de Dios, estimulaban claramente el espíritu de empresa económica.

## La política

Con respecto al estado debemos recordar que Lutero no se interesaba principalmente en la política, pero en su posición no podía evitarla. Situaciones concretas presionaban sobre él, y él

ofrecía comentarios inmediatos. El emperador Carlos prohibió su Nuevo Testamento. ¡Intolerable! El elector Federico protegía su causa y su persona. ¡Admisible! El papado destituía a gobernantes heréticos. ¡Usurpación! La Iglesia fomentaba las cruzadas. ¡Abominación! Los sectarios rechazaban todo gobierno. ¡El mismo Demonio! Cuando Lutero tuvo que elaborar una teoría del gobierno se basó, como en la teología, en Pablo y Agustín.

El punto de partida para todo pensamiento político cristiano ha sido el capítulo XIII de la Epístola a los Romanos, donde se ordena obediencia a las autoridades superiores porque están ordenadas por Dios y no portan la espada en vano, sino para que, como ministros de Dios, puedan descargar la ira sobre los malhechores. Lutero era perfectamente claro con respecto a que la coerción no puede ser nunca eliminada porque la sociedad no puede nunca ser cristianizada.

*El mundo y las masas no son y nunca serán cristianos, aunque estén bautizados y sean nominalmente cristianos. Por lo tanto, quien intentara gobernar a toda una comunidad o al mundo con el evangelio sería como un pastor que quisiera encerrar lobos, leones, águilas y ovejas, juntos en un redil. Las ovejas se mantendrían en paz, pero no durarían mucho. Es imposible regir al mundo con un rosario.*

La espada a que se refería Lutero significaba para él el ejercicio de la coerción para preservar la paz tanto dentro como fuera del estado. El poder policial de sus días no se diferenciaba de la guerra, y el soldado tenía una doble función.

En el uso de la espada el gobernante y sus hombres actúan como instrumentos de Dios. "Los que desempeñan la función de magistrados ocupan el lugar de Dios y su juicio es como si Dios juzgara desde el cielo." "Si el emperador me llama —decía Lutero cuando lo invitaron a Worms—, me llama Dios." Al parecer, con esto queda resuelta la cuestión de si un cristiano puede servir como magistrado, pero no necesariamente, porque Dios puede emplear a los peores pecadores como instrumentos suyos, así como empleó a los asirios como vara de su ira. En todo caso, el cristianismo no es necesario para una sana administración política, porque la política pertenece a la esfera de la naturaleza. Lutero combinaba la negación de la perfectibilidad del hombre con una sobria fe en la bondad esencial del hombre. Es perfectamente cierto que los hombres, si se los deja librados a sí mismos, se devorarán entre sí como peces, pero es igualmente cierto que todos los hombres reconocen a la luz de la razón que el asesinato, el robo y el adulterio son malos. También le parecía igualmente obvio que hay distintos rangos en la sociedad. "No necesito que el Espíritu Santo me diga que el arzobispo de Maguncia está por encima del obispo de Brandemburgo." La razón, en su propia esfera, es completamente suficiente y adecuada para enseñar al hombre a cuidar las vacas, construir casas y gobernar estados. Hasta "se dice que no existe gobierno mejor en la tierra que el de los turcos, que no tienen ley civil ni ley canónica, sino solamente el Corán". Se puede confiar en que el hombre natural reconozca y administre justicia siempre que actúe dentro del marco de la ley y el gobierno, y no busque la venganza personal. En este caso no se puede confiar en él. "Si el magistrado permite que entre en él cualquier sentimiento privado, entonces es el mismo demonio. Tiene derecho a buscar una reparación en forma correcta, pero no a vengarse él mismo usando las llaves de tu oficio."

Pero si bajo tales condiciones los no cristianos pueden administrar perfectamente bien el estado, ¿qué necesidad de que un cristiano sea estadista? Y si el estado fue ordenado a causa del pecado, ¿por qué no dejar a los pecadores que se encarguen de él, mientras los santos todos juntos adoptan el código de los monjes y renuncian a todo ejercicio de la espada? A estas preguntas replicaba Lutero que si se trata sólo de sí mismo, el cristiano debiera soportar el despojo, pero no tiene derecho a hacer la misma renunciación por su prójimo. Esto suena como si Lutero dijera

que el código ético de la comunidad cristiana debiera ser establecido por los miembros más débiles. El cristiano, que debe renunciar a la protección para sí mismo, debe asegurar la justicia para los demás. Si el cristiano se abstiene, el gobierno puede no ser lo suficientemente fuerte como para proporcionar la necesaria protección. No por sí mismo, sino por amor al prójimo, el cristiano acepta y mantiene el oficio de la espada.

¿No se ve envuelto entonces en una doble ética? Se ha hecho a Lutero el cargo de haber relegado la ética cristiana a la vida privada, entregando el estado al demonio. Esta es una gran incomprensión de su posición. Él no distinguía entre lo privado y lo público, sino entre lo individual y lo corporativo. El quid era que un hombre no puede actuar tan despreocupadamente cuando es responsable de una mujer, hijos, alumnos, fieles y súbditos, como cuando se trata de sí mismo. No se tiene derecho a renunciar a derechos si ellos son los derechos de otras personas. No era una distinción entre el estado y todas las demás instituciones, pues Lutero colocaba a la familia al lado del estado y clasificaba al padre junto con el magistrado como igualmente obligado a ejercer severidad, por más que los métodos fueran distintos. Se puede decir que Lutero limitaba la observancia literal del Sermón de la Montaña a las relaciones individuales. No quería que el hombre privado se defendiera a sí mismo. Quizá por un milagro alguien pudiera hacerlo con espíritu desinteresado, pero ese camino es muy peligroso. Además, debe reconocerse que la distinción entre lo individual y lo social no agota las categorías de Lutero. El ministro tampoco puede usar la espada, ni para sí ni para nadie, pues se trata de un oficio diferente. El magistrado usa la espada, el padre usa el puño, el ministro la lengua. En otras palabras, existen diversos códigos de conducta, según las vocaciones. Lutero sacaba todo esto, simplificándolo, de San Agustín, quien en su ética de la guerra había dispuesto cuatro categorías: la del magistrado, que determina la justicia de la causa y declara las hostilidades; la del ciudadano privado, que empuña la espada solamente cuando lo manda el magistrado; la del ministro, que se abstiene de la espada por su servicio en el altar, y la del monje, que se abstiene porque está dedicado a los consejos de perfección. Lutero aceptaba estas categorías, omitiendo la del monje.

Pero para todos los códigos hay una sola disposición. El factor uniformador es la actitud de amor cristiano. En este sentido el Sermón de la Montaña se aplica a todas las relaciones, aun a la guerra, porque el matar el cuerpo no era, ante los ojos de Agustín y de Lutero, incompatible con el amor. El matar y robar en la guerra deben ser comparados con la amputación de un miembro para salvar una vida. Puesto que el ejercicio de la espada es necesario para el mantenimiento de la paz, la guerra debe ser considerada como una pequeña desgracia destinada a evitar una mayor. Pero entonces Lutero traslada el problema del hombre a Dios.

*Quando un magistrado condena a muerte al hombre que jamás le ha hecho daño, ni es tampoco su enemigo, lo hace por mandato de Dios, cuyo oficio desempeña, porque el malhechor ha caído bajo el juicio y la pena de Dios. No debe haber cólera ni amargura en el corazón del hombre, sino solamente la ira y la espada de Dios. Lo mismo ocurre en la guerra, donde hay que defenderse y sin miedo repartir golpes, dar estocadas e incendiar; se procede con cólera y venganza, mas no deben provenir del corazón del hombre, sino del juicio y mandato de Dios.*

El problema de Lutero era, pues, en última instancia, teológico. Creía que Dios había ahogado a toda la raza humana en un diluvio, había barrido a Sodoma con fuego y extinguido tierras, pueblos e imperios. El comportamiento de Dios nos obliga a concluir que es todopoderoso y terrible. Pero este es el Dios escondido, y la fe sostiene que al final sus severidades aparecerán como gracias. "Por lo tanto la espada civil, por gran misericordia, debe ser implacable, y por pura

bondad debe ejercer ira y severidad." El dualismo no reside en ninguna esfera externa, sino en el corazón de Dios y el hombre. Por lo tanto, el oficio del magistrado debe estar cargado de tristeza. "El juez piadoso se angustia ante la condenación de los culpables y siente verdaderamente la muerte que la justicia decreta para ellos." El verdugo dirá: "Dios amado, mato a un hombre sin desearlo, pues ante ti no soy más piadoso que él."

### **La Iglesia y el Estado**

Con respecto a las relaciones de la Iglesia y el Estado, el asunto se complica, porque Lutero introdujo otras dos entidades que no deben ser equiparadas a ninguna de las primeras. Las llamaba el Reino de Cristo y el Reino del Mundo. Ninguno de los dos existe realmente en la tierra. Son más bien principios contrarios, como la Ciudad de Dios y la Ciudad Terrena de Agustín. El Reino de Cristo es la forma en que se comportan los hombres cuando son movidos por el espíritu de Cristo, en cuyo caso no necesitan leyes ni espada. Pero una sociedad tal no se ve en ninguna parte, ni en la Iglesia misma, que contiene la cizaña juntamente con el trigo. Y el Reino del Mundo es la forma en que se comportan los hombres cuando no están refrenados por la ley y el gobierno. Pero en realidad lo están. La Iglesia y el Estado, pues, no deben ser identificados con el Reino de Cristo y el Reino del Mundo, sino que la Iglesia y el Estado están ambos despedazados por la lucha de lo demoníaco y lo divino.

La demarcación de las esferas de la Iglesia y el Estado corresponde en forma basta a los dualismos de la naturaleza de Dios y del hombre. Dios es ira y misericordia. El Estado es el instrumento de su ira, la Iglesia el de su misericordia. El hombre está dividido en interno y externo. El crimen es externo y pertenece al Estado. El pecado es interno y pertenece a la Iglesia. Los bienes son externos y corresponden al Estado. La fe es interna y corresponde a la Iglesia, porque

*la fe es una obra libre a la cual nadie puede ser forzado. La herejía es un asunto espiritual y no puede ser evitado mediante represión. La fuerza puede servir ya para fortalecer igualmente la fe y la herejía, ya para quebrantar la integridad y convertir a un hereje en un hipócrita que confiesa con los labios lo que no cree en su corazón. Es mejor dejar a los hombres que yerren que incitarlos a mentir.*

La distinción más importante para el pensamiento político de Lutero era la que hacía entre las capacidades más bajas y las más altas del hombre, correspondientes a la naturaleza y la razón un lado y a la gracia y la revelación por el otro. El hombre natural, cuando no se trata de sí mismo, tiene suficiente integridad y visión para administrar el Estado de acuerdo a la justicia, equidad y aun la magnanimidad. Estas son las virtudes civiles. Pero la Iglesia inculca humildad, paciencia, tolerancia y caridad: las virtudes cristianas, alcanzables aun aproximadamente sólo por aquellos dotados de la gracia, y que por lo tanto no deben esperarse de las masas. Por esto la sociedad no puede ser regida por el Evangelio. Y por esto la teocracia queda fuera de la cuestión. También aquí hay distintos niveles. El Dios del Estado es el Dios del Magnícat, que exalta a los humildes y humilla a los soberbios. El Dios de la Iglesia es el Dios del Getsemaní, que sufrió a manos de los hombres sin vengarse o injuriarles y rechazó el uso de la espada en su favor.

Todas estas distinciones señalan en dirección de la separación de la Iglesia y el Estado. Pero, por otro lado, Lutero no dividía a Dios ni dividía al hombre. Y si bien no contemplaba la posibilidad de una sociedad cristianizada, no se resignaba a una cultura secularizada. La Iglesia debe correr el riesgo de la disolución antes que abandonar al Estado a la fría luz de la razón, sin el

calor de la ternura. Por supuesto, si el magistrado no fuera un cristiano, la separación sería el recurso obvio; pero siendo él un miembro convencido de la Iglesia, ésta no debe desdeñar su ayuda para hacer accesibles los beneficios de la religión a todo el pueblo. El magistrado debe ser un padre que alimente a la Iglesia. Tal paralelismo recuerda el sueño del Dante, nunca realizado verdaderamente en la práctica porque, cuando la Iglesia y el Estado son aliados, siempre domina uno y el resultado es o la teocracia o el césaropapismo. Lutero se rehusaba a separar la Iglesia del Estado, repudiaba la teocracia, y con ello dejaba abierta la puerta al césaropapismo, por más remoto que esto estuviera de sus intenciones.

Se le ha acusado de fomentar el absolutismo político, de dejar al ciudadano sin recursos ante la tiranía, de someter la conciencia al Estado y de hacer que la Iglesia sea servil ante los poderes establecidos. Estas acusaciones descansan en una porción de la verdad, porque Lutero inculcaba reverencia por el gobierno y desaprobaba la rebelión. Era tanto más enfático cuanto que era acusado por los papistas de ser subversivo contra el gobierno. Contestaba con su característica exageración, que lo dejaba expuesto por el otro lado al cargo de servilismo, "La magistratura — decía — nunca ha sido tan ensalzada desde los días de los apóstoles como yo la he ensalzado", con lo que quería decir que nadie había resistido tan resueltamente la intromisión eclesiástica. Cristo mismo, afirmaba Lutero, renunció a toda intención teocrática permitiéndose nacer cuando salía un decreto del César Augusto. Lutero repudiaba la rebelión en los términos más duros, porque si la multitud se desata, en vez de un tirano habrá ciento. En este sentido se adhería al punto de vista de Santo Tomás, de que debe terminarse con la tiranía mediante la insurrección, solamente si la violencia hará presumiblemente menos daño que el mal que trata de corregir.

Pero todo esto no quiere decir que Lutero dejara sin recursos a los oprimidos. Tenían la oración, que Lutero no estimaba ligeramente, y tenían el derecho de apelación. La sociedad feudal era una jerarquía, y cada señor tenía su superior. Si el hombre común era tratado injustamente, podía quejarse del señor ante su superior jerárquico, y ascender así hasta el emperador. Cuando, por ejemplo, el duque Ulrich de Württemberg asesinó a un Hutten y tomó su esposa, el clan de los Hutten apeló al imperio y se expulsó al duque. El emperador, a su vez, estaba sometido a la fiscalización de los electores. Si nos preguntamos por la actitud de Lutero ante la democracia, debemos recordar que la democracia es un concepto complejo. En su época no se aceptaba un derecho político ampliamente extendido, salvo en Suiza, pero quizá la responsabilidad del gobierno ante la voluntad y el bienestar del pueblo haya sido cumplida mejor por el íntimo patriarcalismo de su sociedad feudal que por las díscolas democracias modernas.

Tampoco la conciencia estaba sometida al Estado. La ilegitimidad de la rebelión no excluía la desobediencia civil. Ésta no era un derecho sino un deber, bajo dos aspeaos. "En caso de que el magistrado trasgrediera los tres primeros de los Diez Mandamientos con respecto a la religión, decidle: 'Amado Señor: os debo obediencia con vida y bienes. Ordenadme dentro de los límites de vuestro poder en la tierra y os obedeceré. Pero no puedo obedeceros cuando me mandáis arrojar de mí los libros [refiriéndose al Nuevo Testamento de Lutero], porque al hacerlo os convertís en tirano,'" En segundo lugar, el príncipe no debe ser obedecido si exige servicio en una guerra manifiestamente injusta, como cuando Joaquín de Brandemburgo reclutó soldados, ostensiblemente para luchar contra los turcos, pero en realidad para ir contra los luteranos. Los desertores contaron con la cálida aprobación de Lutero. "Puesto que Dios quiere que por él abandonemos padre y madre, por cierto ha de querer que abandonemos a los señores por él."

La obsecuencia de la Iglesia con respecto al magistrado repugnaba a Lutero. Es misión del ministro ser el mentor del magistrado.

*Debemos fregarles bien el pellejo. Debemos abrir la boca y decir francamente lo que no les gusta oír, sin cuidarnos de su cólera o sus espadas desenvainadas. Pues el Evangelio no debe eximir a nadie, sino condenar la injusticia de todos. Cristo le dijo a Pilatos: "Es verdad lo que dices: tienes poder. Pero, no lo tienes de ti mismo, sino que te fue dado de arriba." Con lo cual castigó a Pilatos en su arrogancia y terquedad. Del mismo modo debemos proceder también nosotros. Reconocemos la autoridad, pero debemos castigar sin miedo la maldad y porfía de nuestro Pilatos. Entonces dirán: "Ultrajáis y blasfemáis la majestad de las autoridades superiores." A lo cual respondemos: "Soportaremos todo lo que nos hagáis; mas aprobar sus injusticias y decir 'Su Señoría hace bien', es lo que no queremos hacer. Queremos morir por la verdad. Mas callarnos y darles la razón cuando cometen injusticias es lo que no podemos ni debemos hacer. Pues hay que confesar la verdad y condenar la injusticia. El cristiano debe dar testimonio de la verdad y morir por la verdad. Y si ha de morir por la verdad, debe confesarla en voz alta y condenar la mentira. Así Cristo da testimonio de que el poder que ejerce Pilatos proviene de Dios, pero lo condena cuando comete injusticias.*

Aquí Lutero está volviendo al tema de la vocación. El magistrado tiene su vocación; el ministro tiene su vocación. Cada uno debe servir a Dios de acuerdo con su oficio. Una vocación no es mejor que otra. Una no es más fácil que otra. Existen tentaciones peculiares a cada una. El marido es tentado por la lujuria, el mercader por la codicia, el magistrado por la arrogancia. Y si el deber es fielmente cumplido, tantas más serán las cruces.

*Si el burgomaestre cumple con su deber, apenas habrá cuatro que lo quieran. Si el padre disciplina a su hijo, el muchacho se resiente. Esto es cierto en todas partes. El príncipe no gana nada con sus esfuerzos. Se está tentado de decir: "Que el Diablo sea burgomaestre. Que Lucifer predique. Yo me iré al desierto y serviré a Dios allí." No es tarea fácil amar al prójimo como a sí mismo. Cuanto más vivo, más vejaciones sufro. Pero no me quejaré. Mientras tenga mi trabajo diré: "Yo no lo empecé por mí mismo y no lo terminaré. Es por Dios y por los que desean escuchar el Evangelio, y no me apartaré."*

Pero el espíritu del trabajo no debe ser sombrío. Los pájaros nos enseñan una lección:

*Si decís: "¡Eh, tú, pajarillo!, ¿por qué estás tan alegre? No tienes cocinero ni bodega", él os responderá: "No siembro, no cosecho, no guardo en graneros. Pero tengo un cocinero y su nombre es 'Padre Celestial'. Necio, avergüénzate. Tú no cantas. Trabajas todo el día y no puedes dormir de preocupación. Yo canto como si tuviera mil gargantas."*

La suma de todo esto es que en ciertos puntos las actitudes de Lutero sobre problemas económicos y políticos podían ser predichas de antemano. No toleraría la desenfrenada perturbación de las antiguas costumbres. La rebelión le era intolerable; pero como entre todas las cosas que conciernen al hombre ninguna es superior a la religión, las formas externas de vida son indiferentes y pueden quedar libradas a lo que determinan las circunstancias.



## Capítulo XV LA VÍA MEDIA

Evidentemente hacían falta personas entregadas por completo a sus ideales para que el programa de Lutero se desarrollara. Hubo un momento en que no parecía fantástica la idea de que toda Europa pudiera ser conquistada para la Reforma. Lutero suponía ingenuamente que el papa mismo, cuando se le llamara la atención sobre los abusos, se apresuraría a corregirlos. Al desvanecerse su esperanza, sus ojos se volvieron a la nobleza de la nación alemana, inclusive el emperador, pero este sueño también resultó vano; y cuando Lutero volvió a Wittenberg se hallaba al mismo tiempo desterrado por la Iglesia y el imperio.

Sin embargo, aun bajo estas circunstancias, no parecía del todo quimérica la esperanza de una amplia reforma; pero entonces se produjo un cambio en el carácter del papado. Los impertinentes papas del Renacimiento fueron sucedidos por uno de los austeros papas de la Contrarreforma, un papa tan interesado como Lutero en la corrección de los abusos morales y financieros. Ese papa era Adriano VI, un holandés educado en la tradición de los Hermanos de la Vida Común. Si su breve pontificado no bastó para limpiar los sucios establos del papado, pudo haber sido suficiente para iniciar una nueva política con respecto a Lutero. Pero, por el contrario, la lucha sólo se intensificó. Así era, a los ojos de Lutero, como precisamente debía ser. Él siempre había declarado que la disputa era sobre la fe y no sobre la vida, y que aun cuando se corrigiera la moral la enseñanza continuaría siendo falsa. El veredicto de Erasmo seguía siendo cierto en el sentido de que la escisión era irreparable, porque aun cuando los papas reformados hubieran concedido el matrimonio a los clérigos, como lo concede a los de la rama Uniata, y la comunión en ambas especies como en su oportunidad a los husitas, y la formación de una Iglesia nacional bajo la jurisdicción de Roma, como en España y Francia, y hasta la justificación por la fe debidamente salvaguardada, como en Trento, aun así, no hubieran soportado la reducción del número de sacramentos, la desfiguración de la misa, la doctrina del sacerdocio de todos los creyentes, para no mencionar el rechazo de la infalibilidad del papa, aun cuando ya no había sido aún formalmente promulgada.

### Hostilidad del papado reformado

Y Lutero no hizo nada por aplacarlos. Su obra de reconstrucción empezó con más demolición. Las indulgencias todavía eran proclamadas en Wittenberg. Lutero dirigió al elector un pedido para que les retirase su patrocinio. Federico no era difícil de persuadir, probablemente porque las indulgencias se habían vuelto tan impopulares que el predicador mismo que las anunciaba el día de Todos los Santos de 1522 declaró que eran un trasto, y las multitudes saludaban las reliquias con muestras de desagrado. Federico no repitió el intento el día de Todos los Santos de 1523.

Cuando se le preguntó si en ese caso deseaba la exhibición anual de las reliquias replicó con una negativa. El único fin de ellas había sido servir de propaganda a las indulgencias. Sin embargo, no podía decidirse todavía a destruir o dispersar la colección amasada durante toda una vida. Unas pocas de las reliquias selectas debían ser colocadas en el altar, y el resto sería guardado en la sacristía para ser mostrado a pedido de los visitantes extranjeros. El elector, que había viajado a Oriente y negociado con monarcas y dignatarios eclesiásticos por un solo hueso más, renunciaba a su querida afición y a la entrada más lucrativa de la iglesia del castillo y la universidad.

El siguiente ataque de Lutero se centró en las misas votivas o dotadas de la iglesia del castillo, en donde se empleaba a veinticinco sacerdotes para celebrarlas por las almas de los miembros muertos de la casa de Sajonia. Estos sacrificios privados se habían convertido ante los ojos de Lutero en idolatría, sacrilegio y blasfemia. Parte de su indignación era despertada por la inmoralidad de los sacerdotes, pues estimaba que de los veinticinco sólo tres no eran fornicarios. Pero esta no era la base principal de su ataque. Siempre insistía en que difería de los reformadores anteriores en que ellos atacaban la vida y él la doctrina. Por cierto que Federico debía, como patrono, suprimir este escándalo, pero para ello hubiera bastado con destituir a los delincuentes y asegurar mejores ministros. En tal caso Lutero no se hubiera sentido satisfecho, pues las misas hubieran continuado. Era obvio que había que convencer a Federico. Preferiblemente, el clero debía también cooperar. Pero Lutero estaba dispuesto a actuar, ya fuera de acuerdo con ambos o con ninguno de ellos. Lo esencial era siempre la reforma, ya fuera ésta instituida por el príncipe sin el clero o por el clero sin el príncipe. La aquiescencia universal era deseable, pero no imperativa. El pretexto de debilidad podía convertirse en un disfraz para la maldad. "No todos los sacerdotes de Baal en tiempo de Josías creían que sus ritos eran impíos, pero Josías no prestó atención a ello. Una cosa es tolerar al débil en las cosas no esenciales, pero la tolerancia en asuntos claramente impíos es en sí misma impía." La multitud rompió los ventanales del decanato. Cuando los recalcitrantes quedaron reducidos a tres, Lutero les reprochó su espíritu sectario al levantarse contra la unidad de la Iglesia universal, como si Wittenberg fuera toda la cristiandad. Es evidente que esto suena increíblemente ingenuo, pero Lutero no pensaba ni en números ni en siglos, sino en la Iglesia fundada sobre la Palabra de Dios, tal como él la entendía. El consejo de la ciudad fue más terminante. Informó a los sacerdotes que la celebración de la misa era una ofensa digna de muerte. Por último el clero se declaró unánimemente convencido. Hacia principios de 1525 la misa terminaba en Wittenberg. No puede decirse precisamente que había sido suprimida por la fuerza, pero por cierto que la presión fue aguda, aunque no desmedidamente apresurada. La misa había continuado durante dos años y medio después de la vuelta de Lutero del Wartburgo.

Tales cambios despertaron en los papistas un intenso antagonismo, y el papa Adriano dirigió a Federico el Sabio un verdadero manifiesto de la contrarreforma:

*Amado en Cristo: Hemos soportado bastante y más que bastante, Nuestros predecesores os han exhortado a apartar de vos a Martín Lutero, la perdición de la fe cristiana. Pero la trompeta ha sonado en vano. Nos vemos obligados por la misericordia y el afecto a haceros una admonición paternal Los sajones han sido siempre defensores de la fe. Pero ahora, ¿quién os ha transformado? ¿Quién ha devastado la viña del Señor? ¿Quién, sino un jabalí salvaje? Tenemos que agradeceros que las iglesias estén sin grey y la grey sin sacerdotes, los sacerdotes sin honor y los cristianos sin Cristo. El velo del templo se ha rasgado. No os engaños porque Martín Lutero corrobore su opinión con capítulos de las Escrituras. Así lo hace todo hereje, pero las Escrituras constituyen un libro sellado con siete sellos que no pueden ser abiertos por un solo hombre carnal, ni por todos los sagrados santos. Los frutos de este mal son evidentes. Este ladrón de iglesias destroza imágenes y rompe cruces, incita a los laicos a lavarse las manos en la sangre de los sacerdotes, suprime los sacramentos o los envenena, no deja purgar a nadie sus pecados por medio de ayunos y oraciones, y rechaza la celebración diaria de la misa. Ha entregado a las llamas las decretales de los Santos Padres. ¿Os suena esto a Cristo o a Anticristo? Apartaos de Martín Lutero, y poned una mordaza a su lengua blasfema. Si hacéis esto, nos regocijaremos con todos los ángeles del cielo por un pecador que se haya*

*salvado; pero si rehusáis, entonces en nombre de Dios Todopoderoso y de Jesucristo Nuestro Señor, a quien representamos en la tierra, os decimos que no escaparéis al castigo en la tierra y el fuego eterno después. El papa Adriano y el emperador Carlos están de acuerdo. Haced penitencia Vos y vuestros desdichados sajones seducidos, si no queréis sentir las dos espadas, la imperial y la papal*

Federico replicó:

*Santo Padre; Nunca he actuado ni actúo ahora sino como cristiano e hijo obediente de la Santa Iglesia Cristiana. Confío en que Dios Todopoderoso me concederá su gracia para que durante el tiempo que se me conceda vivir aún fomenté fielmente lo que es provechoso para la confirmación de su santa Palabra.*

Pero la suerte de Lutero y su reforma no estaba en manos del papa, ni del elector, ni del emperador solamente, sino en la dieta alemana que se reunía en Nuremberg. Ésta, como la dieta de Worms, se encontraba dividida. El partido católico estaba unido tras el legado papal, que admitía francamente que había abusos, pero echaba la culpa de todos ellos al difunto León y exigía obediencia a su noble sucesor. La dirección de los laicos recaía, en ausencia del emperador, en su hermano Fernando de Austria, quien en su breve semana de concurrencia trató de poner en vigencia el edicto de Worms por su propia autoridad y fue prontamente rechazado por la dieta. Por consiguiente, un corrillo de príncipes católicos formó el núcleo de la liga subsiguiente. Estaban Joaquín de Brandemburgo, ansioso por apaciguar al emperador con su celo antiluterano, después de haber votado contra su elección; el cardenal Lang, vocero de los Habsburgo; los bávaros, católicos consecuentes; el Palatinado fluctuaba entre ambos campos. Ésta, por supuesto, no era la formación definitiva.

Federico el Sabio, con su blando obstruccionismo, no apelaba ni espíritu común de la grey católica. Había otros príncipes que alegremente hacían caso de las admoniciones del papa. El principal entre ellos era el duque Jorge, cuyo celo contra la herejía era suficiente para incendiar el Rin. Lutero había sentido remordimientos por sus invectivas contra el duque, e hizo un gesto de reconciliación, pero fue rechazado.

Jorge dijo:

*No escribo impulsado por el odio sino para haceros volver en vos. Como laico no puedo ponerme la armadura de Saúl y disputar con vos sobre las Escrituras; pero puedo ver que me habéis atacado duramente en contra del orden de la ley divina. Habéis injuriado no sólo a mí, sino también al emperador. Habéis hecho de Wittenberg un asilo para monjes y monjas renegados. El fruto de vuestro evangelio es la blasfemia contra Dios y los sacramentos, y la rebelión contra las autoridades. ¿Cuándo ha habido más robos sacrílegos y adulterios? No, Lutero, guardaos vuestro Evangelio. Yo permaneceré dejado del Evangelio de Cristo con cuerpo y alma, bienes y honor. Mas Dios es misericordioso, y ningún pecador debe desesperar de El. Volved, pues. Yo, entonces, trataré de obtener para vos el perdón del emperador.*

Enrique VIII era otro príncipe católico que tuvo una disputa con Lutero y no ha de haber contribuido a apaciguarlo la respuesta que se refería a Martín Lutero como "ministro en Wittenberg por la gracia de Dios" y a "Enrique, rey de Inglaterra por desgracia de Dios". Aun cuando Lutero trató más tarde de lograr una reconciliación, Enrique continuó considerándolo un

predicador de "insaciable libertad". Claramente, los "papistas", ya fueran eclesiásticos o legos, eran Sanballats que impedirían la construcción de los muros.

### **Retroceso de los católicos moderados: Erasmo**

Los católicos moderados podían, naturalmente, reaccionar en forma diferente. Los erasmianos humanistas habían constituido el partido intermedio en Worms. Y realmente su posición habría podido ser diferente de no haber sido las presiones tan intensas, que no daban lugar a la neutralidad. Con vacilaciones, los intermediarios se vieron obligados a entrar a un campo u otro. Fueron en ambas direcciones. Algunas personas muy importantes se volvieron a Roma, entre ellas Pirkheimer de Nuremberg. Pero lo que más contrarió a Lutero fue la actitud asumida por Erasmo de Rotterdam. Su posición no había cambiado esencialmente. Todavía pensaba que Lutero había hecho muy bien y que no era un hereje. Esto lo dijo Erasmo abiertamente en un coloquio publicado en 1524. Pero deploraba la desintegración de la cristiandad. Su sueño de concordia europea había sido destrozado por el estallido de la guerra entre Francia y el imperio antes de terminar la dieta de Worms. Simultáneamente, la división eclesiástica había desgarrado la túnica inconsútil de Cristo. Erasmo prefería el papel intermedio, pero inexorablemente fue empujado a definirse por personas prominentes a quienes estimaba: reyes, cardenales y su viejo amigo el papa Adriano. Por último cedió y consintió en establecer en qué punto difería de Lutero. No eran las indulgencias. No era la misa. Era la doctrina del hombre. Erasmo publicó un opúsculo titulado: Sobre el libre albedrío.

Lutero le agradeció que centrara la discusión en este punto. "Sois el único que ha ido al corazón del problema en vez de discutir sobre el papado, las indulgencias, el purgatorio y fruslerías semejantes. Sois el único que ha ido al núcleo y os agradezco por ello." La ruptura fundamental de Lutero con la Iglesia católica era sobre la naturaleza y destino del hombre, y mucho más sobre el destino que sobre la naturaleza. Por eso Erasmo y él no podían darse la mano del todo. Erasmo se interesaba principalmente en la moral, mientras que el problema de Lutero era si el proceder bien, aun en el caso de que ello fuera posible, puede afectar el destino del hombre. Erasmo logró desviar a Lutero del camino preguntándole qué valor tienen los preceptos éticos del Evangelio, si no pueden ser cumplidos. Lutero replicó, con su característica imprudencia de polemista, que el hombre es como un asno montado ora por Dios, ora por el diablo, afirmación que por cierto parece implicar que el hombre no tiene libertad para decidirse por el bien o por el mal. Esto, por cierto, no era el pensamiento habitual de Lutero. El estaba perfectamente dispuesto a decir que aun el hombre natural puede practicar las virtudes civiles como marido responsable, padre afectuoso, ciudadano decente y magistrado recto. El hombre es capaz de la integridad y valor desplegados por los romanos de la antigüedad o los turcos de la época. La mayoría de los preceptos del Evangelio pueden ser guardados externamente. Pero a los ojos de Dios "no hay justo, ni aun uno". Los motivos nunca son puros. Los actos más nobles están viciados por la arrogancia, el amor propio, el deseo de los ojos y la ambición de poder. Desde el punto de vista religioso, el hombre es pecador. Por lo tanto, no tiene derechos sobre Dios. Si el hombre no está irremediabilmente perdido, es sólo porque Dios se digna favorecerlo más de lo que merece.

El problema entonces se desplaza del hombre a Dios. Erasmo se preocupa por la moralidad en Dios tanto como en el hombre. ¿No es injusto que Dios haya creado al hombre incapaz de cumplir las condiciones para la salvación y luego, a capricho, lo salve o lo condene por lo que no puede evitar? "Desde luego, "esta es una piedra de tropiezo", respondió Lutero.

*Mucho ofende al sentido común o a la razón natural la idea de que Dios, arbitrariamente, abandone, endurezca y condene a los hombres como si se deleitara en los pecados y tormentos eternos de los infelices. Él, de quien se dice que es de tan gran de misericordia y bondad. Tal concepto de Dios nos parece injusto, cruel e intolerable, y por él muchos hombres se han escandalizado en todos los tiempos. ¿Y quién no lo haría? Yo mismo me he escandalizado más de una vez, hundiéndome hasta el más profundo abismo de desesperación, hasta el punto de desear nunca haber nacido hombre. Es inútil tratar, de salir de esto mediante ingeniosas distinciones. La misma razón natural, por más que se escandalice por ello, debe admitir las consecuencias de la "presciencia" de Dios y la "predestinación".*

Pero esto era precisamente lo que la razón natural de Erasmo, no quería admitir. Se daba cuenta de que se trata de un conflicto entre el poder y la bondad de Dios. Prefería limitar el poder antes que reducir la bondad; Lutero a la inversa. De todos modos, Erasmo no afirmaría más de lo que debía. Reconocía dificultades —que algunos hombres, por ejemplo, nacen incapacitados, y Dios es responsable de su condición—, pero, ¿por qué proyectar enigmas de la vida en la eternidad y transformar paradojas en dogmas? "No son paradojas mías —replicaba Lutero—. Son paradojas de Dios." Erasmo preguntaba cómo podía saber esto Lutero, y éste respondía citando la afirmación del apóstol Pablo de que los destinos de Jacob y Esaú estaban establecidos antes de que salieran del seno materno. Erasmo replicaba que otros pasajes de las Escrituras tienen un sentido muy diferente, y que por lo tanto el asunto no está claro. Si lo estuviera, ¿por qué hubieran continuado durante siglos los debates sobre él? Las Sagradas Escrituras necesitan ser interpretadas, y la pretensión de los luteranos de tener el Espíritu mediante el cual interpretarlas no está confirmada por los frutos del Espíritu en su conducta.

La respuesta de Lutero a Erasmo fue imputarle un espíritu de escepticismo, ligereza e impiedad. El mero discutir tranquilamente el destino del hombre trasunta por sí mismo una insensibilidad a la majestad de Dios. El ansia de Erasmo de limitarse a lo claro y simple significaba para Lutero el abandono del cristianismo, porque el cristianismo no puede ser simple y obvio para el hombre natural.

*Mostradme un solo mortal en todo el universo, por más justo y santo que sea, a cuyo espíritu se le haya ocurrido alguna vez que el camino de la salvación sea creer en Aquel que fue a la vez Dios y hombre, que murió por nuestros pecados, que subió a los cielos y se sienta a la diestra del Padre. ¿Qué filósofo de los griegos vio nunca esto? ¿Qué judío sabe algo de este camino? La cruz es un escándalo para los judíos y una necesidad para los gentiles. Si es difícil creer en la misericordia y bondad de Dios cuando condena a los que no pueden hacer otra cosa, debemos confiar en la sabiduría divina según la cual Dios es justo también allí donde nos parece injusto. Pues si su justicia pudiera ser reconocida como justa por la comprensión humana, no sería divina. Mas como Dios es verdadero y único, absolutamente incomprendible e inaccesible a la razón humana, también su justicia es incomprendible. "¡Oh, la profundidad de las riquezas del conocimiento y la sabiduría de Dios!" ¡Cuan incomprendibles son sus juicios y cuan inescrutables!*

Éstos están escondidos a la luz de la naturaleza y son revelados solamente a la luz de la gloria, "Erasmo, que no va más allá de la luz de la naturaleza —decía Lutero—, puede, como

Moisés morir en las llanuras de Moab sin entrar en la tierra prometida de esos estudios más elevados que pertenecen a la piedad."

Erasmus caracterizó su propia posición en estas palabras: "El navegante prudente manejará su timón entre Scila y Caribdis. Yo he tratado de ser un espectador en esta tragedia. Pero tal papel no le estaba permitido y su tipo fue aplastado entre las piedras de molino confesionales. ¿En qué otra oportunidad encontramos exactamente esa mezcla de erudito católico culto, tolerante, liberal, dedicado a revivir la clásica herencia cristiana en la unidad de la cristiandad? La dirección del protestantismo habría de pasar a los neoescolásticos y la de los católicos a los jesuitas.

Lutero, con todas sus bravatas, no dejó de sentirse afectado por el reproche de que su acrimonia no se acomodaba al espíritu de los apóstoles. Había enfadado a Enrique VIII, enfurecido al duque Jorge, alejado a Erasmo. ¿No habría herido también al viejo doctor Staupitz, a quien no había escrito desde hacía un tiempo? Lutero se lo preguntó, y Staupitz le respondió:

*Mi amor por vos no ha cambiado, aventajando en esto al amor de las mujeres., pero me parece que condenáis muchas cosas externas que no afectan la fe ni la justicia. ¿Por qué el hábito de monje es una peste para vuestra nariz cuando muchos lo llevan en la santa fe de Cristo? No hay nada sin abuso. Os suplico de todo corazón, queridísimo amigo: acordaos de los débiles y no inquietéis las conciencias temerosas. No condenéis lo que no es esencial y que es compatible con la fe pura. Pero no ceséis de clamar contra lo que es contrario a la fe. Os debemos mucho, Martín. Nos habéis llevado desde la pocilga hasta las dehesas de la vida. ¡Si sólo pudiéramos hablar durante una hora y abrirnos los secretos de nuestros corazones! Espero que tengáis buenos frutos en Wittenberg. En otros tiempos fui yo también un precursor de la sagrada doctrina evangélica, y aun hoy detesto la cautividad babilónica de la Iglesia.  
Mis oraciones os acompañan.*

Poco después de recibir esta carta, Lutero recibió la noticia de que el doctor Staupitz había muerto. Y así quedaba entonces el campo católico: el papa implacable, Enrique VIII maldiciendo, el duque Jorge enfurecido, Erasmo refutando a Lutero y Staupitz muerto.

### **Defección de los puritanos: Carlstadt**

Era obvio, pues, que los muros podían ser reconstruidos solamente por los que habían roto definitivamente con Roma. Y entonces le llegó el siguiente golpe, mucho más desconcertante que el primero. Los que habían roto con Roma no estaban unidos entre sí. En parte por defecciones del luteranismo y en parte por el surgimiento de formas diversas de evangelicalismo, se desplegó una gran diversidad. Lutero estaba picado. Los desórdenes iniciales de Wittenberg le habían significado un golpe más severo que ninguno de los que recibiera del papado, y ya había empezado a darse cuenta de que estaba más cerca de Roma que de los radicales. En todo caso, estaba en el medio. "Tomo el camino del medio", decía. Se encontraba en la posición ocupada anteriormente por los erasmianos en Worms. Cuando ellos fueron llevados contra la pared, los luteranos emergieron como el grupo del medio, entre los papistas a la derecha y los sectarios a la izquierda.

Uno de los aspectos más curiosos de este cambio de posición es que en muchos respectos los radicales eran los herederos de Erasmo, que consideraba que el gran abuso del catolicismo no era, como pensaba Lutero, la exaltación del hombre, sino el haber hecho de la religión algo meramente externo. El grado en que los sectarios acentuaron lo interno y lo espiritual llevó a

consecuencias drásticas para la teoría y vida de la Iglesia. En las Escrituras se opuso el espíritu a la letra, como ya lo habían hecho los profetas de Zwickau. Se consideraba al espíritu capaz de pasarse sin ninguna ayuda externa, ya fueran el arte o la música, como ya lo había estado diciendo Carlstadt, y aun sin los sacramentos como canales externos de la gracia invisible. La experiencia del espíritu era la condición necesaria para ser miembro de la Iglesia. Por lo tanto, se rechazó el bautismo de los niños, si no el bautismo en sí, sobre la base de que el agua externa "no aprovecha para nada". La idea de una Iglesia nacional o territorial fue descartada porque la población total de un distrito dado nunca satisface tan exigente requisito. La Iglesia del espíritu es necesariamente una secta que puede tratar de preservar su integridad mediante su segregación de la sociedad, o intentar dominar el mundo a través del reino de los santos. Allí está el concepto de todas las teocracias protestantes. Dentro de la comunidad religiosa la dirección cae sobre los poseídos del espíritu, sean ellos laicos o eclesiásticos, y el resultado bien puede ser la abolición del ministerio profesional.

Otra idea erasmiana, no del todo consonante con la primera, es la de la vuelta al cristianismo primitivo. Los detalles elegidos para la restauración eran comúnmente los que estaban de acuerdo con la religión del espíritu, pero el intento mismo de restaurarlos se prestaba prontamente a un nuevo externalismo y legalismo.

Todo este conjunto de ideas era ajeno a Lutero. Él no podía separar el espíritu y la carne, porque el hombre es un todo. Por lo tanto el arte, la música y el sacramento son las expresiones apropiadas de la religión. El intento de construir la Iglesia sobre una base selectiva le interesaba realmente, y su furia contra los sectarios estaba en gran medida intensificada por el conflicto en que él mismo se debatía interiormente. Pero la idea de una teocracia protestante era para él tan aborrecible como la monarquía papal. El esfuerzo por restaurar las minucias de las prácticas del Nuevo Testamento tenía para él el aire de un nuevo legalismo y externalismo contra el cual empleó los mismos lemas que los radicales y él mismo se convirtió en el campeón del espíritu contra la letra.

El primer intento de concretar muchos de los elementos de estas normas se produjo en el propio círculo de Lutero y podría ser considerado como una deserción de sus filas. Los alrededores de Wittenberg proporcionaron el terreno y los dirigentes fueron nuevamente Andrés Carlstadt y Tomás Müntzer. Esto fue desafortunado, porque, aunque ambos eran sensibles y bien dotados, ninguno de ellos era equilibrado y estable. Si Lutero hubiera encontrado tales ideas primero en Zwinglio y los sobrios anabaptistas, quizá no hubiera estado tan falto de comprensión ni hubiera sido tan implacable en la oposición.

El radicalismo más serio de Carlstadt se desarrolló después que se hubo retirado a la parroquia de Orlamünde. Allí agregó, a su anterior ataque a las imágenes y música en la Iglesia, la negación de la presencia real de Cristo en el sacramento del altar. La objeción en los tres casos era el uso de lo físico como medio de comunión con lo divino. Dios es espíritu, y no puede estar en el pan y el vino. Cristo sólo dijo: "Haced esto en memoria de mí." Por lo tanto, el pan y el vino son simplemente modos de recordarlo, ni siquiera símbolos, y menos canales de la gracia. Carlstadt interpretaba las palabras de Cristo: "Éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre" como significando: "Este es el cuerpo que será quebrado. Esta es la sangre que será derramada." Lutero refutaba que si bien este pasaje es algo ambiguo, hay otro texto que dice: "¿La copa... no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan... ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo?" (1ª Cor. 10:16). "Este es el rayo del que no hay huida posible. Si hace cinco años yo hubiera podido convencerme de la posición de Carlstadt, hubiera estado agradecido de poseer un arma tan poderosa contra el papado, pero las Escrituras eran demasiado fuertes para mí." Uno se pregunta si las Sagradas Escrituras eran realmente tan determinantes. Los papeles de Lutero y Carlstadt se

invertieron al pasar de la cuestión de las imágenes a la comunión. Carlstadt tomaba literalmente las palabras de Moisés: "No te harás imagen ni ninguna semejanza", y Lutero las palabras de Cristo: "Este es mi cuerpo." La cuestión real era si lo físico es una ayuda o un impedimento para la religión. El biblicismo de Carlstadt se ponía en evidencia principalmente cuando se abstenía de rechazar por completo la comunión, como lo hicieron los cuáqueros. Él conservaba el rito porque Cristo dijo: "Haced esto en memoria de mí." Igualmente rechazaba el bautismo de los niños. Los profetas de Zwickau lo habían hecho antes que él y los anabaptistas iban a hacer de esto el dogma cardinal de su secta. El punto esencial era la necesidad de una experiencia adulta de convicción religiosa. En Carlstadt se agregaba el argumento de que la aplicación externa, física, del agua no tiene eficacia y es a menudo destructora, como cuando las huestes de Faraón fueron tragadas por el mar Rojo. Nuevamente uno se pregunta por qué no rechazó todo bautismo. La importancia que asigna al descanso sabático estaba destinada a dar a los hombres un alivio de las tareas mundanas para que tuvieran momentos de tranquilidad para el cultivo de su vida interior.

Á los ojos de Lutero sus mayores excentricidades surgieron de sus esfuerzos por lograr un ministerio laico. Lutero había proclamado el sacerdocio de todos los creyentes. El corolario podría ser, como sucedió con los cuáqueros, que no hubiera ningún ministro profesional. Carlstadt no quería ir tan lejos, pero deseaba, como ministro, no estar separado en ninguna forma de sus hermanos. Sus fieles no debían llamarlo Herr Doktor o Herr Pfarrer sino simplemente "buen prójimo" o "hermano Andrés". Abandonó toda vestidura distintiva y usaba simplemente un traje gris liso; renunció a ser sostenido por la congregación y en cambio se dedicó a ganarse la vida con el arado.

Lutero carecía por completo de simpatía por todo este programa. En realidad no le preocupaba en absoluto la pompa de los grados académicos pero se preocupaba muchísimo por que hubiera ministros preparados y se daba cuenta de que si prevalecía el plan de Carlstadt el resultado no sería, con toda seguridad, que el campesino supiera tanto como el predicador, sino que el predicador no sabría más que el campesino. Echó en cara a Carlstadt el que recitara citas hebreas en blusa de campesino. En cuanto al traje simple y el "hermano Andrés" le parecían, si no una afectación, por lo menos un intento neomonástico de ganar el favor del cielo mediante renunciamientos espectaculares. En cuanto al ganarse el pan con el arado, Lutero estaba completamente dispuesto a mantenerse mediante el trabajo manual si era expulsado de su ministerio, pero trasladarse voluntariamente de una parroquia a una granja le sabía a evasión de responsabilidades. "¿Qué no daría yo por escapar de una congregación pendenciera y mirar a los amistosos ojos de los animales?"

Otros puntos del programa de Carlstadt —como el descanso sabático, el matrimonio clerical obligatorio y el rechazo de las imágenes— le parecían a Lutero un nuevo legalismo. Pretendía que Carlstadt invertía la relación de interno y externo. Estableciendo reglas absolutas para días, vestidos y estados, estaba dando demasiada importancia a lo exterior. En este punto el espíritu debía prevalecer. Por cierto que había otras notas en la religión de Carlstadt además de la acentuación de lo espiritual. Estaba consumido por una pasión por la santidad y una preocupación por la renunciación de privilegios con un cierto grado de nivelación social. En esos puntos Lutero hubiera acordado mayor amplitud. Y habría podido estar dispuesto también a conceder amplitud a Carlstadt de no haber surgido un personaje mucho más siniestro.



## Los santos revolucionarios: Müntzer

Tomás Müntzer procedía de Zwickau y encarnaba algunas de las ideas de los profetas de esa ciudad, pero con mucho mayor atractivo debido a su erudición, capacidad e intenso entusiasmo. Müntzer dio un sentido mucho más radical que Carlstadt a la oposición de espíritu y carne, rechazando no sólo el bautismo de los niños sino todo bautismo y aplicando este dualismo al espíritu frente a la letra de las Sagradas Escrituras. Los que confían en la letra, decía, son los escribas contra los cuales Cristo prorrumiera en invectivas. Las Escrituras, como mero libro, no son más que papel y tinta. "¡Biblia, Babel, burbujas!", exclamaba. Detrás de esta virulencia había una preocupación religiosa. Müntzer no había sido perturbado como Lutero por la manera de reconciliarse con Dios, sino por el problema de si existe un Dios con el cual reconciliarse. Las Escrituras, como mero registro escrito, no le daban ninguna seguridad, porque observaba que eran convincentes sólo para los convencidos. Los turcos están familiarizados con la Biblia pero permanecen completamente ajenos a ella. Los hombres que escribieron la Biblia no tuvieron una Biblia en la época en que la escribieron. ¿De dónde, pues, sacaron su seguridad? La única respuesta es que Dios les habló directamente y así debe hablarnos a nosotros si queremos comprender la Biblia. Müntzer sostenía, con la Iglesia católica, que la Biblia es inadecuada sin un intérprete inspirado, pero el intérprete no es la Iglesia ni el papa sino el profeta, el nuevo Elías, el nuevo Daniel, a quien le es dada la llave de David para abrir el libro sellado con siete sellos.

Müntzer podía encontrar apoyo para su concepción del espíritu en las Escrituras mismas, donde se dice que "la letra mata, mas el espíritu vivifica" (2ª Cor. 3:6). Lutero replicaba que, por supuesto, la letra sin el espíritu está muerta, pero que los dos no deben ser divorciados como no pueden ser separados el alma y el cuerpo. La verdadera amenaza de Müntzer era, a los ojos de Lutero, que destruía la unidad de la revelación cristiana en el pasado al ensalzar la revelación en el presente. Lutero mismo no había tenido absolutamente ninguna experiencia de revelación contemporánea, y en las épocas de desaliento el consejo de confiar en el espíritu era para él un consejo de desesperación, puesto que en su interior sólo podía encontrar absolutas tinieblas.

En tales momentos hay que tener una seguridad en forma tangible, en el registro escrito del estupendo acto de Dios en Cristo. Lutero confesaba abiertamente su debilidad y su necesidad de revelación histórica. Por lo tanto no prestaría atención a Müntzer aunque "hubiera tragado el Espíritu Santo con plumas y todo". En este punto reside gran parte de la diferencia, no sólo entre Müntzer y Lutero, sino entre el protestantismo liberal moderno y la religión de los fundadores.

Si Müntzer no hubiera extraído consecuencias prácticas de su punto de vista, Lutero se hubiese sentido menos ultrajado, pero Müntzer procedió a usar del don del Espíritu como una base para la formación de una iglesia. El es el progenitor de las teocracias protestantes basadas, no como el judaísmo, principalmente en la sangre y el suelo, ni como el catolicismo en el sacramentalismo, sino más bien en la experiencia interna de la infusión del Espíritu. Los que así han renacido pueden reconocerse entre sí y unirse en el pacto de los elegidos, cuya misión es erigir el reino de Dios. A Lutero le resultaba completamente repugnante ese papel para la Iglesia. Müntzer no esperaba que los elegidos entraran en posesión de su herencia sin una lucha. Tendrían que matar a los impíos. Ante esto Lutero se horrorizaba, porque la espada es dada al magistrado, no al ministro, y mucho menos a los santos. Müntzer admitía que en la lucha caerían muchos de los piadosos, y constantemente machacaba en que el sufrimiento y la cruz eran la señal de los elegidos. Lutero era vituperado como el "Doctor Poltrona y el Doctor Posapié", que se arrimaba al calor de los príncipes. Su respuesta era que la cruz externa no debe ser buscada ni evadida. La cruz constante es el sufrimiento interno. Una vez más se invertían los papeles y Lutero aparecía como el campeón de lo interno.

## Destierro de los agitadores

En 1523 Müntzer logró que se le eligiera ministro en la ciudad sajona de Alstedt. Unas dos mil personas de fuera de la ciudad acudían a oír sus predicaciones y pudo hablar de treinta unidades listas para matar a los impíos. Sin embargo, el único acto abierto de violencia fue el incendio de una capilla dedicada a la virgen María. Esto era en marzo de 1524.

Entonces Lutero se dirigió a los príncipes de Sajonia:

*Estos habitantes de Alstedt ultrajan la Biblia y se ufanan de poseer el Espíritu, pero, ¿dónde muestran los frutos del Espíritu, que son el amor, el gozo, la paz y la paciencia? Los príncipes no deben intervenir mientras aquéllos se limiten al oficio de la Palabra. Dejad que prediquen tranquila y activamente lo que puedan y contra quienes quieran. Dejad que los espíritus choquen y se encuentren. Pero cuando intenten hacer algo más que esgrimir la Palabra, cuando quieran también romper y pegar con el puño, Vuestra Alteza Serenísima debe intervenir, se trate de ellos o de nosotros, diciendo: "Mantened quietos los puños, pues ese es nuestro oficio, o si no, salid del país." Predicar y sufrir es nuestro oficio. Cristo y los apóstoles no destruyeron iglesias ni despedazaron imágenes, sino que ganaron los corazones por medio del Verbo de Dios. El mandamiento del Antiguo Testamento respecto a la matanza de los cananeos no vale para nosotros. El camino de la destrucción de las imágenes lleva más allá. Con ello el espíritu de Alstedt no ganará más que derramar sangre, y los que no oyen su voz celestial deberían ser degollados por él. Es deber del poder público precaver tales excesos y prevenir la rebelión. El gobierno temporal debe manejar la paz y no dormir.*

El joven príncipe Juan Federico, sobrino y heredero aparente de Federico el Sabio, ya se había unido a su tío y a su padre en la administración de Sajonia. En 1524 escribía a un subordinado:

*Estoy pasando una época terrible con el Satanás de Alstedt. La benevolencia y las cartas no bastan. La espada encomendada por Dios para castigar a los malhechores debe ser usada con energía. Carlstadt también está tramando algo y el Diablo quiere ser señor.*

Aquí se une a Carlstadt y Müntzer. Para Carlstadt esto era injusto e infortunado. Él le había escrito a Müntzer que no quería tener nada que ver con su pacto ni con derramamientos de sangre. Pero los disturbios iconoclastas de Orlamünde y Alstedt parecían pertenecer a la misma inspiración. Carlstadt fue llamado a Jena para una entrevista con Lutero y lo convenció de la injusticia del cargo de rebelión. Pero cuando Lutero mismo visitó Orlamünde y observó el ánimo revolucionario de la congregación comenzó a dudar de la sinceridad de sus negativas y accedió al destierro de Carlstadt, quien fue obligado a abandonar Sajonia, dejando a su esposa embarazada y sus hijos, que se le unieron más tarde. Partió clamando, con las mismas palabras de Lutero después de Worms, que había sido condenado "sin ser escuchado y sin ser convencido" y que había sido expulsado por su antiguo colega que era dos veces papista y primo del Anticristo.

Habiendo sido llamado a predicar en Weimar en presencia de Federico el Sabio y su hermano el duque Juan, Müntzer tuvo la temeridad de tratar de alistarlos en su programa. Tomó su texto de la interpretación de Daniel del sueño del rey Nabucodonosor, y empezó diciendo que

la Iglesia era una virgen inmaculada hasta que fue corrompida por los escribas que matan el Espíritu y aseguran que Dios ya no se revela como antes. Declaró además:

*Pero Dios se manifiesta por la palabra interior, en el abismo del alma. El hombre que nunca se diera cuenta de ello por el testimonio viviente de Dios, nunca dirá nada profundo acerca de Dios, aunque pueda haber tragado cien mil Biblias. Dios llega a sus elegidos como llegó a los patriarcas, los profetas y los apóstoles. Sólo hay que esperar las visiones y entregarse a ellas con aflicción dolorosa. Es por eso que el Hermano Poltrona los rechaza. Dios derrama su espíritu sobre toda carne, y ahora el espíritu revela a muchos hombres elegidos y piadosos que ha de llegar una poderosa e irresistible reforma. Este es el cumplimiento de la predicción de Daniel sobre el fin del quinto imperio universal. Los pobres laicos y campesinos ya ven lo venidero mejor que los sacerdotes hipócritas. Vosotros, príncipes de Sajonia, necesitáis un nuevo Daniel que os interprete el Apocalipsis. No penséis que el poder de Dios lo realizará si vuestras espadas enmohecen en la vaina. Cristo dijo: "Todo árbol que no dé buen fruto, córtese y échese en el fuego." Por eso no dejéis vivir a los malhechores, pues un hombre impío no tiene derecho a vivir cuando dificulta la vida de los piadosos. Dios ha ordenado a través de Moisés: "Sois pueblo santo. No perdonaréis a los idólatras, y derribaréis sus altares, y quebraréis sus imágenes y sus bosques quemaréis con fuego. La espada os ha sido dada para extirpar a los impíos. Si os rehusáis, os será quitada. Degüéllense sin misericordia los que resisten a la revelación de Dios, como hizo Elías con los sacerdotes de Baal. Ante todo hay que matar a los sacerdotes y monjes que censuran el evangelio. Los impíos no tienen derecho a vivir. Ojalá que vosotros, como Nabucodonosor, designéis un Daniel para que os informe de las directivas del Espíritu.*

Los príncipes de Sajonia no tenían la menor intención de designar a Müntzer para tal puesto. En cambio trasladaron el caso a una comisión. Müntzer no esperó a presentarse sino que por la noche escaló los muros de Alstedt y huyó de Sajonia. La amplitud había sido vindicada a expensas de la libertad. El régimen de Carlstadt hubiera sido rigorista y el reino de los santos le Müntzer intolerante con los ateos. Sin embargo, no podía negarse el hecho de que los agitadores habían sido expulsados por la espada del magistrado. Lutero reflexionó tristemente sobre la ironía de que en vez de ser él un mártir, estuviera haciendo mártires.

## Capítulo XVI BEHEMOTH, LEVIATÁN Y LAS MUCHAS AGUAS

Las perspectivas de reconstrucción fueron reducidas aun más por el surgimiento independiente de formas rivales de evangelismo, es decir, el zwinglianismo y el anabaptismo. Éstos fueron para Lutero como Behemoth y Leviatán. Luego vino la conjunción del fermento religioso con una vasta rebelión social, cuando las aguas fueron desatadas en la Guerra de los Campesinos. El resultado fue a la vez una restricción de la esfera de las operaciones de Lutero y el desvanecimiento de su confianza en la humanidad.

Los nuevos movimientos eran en gran parte independientes, pero no del todo sin relación con los recientes disturbios de Wittenberg. Carlstadt, expulsado de Sajonia, se fue a las ciudades alemanas del Sur. Lutero, poco después, recibió cartas de los ministros de Estrasburgo. "No hemos sido persuadidos todavía por Carlstadt, pero muchos de sus argumentos son de peso. Nos preocupa que hayáis tratado a vuestro antiguo colega con tanta inhumanidad. En Basilea y en Zurich hay muchos que están de acuerdo con él." "De la Cena del Señor, símbolo del amor, surgen tales odios." Basilea era la residencia de Erasmo, quien repudiaba e instigaba al mismo tiempo las inferencias extraídas de sus premisas por discípulos impetuosos. No aceptaba que, porque la carne de Cristo en el sacramento no aprovecha para nada, no esté presente en él la carne. Al mismo tiempo, confiaba a un amigo que, si no fuera por la autoridad de la Iglesia, estaría de acuerdo con los innovadores.

### Rivales: Zwinglio y los anabaptistas

Zurich era la sede de una nueva variedad de la Reforma que habría de erigirse contra la de Wittenberg, llegando a conocerse roma Reformada. El jefe era Ulrico Zwinglio. Éste había recibido una educación humanista y como sacerdote católico dividía su rectoría en una casa parroquial en la planta baja y una biblioteca de clásicos en el primer piso. Al aparecer el Nuevo Testamento de Erasmo, aprendió las epístolas de memoria en griego, afirmaba en consecuencia que Lutero no había podido enseñarle nada sobre la comprensión de Pablo. Pero lo que Zwinglio eligió para acentuar en Pablo fue el texto: "La letra mata, el espíritu vivifica", al que unía un versículo de Juan: "La carne nada aprovecha." El término carne es tomado por Zwinglio en el sentido platónico de cuerpo, mientras que Lutero lo entendía en el sentido hebreo de corazón malo, que puede o no ser físico. De su menosprecio por el cuerpo Zwinglio hizo la deducción característica de que el arte y la música son inadecuados como auxiliares de la religión, y esto a pesar de que él mismo era un músico y ejecutante cumplido de seis instrumentos. El próximo paso fue fácil: negar la presencia real en el sacramento, el cual fue reducido a un memorial de la muerte de Cristo, así como la Pascua era una conmemoración de la huida de Israel de Egipto. Cuando Lutero apelaba a las palabras: "Este es mi cuerpo", Zwinglio refutaba que en el idioma arameo que hablaba Jesús se omitía el verbo copulativo, de modo que lo que él dijo fue simplemente: "Este — mi cuerpo." (En la versión griega del Evangelio de Lucas, el versículo compañero dice: "Este cáliz el Nuevo Testamento.") Y en esta frase se puede perfectamente poner, no "es", sino "significa". Lutero percibió de inmediato la afinidad del concepto de Zwinglio con el de Carlstadt, del cual no dependía, y con el de Erasmo, de quien estaba impregnado. Hizo también a Zwinglio el reproche familiar contra Erasmo, de que no tomaba la religión en serio. "¿Cómo lo sabe? —replicaba Zwinglio—. ¿Puede acaso leer los secretos de nuestros corazones?"

También impresionó a Lutero una similitud con Müntzer, pues Zwinglio tenía preocupaciones políticas y no era contrario al empleo de la espada aun a favor de la religión.

Zwinglio fue siempre un patriota suizo, y al traducir el Salmo XXIII vertió el segundo versículo así: "Me hace yacer en un prado alpino." Y allí no pudo encontrar aguas tranquilas. La cuestión evangélica amenazaba con romper su amada confederación, pues los católicos se volvían hacia el enemigo tradicional, la casa de Habsburgo. Fernando de Austria tuvo que ver en la convocación de la asamblea de Badén para discutir la teoría de Zwinglio del sacramento. Esta fue su dieta de Worms, y la secuela de ella le convenció de que el Evangelio podía ser salvado en Suiza y la Confederación conservada solamente si la Liga Católica con Austria podía ser contrarrestada por una liga evangélica con los luteranos alemanes, lista para echar mano de la espada si fuera necesario. Pero a Lutero la sola idea de una alianza militar para la defensa del Evangelio le sabía a Tomás Müntzer.

Entonces surgió en el círculo de Zwinglio un partido en el polo opuesto de la cuestión política. Eran los anabaptistas. Su punto de partida era otro aspecto del programa erasmiano, caro también a Zwinglio. Éste era la restauración del cristianismo primitivo, que para ellos significaba la adopción del Sermón de la Montaña como código literal para todos los cristianos, quienes debían renunciar a los juramentos, al uso de la espada ya fuera en la guerra o en el gobierno civil, a las posesiones privadas, a los adornos corporales, a las jaranas y a la ebriedad. El pacifismo, el comunismo religioso, la vida sencilla y la temperancia caracterizaban a sus comunidades. La Iglesia debía consistir solamente de los renacidos, entregados al pacto de la disciplina. Nuevamente encontramos el concepto de los elegidos, discernibles por las dos pruebas de experiencia espiritual y realización moral. La Iglesia debía descansar, no en el bautismo administrado en la infancia, sino en la regeneración, simbolizada por el bautismo en los años maduros. Cada miembro debía ser un sacerdote, un ministro y un misionero preparado para embarcarse en jiras evangélicas. Una Iglesia así, aunque buscara convertir el mundo, nunca podría abrazar a la comunidad no convertida. Y si el Estado comprendía todos los habitantes, entonces la Iglesia y el Estado debían ser separados. En todo caso la religión debía estar libre de toda constricción. Zwinglio se aterró al ver la unidad medieval sacudida y, lleno de pánico, invocó el brazo del Estado. En 1525 los anabaptistas de Zurich fueron condenados a la pena de muerte. Lutero no estaba listo para expedientes tan brutales. Pero también se hallaba aterrada por lo que para él era una regresión al intento monástico de ganar la salvación por una rectitud más elevada. El abandonar las familias para realizar expediciones misioneras era a sus ojos una evidente deserción de las responsabilidades domésticas, y el repudio de la espada lo impulsó a nuevas reivindicaciones de la vocación divina del magistrado y el soldado.

### **La religión y la inquietud social**

Entonces se produjo la fusión de un gran levantamiento social con el fermento de la Reforma, en la que los principios de Lutero fueron, en su opinión, pervertidos, y el radicalismo de los sectarios contribuyó a un estado de anarquía. Nada hizo tanto como la Guerra de los Campesinos para que Lutero evitara apartarse demasiado radicalmente de los moldes de la Edad Media.

La Guerra de los Campesinos no nació de ninguna conexión inmediata con las cuestiones religiosas del siglo XVI porque la inquietud agraria había estado tomando cuerpo durante todo un siglo. En toda Europa se habían producido levantamientos, pero especialmente en el sur de Alemania, en donde especialmente los campesinos sufrían a causa de transformaciones que en última instancia hubieran servido para su seguridad y prosperidad. La anarquía feudal estaba siendo superada por la consolidación del poder. En España, Inglaterra y Francia esto había tenido lugar en una escala nacional, pero en Alemania sólo sobre una base territorial; y en cada unidad

política los príncipes trataban de integrar la administración con la ayuda de una burocracia de cortesanos asalariados. Los gastos se solventaban con tributos sobre la tierra. El campesino pagaba la cuenta. La legislación se iba unificando, desplazando los diversos códigos locales en favor del derecho romano, por lo cual el campesino sufría nuevamente, porque el derecho romano reconocía sólo la propiedad privada y por lo tanto ponía en peligro los comunes: los bosques, ríos y prados compartidos por la comunidad según la antigua tradición germánica. El derecho romano conocía solamente hombres libres, libertos y esclavos, y no tenía una categoría en que calzara el siervo medieval.

Otro cambio asociado con el renacimiento del comercio en las ciudades después de las cruzadas fue la sustitución del intercambio en especies por el intercambio en moneda. La creciente demanda de metales preciosos aumentó su valor, y los campesinos, que al principio se beneficiaron por el pago de una suma fija de dinero en vez de un porcentaje en especies, se encontraron perjudicados por la deflación. Los que no podían pagar los impuestos descendieron de propietarios libres a arrendatarios, y de arrendatarios a siervos. La primera solución que se les ocurría a los campesinos era la de resistir simplemente a los cambios que se operaban en su sociedad y la vuelta a las buenas prácticas de antes. Al principio no pidieron la abolición de la servidumbre sino solamente que se evitara cualquier ulterior extensión del peonaje. Más bien clamaban por bosques, aguas y prados libres como en los días de antaño, por la reducción de los impuestos y el restablecimiento del antiguo derecho germano y los usos locales. Los métodos para lograr estos fines fueron al principio conservadores. En ocasión de algún problema especial reuníanse miles de campesinos, en forma completamente espontánea, y presentaban sus peticiones a los gobernantes solicitando su arbitraje. No era raro que la petición fuera tratada en forma patriarcal y aliviadas las cargas en cierta medida, pero nunca lo suficiente para evitar la repetición.

Por otro lado la clase de los campesinos no era uniformemente pobre, y los que tomaban la iniciativa para solicitar la reparación de las injusticias no eran los pisoteados, sino más bien de los más prósperos y emprendedores, poseedores ellos mismos de tierras y de una competencia respetable. Inevitablemente, sus demandas dejaron de referirse a simples mejoras económicas, para convertirse en programas políticos destinados a asegurarles una influencia proporcional a su importancia económica y aun mayor. Las demandas también cambiaron a medida que el movimiento se extendió hacia el Norte, a la región de alrededor del gran codo del Rin, donde los campesinos eran también gente de ciudad, puesto que los artesanos eran granjeros. En esta región las aspiraciones urbanas se agregaron a las agrarias. Aun más abajo del Rin la lucha se hizo casi completamente urbana y el programa característico exigía una constitución más democrática de los consejos de las ciudades, una entrada menos restringida en los gremios, la sujeción del clero a las cargas civiles, y pleno derecho para que los ciudadanos se entregaran a la elaboración de cerveza.

Muchas de las tendencias se fundieron en un movimiento, iniciado en Alsacia, inmediatamente antes de la Reforma. Este levantamiento usaba el símbolo característico de la Gran Guerra de los Campesinos de 1525, el Bundschuh. El nombre provenía de los borceguíes de cuero de los campesinos. La larga correa con que se los ataba se llamaba Bund. La palabra tenía un doble sentido, porque Bund es también una asociación, un pacto. Müntzer había usado esta palabra para su pacto de los elegidos. Antes que él los campesinos habían adoptado el término para una conjura revolucionaria. Los fines de esta Bundschuh no eran tanto económicos como políticos. El hacha debía descargarse sobre la raíz del árbol y ser abolido todo gobierno, menos el del papa y el emperador. Estas eran las dos espadas tradicionales de la cristiandad, los dirigentes unidos de una sociedad universal. Hacia ellos se habían vuelto siempre los hombres pequeños en

busca de protección contra los señores, obispos, metropolitanos, caballeros y príncipes. El Bundschuh proponía completar este proceso barriendo con todos los grados intermedios y dejando solamente dos grandes señores, César y Pedro.

Antes de la Guerra de los Campesinos de 1525, este movimiento había sido a menudo anticlerical pero no anticatólico. Había resentimientos contra los obispos y los abades en su papel de explotadores, pero "¡Abajo el obispo!" no significaba "¡Abajo el papa!" o "¡Abajo la Iglesia!" Los estandartes del Bundschuh a menudo llevaban, además del borceguí, algún símbolo religioso, tal como una imagen de María, un crucifijo o una tiara papal. El grabado en madera de la página anterior muestra el crucifijo descansando sobre un borceguí negro. A la derecha, un grupo de campesinos jura fidelidad. Por encima de ellos otros campesinos cultivan el suelo y Abraham sacrifica a Isaac como signo de lo que debían pagar los miembros del Bund.

### **Lutero y los campesinos**

Un movimiento con una preocupación religiosa así no podía dejar de ser afectado por la Reforma. La concepción de Lutero de la libertad del hombre cristiano era puramente religiosa, pero muy fácilmente podía dársele un carácter social. El sacerdocio de los creyentes no significaba para él igualitarismo, pero Carlstadt lo tomó en ese sentido. Lutero había infamado la usura y en 1524 publicó otro opúsculo sobre el tema, en el que censuraba también severamente las anualidades, subterfugio mediante el cual se prestaba un capital a perpetuidad por un beneficio anual. Su actitud frente al monasticismo sentaba admirablemente a la codicia de los campesinos por la expropiación de los claustros. Los campesinos se sintieron, con razón, fuertemente atraídos hacia Lutero. Un cartel mostraba a Lutero rodeado de campesinos mientras exponía la palabra de Dios a los eclesiásticos, y cuando se produjo el gran levantamiento de 1524-25 un católico replicó retratando a Lutero con armadura, sentado frente a una hoguera y engrasando un Bundschuh. Los príncipes católicos nunca dejaron de sostener que Lutero era responsable del levantamiento, y en tiempos modernos el historiador católico Janssen ha intentado, demostrar que fue Lutero el autor del movimiento que repudió tan vehementemente. Tal explicación no toma en cuenta el siglo de inquietud agraria que había precedido a la Reforma.

Uno de los intangibles factores contribuyentes era completamente extraño al modo de pensar de Lutero: la astrología. Melancton se mezcló en ella, pero Lutero nunca. La especulación astrológica puede muy bien explicar por qué muchos levantamientos campesinos coincidieron con el final de 1524 y la primavera de 1525. En el año 1524 todos los planetas estaban en la constelación de Piscis. Esto había sido previsto veinte años antes, y grandes perturbaciones se habían anunciado para ese año. A medida que se acercaba el momento, se hacían más intensos los presentimientos. En el año 1523 aparecieron no menos de cincuenta y un opúsculos al respecto. Grabados como el que acompañamos mostraban a Piscis en el cielo y rebeliones en la tierra. Los campesinos con sus estandartes y mayales observan a un lado; el emperador, el papa y los eclesiásticos al otro. En 1524 algunos se aguantaron en la esperanza de que el emperador convocaría a una dieta y repararía muchas injusticias. La dieta no fue convocada y el gran Pez soltó las aguas.

La Reforma no tenía nada que ver con todo esto. Por otro lado es imposible afirmar que la Reforma estuviera enteramente desligada de la Guerra de los Campesinos. El intento de hacer cumplir el edicto de Worms por medio del arresto de los ministros luteranos fue, no pocas veces, la ocasión inmediata para la formación de bandas de campesinos para exigir que fuesen puestos en libertad, y Lutero era considerado como un amigo. Cuando a algunos campesinos se les pedían los nombres de personas que aceptarían como árbitros, el primero de la lista era el de Martín

Lutero. Nunca se estableció un tribunal formal, ni se hizo un juicio legal. Pero Lutero pronunció un veredicto sobre las exigencias de los campesinos presentadas en el más popular de los manifiestos de éstos, Los doce artículos. Éstos empezaban con frases que recordaban a Lutero: "Al lector cristiano, paz y la gracia de Dios a través de Cristo... El Evangelio no es una causa de rebelión y perturbación." Los perturbadores son más bien aquellos que rechazan exigencias tan razonables. "Si la voluntad de Dios es escuchar a los campesinos, ¿quién resistirá a Su Majestad? ¿No escuchó a los hijos de Israel y los liberó de las manos del Faraón?" Los primeros artículos se refieren a la Iglesia. La congregación debe tener el derecho de designar y cambiar al ministro, quien está obligado a "predicar el Santo Evangelio sin agregados humanos", lo cual suena muchísimo a Lutero. Los ministros deben ser sostenidos en modesta escala por congregaciones con el llamado gran diezmo sobre la producción. El sobrante debía ir a aliviar a los pobres y obviar impuestos de emergencia para la guerra. El llamado pequeño diezmo sobre el ganado debía ser abolido, pues "Dios ha creado el ganado para; el libre uso del hombre". Los principales artículos comprendían el: antiguo programa agrario de campos, bosques y aguas comunes. El granjero debía ser libre de cazar, pescar y proteger sus tierras contra la caza. Bajo supervisión podía tomar leña para el fuego y madera para construcción. El tributo de muerte, que empobrecía a la viuda y al huérfano requisándoles la mejor capa o la mejor vaca, debía ser abolido. Los arrendamientos debían ser revisados de acuerdo con la productividad de la tierra. Las nuevas leyes no debían desplazar a las antiguas ni los prados comunales pasar a manos privadas. El único artículo que sobrepasaba las antiguas demandas era el que exigía la total abolición de la servidumbre. La tierra debía ser ocupada en arrendamiento bajo condiciones estipuladas. Si el señor exigía cualquier trabajo además del convenido, debía pagar un salario. Los doce artículos admitían que toda exigencia que no estuviera de acuerdo con la Palabra de Dios sería nula. Todo el programa era conservador, acorde con la antigua economía feudal. No había ningún ataque al gobierno.

El tono evangélico de los artículos agradó a Lutero, pero al dirigirse a los campesinos menospreció la mayoría de sus demandas. En lo referente al derecho de la congregación de elegir su propio ministro, depende de que ella lo pague. Y aunque lo hagan, si los príncipes no lo toleran, deben emigrar antes que rebelarse. La abolición de los diezmos es un asalto y la abrogación de la servidumbre es convertir la libertad cristiana en cosa de la carne. Habiendo criticado así el programa, Lutero atacó los medios empleados para su realización. Bajo circunstancia alguna debe el hombre común empuñar la espada a favor de sí mismo.

Si cada hombre fuera a tomarse justicia por sus propias manos, entonces no habría "ni autoridad, ni gobierno, ni orden ni tierra, sino solamente asesinato y derramamiento de sangre". Pero todo esto no estaba destinado a justificar los indecibles males perpetrados por los gobernantes. Lutero dirigió a los príncipes un llamamiento en el que justificaba muchas más de las demandas de los campesinos que las que había justificado al hablarles a ellos. Debía tenerse en cuenta la voluntad de la congregación en la elección del ministro. La reparación de las injusticias que exigían los campesinos eran honestas y justas. Los príncipes no tenían que agradecer a nadie más que a ellos mismos estos desórdenes, puesto que no habían hecho otra cosa que ostentar su grandeza mientras robaban y desollaban a sus súbditos. La verdadera solución era la antigua forma de arbitraje.

Pero ninguna de las partes estaba dispuesta a tomar este camino y la predicción de Lutero de que sólo resultaría asesinato y derramamiento de sangre tuvo abundante cumplimiento. Lutero había declarado desde hacía tiempo que nunca apoyaría al ciudadano particular alzado en armas, por más justa que fuera la causa, puesto que tales medios inevitablemente traían mal para el inocente. Él no podía concebir que se hiciera una revolución ordenadamente. Y es difícil



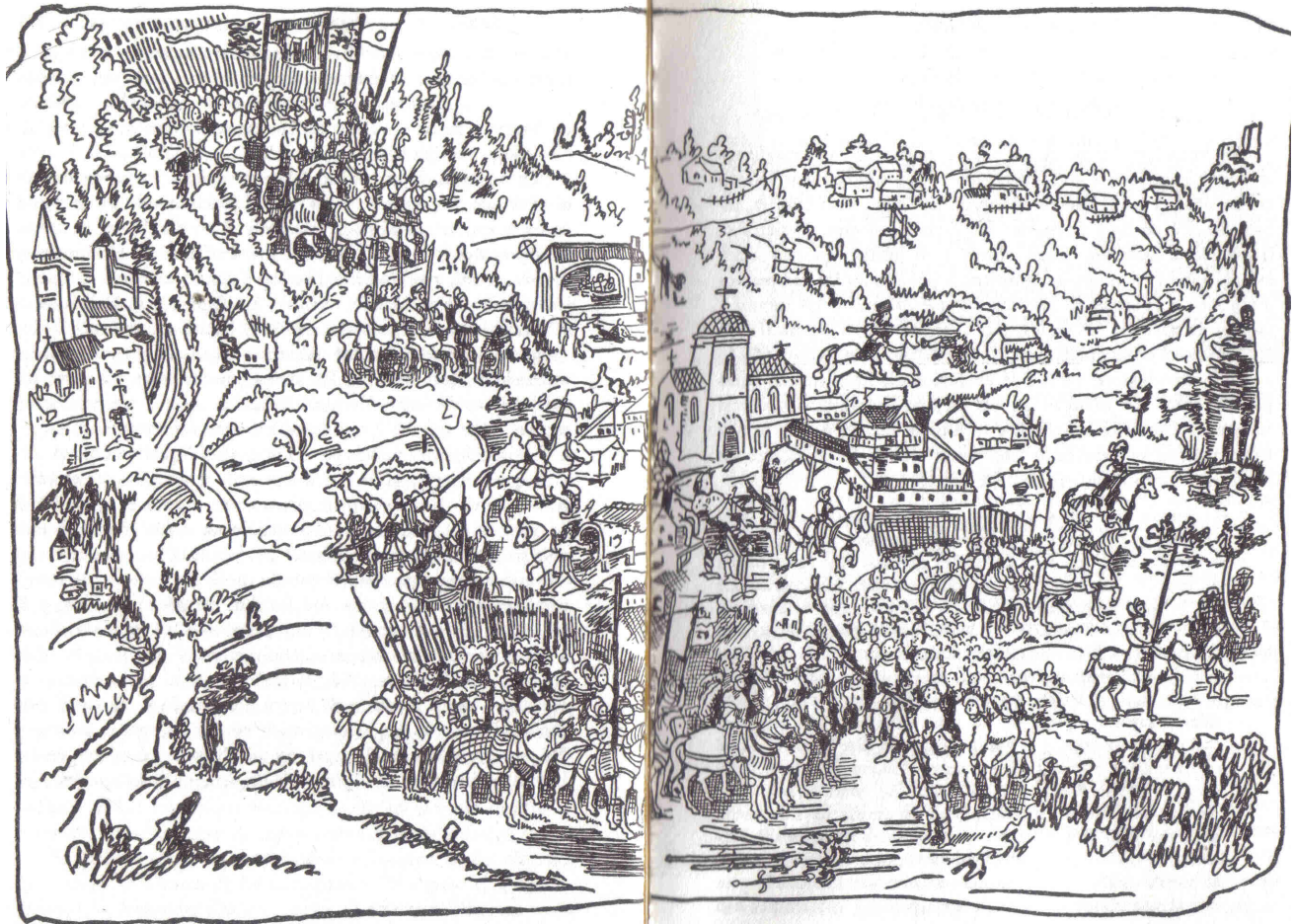
imaginar cómo hubiera podido haber una en el siglo XVI, ya que no había facilidades adecuadas para formar un frente unido ni por la persuasión ni por la fuerza. Una minoría no podía tomar la maquinaria del Estado y mediante un combate tecnológico imponer su voluntad sobre la comunidad, ni se disponía de los modernos medios de propaganda.

La Guerra de los Campesinos careció de la cohesión de la revolución puritana, porque no tenía un programa claramente definido ni una dirección coherente. Algunos grupos deseaban una dictadura de los campesinos, otros una sociedad sin clases, algunos una vuelta al feudalismo y otros más la abolición de todos los gobernantes, excepto el papa y el emperador. Los jefes eran a veces campesinos, a veces sectarios, a veces aun caballeros. No había coordinación entre las distintas bandas. Ni siquiera había unidad de religión, porque en ambos lados había católicos y protestantes. En Alsacia, donde el programa exigía la eliminación del papa, la lucha tomó la forma de una guerra religiosa; y el duque y su hermano el cardenal perseguían a los campesinos como "descreídos, indisciplinados luteranos, que saqueaban como hunos y vándalos". No puede haber duda de que las hordas eran indisciplinadas, interesadas principalmente en saquear castillos y claustros, invadir campos de caza y vaciar de peces los estanques.

El grabado de abajo, que muestra el saqueo de un claustro, es típico de la Guerra de los Campesinos. Obsérvese el grupo de arriba, a la izquierda, con una red en el estanque. Algunos están acarreamo provisiones. El derramamiento de sangre es insignificante. Un hombre solamente ha perdido una mano. En diversos puntos hay campesinos emborrachándose y vomitando, justificando la crítica de que la lucha no era tanto una guerra de campesinos como una guerra de vino.

Otra ojeada de su conducta la proporciona una carta de una abadesa que dice que su claustro fue saqueado hasta que no quedó ni un huevo ni un trozo de manteca. A través de sus ventanas, las monjas podían ver al populacho desenfrenado y el humo surgiendo de los castillos incendiados. Cuando terminó la guerra habían sido demolidos 70 claustros en Turingia, y en Franconia 270 castillos y 52 claustros. Cuando el Palatinado sucumbió a los campesinos, el desorden fue tan grande, que sus propios dirigentes tuvieron que invitar a las antiguas autoridades para que los ayudaran a restaurar el orden. Pero las autoridades prefirieron esperar hasta que los campesinos hubieran sido vencidos.

¿Acaso hubiera podido ser de otro modo? ¿Había alguna persona que hubiera podido concebir y realizar un plan constructivo para adaptar al campesino al nuevo orden económico y político?; La persona más estratégica hubiera sido un emperador, pero ningún emperador intentaría asumir ese papel. Sólo había otro que era lo bastante conocido y digno de confianza en toda Alemania como para haberlo hecho. Ese hombre era Martín Lutero, y él se rehusó. Para él, como ministro, empuñar la espada y dirigir a los campesinos hubiera sido traicionar su oficio tal como él lo entendía. No había demolido la teocracia papal para erigir en su lugar una nueva teocracia de santos o campesinos. El magistrado debía mantener la paz. El magistrado no debía empuñar la espada. No era para Lutero el papel de un Ziska a la cabeza de las hordas husitas o de un Cromwell dirigiendo a los ironsides.



*Rendición de los campesinos de la Suabia Superior.*  
Arriba, a la izquierda: Llegada del ejército. Cero: Matanza de los Campesinos. Abajo: Rendición.

### Müntzer fomenta la rebelión

Sin embargo, Lutero nunca habría condenado tan brutalmente a los campesinos si no hubiera sido porque alguien más intentó desempeñar el papel que él aborrecía. En Sajonia no hubiera habido Guerra de los Campesinos sin Tomás Müntzer. Desterrado, había ido a Bohemia, luego volvió y se insinuó en una aldea sajona, ganó el dominio del gobierno y por último los campesinos descubrieron el Bund de los elegidos que mataría a los impíos y erigiría el reino de los santos. No se trataba de la reparación de las injusticias económicas, pues en Sajonia no eran agudas debido a que la servidumbre había sido abolida desde hacía mucho tiempo. El interés de Müntzer en las mejoras económicas obedecía solamente a motivos religiosos y él tuvo la lucidez de ver lo que nadie más en su generación observara: que la fe no florece en medio del agotamiento físico. Exclamaba:

*Lutero dice que a la gente pobre le basta con su fe. ¿No ve acaso que la usura y los impuestos impiden la recepción de la fe? Pretende que basta la Palabra de Dios. ¿No se da cuenta de que los hombres cuyos menores instantes son consumidos por la tarea de ganarse la vida no tienen tiempo de aprender a leer la Palabra de Dios? Además, ¿cómo podría el hombre del pueblo recibir de buena intención la pura Palabra de Dios si tiene que trabajar tanto para conseguir los bienes de este mundo? Los príncipes sangran al*

*pueblo con la usura y consideran suyos los peces de los ríos, los pájaros del aire y el pasto de los campos, y el doctor Mentiroso dice "Amén". ¿Qué coraje tiene él, el doctor Moscamuerta, el nuevo papa de Wittenberg, el doctor Poltrona, el sicofante que toma el sol? Dice que no debe haber rebelión porque la espada ha sido entregada por Dios al gobernante, pero el poder de la espada pertenece a toda la comunidad. En los buenos tiempos pasados, el pueblo estaba presente cuando se administraba justicia para que el gobernante no la pervirtiera; pero los gobernantes han pervertido la justicia. Serán arrojados de sus sillas. Las aves del cielo se están reuniendo para devorar sus cadáveres.*

Con este ánimo vino Müntzer a Mülhausen, y allí fue responsable de fomentar la guerra de los campesinos. Frente al pulpito desplegó un largo estandarte de seda, blasonado con un arco iris y el lema: "La Palabra del Señor permanece para siempre." "Ahora es el momento — exclamaba—. Si sólo fueseis tres completamente entregados a Dios, no debéis temer a cien mil. ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Adelante! ¡No perdonéis! ¡No tengáis piedad de los impíos cuando griten! Recordad la orden de Dios a Moisés de destruir completamente y no mostréis misericordia. Todo el país está en conmoción. ¡Herid! ¡Clang! ¡Clang! ¡Adelante! ¡Adelante!"

El país estaba realmente en conmoción. Los campesinos habían sido completamente soliviantados. Y Federico el Sabio estaba cansado y a punto de morir. Escribía a su hermano Juan: "Quizá se haya dado oportunidad a los campesinos para su levantamiento a través de la obstrucción de la Palabra de Dios. Las pobres gentes han sido agraviadas en muchas formas por los gobernantes y ahora Dios está derramando su ira sobre nosotros. Si esta es su voluntad, el hombre común llegará a gobernar; y si no es su voluntad el fin será pronto distinto. Roguemos pues a Dios que perdone nuestros pecados y entreguemos el caso a Él. Él lo resolverá de acuerdo a su buen placer y gloria." Su hermano Juan cedió a los campesinos el derecho del gobernante de recolectar los diezmos. Y escribió a Federico: "Como príncipes estamos arruinados."

Lutero trató de contener el diluvio bajando hasta los campesinos y reconviniéndolos. Lo recibieron con burlas y violencia. Entonces escribió el opúsculo *Contra las asesinas y ladronas hordas de campesinos*. Para él, el infierno había quedado vacío porque todos los demonios habían entrado en los campesinos, y el rey de los demonios estaba dentro de Tomás Müntzer, "quien no hace otra cosa que fomentar el robo, el asesinato y el derramamiento de sangre". Un gobernante cristiano como Federico el Sabio debía, realmente, sondear en su corazón y orar humildemente pidiendo ayuda contra el demonio, puesto que nuestro "combate no es con carne y sangre sino con malicias espirituales". El príncipe, además, debía sobrepasar su deber ofreciendo condiciones a los locos campesinos. Si ellos rehusaban, entonces rápidamente debía empuñar la espada. Lutero no veía provecho en el plan de Federico el Sabio de quedarse sentado y dejar el resultado en manos del Señor. Más de su gusto era Felipe de Hesse, quien decía: "Si no me hubiera levantado sobre mis pies rápidamente, en cuatro días, todo el movimiento en mi distrito hubiera sido imposible de dominar." Lutero dijo:

*Un hombre rebelde ya está proscrito por Dios y el emperador, pues la rebelión no es simplemente asesinato sino que es como una gran hoguera que incendia y devasta un país. Así, la rebelión trae consigo un país lleno de asesinatos y derramamiento de sangre, hace viudas y huérfanos, y perturba todo como el desastre más grande. Por lo tanto, quien pueda debe aplastar, degollar y matar abierta o secretamente, recordando que nada puede haber más venenoso, dañino o demoníaco que un rebelde, así como debe matarse a golpes a un perro rabioso; si no lo matas, él te matará a ti y a todo el país contigo.*

Algunos de los príncipes estaban demasiado dispuestos a matar, asesinar y apuñalear; y Tomás Müntzer estaba demasiado dispuesto a provocarlos. El duque Jorge y el Landgrave Felipe, entre otros, fueron rápidos en ponerse de pie. Müntzer y los campesinos fueron llevados hasta cerca de Frankenhause. Enviaron un mensaje a los príncipes diciendo que no buscaban nada más que la justicia de Dios y deseaban evitar el derramamiento de sangre. Los príncipes replicaron: "Entregad a Tomás Müntzer. El resto será perdonado." El ofrecimiento era tentador, pero Tomás Müntzer dio rienda suelta a su elocuencia: "No temáis. Gedeón con un puñado derrotó a los Madianitas, y David mató a Goliat." Precisamente en ese momento apareció en el cielo un arco iris, el símbolo del estandarte de Müntzer. Éste lo señaló como un signo. Los campesinos se reanimaron. Pero los príncipes se aprovecharon de una tregua para rodearlos. Sólo seiscientos fueron tomados prisioneros. Cinco mil fueron cogidos en una carnicería. Müntzer escapó, pero fue atrapado, torturado y decapitado. Luego los príncipes limpiaron el campo.

### **La derrota y su efecto sobre la Reforma**

Otras bandas no lo pasaron mejor. Las fuerzas de la Liga Suabia eran dirigidas por un general que cuando lo sobrepasaban en número recurría a la diplomacia, la estrategia, y por último al combate. Éste se las arregló para aislar las bandas y destruirlas una por vez. Los campesinos fueron engañados y por último se los sobrepasó en número. Se decía que habían sido liquidados cien mil. El día en que el obispo Conrado entró en triunfo a Würzburg, el suceso fue celebrado con la ejecución de 64 ciudadanos y campesinos. Luego el obispo hizo una visita a su diócesis, acompañado por su verdugo, quien se ocupó de 272 personas. Se impusieron multas excesivas, pero los campesinos como clase no fueron exterminados; los nobles no podían permitirse destruir por completo a los cultivadores del suelo. Tampoco fue destruida su prosperidad, pues pudieron pagar sus multas, pero terminaron sus esperanzas de participar en la vida política de Alemania. Durante tres siglos se convirtieron en bueyes descornados.

Desgraciadamente, el enfurecido opúsculo de Lutero se atrasó en la imprenta y apareció justamente en el momento en que se hacía la carnicería de los campesinos. Él trató de contrarrestar el efecto con otro folleto en el que decía todavía que las orejas de los rebeldes debían ser abiertas con balas, pero no tenía la intención de negar misericordia a los cautivos. Todos los demonios, decía, en vez de abandonar a los campesinos y volver al infierno, habían entrado ahora en los vencedores, que simplemente estaban desahogando su venganza.

Pero este opúsculo pasó inadvertido, y esa frase de Lutero "aplantar, degollar y matar" le atrajo un baldón que nunca se olvidaría. Los campesinos le reprochaban ser un traidor a su causa, aunque los príncipes católicos nunca cesaron de acusarlo de ser responsable de toda la conflagración. En consecuencia, los campesinos tendieron a buscar su hogar religioso en el anabaptismo, aunque este punto no debe ser exagerado. La estructura agraria del movimiento anabaptista no es, de ningún modo, resultado enteramente de la Guerra de los Campesinos, sino mucho más de la persecución que pudo limpiar más fácilmente las ciudades que las granjas. Los campesinos tampoco se separaron en masa, y hacia el fin de la vida de Lutero su congregación consistía en gran parte de labradores de los alrededores de Wittenberg. Sin embargo, la posición de Lutero contribuyó al extrañamiento de los campesinos.

Al mismo tiempo, los príncipes católicos acusaban a Lutero de ser responsable de todo el estallido, acusación a la que daba visos de verdad la participación, del lado de los campesinos, de centenares de ministros luteranos, ya fuera voluntariamente u obligados. Los gobernantes de tierras católicas usaron desde entonces la mayor diligencia para excluir a los predicadores

evangélicos, y el persistente catolicismo de Baviera y Austria no data tanto de la Contrarreforma como de la Guerra de los Campesinos.

Pero el más perjudicado fue el propio espíritu de Lutero. Tenía miedo, no de Dios, ni del diablo, ni de sí mismo, sino del caos. El miedo lo hacía a veces duro y carente de discernimiento, dispuesto a aprobar la supresión de los inofensivos para que no se escondieran en ellos incipientes Tomás Müntzers.

De modo, pues, que la esfera de actividad de Lutero se veía constantemente disminuida. Los católicos, eclesiásticos o laicos, eran inexorables. Los suizos, las ciudades alemanas protestantes del Sur y los anabaptistas habían desarrollado formas divergentes. Hasta Wittenberg había experimentado movimientos insurgentes y bien podía no estar libre de nuevas infiltraciones de los sectarios. Pero en los sectores que quedaban, Lutero estaba resuelto a construir.

## Capítulo XVII LA ESCUELA DEL CARÁCTER

Desconcertado, rechazado, cercenado, restringido, Lutero hizo lo que pudo. El testimonio más impremeditado y dramático de sus principios fue su propio matrimonio. Si no podía reformar a toda la cristiandad, por lo menos podía establecer la rectoría protestante y así lo hizo. Él no había pensado en tal cosa, y cuando los monjes empezaron a casarse durante su estancia en el Wartburg, exclamó: "¡Cielos!, ¡no me darán a mí una esposa!" Después del acontecimiento dijo que si en Worms alguien le hubiera dicho que en seis años estaría casado, no lo hubiera creído.

Pero de su enseñanza surgió una situación práctica que le obligó a cambiar de opinión. No sólo los monjes sino también las monjas estaban abandonando los claustros. Algunas hermanas de una aldea vecina buscaron su consejo con respecto a lo que debían hacer toda vez que se habían vuelto evangélicas. Lutero tomó sobre sí la responsabilidad de arreglar su huida. Esto era audaz porque la abducción de monjas era una ofensa capital, y el duque Jorge exigía el cumplimiento de la pena. Federico el Sabio podría no ser tan severo, pero no gustaba de la violación abierta a la ley. Lutero logró clandestinamente la ayuda de un respetable burgués de Torgau, Leonardo Kopp, de setenta años, un mercader que de tiempo en tiempo entregaba barriles de arenques al convento. En la víspera de la Resurrección, en 1523, éste cargó en su carro cubierto a doce monjas como si fueran barriles vacíos. Tres de ellas volvieron a sus propios hogares. Las nueve restantes llegaron a Wittenberg. Un estudiante informaba a un amigo: "Acaba de llegar a la ciudad una carrada de vírgenes vestales, más deseosas de casarse que de vivir. Que Dios les conceda maridos, antes que les suceda algo peor."

Lutero se sintió responsable de encontrarles a todas ellas un hogar, un marido o alguna colocación. Un caso podía resolverse fácilmente casándose él con una. Como alguien se lo sugiriera, su comentario fue, el 30 de noviembre de 1524, que no tenía tales intenciones, no porque fuese una piedra sin sexo, ni porque fuera hostil al matrimonio, sino porque diariamente esperaba sufrir la muerte de un hereje. Cinco meses después Spalatin aparentemente había repetido la sugestión. Él le contestó:

*En cuanto a lo que escribís acerca de mi casamiento, no os sorprendáis de que no me case yo, que soy un amante tan famoso. Más sorprendente es que yo, que escribo tanto acerca del matrimonio y debo ocuparme de las mujeres, no me haya transformado en mujer ya hace mucho tiempo; mucho menos, que me case con una. Aunque si queréis mi ejemplo, lo tenéis en abundancia. Yo tenía tres mujeres a la vez y las he amado tanto que perdí dos, que se casaron con otros maridos. A la tercera apenas la mantengo con mi mano izquierda, y también ella seguramente me será quitada pronto. Pero vos sois el amante tímido que no osa casarse ni con una.*

La jocosa referencia a las tres esposas era, por supuesto, a las tres últimas monjas que esperaban ser colocadas.

### Catalina von Bora

Por fin todas fueron colocadas, menos una, Catalina von Bora. Dos años después de su huida se hallaba todavía en el servicio doméstico, en donde incidentalmente recibía una excelente educación, pero esperaba una solución mejor y había sido destinada a un joven patricio de Nuremberg, que estudiaba en Wittenberg. Al volver a su casa, su familia presumiblemente puso

objeciones a este casamiento. Catalina estaba desconsolada y pidió a Lutero que averiguara cómo estaban las cosas. El resultado fue que el joven de Nuremberg se casó con otra. Entonces Lutero le eligió cierto doctor Glatz, a quien debía aceptar sin condiciones. Pero la posición de Catalina era delicada. Ella bien sabía que todo el asunto había sido una prueba doble para Lutero porque había caído en medio de la Guerra de los Campesinos, y su caso había sido el más prolongado. En esos días de matrimonios tempranos, una joven de veintiséis años podía empezar a considerarse desahuciada. En su turbación, Catalina solicitó los buenos oficios de un visitante de Wittenberg, el doctor Amsdorf de Magdeburgo. ¿Sería tan amable de decirle a Lutero que no podía sufrir a Glatz? Pero ella no era irrazonable: se casaría con Amsdorf mismo o con el propio Lutero. Nombraba a estos dos posiblemente porque estaban fuera de cuestión, ya que habían pasado la edad acostumbrada para el matrimonio. Lutero tenía treinta y tres años.

Él no tomó en serio la sugestión hasta que fue a su hogar a visitar a sus padres. Lo que él probablemente relató como un gran chiste, su padre lo tomó como una proposición realista. Su deseo era que su hijo perpetuara su nombre. La sugestión empezó a hacerse plausible a Lutero por una razón muy distinta. Si iba a ser quemado en la hoguera dentro de un año, apenas si era la persona indicada para fundar una familia. Pero con el matrimonio podía a la vez dar una posición a Catalina y un testimonio de su fe. En mayo de 1525 insinuó que se casaría con ella antes de morir. Y a principios de junio, cuando Alberto de Maguncia contemplaba la posibilidad de secularizar su obispado según el ejemplo de su primo de Brandemburgo, Lutero escribió: "Si mi matrimonio ha de fortalecerlo, estoy dispuesto. Creo en el matrimonio y tengo la intención de casarme antes de morir, aun cuando sean unos esponsales como los de José." No fue un casamiento por amor. "No estoy infatuado —decía Lutero—, aunque tengo afecto a mi mujer." En otra oportunidad declaraba: "No cambiaría a Catalina por Francia o por Venecia, porque Dios me la ha dado a mí y otras mujeres tienen peores defectos." Resumiendo, daba tres razones para su matrimonio: complacer a su padre, provocar al papa y al demonio, y sellar su testimonio antes del martirio.

Una vez tomada la resolución, el matrimonio provocó rápidamente hirientes rumores y protestas. "Todos mis mejores amigos —decía Lutero— exclamaban: '¡Por el amor de Dios, con ésta no!'" Un jurista predijo que "el mundo y el demonio se reirían y que la obra de Lutero sería deshecha". Y, cosa curiosa, en esa ocasión Spalatin preguntó a Lutero qué pensaba de los noviazgos largos. Éste replicó: "No dejéis las cosas para mañana. Por demorarse, Aníbal perdió Roma. Por demorarse Esaú vendió su derecho de primogenitura. Cristo dijo: 'Me buscaréis y no me hallaréis.'" De modo que las Sagradas Escrituras, la experiencia y toda la creación atestiguan que los dones de Dios deben ser tomados al vuelo." Esto era el diez de junio. El trece Lutero se desposaba públicamente con Catalina von Bora y, a los ojos de la ley, era con ello ya un hombre casado. La ceremonia pública que siguió fue solamente una fiesta para anunciarlo.

Este fue el acontecimiento social. Fue fijado para el 27 y Lutero envió cartas de invitación. A Spalatin: "Debéis venir a mi boda. He hecho reír a los ángeles y llorar a los demonios." A otro: "Indudablemente os ha llegado el rumor de mi matrimonio. Apenas puedo creerlo yo mismo, pero los testigos son demasiado fuertes. La boda será el próximo jueves en presencia de mi padre y mi madre. Espero que podáis traer algunas piezas de caza y vengáis vos mismo." A Amsdorf, el mediador de Catalina: "El rumor de mi casamiento es cierto. No puedo negar a mi padre la esperanza de una progenie, y yo tengo que confirmar mis enseñanzas en un momento en que muchos son tímidos. Espero que vendréis." A un habitante de Nuremberg: "Mi opúsculo ha herido grandemente a los campesinos. Lo hubiera sentido si no hubiese sucedido así. Mientras yo estaba pensando en otras cosas, Dios me ha llevado repentinamente al matrimonio con Catalina. Os invito y os absuelvo de todo pensamiento de un regalo." A Leonardo Kopp, que

organizó la huida de las monjas: "Voy a casarme. Dios gusta de hacer milagros y burlarse del mundo. Debéis venir a la boda." Cosa singular, existe una segunda invitación a Kopp, cuya autenticidad pone en duda el editor de las cartas, en la edición de Weimer. Dice así: "Voy a casarme el jueves. Mi señora Catalina y yo os invitamos a enviar un barril de la mejor cerveza de Torgau, y si no es buena tendréis que bebería toda vos."

El día señalado, a las diez de la mañana, Lutero condujo a Catalina al son de las campanas por las calles de Wittenberg hasta la iglesia parroquial, en cuyo portal, a la vista de todo el pueblo, se celebró la ceremonia religiosa. Luego vino un banquete en el claustro agustino, y después del almuerzo un baile en el salón comunal. A la noche hubo otro banquete. A las once todos los invitados se despidieron, antes que los magistrados los enviaran a sus casas.

### Vida doméstica

El matrimonio trajo muchos cambios en el modo de vivir de Lutero. "Antes de casarme no tendía la cama en todo el año y se ponía maloliente por el sudor. Pero yo trabajaba tanto y estaba tan cansado, que me tumbaba en ella sin notarlo." Catalina limpió la casa. Había otros ajustes que hacer. "Hay muchas cosas a que irse acostumbrando en el primer año de matrimonio — reflexionaba Lutero—. Uno se despierta por la mañana y encuentra en la almohada un par de trenzas que antes no estaban allí." Pronto descubrió que el marido debe tomar en cuenta los deseos de su mujer. Los temores y lágrimas de Catalina le hicieron abstenerse de concurrir a la boda de Spalatin, en vista del peligro de violencia de parte de los campesinos en el camino. Si bien Martín se refería jocosamente a su mujer como a "mi costilla", ella le llamaba con igual frecuencia "mi señor". A veces hacía juegos de palabras con el diminutivo Katie y lo cambiaba en alemán por Kette, que significa "cadena".

El matrimonio también trajo nuevas responsabilidades económicas, porque ninguno de ellos contaba con un céntimo. La madre de Catalina había muerto cuando ella era niña. Su padre la había entregado a un convento y vuelto a casarse. No hizo nada por ella cuando se casó. Lutero poseía solamente sus libros y sus ropas. No tenía derecho a las entradas del claustro puesto que había abandonado el hábito. Nunca sacó un céntimo de sus libros y su estipendio en la universidad no era suficiente para un matrimonio. En 1526 instaló un torno y aprendió carpintería para, en caso de necesidad, poder sostener a su familia. Pero podemos dudar de que haya tomado nunca en serio este pensamiento. Su intención era entregarse exclusivamente al servicio de la Palabra y confiaba en que el Padre Celestial proveería. El ángel Gabriel debe de haber estado bastante ocupado en hacer sugerencias a los hombres de dinero que rodeaban a Lutero. El elector cedió el claustro agustino a Lutero y su esposa, dobló su salario y frecuentemente les enviaba piezas de caza, ropas y vino. Y el arzobispo de Maguncia, Alberto de Brandemburgo, obsequió a Katie veinte florines de oro que su marido no había querido recibir.

Si bien el matrimonio trajo nuevas responsabilidades a Lutero, éstas fueron mucho mayores para Catalina. Atender una casa para un marido tan imprevisor no era tarea ligera. Lutero daba con tanta prodigalidad, que Lucas Cranach, el artista y banquero, rehusó aceptarle una letra de cambio. El comentario de Lutero fue: "No creo que pueda ser yo acusado de tacañería." Era irritantemente jovial. "No me preocupo por las deudas —decía—, porque en cuanto Katie paga una viene otra." Ella lo vigilaba, y necesitaba hacerlo. En una carta dice a un amigo: "Os envío un vaso como regalo de bodas. P. D.: Katie lo ha escondido." En un punto su ayuda resultaba realmente útil: él se ocupaba del jardín, que producía lechuga, repollos, guisantes, habas, melones y pepinos. Katie cuidaba de la huerta que estaba detrás de la aldea y que les proveía de manzanas, uvas, peras, nueces y duraznos. También tenía un estanque donde



pescaban con red truchas, carpas, sollos y percas. Cuidaba también de las gallinas, patos, cerdos y vacas, y ella misma los mataba. Lutero da una idea de sus actividades en una carta de 1535: "Mi señora, Katie, os manda saludos. Cultiva nuestros campos y prados y vende vacas, etcétera (¿cuánto abarca este etcétera?). Mientras tanto ha empezado a leer la Biblia. Le he prometido 50 florines (¿de dónde esperaría conseguirlos?) si la termina para Pascua. Se ha empeñado en ello y ya está por el fin del quinto libro de Moisés." En años posteriores adquirió una granja en Zulsdorf, que Katie manejaba, pasando allí algunas semanas del año. Lutero le escribía en tales ocasiones: "A la rica señora de Zulsdorf, la señora del Dr. Lutero, quien vive en la carne en Wittenberg pero en espíritu en Zulsdorf", y otras veces: "A mi querida esposa Catalina, la señora del doctor Lutero, señora del mercado de cerdos, castellana de Zulsdorf y todo otro título que pueda convenir a tu Gracia."

Cuidar de él era más que tarea, ya que a menudo estaba enfermo. En uno u otro momento estaba sufriendo de gota, insomnio, catarro, hemorroides, constipación, cálculos, vértigo y zumbidos en los oídos como si tocaran todas las campanas de Halle, Leipzig, Erfurt y Wittenberg juntas. Katie era maestra en hierbas, emplastos y masajes. Su hijo Pablo, que llegó a ser médico, decía que su madre era medio médica. Cuidaba a Lutero del vino y le daba cerveza, que le servía como sedante para el insomnio y solvente para los cálculos. Y ella misma hacía fermentar la cerveza. Cuando estaba lejos del hogar, ¡cómo apreciaba Lutero sus cuidados! Después de un año de matrimonio escribía a un amigo: "Mi Katie es en todas las cosas tan amable y complaciente que no cambiaría mi pobreza por todas las riquezas de Creso." Le tributó el más alto homenaje cuando llamó a la Epístola de San Pablo a los Gálatas "Mi Catalina von Bora". Empezó a sentirse un poco preocupado por su devoción por ella: "Doy más crédito a Catalina que a Cristo, que ha hecho mucho más por mí."

### **Los hijos y las charlas de sobremesa**

Pronto Katie tuvo alguien más que Lutero en quien pensar. El 21 de octubre de 1525 Lutero confiaba a un amigo: "Mi Catalina está cumpliendo el Génesis 1:28." El 26 de mayo de 1526 escribía a otro: "Está por nacer un niño de una monja y un monje. Tal niño debe tener por padrino un gran señor. Por lo tanto, os invito. No puedo ser preciso en cuanto a la fecha." El 8 de junio volaron las nuevas: "Mi querida Katie ha traído al mundo ayer, a las dos, por la gracia de Dios, un hijito, Hans Lutero. Debo terminar. Katie me llama." Cuando estaban fajando al niño, Lutero decía: "Patalea, chiquillo. Eso mismo me hizo a mí el papa, pero yo me solté." La próxima anotación en el curriculum vitae de Hans es ésta: "Hans está cortando los dientes y empezando a convertirse en una alegre molestia. Estos son los goces del matrimonio de los cuales el papa no es digno." A la llegada de una hija, Lutero escribía a la futura madrina: "Querida señora: Dios ha hecho nacer de mí y mi esposa Catalina una pequeña pagana. Espero que queráis convertirlos en su madre espiritual y ayudarnos a hacer de ella una cristiana." En total tuvo seis hijos. Sus nombres y fechas de nacimiento son los siguientes: Hans, 7 de junio de 1526; Elizabeth, 10 de diciembre de 1527; Magdalena, 17 de diciembre de 1529; Martín, 9 de noviembre de 1531; Pablo, 28 de enero de 1533; Margarita, 17 de diciembre de 1534.

Y además de los niños estaban todos aquellos a quienes Lutero protegía. La misma noche de la boda, cuando los huéspedes se hubieron retirado a las once de la noche, apareció otro huésped, desconocido del magistrado. Era Carlstadt, que huía de la Guerra de los Campesinos y pedía amparo. Y Lutero, que tanto había hecho por hacerlo salir de Sajonia, lo llevó a su propio hogar en la noche de sus bodas. Carlstadt, por supuesto, no se quedó indefinidamente, pero llegaron otros. Y como el claustro era grande y adecuado para un hospital, también llevaban

enfermos. Además, los Lutero criaron a cuatro huérfanos, hijos de parientes, aparte de los seis suyos. Para aumentar un poco sus recursos habían acudido a un método difundido en familias de profesionales: el abrir una pensión para estudiantes. La familia constaba así de veinticinco miembros.

Por supuesto, Katie no podía hacer todo el trabajo de tal establecimiento. Había sirvientes y sirvientas, pero ella tenía que vigilar todo. Tal vez lo más duro de su situación, sin embargo, era que inevitablemente la oscurecía su famoso marido. Ella lo esperaba y no se resentía por ello. Siempre lo llamaba Doctor y usaba la forma de cortesía Sie (usted) más que el familiar Du (tú). Sin embargo, a veces debe de haberse sentido un poco molesta porque él era en todo momento el centro de la conversación.

Pero no era del todo falta suya. Los estudiantes pensionistas consideraban la hora de la comida como una oportunidad para continuar su educación y se sentaban a la mesa con sus cuadernos, para registrar cada pepita y cada terrón que salía de la voluble boca de Lutero. Katie pensaba que él debía haberles cobrado por eso. Lutero mismo se irritaba a veces, aunque nunca puso punto final a esta situación. En un sentido él era responsable por adelantarse a las candilejas. Tanto hablaba acerca de sus encuentros con Satanás, que el no haberlos experimentado hacía a los demás sentirse colocados en una categoría inferior. Pero Katie no se iba a dejar eclipsar. Un día se levantó de la mesa, se retiró a su habitación, se desvaneció, y más tarde informó que había sufrido multa perniciosa y lo anunció en latín. Desde entonces Katie subió de categoría.

Las Charlas de sobremesa de Lutero merecen ser mencionadas aunque más no sea por su gran volumen. Hay 6.596 anotaciones, y es una de sus obras mejor conocida porque sus estudiantes, después de su muerte, compilaron, clasificaron y produjeron un volumen manuable adornado con un grabado de Lutero sentado a la mesa con su familia. La clasificación oscurece la lozana profusión y la imprevisible variedad del original. Lutero se ocupaba de todo, desde la inefable majestad de Dios omnipotente hasta las ranas del Elba. Cerdos, papas, embarazo, política y proverbios se codean. Algunos ejemplos tomados al azar pueden dar una leve idea:

*Los monjes son las pulgas que el diablo pone en la capa de piel de Nuestro Señor.*

*Preguntado por qué escribía con tanta violencia, Lutero contestó: Una vara de sauce puede ser cortada con un cuchillo, pero un roble duro exige un hacha bien afilada.*

*Dios se vale de la sensualidad para incitar a los hombres al matrimonio, de la ambición para incitarlos a los cargos públicos, de la avaricia para incitarlos al trabajo, del temor para incitarlos a la fe.*

*El papa no ha dejado nada sin prohibir en cuanto al cuerpo y alma del hombre, excepto (con perdón sea dicho) el trasero.*

*La imprenta es el último y supremo don de Dios, por el cual quiere divulgar la verdadera religión en todo el mundo.*

*Soy un sostén del papa; después de mi muerte lo va a pasar peor.*

*A los pájaros les falta fe; porque ellos no creen que de todo corazón les permito vivir en mi huerto; del mismo modo no creemos que Dios tiene las mejores intenciones para con nosotros.*

*En un grabado en madera en el frontispicio de una obra de Cochlaeus, el adversario de Lutero, se veía a Lutero representado con siete cabezas. Mientras Lutero se lamentaba de que las siete cabezas no valieran un solo cuello, el joven Joaquín de Brandemburgo opinaba: "Si el doctor Lutero tiene siete cabezas será invencible, porque ni siquiera pudieron vencerlo teniendo una sola."*

*Según la opinión de muchos, el mundo existirá seis mil años. En ese caso quedarían ahora, en 1532, aún 400 años. Pero Dios empieza a meter ruido; por eso es de esperar que va a reducir el tiempo. Pues los últimos diez años parecen ser un siglo entero.*

*Lutero jugueteando con su perro dijo: "Un perro es el animal más fiel y sería más apreciado si no fuera tan común. Dios Nuestro Señor ha hecho de los dones más grandes los más comunes."*

*Un melancólico de repente pretendía ser un gallo y se paseaba cacareando. El médico dijo que a él le pasaba lo mismo y lo acompañó cacareando varios días. Pero entonces exclamó que ambos se habían transformado de nuevo en hombres. Y dio resultado.*

*Alemania es el cerdo del papa, que lo alimentó con orujos. Ahora tenemos que darle abundantemente tocino y salchichas. ¡Cuántas mentiras hay acerca de las reliquias de los santos! Algunos pretenden poseer una pluma del arcángel San Miguel. El obispo de Maguncia se vanagloria de poseer una llama de la zarza ardiente de Moisés. ¿Cómo pueden estar enterrados en Alemania dieciocho apóstoles si Cristo sólo tuvo doce?*

*Muchas veces he reflexionado sobre esto, sin llegar a saber en qué vamos a pasar el tiempo en la vida eterna, pues allá no hay cambio, trabajo, comida, bebida ni ocupaciones. Pero supongo que debe de haber mucho para mirar. Entonces Melancton dijo con acierto: "Señor, muéstranos al Padre y nos basta" (Juan, 14:8). Esto será nuestro objeto agradable, esto nos dará bastante que hacer.*

*El arca de Noé tenía 300 varas de largo, 50 de ancho y 30 de alto. La historia es maravillosa e increíble si no estuviera en las Sagradas Escrituras. Yo hubiera muerto en la nave. Era oscura, sólo tres veces el tamaño de mi casa y llena de animales.*

*Los médicos quieren transformarme en estrella fija. Pero soy un planeta y sin regla.*

*Un obispo húngaro, en la guerra contra los turcos, alentaba a los soldados diciendo que quien se quedara en el sitio comería con Cristo en el cielo. Pero él mismo se escapó y un soldado dijo: "Tendrá hoy día de ayuno."*

*Una vez que llovía, dijo Lutero: "Agradecemos a Dios Nuestro Señor pues ahora nos da muchos cientos de miles de florines en valores. Ahora está lloviendo centeno, trigo, cebada, vino, repollos, cebollas, hierbas y leche. Todo esto lo tenemos por nada. Además Él nos regala su querido Hijo y el Espíritu Santo, a quien hemos de crucificar y profanar.*

*Yo soy hijo de un campesino; mi bisabuelo, abuelo y padre han sido verdaderos campesinos. Mi padre quería hacer de mí un burgomaestre. Él se fue a Mansfeld y se hizo minero. Yo me hice bachiller y maestro en artes. Luego me quité el birrete pardo y me hice monje, lo cual disgustó a mi padre. Luego me fui a los cabellos con el papa y me casé con una monja apóstata. ¿Quién hubiera podido leer todo esto en las estrellas?*

Esta selección habla suficientemente por sí misma, pero cabe una palabra de comentario con respecto a la vulgaridad de Lutero, porque a menudo se lo presenta como un grosero desordenado y como ejemplo se citan las Charlas de sobremesa. No cabe duda de que no era melindroso, como no lo era la gente de sus días. La vida misma apestaba. No se podía caminar por Wittenberg sin tropezar con los olores de las pocilgas, la bazofia y matadero. Y aun los más elegantes no eran reticentes con los hechos de la experiencia diaria. Preguntada Katie sobre la congregación un día que Lutero no había podido asistir, replicó: "La iglesia estaba tan llena que

apestaba." "Sí —dijo Lutero—, tenían bosta en las botas." Erasmo no vaciló en componer un coloquio en el que el carnicero y el pescadero celebran las cosas desagradables de sus respectivas mercancías. Lutero se deleitaba menos que muchos de los literatos de su época en las groserías, pero, si se lo proponía, se distinguía en ello como en cualquier otro sector del discurso. El volumen de grosería en su producción totales, sin embargo, pequeño. Sus detractores han tamizado de la pechblenda de sus noventa tomos unas pocas páginas de vulgaridad radiactiva. Pero hay volúmenes enteros que no contienen nada más ofensivo que una cita del apóstol Pablo, quien "lo había perdido todo" y lo consideraba como estiércol, por ganar a Cristo.

En este punto caben unas palabras acerca de lo que Lutero bebía. Bebía como una esponja y hasta cierto punto se enorgullecía de su capacidad. Tenía un cubilete alrededor del cual había tres anillos. Decía que el primero representaba los Diez Mandamientos, el segundo el Credo de los Apóstoles y el tercero el Padrenuestro. Lutero se divertía enormemente porque era capaz de vaciar el vaso de vino hasta el Padrenuestro, mientras que su amigo Agrícola no podía ir más allá de los Diez Mandamientos. Pero no se sabe que Lutero haya pasado nunca, con la bebida, de un mero estado de hilaridad.

### **Puntos de vista sobre el matrimonio**

Pero volvamos al matrimonio. Los Lutero, que se casaron a fin de testimoniar su fe, en realidad fundaron un verdadero hogar e hicieron más que cualquier otra persona para determinar el tono de las relaciones domésticas alemanas en los cuatro siglos siguientes. Podemos convenientemente considerar sus puntos de vista acerca del matrimonio. Aquí, como en todo lo demás, Lutero seguía los pasos de Pablo y Agustín. Su posición con respecto al matrimonio estaba enteramente teñida de patriarcalismo. Según Lutero, el hombre es la cabeza de la mujer porque fue creado primero. Ella le debe no sólo amor, sino también honra y obediencia. Él debe gobernarla con suavidad, pero es él quien gobierna. Ella tiene su propia esfera y puede hacer más con los hijos con un dedo que él con dos puños. Pero debe confinarse a su esfera. Si bien Lutero no decía que los hijos, la iglesia y la cocina son los territorios de la mujer, sí decía que las mujeres habían sido creadas con caderas anchas para que pudieran quedarse en su casa y sentarse sobre ellas. Los hijos están sujetos a los padres y especialmente al padre, quien ejerce en la familia la misma clase de autoridad que el magistrado en el Estado. La falta de respeto hacia los padres es una falta a los Diez Mandamientos. En una oportunidad Lutero se rehusó a perdonar a su hijo durante tres días, aunque el muchacho rogó su perdón y Katie y otros intercedieron. El problema residía en que el muchacho, al desobedecer al padre, había ofendido la majestad de Dios. Si Lutero hubiera podido abandonar a Dios de vez en cuando hubiera sido más humano. Pero debe recordarse que a su juicio la manzana debía estar siempre al lado de la vara.

Lutero colocó toda la institución del matrimonio dentro del marco de las relaciones familiares. No dejó lugar para el ejercicio de un individualismo sin freno. Los casamientos debían ser hechos por las familias, y aunque los padres no debían forzar a sus hijos a uniones repulsivas, los hijos a su vez no debían, por infatuaciones, resistirse a elecciones razonables de parte de sus mayores. Todo este cuadro era sacado directamente de la Edad Media, en donde el sacramentalismo católico y la sociedad agraria tendían a hacer del matrimonio una institución para la perpetuación de la familia y la preservación de las propiedades. La revolución romántica de las Cortes de Amor en Francia fue al principio extra-matrimonial, y la combinación de amor y matrimonio se efectuó solamente durante el Renacimiento.

Lutero era completamente extraño a estas corrientes. Su ideal era Rebeca, que aceptó al compañero elegido por la familia. Jacob era reprehensible ante sus ojos porque después de recibir a

Lía, que le diera hijos, sufrió otros siete años simplemente encaprichado por la bonita cara de Raquel. Lutero se alegraba, sin embargo, de esta caída porque ello probaba que había sido salvado por la fe y no por las obras. Pero si bien a este respecto Lutero seguía los conceptos de la Edad Media, en otros puntos rompía con ellos, y especialmente en el rechazo de la virginidad como ideal. Con esto se abría el camino para dar un tinte romántico y refinado al matrimonio. Pero su efecto inmediato fue más bien lo contrario. En las primeras polémicas de Lutero el matrimonio era reducido al más elemental nivel físico, a fin de rechazar interferencias eclesiásticas. Lutero insistía en que el intercambio sexual es tan necesario e inevitable como beber y comer. Los que no están dotados de castidad deben encontrar satisfacción a esa necesidad. Rechazarlos es preferir la fornicación al matrimonio. Pero al interpretar estas palabras debemos tener cuidado. Lutero no quería decir realmente que la castidad externa es imposible, sino simplemente que sin la satisfacción sexual muchos serán atormentados por el deseo, y por esta razón el matrimonio es un estado más puro que el monasticismo. Sin embargo, los opúsculos de controversia, hasta 1525, no cuidaron de evitar la impresión de que el único objeto del matrimonio es servir de remedio al pecado. Pero después de su propia boda cambió de acento y empezó a describir el matrimonio como una escuela para el carácter. En este sentido desplaza al monasterio, que había sido considerado por la Iglesia como el terreno formador de la virtud y el camino más seguro para llegar al cielo. Lutero, al rechazar todo lo que fuera ganarse la salvación, no excluía el ejercicio de la fortaleza, la paciencia, la caridad y la humildad. La vida familiar es agotadora. El jefe de la casa tiene la preocupación de toda la vida por el sustento diario. La esposa tiene la carga de los hijos. Durante el embarazo sufre vértigos, dolores de cabeza, náuseas, dolores de muelas e hinchazón de las piernas. En el parto el marido puede consolarla diciéndole: "Piensa, querida Greta, aun tú eres una mujer, que tu obra es agradable a Dios. Regocíjate en su voluntad. Echa al mundo al niño. Si mueres, habrá sido por una obra noble y en obediencia a Dios. Si no fueras mujer, desearías serlo para poder sufrir y morir en una obra tan preciosa y noble de Dios. La crianza de los niños es una prueba para ambos padres. A uno de los suyos decía Lutero: "Hijo, ¿qué has hecho para que yo te ame tanto? Has perturbado a toda la familia con tus chillidos." Y cuando un chiquitín lloraba durante una hora y los padres no sabían qué hacer, observaba: "Estas son las cosas que han hecho que los padres de la Iglesia difamen el matrimonio. Pero Dios antes del último día ha devuelto al matrimonio y la magistratura su debida estimación." La madre, por supuesto, es quien tiene que luchar con todo esto, pero a veces el padre tiene que colgar los pañales, para diversión de los vecinos. "Dejadlos que se rían. Dios y los ángeles sonríen en el cielo."

Es claro que hay muchos disgustos entre los casados. "¡Santo Dios! —exclamaba Lutero—. ¡Cuántas molestias hay en el matrimonio! Adán ha hecho un lío con nuestra naturaleza. Pensad en todas las riñas que Adán y Eva deben de haber tenido en sus novecientos años. Eva le diría: Tú comiste la manzana.' Y Adán replicaría: 'Tú me la diste.'"

Una vez, en la mesa, Lutero estaba explayándose a gusto, respondiendo a las preguntas de los estudiantes. En una pausa, Katie le interrumpió: "Doctor, ¿por qué no dejáis de conversar y coméis?"

—Desearía —estalló Lutero— que las mujeres repitieran el Padrenuestro antes de abrir la boca.

Los estudiantes trataron de hacerle volver al tema, pero por esa comida ya estaba fuera de combate.

En una oportunidad, Katie bien hubiera podido devolverle el cumplido. Una vez que ella rezaba en voz alta pidiendo lluvia, Lutero exclamó: "Sí, ¿por qué no, Señor? Hemos perseguido tu Palabra y matado a tus santos. Somos muy dignos de tus mercedes."

Parte de la dificultad estaba en que el ritmo del trabajo y descanso no coincidía para Lutero y su mujer. Después de todo un día de trajín con niños, animales y sirvientes, ella deseaba conversar con un igual; y él, después de predicar cuatro veces, dar clase y conversar con estudiantes en las comidas, deseaba dejarse caer en una silla y sumergirse en un libro. Entonces Katie empezaba: "Señor Doctor, ¿el primer ministro de Prusia es el hermano del duque?"

—Toda mi vida es paciencia —decía Lutero—. Tengo que tener paciencia con el papa, los herejes, mi familia y Katie. —Pero admitía que eso le hacía bien.

Tampoco debe suponerse ni por un momento que excluyera el amor del matrimonio. Por supuesto que el cristiano debe amar a su mujer, decía Lutero. Está obligado a amar a su prójimo como a sí mismo, y su esposa es su prójimo más cercano. Por lo tanto ella debe ser su más querido amigo. Y Lutero firmaba así para Katie: Der lieb und treu (tu amado y fiel) La mayor gracia de Dios es cuando el amor persiste en el matrimonio. "Él primer amor es ebriedad. Cuando pasa la intoxicación, viene el verdadero amor matrimonial." La pareja debe estudiar todos los modos de ser agradable uno al otro. En los tiempos antiguos se daba a la novia este sano consejo: "Querida, haz que tu marido se alegre de cruzar tu umbral por la noche", y al novio: "Haz que tu mujer sienta el tener que dejarte ir." "La vida más querida es vivir en paz y unidad con esposa piadosa, voluntaria y obediente." "La unión de la carne no hace nada. Debe haber también unión de costumbres y espíritu." "Katie, tienes un marido que te ama. Deja que otra sea emperatriz."

Estando Kaite enferma, Lutero exclamaba: "¡Oh, Katie, no mueras y me abandones!"

Cuando él estuvo enfermo y pensaba que iba a morir, dijo, volviéndose a su mujer: "Mi queridísima Katie, SÍ esta es la voluntad de Dios, la aceptaré. Tú eres mía. Debes quedar segura de ello y mantenerte unida a la palabra de Dios. Deseaba escribir otro libro sobre el bautismo, pero se cumplirá la voluntad de Dios. Que Él cuide de ti y de Hans."

Katie respondió: "Mi querido doctor, si es la voluntad de Dios preferiría teneros con Nuestro Señor que aquí. Pero no estoy pensando en mí ni en Hans. ¡Hay tantas personas que os necesitan! Pero no os preocupéis por nosotros. Dios cuidará de nosotros."

### Consuelos del hogar

Lutero gozaba por completo de su hogar. Una vez su colega Jonas observó que él veía la bendición de Dios en los frutos, y que por esa razón había colgado una rama de cerezo sobre su mesa. Lutero le dijo: "¿Por qué no pensáis en vuestros hijos? Están frente a vos todo el tiempo y aprenderéis de ellos más que de una rama de cerezo." Pero no era sentimentalismo lo que Lutero esperaba que aprendiera. "¡Oh Dios amado! ¡Cómo debe de haber amado Adán a Caín y, sin embargo, éste se convirtió en el asesino de su hermano!" Mirando a su familia en 1538 observaba: "Cristo dijo que debíamos volvernos como niños para entrar en el reino de los cielos. Dios querido, esto es demasiado. ¿Tenemos que convertirnos en tales idiotas?" Uno se pregunta si los niños alguna vez pensaron en preguntarse quién era el idiota, cuando Lutero cortó los pantalones de Hans para remendar los suyos. Sin embargo, ¿qué hijo no perdonaría de todo corazón a un padre que le escribiera una carta como ésta? El 22 de agosto de 1530 Lutero le escribía a Hans, que entonces tenía cuatro años:

Queridísimo hijo:

*Me alegra saber que aprendes bien y oras mucho. Continúa así, mi muchacho, y cuando yo vuelva a casa te llevaré de la feria un lindo regalo.*

*Conozco un jardín hermoso y alegre. En él se pasean muchos niños vestidos con trajes dorados y recogen lindas manzanas, peras, cerezas y ciruelas; debajo de los árboles cantan, saltan y están alegres. También tienen caballitos hermosos con riendas de oro y sillas de plata. Y cuando le pregunté al hombre al que pertenece el jardín quiénes eran esos niños, me contestó: "Son los niños a quienes les gusta rezar y estudiar y que son buenos." Le dije: "Buen hombre, yo también tengo un hijo, y su nombre es Hans Lutero. ¿No podría él también venir a este jardín y comer manzanas rosadas y peras y cabalgar en un hermoso caballito y jugar con estos niños?" Y el hombre dijo: "Si le gusta rezar y aprender y ser bueno, él también puede venir al jardín, y también Felipe y Justo [los hijos de Melancton y Jonas]; cuando todos vengan tendrán pifanos de oro y tambores y hermosas ballestas de plata." Y me mostró una pradera hermosa preparada para el baile. Pero era temprano y los niños no habían tomado todavía su desayuno, de modo que no pude esperar el baile. Y le dije al hombre: "Me iré en seguida y le escribiré todo esto a mi querido hijo Hans para que trabaje mucho, ore bien y sea bueno, para que él también pueda venir a este jardín. Pero tiene una tía Lena a quien querrá traer también." "Está muy bien —me contestó—, vete y escríbele todo esto."*

*De modo, pues, mi querido Hans, que debes estudiar y rezar mucho y decirles a Felipe y Justo que también lo hagan, a fin de que todos juntos puedan venir al jardín. Con esto te encomiendo a Dios. Da mis mejores recuerdos a la tía Lena y dale un beso en mi nombre.*

*Tu amante padre*

Martín Lutero

Lutero gozaba en las festividades familiares y muy bien puede haber compuesto para Hans y Lenchen el espectáculo de Navidad Vom Himmel Hoch con su deliciosa e infantil cualidad. Igualmente encantador es este breve villancico:

*Nuestro pequeño Señor, te alabamos Por haberte dignado tomar nuestro camino.  
Nacido de una doncella serás un hombre Y todos los ángeles cantan a ti.  
El Hijo del Eterno Padre yace  
Acunado en un pesebre de heno.  
El eterno Dios se aparece  
En nuestra frágil carne y sangre y lágrima.  
Lo que el globo no puede envolver  
Abrigado yace en el regazo de María.  
Apenas un infante, muy pequeñín,  
Y, sin embargo, Señor de todo el mundo es El.*

Cuando Magdalena tenía catorce años, yacía en su lecho de muerte. Lutero oraba: "¡Oh Dios, la amo tanto! Pero hágase tu voluntad." Y volviéndose a ella: "Magdalenchen, mi pequeña, te gustaría estar con tu padre aquí, ¿pero te alegrarás de ir a tu Padre en el cielo?"

Y ella dijo: "Sí, querido padre, como Dios quiera." Y Lutero se reprochaba porque Dios lo había bendecido como ningún obispo lo había sido en mil años, y sin embargo no podía encontrar en su corazón cómo dar gracias a Dios por ello. Katie estaba afuera, vencida por el dolor, y Lutero sostuvo a su hija en brazos mientras moría. Cuando fue enterrada dijo: "Du, liebes Lenichen, te levantarás y brillarás como las estrellas y el sol. ¡Qué extraño es saber que ella está en paz y que todo está bien, y, sin embargo, estar tan triste!"

## Capítulo XVIII LA IGLESIA TERRITORIAL

Por más restringida que estuviera la actividad de Lutero por las deserciones, logró fundar una Iglesia. Una febril actividad misionera habría de ganar gran parte del Norte de Alemania para la Reforma en una década. Este éxito se logró a través de una ola de propaganda inigualada hasta ese momento y jamás repetida precisamente en la misma forma. Las principales armas fueron el opúsculo y los grabados. El número de panfletos aparecidos en Alemania en los cuatro años que van de 1521 a 1524 excede en cantidad a cualesquiera otros cuatro años de la historia alemana hasta el presente. Esto no quiere decir, por supuesto, que hubiera más material de lectura que después de la introducción de diarios y periódicos, sino que los opúsculos eran más numerosos. En todo esto tomó la dirección Lutero, quien escribió él mismo centenares de panfletos en lengua vernácula; pero una vasta cohorte le ayudaba y los impresores que publicaron este material tan discutido eran una intrépida progenie que arriesgaba su posición y su vida. La cohesión y la destreza de este movimiento subterráneo se demuestra claramente en el caso de una imprenta que publicó, sin pie de imprenta, un ataque contra el obispo de Constanza por tolerar e imponer tributos a los bastardos de los sacerdotes. A esta imprenta pueden ser atribuidos, por el papel y el tipo, otros doscientos trabajos, cuya identidad, sin embargo, no ha podido ser descubierta nunca. Los católicos, por supuesto, se vengaban con la misma moneda, pero de ningún modo en igual volumen.

### Difusión de la Reforma

Un breve vistazo al contenido de los panfletos revela al mismo tiempo los métodos y la elección de los temas para difusión popular. Todos los abusos externos de la Iglesia Romana eran fáciles de satirizar. El tema familiar del contraste entre Cristo y el papa era explotado al máximo. En un pasquín se le hace decir a Cristo: "No tengo dónde apoyar mi cabeza." El papa comenta: "Sicilia es mía. Córcega es mía. Asís es mía. Perugia es mía." Cristo: "El que cree y es bautizado se salvará." El papa: "El que contribuye y recibe indulgencias será absuelto." Y las bien conocidas palabras de Jesús a Pedro: "Apacienta mis ovejas." El papa: "Yo esquiló a las mías." Cristo: "Mete tu espada en la vaina." El papa: "El papa Julio mató a seiscientos en un día." En un cartel el papa, con armadura y montado en un caballo de guerra, acompañado por un demonio, deja caer su lanza al ver a Cristo en un asno llevando una gran cruz.

El monasticismo, las imágenes y la magia eran motivo de muchas burlas. "Tres pinzones en una pajarera alaban a Dios más gozosamente que cien monjes en un claustro." Un panfletista describe una imagen de la virgen con la cabeza hueca y agujeros de aguja en los ojos, a través de los cuales podía hacerse salir agua para que pareciera que lloraba. Una madre católica de Suabia había enviado a su hijo, que estudiaba en Wittenberg, un pequeño cordero de cera con las palabras *Agnus Dei* para que lo usara como amuleto. La respuesta a su madre fue publicada en 1523:

*Querida madre:*

*No os preocupéis por mí, por el doctor Lutero ni por los de Wittenberg. Espero en Dios estar más seguro aquí que en Suabia en estos tiempos. Me habéis enviado una figurita de cera, anunciándome su poder para preservarme de tiros, estocadas, golpes, caídas y toda suerte de males semejantes. Os agradezco sinceramente; veo en ello vuestro corazón maternal y vuestro gran amor hacia mí. Pero me será de poca utilidad pues no*



*puedo creer ni creeré que esta figura de cera sea más noble o mejor que otra cera. Creo que me ayudará poco y no arriesgaré mi fe, pues procedería mal y obraría contra la Sagrada Palabra de Dios que me enseña a poner mi confianza y esperanza sólo en Cristo. Él me protegerá contra todo peligro, no sólo contra el que venga de los seres humanos, sino también en contra del diablo. Os devuelvo adjunta, pues, la figurita de cera, porque no sé usarla. Pero la probaré en esta carta, pues la sellaré con ella.*

Los opúsculos no olvidaban ensalzar a Lutero. En uno de los panfletos, un campesino, al encontrarse con una figura resplandeciente, pregunta si es Dios. "No —es la respuesta—. Soy un pescador de hombres llamado Pedro, y acabo de llegar de Wittenberg donde ha placido a Dios levantar a mi compañero de apostolado, Martín Lutero, para decir al pueblo la verdad de que nunca fui obispo de Roma, ni fui nunca un chupasangre del pobre, porque no tuve plata ni oro."

Se invoca al diablo en apoyo de ambos bandos. Una caricatura católica lo muestra murmurando al oído de su confidente, Martín Lutero. Por otro lado un grabado de la Reforma presenta a Lutero en su pupitre mientras el diablo entra con una carta que dice:

*Nos, Lucifer, señor y dueño de las tinieblas eternas, poderoso gobernante y soberano de todo el mundo, os trasmitimos a vos, Martín Lutero, nuestra ira y desagrado. Nuestros queridos fieles, los legados de nuestro lugarteniente en Roma, Lorenzo Campeggio y Matías Lang de Salzburgo, ambos cardenales, nos han hecho saber cuan vehementemente escribís y predicáis en perjuicio de ellos y en oposición a nosotros. Sacáis la Biblia que por nuestro mandato y orden ha sido poco usada durante siglos. Incitáis a frailes y monjas a escaparse de los monasterios, donde hasta ahora nos habían honrado con sus pecados. Por eso os anunciamos a vos y a vuestros partidarios discordia, enemistad, reto y repudio, en nombre nuestro, de nuestro papa, nuestros cardenales, obispos y los demás servidores y secretarios. También hemos de proceder por eso cruelmente contra vos y vuestra gente y vuestro séquito con incendios, decapitación, ahogo, robo de vidas y bienes vuestros y de vuestros hijos de cualquier modo que podamos o se nos antoje hacerlo. Habernos guardado con ello nuestro honor satánico de la mejor manera posible, y de acuerdo con las reglas del arte de la guerra.*

*Dado en nuestra Ciudad de la Eterna Perdición el último día del mes de setiembre de 1524.*

El drama reforzó el opúsculo. Una obra de teatro presentaba una conspiración para derrocar el reino de Cristo a través de la erección del papado, con tal éxito, que Satanás invitaba al papa y sus satélites a un banquete. Cuando estaban saciados de príncipes asados y salsas hechas con la sangre de los pobres, entraba un mensajero con la noticia de que en Wittenberg se estaba predicando la justificación por la fe. El infierno se sumía en la confusión y Cristo vencía.

Estos ejemplos ilustran los ataques a los abusos de Roma. La enseñanza positiva de Lutero era menos gráfica y más difícil de popularizar; pero Hans Sachs, el zapatero poeta de Nuremberg, compuso unas coplas no del todo malas sobre Lutero, "El Ruiseñor de Wittenberg":

*Enseña Lutero que nosotros todos  
Estamos envueltos en la caída de Adán.  
Si el hombre se contempla por dentro  
Siente la herida y azote del pecado.  
Cuando el temor, la desesperación y el terror lo invaden*

*Contrito cae sobre sus rodillas.  
Entonces rompe para él la luz del día,  
Entonces el Evangelio puede obrar.  
Entonces ve a Cristo, de Dios el Hijo,  
Quien todas las cosas por nosotros hizo.  
Cumplida la ley, la deuda está paga,  
La muerte vencida, el castigo mitigado,  
El infierno destruido, el demonio atado,  
De Dios la gracia para nosotros adquirida  
Tal como San Juan nos lo enseñara:  
Cristo el cordero es de Dios  
Que por fe en él quita del mundo el pecado.*

Mediante resúmenes tan simples, la enseñanza de Lutero era llevada al hombre común en todas las esferas de la vida. Cuando le reprochaba a Lutero por apelar a los laicos, uno de los panfletistas replicaba:

*Estudiantes locos, desatinados, ¡escuchad! Os digo que hay ahora en Nuremberg, en Augsburgo, en Ulm, en Suiza, a las orillas del Rin y en Sajonia mujeres, doncellas, estudiantes, peones, artesanos, sastres, zapateros, panaderos, toneleros, jinetes, caballeros, nobles y príncipes como los duques de Sajonia, que saben más acerca de la Biblia que todas las universidades, aun las de París y Colonia, y todos los papistas del mundo.*

### **Problemas prácticos de la Iglesia**

Pero esta misma difusión del Evangelio planteó muchos problemas prácticos acerca de la organización de la Iglesia. Las ideas de Lutero sobre este asunto nunca habían sido aclaradas. La verdadera Iglesia era para él siempre la Iglesia de los redimidos, conocida solamente por Dios, manifiesta aquí y allá en la tierra, pequeña, perseguida y a menudo escondida, siempre diseminada y unida solamente por los lazos del espíritu. Tal idea apenas si podía dar como resultado otra cosa que una hermandad mística carente de toda forma concreta. Esto es lo que Lutero quería significar con el reino de Cristo. No pretendía que pudiera ser convertida en realidad, pero no estaba preparado para desentenderse de la Iglesia organizada. La otra posibilidad era reunir a todas las almas ardientes que pudieran reunirse en una localidad particular, y Lutero estuvo cerca de formar una asociación así, en 1522, cuando indicó a aquellos que desearan la comunión en ambas formas que la recibieran aparte del resto. Después que esta comunión se convirtió en la práctica común, todavía deseaba reunir a los verdaderos creyentes en una hermandad íntima, pero no al precio de abandonar la iglesia que comprendía a toda la comunidad. Más bien quería formar una célula dentro de la estructura de un cuerpo más amplio. Pero las dificultades prácticas eran, a su juicio, insuperables, y hacia 1526 declaraba que su sueño era imposible. En este punto se equivocaba, pues los anabaptistas lograron éxito, aunque para lograrlo tuvieron que romper abiertamente con la iglesia territorial. El dilema de Lutero era que quería a la vez una iglesia confesional basada en la fe y experiencia personal y una iglesia territorial que comprendiera a todos los de una localidad dada. Si se le hubiera forzado a elegir, se hubiera decidido por las masas, y en esta dirección se movió.

El hacer esto requería algunos esfuerzos en el sentido de la organización. Hacia 1527 todo el electorado de Sajonia podía ser considerado como evangélico. En muchos puntos el abandono de las antiguas costumbres había producido confusión. Especialmente en lo referente a las propiedades y finanzas eclesiásticas. Los claustros habían sido abandonados. ¿Qué sería, entonces, de sus rentas y entradas? Los donantes en algunos casos habían muerto hacía siglos y sus herederos escapaban a toda identificación. Las tierras corrían peligro de ser expropiadas por vecinos poderosos, y las rentas eran siempre negadas porque los campesinos no estaban dispuestos a entregar el producto una vez que su objeto había sido alterado. En segundo lugar, las reformas litúrgicas habían engendrado el caos, porque Lutero era contrario a la uniformidad. Cada aldea, y aun cada iglesia, tenía su propia variedad. Pronto dentro de la misma ciudad las diversas iglesias mostraron diversidad, y hasta una misma iglesia podía variar en su práctica. Para aquellos cuyo sentido de seguridad religiosa dependía del uso consagrado, tal variedad e imprevisibilidad eran verdaderamente perturbadoras. Lutero empezó a sentir que debía establecerse alguna uniformidad, por lo menos dentro de los límites de cada ciudad.

Pero lo peor era que las diferencias doctrinarias ponían en peligro la paz pública. Quedaban restos de catolicismo y se estaban infiltrando el zwinglianismo y el anabaptismo. El estado de ánimo público era tal que se producían rivalidades positivas. Para Lutero no veía otra solución que establecer que en una localidad dada fuera observada públicamente una sola religión. Pero no veía clara la manera de hacer que esto sucediera, porque estaba movido por principios contradictorios. Consideraba la misa como idolatría y blasfemia, pero no quería obligar a nadie a creer. Se sentía llevado a reconocer los derechos de las confesiones rivales. El resultado fue la iglesia territorial, en la que la confesión era de la mayoría en una localidad dada, y la minoría era libre de emigrar a un territorio más favorable. Otro problema era el de este principio se aplicaría solamente a los católicos o también los sectarios.

Pero, ¿quién tomaría la iniciativa para terminar con la confusión? Hasta ahora Lutero se había inclinado por el congregacionalismo y objetado vigorosamente la destitución de Zwilling en Altenburg, hecha por un señor contra los deseos del pueblo, pero las congregaciones locales independientes no estaban en condiciones de solucionar problemas que afectaban a varios sectores. Estos debían ser tratados por los obispos, pero los obispos no habían abrazado la Reforma; y aun si lo hubieran hecho, Lutero les hubiese concedido sus antiguas funciones porque había llegado a convencerse de que en el Nuevo Testamento todo pastor era un obispo. Por lo tanto, cuando se refería a sus colegas orno "el obispo de Lochau o el obispo de Torgau", no lo hacía el todo en broma. Debía inventarse un sustituto para el obispo, solución era crear el cargo de superintendente, pero, ¿cómo y quién lo elegiría? Si lo hacían las iglesias, ¿quién podía convocarlas?

### **El príncipe piadoso**

A todos estos problemas Lutero no le veía otra solución, por el momento, que apelar al príncipe. Éste no debía actuar como magistrado, sino como un hermano cristiano en posición ventajosa para servir de obispo de emergencia. Todas las propiedades de la iglesia debían serle entregadas, por lo menos temporalmente, para que volviera a dirigir las rentas para el sostenimiento de los ministros, los maestros y los pobres. En cuanto a la uniformidad de la liturgia y la fe, si había de tomarse como decisiva la voluntad de la mayoría, primero había que hacer una investigación, empezando por Sajonia. Anteriormente las visitas habían sido realizadas por los obispos. Ahora, el elector podía designar una comisión con este fin. Se hizo esto, y se designaron visitantes, incluyendo a teólogos con Lutero a la cabeza, y juristas para tratar los

asuntos financieros. Melancton redactó los artículos de las visitas que debían ser presentados impresos a cada clérigo. El prefacio de Lutero subrayaba la naturaleza provisional de todo el plan, pero el elector se refería a los comisionados como a "mis Visitadores", y las instrucciones de Melancton más que un cuestionario eran un programa de acción. Lutero había iniciado involuntariamente el camino que debía llevar a la formación de la Iglesia territorial bajo la autoridad del príncipe.

Los visitadores investigaron treinta y ocho parroquias en dos meses, inquiriendo acerca de las finanzas, la conducta, las formas de culto y la fe. En asuntos de finanzas encontraron una gran confusión y descuido. Las rectorías se hallaban en un estado deplorable. Un ministro se quejaba de que una gotera le había arruinado libros por valor de cuatro florines de oro. Los visitadores decidieron que los fieles de la parroquia eran responsables de las reparaciones. La moral no era demasiado ofensiva. La liturgia necesitaba ser uniformada dentro de ciertos límites. Con respecto a la fe, el punto decisivo era la complejión evangélica de toda Sajonia. La implantación de la Reforma, por lo tanto, podía ser considerada como la imposición de la fe sobre una mayoría de los ciudadanos. Pero había quienes disentían de ella, en interés de la paz pública no podía permitirse que coexistieran dos religiones. Por esta razón debían desaparecer los restos catolicismo. Los sacerdotes que se rehusaban a aceptar la Reforma eran destituidos. Si eran jóvenes, se les dejaba que se las arreglaran por sí solos. Si eran viejos, se les acordaba una pensión. Un ministro, a la llegada de los visitadores, se casó con su cocinera. Cuando se le preguntó por qué no lo había hecho antes, replicó que esperaba que ella muriera pronto, para entonces casarse con una mujer más joven. Se decidió que era papista y fue depuesto. Se descubrió un caso en que un ministro servía en dos parroquias, una en territorio católico y otra en territorio evangélico, y celebraba en ambas de acuerdo a sus respectivos ritos. Se condenó como inaceptable este arreglo.

Se mantenía una estricta vigilancia sobre los sectarios, ya fueran zwinglianos o anabaptistas. Pero Lutero no se sentía todavía dispuesto a tratar a los anabaptistas como ya lo habían hecho los zwinglianos, sometiéndolos a la pena de muerte. Todavía en 1528 Lutero contestó a una pregunta en la siguiente forma:

*Preguntáis si el magistrado puede matar a los falsos profetas. Sólo con lentitud me resuelvo por una sentencia de muerte, aun cuando sea ampliamente merecida. En este asunto me aterroriza el ejemplo de los papistas y los judíos ante Cristo. En un principio se decretó que se matase a los falsos profetas y los herejes; pero andando el tiempo llegó un momento en que en virtud de esta ley solamente eran muertos los más santos e inocentes... No puedo admitir que los falsos maestros sean condenados a muerte. Es suficiente desterrarlos.*

Pero aun el destierro exigía cierto ajuste de la teoría. Lutero aun se aferraba vigorosamente a su objeción a toda compulsión u la fe. Las manifestaciones exteriores de la religión, sostenía, deben estar sujetas a reglamentaciones en interés del orden y la tranquilidad. Pero con todo esto Lutero nunca soñó que estaba subordinando la Iglesia al Estado. El sistema introducido más tarde en Inglaterra y que hacía del rey la cabeza de la Iglesia no era de su agrado. Pero, en su opinión, los príncipes cristianos eran, por cierto, responsables de fomentar la verdadera religión. La preocupación de Lutero era siempre que la fe no sufriera trabas. Cualquiera podía ayudar; nadie podía estorbar. Si el príncipe prestaba ayuda, se la aceptaba. Si se interponía, entonces debía ser desobedecido. Este siguió siendo el principio de Lutero hasta el fin de su vida. Sin embargo, la clara línea de delimitación que había trazado entre las esferas de la

Iglesia y el Estado en su opúsculo Sobre el gobierno civil, en 1523, ya estaba en camino de ser borrada.

### La protesta

Y era tanto más así, cuanto que la causa evangélica estaba amenazada en el terreno político, e inevitablemente la defensa correspondía a los dirigentes laicos. Desde ese momento, los electores, príncipes y delegados de las ciudades libres, más que los teólogos, eran los llamados a decir: "No retrocederé." Lutero ya no era tanto el confesor de la fe como el mentor de los confesores. A él le tocaba alentar, reprender, guiar, aconsejar y advertir contra concesiones indebidas o medios indignos.

La fortuna del luteranismo dependía de las decisiones que adoptaran las dietas alemanas juntamente con el emperador o su representante Fernando. Cabe una breve revista de la lucha del luteranismo en procura del reconocimiento y del papel desempeñado por Lutero en los sucesos desde la dieta de Worms hasta la de Augsburgo.

Después de la dieta de Worms, todas las reuniones siguientes de los estados alemanes se habían visto obligadas a ocuparse del problema luterano. Primero fue la dieta de Nuremberg en 1522. Esta se diferenciaba de la de Worms en que había desaparecido el partido intermedio y los implacables se enfrentaban con los intransigentes. Empezó a estructurarse un grupo católico con un programa político. El duque Jorge de Sajonia era el más activo y para inflamar a sus colegas se encargó de copiar él mismo con mi propia mano los pasajes más ofensivos de las sucesivas obras de Lutero. Joaquín de Brandemburgo, los Habsburgo y los bávaros constituían el núcleo de este grupo.

Por el otro lado, las ciudades imperiales libres estaban firmemente a favor de la Reforma. Augsburgo y Estrasburgo, a pesar de sus obispos, estaban infestados de herejía, Nuremberg, en donde se reunía la dieta, declaró que aunque el papa tuviera tres capas mas en su tiara no podría inducirlos a abandonar la Palabra. Federico el Sabio prosiguió su usual camino discreto, se abstuvo de imprimir la misa en la iglesia del castillo de Wittenberg hasta que terminara la dieta, pero se negó igualmente a desterrar a Lutero.

Cada bando sobreestimaba al otro. Fernando informaba al emperador que en Alemania ni uno entre mil había dejado de ser alcanzado por el luteranismo. Pero el delegado de Federico informaba que estaba en peligro de ser sometido a sanciones económicas. Con fuerzas tan parejas, aun cuando no hubiera un partido intermedio, la única solución posible era un pacto. Y los católicos eran los más dispuestos a concederlo porque no podían contradecir la palabra del delegado de Federico de que Lutero se había convertido en realidad en un baluarte contra el desorden, que sin él sus seguidores eran completamente ingobernables y que su retorno a Wittenberg contra los deseos de su príncipe había sido realmente imperioso para evitar el caos.

La dieta, en su sesión del 6 de marzo de 1523, se contentó con la fórmula ambigua de que, hasta la reunión de un concilio general, Lutero y sus seguidores deberían abstenerse de hacer publicaciones y que no se predicaría otra cosa que el santo Evangelio de acuerdo a la interpretación de los escritos aprobados por la Iglesia cristiana. Cuando la asamblea volvió a reunirse al año siguiente, nuevamente en Nuremberg, la ascensión de un nuevo papa, Clemente VII, un Médicis tan secular como León X, no trajo ninguna diferencia en esas circunstancias. La fórmula adoptada el 18 de abril de 1525 fue: "El Evangelio debe ser predicado de acuerdo con la interpretación de la Iglesia Universal. Cada príncipe en su propio territorio pondrá en vigor el edicto de Worms en la medida en que le sea posible." Aquí estaba en germen el principio de cuius regio eius religio, es decir que cada región tendría su propia religión.

Todos sabían que esto era solamente una tregua, y la Guerra de los Campesinos en 1525 intensificó el conflicto, porque los príncipes católicos colgaron ministros luteranos a montones. En consecuencia empezó a surgir un nuevo tipo de luteranismo, de estructura política. El alma del movimiento era un convertido reciente, Felipe de Hesse: joven, impetuoso y siempre activo. Era él quien se había erguido en la Guerra de los Campesinos cuando los príncipes sajones eran partidarios de dejar el resultado en manos de Dios. Felipe estaba guiado por tres principios: no impondría la fe a nadie, lucharía antes que someterse a imposiciones, y estaría dispuesto a hacer una alianza con los de otra fe. Estaba ansioso por demostrar su adhesión al Evangelio. Cuando la dieta del imperio volvió a reunirse en Spira en 1526, Felipe marchó sobre ella con doscientos jinetes y predicadores luteranos, quienes, habiéndoseles negado el pulpito, hablaban desde los balcones de las posadas a multitudes de cuatro mil personas. Felipe puso en evidencia su fe haciendo servir un buey en viernes. Un representante de Estrasburgo deseó que hubiera elegido un testimonio más significativo que la exhibición de una res asada en un día de ayuno. Tan flagrante trasgresión de las costumbres antiguas no hubiera sido tolerada por el emperador si hubiera podido intervenir. Pero habiendo derrotado a Francia en 1525, se había enredado a continuación con el papa y no pudo asistir a la dieta. El resultado fue otra medida contemporizadora. Cada miembro fue dejado en libertad de actuar en la cuestión religiosa "como tendría que responder ante Dios y el emperador". Esto era prácticamente el reconocimiento del principio territorial.

Esta tregua duró tres años, durante los cuales la mayor parte del Norte de Alemania se volvió luterana, y las ciudades de Estrasburgo, Augsburgo, Ulm y Nuremberg en el Sur. Constanza abrazó la Reforma, cortó sus relaciones con los Habsburgo y se unió a los suizos. Basilea se unió a la Reforma en 1529.

Este fue el año de la segunda dieta de Spira. La importancia de esta asamblea reside en que solidificó las confesiones y dividió a Alemania en dos campos. En vísperas de la dieta no era así. Los evangélicos estaban divididos tanto en fe como en táctica, Felipe de Hesse, engañado por la creencia de que los católicos tramaban un ataque, había negociado con Francia y Bohemia, los tradicionales enemigos de la casa de Habsburgo, para horror de los príncipes de Sajonia, que no tenían la intención de desmembrar el imperio. Los católicos se hallaban divididos en su política. El emperador estaba a favor de la mano enguantada, su hermano Fernando por el puño de hierro. La dieta de Spira trajo una definición, porque Fernando pasó por alto las instrucciones de su hermano Carlos, que nuevamente estaba ausente, y exigió la extirpación de la herejía. Su intento, aunque sólo tuvo un éxito moderado, unió a los evangélicos. El momento parecía propicio para su supresión porque Francia, el papa y los turcos no estaban cerca o por lo menos no amenazaban. Pero la dieta no fue muy dócil a los deseos de Fernando, y el decreto resultó mucho menos severo de lo que podría haber sido. El edicto de Worms fue reafirmado sólo para los territorios católicos. Provisionalmente, y hasta la reunión del concilio general, el luteranismo debía ser tolerado en las regiones en que no podía ser suprimido sin provocar disturbios. En las tierras luteranas debía observarse el principio de libertad religiosa para los católicos, mientras que en las tierras católicas no se extendería la misma libertad a los luteranos. Los evangélicos protestaron contra esta odiosa disposición, y de allí proviene el nombre de Protestantes. En su defensa afirmaban que la mayoría de una dieta no podía rescindir la acción unánime de la asamblea anterior. Ponían en duda que esta fuera la intención del emperador, y en este punto tenían razón. Afirmaban que no podían coexistir dos religiones en sus territorios sin amenazar la paz pública, y si su pedido no era escuchado, entonces "ellos debían protestar y testimoniar públicamente ante Dios que no consentirían nada contrario a su Palabra".

Su posición ha sido mal interpretada en diversas formas. En el campo protestante se ha puesto demasiado énfasis en la primera palabra: "protestar", más bien que en la segunda, "testimoniar". Por encima de todo estaban confesando su fe. Por el lado católico la mala interpretación ha sido flagrante. El historiador Janssen dice que protestaban contra la libertad religiosa. Por supuesto que, en un sentido, así lo hacían. Ninguno de los partidos era tolerante, pero lo que ellos objetaban era la desigualdad de la disposición que exigía libertad para los católicos y la negaba a los protestantes. En esta protesta se unieron luteranos y zwinglianos.

### **Alianza protestante: El coloquio de Marburgo**

Felipe de Hesse creía llegado el momento de ir más lejos. El edicto de esta dieta también era sólo provisional. Entonces los protestantes debían protegerse con una confesión común y una confederación común. Su esperanza era unir a los luteranos, los suizos y los estrasburgueses, quienes habían asumido una posición intermedia en cuanto a la Santa Cena. Pero Lutero no tenía intenciones de formar una confederación política. "No podemos, en conciencia, aprobar tal liga —decía—, tanto más cuanto que el resultado puede ser derramamiento de sangre u otra calamidad, y podemos vernos tan comprometidos que no podamos salir aun cuando lo deseamos. Es diez veces mejor estar muertos que no que nuestras conciencias estén agobiadas por el peso insoportable de tal desastre y que nuestro Evangelio sea motivo de derramamientos de sangre; cuando más bien debiéramos ser como ovejas para el matarife y no vengarnos o defendernos."

La confesión común era otro asunto, y Lutero, con algún recelo, aceptó una invitación para reunirse con un grupo de teólogos alemanes y suizos en el pintoresco castillo de Felipe, en una colina que dominaba el frágil Lahn y las torres de Marburgo. Se reunió un grupo notable. Lutero y Melanchton representaban a Sajonia, Zwinglio llegó de Zurich. Ekolampadio de Basilea, Bucero de Estrasburgo, para nombrar sólo a los más prominentes. Todos deseaban seriamente una unión. Zwinglio se regocijaba de ver los rostros de Lutero y Melanchton y declaró con lágrimas en los ojos que no había nadie con quien se sentiría más feliz de estar de acuerdo. Lutero también exhortó a la unidad. Sin embargo, la discusión empezó inauspiciosamente, cuando Lutero trazó un círculo con tiza sobre la mesa y escribió estas palabras dentro de él: "Este es mi cuerpo." Ekolampadio insistió en que estas palabras debían ser tomadas metafóricamente porque la carne no aprovecha para nada y el cuerpo de Cristo había ascendido a los cielos. Lutero preguntó entonces por qué la ascensión no debía también ser metafórica. Zwinglio fue al corazón del asunto cuando afirmó que la carne y el espíritu son incompatibles. Por lo tanto, la presencia de Cristo sólo puede ser espiritual. Lutero replicó que la carne y el espíritu pueden estar unidos, y que lo espiritual, que nadie niega, no excluye a lo físico. Parecían haber llegado a un punto muerto pero en realidad habían hecho adelantos sustanciales, pues Zwinglio había avanzado desde su concepción de que la comunión es sólo un memorial hasta la posición de que Cristo está espiritualmente presente. Y Lutero concedió que, cualquiera que sea la naturaleza de la presencia física, no produce ningún beneficio sin la fe. Por lo tanto se excluía toda idea mágica.

Esta aproximación de las dos posiciones ofrecía esperanzas de un acuerdo, y los luteranos tomaron la iniciativa al proponer una fórmula de concordia. Confesaron que hasta entonces habían comprendido mal a los suizos. Por su parte declaraban que "Cristo está realmente presente, esto es, sustancial, esencialmente, aunque no cuantitativa, cualitativa o localmente." Los suizos rechazaron esta afirmación porque no salvaguardaba con claridad el carácter espiritual de la comunión, pues no podían comprender cómo algo podía estar presente pero no localmente presente. Lutero les contestó que las concepciones geométricas no pueden ser usadas para describir la presencia de Dios.

La confesión común había fracasado. Pero entonces los suizos propusieron que a pesar del desacuerdo se practicara la intercomuni6n, y "Lutero accedi6 moment6neamente" a ello. Esto lo sabemos por el testimonio de Bucero, "hasta que Melanchton se interpuso por consideraci6n a Fernando y el emperador". Esta afirmaci6n es extremadamente significativa. Quiere decir que Lutero no desempe6 el papel de absoluta implacabilidad que com6nmente se le atribuye, y estuvo dispuesto a unirse con los suizos hasta que Melanchton le hizo ver que la fusi6n con la izquierda alejaría a la derecha. Melanchton todavía alimentaba la esperanza de reformar a toda la cristiandad y la de preservar las unidades medievales más grandes mediante una reconciliaci6n de los luteranos y los cat6licos. La formaci6n de Spira no le parecía definitiva, pero se daba cuenta de que el precio de sus sue6os sería el repudio de los sectarios. Lutero era mucho menos entusiasta con respecto a los cat6licos y prefería un protestantismo consolidado, pero cedi6 ante Melanchton, el único amigo capaz de desviarlo de un camino intransigente. El juicio de Lutero había de confirmarse finalmente, y cuando Melanchton hubo agotado sus esfuerzos de conciliaci6n con los cat6licos, la línrea arrojada en Marburgo fue recogida y el resultado fue la Concordia de Wittenberg.

Había fracasado una confesi6n unida. La intercomuni6n había fracasado también. Pero la confederaci6n debía ser posible, sostenía Felipe de Hesse. La gente puede unirse para defender el derecho de cada uno a creer lo que quiera, aun cuando no todos tengan la misma convicci6n. Sus demandas eran muy plausibles. Fueron remitidas para su consideraci6n, no sólo a los te6logos, sino también a los dirigentes laicos de Sajonia. Si se le reprocha a Lutero el haber estado demasiado dispuesto a recibir tanta ayuda del Estado, debemos recordar que los estadistas de esos días eran creyentes cristianos que estaban prontos a arriesgarlo todo por sus convicciones y tenían mucho más que perder que Lutero mismo.

Fue el canciller de Sajonia quien redact6 la respuesta a Felipe de Hesse. El canciller no era, como Lutero, contrario a toda alianza política ni, como Felipe, indiferente a una base confesional. Fueron revisados los argumentos de ambos lados. A favor de la confederaci6n podría decirse que entre los zwinglianos había, indudablemente, muchos buenos cristianos que no estaban de acuerdo con Zwinglio, y en todo caso una alianza política podría hacerse aun con los paganos. La respuesta a esto fue que una alianza con paganos sería más defendible que una alianza con ap6statas. La fe es suprema. Por lo tanto, la considerable ayuda que podrían prestar los suizos debía ser rechazada y dejar el resultado completamente en manos de Dios.

Esto dej6 a los suizos librados a sus propios medios. En la segunda batalla de Kappel, en 1531, Zwinglio cay6, espada en mano, en el campo de batalla. Lutero consider6 su muerte como un castigo, porque como ministro no debía haber empu6ado la espada.



Joannes Oecolampadius Jr

Huldrychus Zwinglius

Martinus Bucerius

Caspar Hedio

Martinius Luther  
Iustus Jonas.

Philippus Melancthon

Andreas Osiander

Stephanus Agricola

Joannes Brentius

Las firmas del Coloquio de Marburgo: Joannes Oecolampadius, Huldrychus Zwinglius, Martinus Bucerius, Caspar Hedio, Martinius Luther, Iustus Jonas, Philippus Melancthon, Andreas Osiander, Stephanus Agricola, Joannes Brentius.

## La confesión de Augsburgo

También los luteranos quedaron librados a sus propios medios. En 1530 el emperador Carlos estuvo por fin libre para ir a Alemania. Habiendo humillado a Francia y al papa, se acercaba a Alemania con una benévola invitación para que cada uno se definiera en el punto de la religión, pero con la intención de no ahorrar medidas severas en caso que las suaves fracasaran. No se permitió a Lutero que asistiera a la dieta. Durante seis meses estuvo nuevamente "en el destierro", como había estado en el Wartburgo, pero esta vez en otro castillo llamado el Coburgo. No estaba tan solo porque lo acompañaba su secretario, de cuya pluma tenemos una pequeña visión del doctor en una carta que envió a su esposa:

*Amable, graciosa y querida señora de Lutero:*

*Estad segura de que vuestro señor y nosotros con él estamos sanos y salvos por la gracia de Dios. Hicisteis bien en enviar al doctor el retrato [el de su hija Magdalena] pues lo distrae de sus muchas preocupaciones. Lo ha clavado en la pared opuesta a la mesa en donde comemos, en el apartamento del elector. Al principio no podía reconocerla. "Dios mío —decía—, ¿Lenchen es tan morena?" Pero ahora le gusta el retrato y cada vez más le parece ver en ella a Lenchen. Es notablemente parecida a Hans en la boca, los ojos y la nariz, en una palabra: en toda la cara, y aun será más parecida a él. Tenía que escribiros esto.*

*Querida señora: Os ruego que no os preocupéis por el doctor. Está lleno de salud y ánimo, gracias a Dios. Las nuevas de la muerte de su padre le conmovieron hondamente al principio, pero después de dos días se sobrepuso a ellas. Cuando llegó la carta dijo: "Mi padre ha muerto." Tomó su salterio, fue a su habitación y lloró tanto que al día siguiente le dolía la cabeza, pero desde entonces disimuló bien. Que Dios os guarde a vos, a Hans y Lenchen y a todos los vuestros.*

Como en el Wartburgo, Lutero se dedicó a los estudios bíblicos y a los consejos y admoniciones a los que estaban conduciendo la defensa de la causa evangélica en Augsburgo. La ausencia de él y el éxito de ellos eran la prueba manifiesta de que el movimiento podía sobrevivir sin él. El mayor testimonio era dado esta vez, no por el monje de Wittenberg ni por los ministros y teólogos, sino por los príncipes laicos que se exponían a perder sus dignidades y aun sus vidas. Cuando el santo emperador romano, Carlos V, se acercaba a la ciudad de Augsburgo, los dignatarios salieron a recibirlo. Mientras los notables se arrodillaban, con las cabezas descubiertas, para recibir la bendición del cardenal Compeggio, el elector de Sajonia se mantuvo atrevidamente erguido. Al día siguiente se realizó la más colorida procesión de la historia de la pompa medieval. Vestidos de seda y damasco, con brocato de oro, con túnicas carmesí y los colores propios de cada casa, venían los electores del imperio seguidos por los más encumbrados de su grupo. Juan de Sajonia llevaba de acuerdo al antiguo uso la brillante espada desnuda del emperador. Detrás de él marchaba Alberto, el arzobispo de Maguncia, el obispo de Colonia, el rey Fernando de Austria y su hermano el emperador. Marcharon hacia la catedral, mientras el emperador y toda la multitud se arrodillaba ante el altar mayor. Pero el elector Juan de Sajonia y el landgrave Felipe de Hesse permanecieron de pie. Al día siguiente el emperador llamó aparte a los príncipes luteranos. Juan y Felipe estaban, por supuesto, entre ellos, y también el anciano

Jorge, el margrave de Brandemburgo. El emperador les dijo que sus ministros no debían predicar en Augsburgo. Los príncipes se rehusaron. El emperador insistió en que al menos no debían predicar sermones polémicos. Los príncipes se rehusaron de nuevo. El emperador les informó que al día siguiente se realizaría la procesión de Corpus Christi, en la que esperaba que marcharan. Los príncipes se negaron una vez más. El emperador continuó insistiendo, hasta que el margrave se adelantó y dijo: "Antes de dejar que nadie me quite la Palabra de Dios y me pida que reniegue de mi Dios, me arrodillaré ante él y le dejaré que me corte la cabeza."

El emperador, a pesar de todos estos desaires, estaba dispuesto a dejar que los protestantes expusieran su caso. El encargo recayó sobre Melancton. Todavía tenía esperanzas en el emperador y los católicos moderados, dirigidos ahora por Alberto de Maguncia, que una vez había enviado a Lutero un regalo de bodas. Por cierto que Eck y Compeggio estaban furiosos, difundiendo mentiras y toda clase de infundios, pero después de todo ellos no constituían toda la Iglesia católica.

Melancton mismo tenía una profunda veta de erasmismo. No quería negar la fe de Martín Lutero ni ser el que sacara la piedra angular y derribara el arco de la cristiandad. Se sentó en su habitación y lloró. Al mismo tiempo exploró todos los caminos de conciliación y llegó hasta decir que la diferencia más seria entre luteranos y católicos era el empleo del alemán en la misa.

Lutero se preocupó muchísimo y le escribió que la diferencia entre ellos consistía en que Melancton era firme y Lutero cedía en las disputas personales, mientras que sucedía lo contrario en las controversias públicas. Lutero pensaba en la discusión de Marburgo, cuando él había sido condescendiente y Melancton obstinado. Ahora Melancton estaba a favor de reconocer hasta al papa, mientras que Lutero se hallaba convencido de que no podía haber paz con el papa a menos que éste aboliera el papado. La cuestión real no era entre las controversias públicas y privadas, sino acerca de sus respectivos juicios sobre la derecha y la izquierda. Melancton, en sus esfuerzos por reconciliarse con los católicos, corría peligro de mancillar la Reforma.

Pero no lo hizo. La Confesión de Augsburgo fue obra suya y en definitiva fue una confesión tan valiente como cualquiera de las hechas por los príncipes. Lutero se sintió enormemente complacido con ella y consideró su tono moderado mejor que cualquier cosa que él hubiera podido realizar. En el primer borrador la Confesión de Augsburgo habla solamente en nombre de la Sajonia Electoral, pero en el borrador definitivo confiesa la fe de un luteranismo unido. Hasta Felipe de Hesse la firmó, a pesar de su inclinación hacia los suizos. Pero la declaración acerca de la Santa Cena era tal que los suizos se rehusaron a apoyarla y presentaron una declaración propia. Los estraburgueses también se negaron a firmar, y también trajeron otra confesión. En total fueron tres las afirmaciones de fe protestantes presentadas en Augsburgo. Los anabaptistas, por supuesto, no fueron escuchados en absoluto. Sin embargo, a pesar de estas divergencias en las filas evangélicas, la Confesión de Augsburgo contribuyó mucho a consolidar el protestantismo y a enfrentarlo contra el catolicismo. Se puede tomar la fecha del 25 de junio de 1530, día en que fue leída públicamente la Confesión de Augsburgo, como el día de la muerte del Sacro Imperio Romano. Desde ese día en adelante las dos confesiones se levantaron una contra la otra, equilibradas para la lucha. Carlos V concedió a los evangélicos hasta abril de 1531 para que se sometieran. Si se negaban, entonces sentirían el filo de la espada.

Ante esta amenaza, Lutero dirigió un llamado a la moderación al dirigente del partido conciliatorio en el campo romano, su antiguo oponente y amigo, Alberto, arzobispo de Maguncia, en las siguientes palabras:

*Ya que ahora no hay más esperanzas de que nos pongamos de acuerdo en la doctrina, suplico humildemente a vuestra Excelencia Electoral que, junto con los otros, trate de hacer que cada parte mantenga la paz, creyendo lo que quieran y permitiéndonos creer esta verdad que, como veis, ha sido confesada y encontrada intachable. Es bien sabido que nadie, ya sea el papa o el emperador, puede forzar a otros a creer, pues ni a Dios mismo se le ha visto nunca hasta ahora obligar a nadie a creer por la fuerza. ¿Cómo pueden pretender entonces las miserables criaturas ejercer coerción sobre los hombres, no sólo en cuanto a la fe, sino en cuanto a lo que ellos mismos deben considerar como falsedades? Quiera Dios que vuestra Excelencia Electoral, o quienquiera que fuese, sea un nuevo Gamaliel que proponga a los otros este consejo de paz.*

El consejo de Lutero fue seguido, no por principio, sino por necesidad, pues por otros quince años el emperador no se encontró nuevamente en condiciones de intervenir.

## Capítulo XIX LA IGLESIA PRECEPTORA

LAS visitas habían establecido la forma externa de la Iglesia, pero Lutero sabía bien que la Iglesia del espíritu no puede ser engendrada por el brazo del magistrado. La verdadera Iglesia cristiana es la obra de Palabra comunicada por todos los medios posibles. Pronto Lutero sintió la necesidad de una nueva traducción de las Escrituras de las lenguas originales al alemán idiomático. También era necesario un conjunto de material de instrucción para los jóvenes. La liturgia debía ser examinada para eliminar abusos papistas e iluminar a las gentes. Debía cultivarse el canto en la congregación para inspirar e instruir. La Biblia, el catecismo, la liturgia y el himnario constituían las necesidades primordiales y las cuatro fueron llenadas por Lutero mismo.

### La traducción de la Biblia

Para la traducción de la Biblia, Lutero aprovechó el ocio forzado en el Wartburgo para realizar en tres meses una traducción del Nuevo Testamento completo. El Antiguo Testamento vino después. La Biblia alemana es la más noble hazaña de Lutero, desgraciadamente intraducible porque cada nación tiene su propia versión directa. Para los alemanes, la traducción de Lutero era incomparable. Saltó sobre una tradición de mil años. Antes que él se habían hecho traducciones de las Escrituras al alemán, llegando hasta, la primera versión en lengua gótica hecha por Ulfilas. Hasta había trozos de la Biblia traducidos, no de la Vulgata latina, sino del griego y el hebreo. Pero ninguna tenía la majestad de dicción, la amplitud de vocabulario, el sabor telúrico nativo y la profundidad religiosa de la de Lutero. "Traté —decía éste de hacer a Moisés tan alemán que nadie sospechara que era judío."

La variedad de alemán elegida como base fue la lengua cortesana de la Sajonia electoral, enriquecida por una serie de dialectos con los que se había familiarizado Lutero en sus viajes. Llegó a realizar increíbles esfuerzos para encontrar las palabras. La traducción inicial no le satisfizo. Su Nuevo Testamento fue publicado por primera vez en septiembre de 1522, pero continuó revisándolo hasta el día de su muerte en 1546. La última página impresa en que posó la vista fue la prueba de su última revisión. Después de su vuelta del Wartburgo emprendió la traducción del Antiguo Testamento. La traducción completa de toda la Biblia no apareció hasta 1534. Ésta también estuvo sujeta a una continua reelaboración en colaboración con una comisión de colegas.

A veces Lutero lograba de primera intención la traducción más feliz. Otras, tenía que trabajar. En ese caso hacía primero una traducción literal siguiendo el orden de las palabras del original. Luego tomaba cada palabra separadamente y vertía un torrente de sinónimos. De entre ellos elegía los que no sólo eran más adecuados al sentido sino que también contribuían al equilibrio y el ritmo de la frase. Luego todo esto solía ser puesto de lado a favor de una traducción libre para asir el espíritu. Finalmente unía lo meticoloso y lo libre. A veces no daba con la traducción de algunos términos y se ponía a la búsqueda de palabras. A fin de nombrar las piedras preciosas en el capítulo 21 del Apocalipsis, examinó las joyas de la corte del elector de Sajonia. Para las monedas de la Biblia consultó las colecciones numismáticas de Wittenberg. Cuando llegó a la descripción de los sacrificios del Levítico y necesitó términos para las partes internas de cabras y bueyes, hizo repetidos viajes al matadero e interrogó al carnicero. Las aves y bestias del Antiguo Testamento resultaron un punto difícil. Le escribió a Spalatin:

*Describidme, por favor, más exactamente y nombradme las especies de aves de rapiña: milano, buitre, azor, gavián, etc. (no conozco bien su aspecto); de animales de cazar cabra, gamuza, cabra montes, corzo, etc.; en cuanto a reptiles tengo: el armiño, la comadreja, el ratón, el escuerzo, la rana, la salamandra, etcétera; de aves nocturnas: lechuza, cuervo, buho, mochuelo, autillo. Pero, ¿qué diablos es un tragelaphus, un pyrargus, un oryx, un cameleopardo? [nombres de animales en la Vulgata].*

Otro problema era la traducción de modismos. En este punto Lutero insistía en que los modismos de una lengua deben ser traducidos al modismo equivalente en la otra. Se burlaba de la traducción de la Vulgata "Ave María, llena eres de gracia". "¿Qué alemán comprenderá esto si se lo traduce literalmente? Sabe el significado de una bolsa llena de oro o de un barrilito lleno de cerveza, pero ¿qué va a pensar de una muchacha llena de gracia? Yo preferiría decir simplemente Liebe Maria. ¿Qué palabra es más rica que la palabra Liebe [amada]?"

No cabe duda de que es una palabra rica, pero sus connotaciones no son precisamente las mismas que las de "dotada de gracia" y Lutero no usó la palabra en su versión oficial. Ahí está el problema del traductor. ¿Debe usar siempre una palabra nativa que puede tener una connotación local particular? Si el alemán llama al centurión gendarme, y los alemanes convierten un procurador en un burgomaestre, Palestina se ha trasladado al Oeste. Y esto es lo que ha sucedido hasta cierto punto en la versión de Lutero. Judea fue trasplantada a Sajonia, y el camino de Jericó a Jerusalén corría por la selva de Turingia. Mediante matices y giros de expresión, Lutero realzaba lo gráfico en términos de lo local. Cuando leía: "Hay un río cuyas aguas alegrarán la ciudad de Dios", se imaginaba una ciudad medieval cercada de muros y torres, rodeada por un foso por donde corrían aguas saltarinas, bañando risueñamente los macizos pilares.

Lo que las palabras no podían hacer en este respecto, lo lograban los grabados. Las Biblias de Lutero estaban copiosamente ilustradas, especialmente la primera parte del Antiguo Testamento y el libro del Apocalipsis en el Nuevo Testamento. En Alemania ha llegado a ser algo aceptado que estas sean las únicas partes ilustradas de la Biblia. Los Evangelios y las Epístolas eran adornados solamente con las letras iniciales. Es difícil ver por qué ha sido así. Por cierto que no había objeciones a la ilustración de los Evangelios; lo atestiguan la "Vida de María", de Durero, o los grabados de la Pasión, o las natividades de Schongauer. Dentro de los límites convencionales, la Biblia de Lutero estaba ricamente ilustrada. Las diversas ediciones que aparecieron durante su vida contenían unos cinco mil grabados. No eran las expresiones más selectas del arte, pero germanizaban la Biblia. Moisés y David casi podían ser confundidos con Federico el Sabio y Juan Federico.

Debe observarse una interesante evolución en las ilustraciones de un artista a otro en las sucesivas ediciones de la Biblia de Lutero, especialmente de Cranach a Lemberger. Se siente algo de la transición del Renacimiento al barroco. Basta comparar sus versiones de la lucha de Jacob con el ángel. Cranach tiene un equilibrio de los espacios, con un fondo decorativo. Lemberger despliega fuerzas en tensión, y en él hasta los árboles participan en la lucha.

Desgraciadamente, las ilustraciones para el libro del Apocalipsis fueron hechas con demasiado color contemporáneo. Era demasiado fuerte la tentación de identificar al papa con el Anticristo. En la primera edición del Nuevo Testamento, en septiembre de 1422, la mujer escarlata sentada en las siete colinas lleva la tiara papal. También la lleva el gran dragón. La bestia que sale del abismo lleva un hábito de monje. La Babilonia caída es evidentemente Roma. El Belvedere, el Panteón y el Castillo de Sant'Angelo son inconfundibles. El duque Jorge se enfureció tanto con esas figuras, que envió una ardiente protesta a Federico el Sabio. En consecuencia, en la edición de diciembre de 1522 las tiaras de los grabados fueron reducidas a

inofensivas coronas, pero se dejó sin cambiar otros detalles, y atraían tan poco la atención que Emser, el contrincante católico de Lutero, pidió prestados a Cranach las planchas para ilustrar su propia Biblia. En el Nuevo Testamento de 1530 Lutero introdujo una nota explicando que las ranas que salen de la boca del dragón eran sus contrarios Faber, Eck y Emser. En la edición completa de toda la Biblia, de 1534, después de la muerte de Federico el Sabio, los grabados fueron rehechos y las tiaras papales restauradas.

### **Problemas doctrinales en la traducción**

El problema más difícil en la traducción no consistía en hacer vividas las escenas sino en captar la intención y las ideas. "Traducir no es un arte que cualquiera pueda practicar. Exige un corazón recto, piadoso, fiel, diligente, temeroso de Dios, experimentado y práctico." Lutero no pensó en agregar que exigía una cabeza instruida, pero tenía sus ideas acerca de la Biblia que en cierta medida afectaban por igual lo que hacía y lo que dejaba sin hacer. No intentó ninguna armonización, de discrepancias menores, pues los errores triviales no le preocupaban. Si bien en alguna ocasión hablaba de que cada tilde de las Sagradas Escrituras era sagrado, otras veces mostraba una jocosa indiferencia por las imperfecciones menores, tales como una cita equivocada del Antiguo Testamento en el Nuevo Testamento. La Biblia no era para él estrictamente idéntica a la Palabra de Dios. La Palabra de Dios es la obra de redención de Cristo que se hizo concreta en las Sagradas Escrituras así como Dios se encarnó en Cristo; y así como Cristo en la encarnación no se despojó de las características humanas, así las Escrituras como medio de transmisión de la Palabra no estaban libres de las limitaciones humanas. Por lo tanto, Lutero no se sintió tentado en lo más mínimo a acomodar una cita de los profetas en el Evangelio, al texto del Antiguo Testamento. Tampoco se preocupaba por armonizar las predicciones de la negación de Pedro con los relatos de la negación misma.

Pero cuando estaban involucrados asuntos de doctrina, el caso era diferente. Lutero leía el Nuevo Testamento a la luz del mensaje de Pablo, de que el justo vivirá por la fe y no por las obras de la ley. No se le escapaba que esta doctrina no está enunciada con igual énfasis en todo el Nuevo Testamento y parece ser negada en el libro de Santiago, y en su prefacio al Nuevo Testamento de 1522 la de Santiago es estigmatizada como "una epístola de paja". Una vez Lutero observó que daría su birrete de doctor a aquel que pudiera reconciliar a Santiago y Pablo. Sin embargo, no se aventuraba a rechazar a Santiago del canon de las Escrituras, y en una oportunidad ganó su propio birrete realizando una reconciliación. "La fe —escribió— es una cosa viviente, inquieta. No puede ser inoperante. No somos salvados por las obras, pero si no hay obras entonces hay alguna falla en la fe." Esto era simplemente poner una construcción paulina sobre Santiago. La conclusión era una jerarquía de valores dentro del Nuevo Testamento. Lutero colocaba primero el Evangelio de Juan, luego las Epístolas de Pablo y la primera de Pedro; después de ellas los otros tres Evangelios, y en un lugar subordinado, Hebreos, Santiago, Judas y Apocalipsis. Desconfiaba del Apocalipsis o Revelación debido a su oscuridad. "Una revelación —decía— debiera revelar."

Estas presuposiciones sólo afectaron ligeramente la traducción. Sin embargo, ocasionalmente se puede ver un giro hiper-paulino, como el famoso ejemplo en que Lutero tradujo "justificación por la fe" por "justificación por la sola fe". Cuando se le pidió que explicara esta libertad, replicó que él no traducía las palabras, sino las ideas, y que la palabra agregada era necesaria en alemán a fin de reproducir la fuerza del original. En todas las revisiones que hizo en su vida nunca abandonó esa palabra "sola". En otro caso fue más flexible. En 1522 había traducido las palabras alemanas que significan "por el mérito de las obras". En 1527 lo sustituyó

por su versión literal. Esto debe de haberle hecho sufrir. Era un trabajador honesto y las sucesivas revisiones del Nuevo Testamento se caracterizan por una aproximación más estrecha al original. Y sin embargo, había lugares en que las ideas peculiares de Lutero, sin ninguna exactitud, daban un matiz especial a la traducción. En la bendición "La paz de Dios que sobrepuja todo entendimiento", Lutero traduce: "La paz que trasciende toda razón." No se puede exactamente discutir esto. Podría haber dicho mejor "que sobrepasa toda comprensión", pero él estaba tan convencido de la incapacidad de la razón humana para escalar las alturas celestiales, que no podía dejar de ver aquí una confirmación de su suprema aversión.

Si el Nuevo Testamento era para Lutero ante todo un libro de Pablo, el Antiguo Testamento era un libro cristiano. Solamente estaba abolida la ley ceremonial de los judíos. La ley moral era todavía válida porque estaba de acuerdo con la ley de la naturaleza. Pero más importante que la ética era la teología. El Antiguo Testamento preanunciaba el drama de la redención. Adán ejemplificaba la depravación del hombre. Noé gustó la ira de Dios, Abraham fue salvado por la fe y David mostró contrición. El Cristo pre-existente está actuando a través del Antiguo Testamento, hablando a través de la boca de los profetas y el salmista. Un notable testimonio de la interpretación cristológica del Antiguo Testamento corriente en los días de Lutero se encuentra en las ilustraciones de su Biblia. Entre los centenares de grabados, la única figura de la Natividad de Jesús está colocada, no en los Evangelios, donde se esperaría encontrarla, sino en la portada de Ezequiel. Leyendo el Antiguo Testamento en esta forma, Lutero no podía escapar a los matices de significado cristianizante. La "misericordia del Señor" se convirtió en "gracia"; el "Libertador de Israel" se convirtió en "el Salvador", y "vida" fue traducida por "vida eterna". Por eso es que Bach pudo tratar el Salmo 16 como un himno de Pascua.

Las libertades de Lutero eran mayores en los Salmos porque allí se encontraba completamente a sus anchas. Ellos eran el registro de las luchas espirituales a través de las cuales él mismo pasaba continuamente. Las palabras favoritas de sus Anfechtungen no podían ser excluidas. Los "pecados secretos" del Salmo 90 son para Lutero los "pecados no reconocidos". Pensaba en sus infructuosos esfuerzos en el claustro por recordar todas sus faltas para poder confesarlas y que le fueran perdonadas. Donde el hebreo dice (v. 12): "Enséñanos de tal manera a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría", Lutero es áspero y rudo: "Enséñanos a reflexionar sobre la muerte para que podamos ser sabios."

Lutero estaba de tal modo interiorizado de los salmos, que los mejoró. En el original las transiciones son a veces bruscas y el significado no siempre es claro. Lutero simplificaba y aclaraba. Cuando llegó a un pasaje que expresa sus luchas en las vigilias nocturnas, estaba libre para parafrasear. Tomemos la conclusión del Salmo 73:

*Desazonóse a la verdad mi corazón y en mis riñones sentía punzadas. Mas yo era ignorante, y no entendía: era como una bestia acerca de Ti. Con todo, yo siempre estuve contigo; trabaste mi mano derecha. Hasme guiado según tu consejo y después me recibirás en gloria. ¿A quién tengo yo en los cielos? Y fuera de ti nada deseo en la tierra. Mi carne y mi corazón desfallecen: mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios, para siempre.*

En Lutero esto reza así:

*Cuando me dolía el corazón y en mis riñones sentía punzadas, yo era un necio y no sabía nada; era como una bestia ante ti. Mas siempre estaré contigo; pues tú me tienes*



*de mi mano derecha, tú me guías según tu consejo, y por fin me acogerás con honores. Si sólo te tengo a ti, no deseo nada del cielo ni la tierra. Aunque se me consumieran cuerpo y alma, empero tú, oh Dios, serás siempre el consuelo de mi corazón y mi porción.*

La Biblia, tal como quedó en la versión de Lutero, era un gran instrumento educativo, pero evidentemente se necesitaba algo más, para los niños y también para los adultos, que eran casi igualmente ignorantes. A los niños se les debía enseñar en la iglesia, la escuela y el hogar, y con este fin los pastores, los maestros y los padres debían recibir una instrucción previa. De allí la solicitud de Lutero de que las escuelas católicas fueran reemplazadas por escuelas municipales con un sistema de educación obligatoria que comprendiera religión. "Las Escrituras no pueden ser comprendidas sin los idiomas —argumentaba Lutero— y los idiomas sólo pueden ser aprendidos en la escuela. Si los padres no pueden desprenderse de sus hijos todo el día, que los envíen una parte de él. Apostaría que en media Alemania no hay más de cuatro mil alumnos en las escuelas. Me gustaría saber dónde vamos a conseguir pastores y maestros dentro de tres años."

### Los Catecismos

Pero la sola formación de pastores, maestros y padres no bastaba. Éstos a su vez debían ser provistos de un conjunto de literatura religiosa adaptada a los niños. La Edad Media proporcionaba muy pocos modelos, porque los catecismos habían sido hechos para los adultos. Los humanistas habían iniciado algo, como en los Coloquios de Erasmo, y los Hermanos de Bohemia tenían un libro de preguntas para los niños; pero el material era tan escaso que sin exageración se puede atribuir a la Reforma la creación del primer conjunto de literatura religiosa para los jóvenes. Lutero se hallaba tan terriblemente ocupado que intentó delegar esta tarea en otros, y éstos la emprendieron con celo. En siete años, entre su retorno a Wittenberg y la aparición de su propio catecismo, sus colaboradores habían producido materiales que comprenden cinco buenos volúmenes en una reimpression moderna.

En su mayor parte eran toscos y se reducían aproximadamente a esto: "Tú eres un mal niño. Mereces ser castigado para siempre en el infierno; pero como Dios ha castigado a su Hijo Jesucristo en tu lugar, puedes ser perdonado si honras, amas y obedeces a Dios." Ese si molestaba a Lutero porque restauraba los merecimientos del hombre como en el sistema penitencial. Aun Melancton moralizaba demasiado, pues su manual era una compilación de los trozos éticos del Nuevo Testamento con las máximas de los "sabios paganos. Algunos catecismos enfrentaban lo interno contra la palabra externa de las Escrituras, y algunos aun espiritualizaban los sacramentos. En otras palabras, los radicales se apropiaban del método catequístico. Era necesario que Lutero tomara la tarea en sus manos.

Escribió dos catecismos en el año 1529: Catecismo Mayor para los adultos, con una larga sección sobre el matrimonio, poco adecuado para los jóvenes, y el Catecismo Menor, para los niños. Ambos están estructurados alrededor de cinco puntos: los Diez Mandamientos como un espejo del pecado, el Credo de los Apóstoles como proclamación del perdón, el Padrenuestro como una aceptación de la misericordia y los dos sacramentos del bautismo y la comunión como canales de la gracia.

En el Catecismo Mayor la exposición era relativamente completa y el tono a veces polémico. El mandamiento de adorar solamente al Señor daba oportunidad para vituperar el culto católico de los santos, mientras que las secciones sobre los sacramentos exigían una refutación de los radicales. El Catecismo Menor para los niños carece de toda polémica, es una inimitable

afirmación de fe. La sección sobre la muerte de Cristo acentúa, no la sustitución de la pena, sino el triunfo sobre todas las fuerzas de las tinieblas.

*Creo en Jesucristo... que me ha redimido a mí, hombre perdido y condenado, me ha rescatado y ganado de todos los pecados, de la muerte y del poder del demonio; no con oro o plata, sino con santa preciosa sangre y con su inocente pasión y muerte, para que yo sea suyo y viva bajo Él en su reino y le sirva en eterna justicia, inocencia y bienaventuranza, así como Él, resucitado de entre los muertos, vive y reina en la eternidad. Esto es ciertamente la verdad.*

Lutero decía que no le importaría que todas sus obras perecieran, salvo su respuesta a Erasmo y el Catecismo.

*Muchos creen que el catecismo es una enseñanza de muy poco valor, que leen apresuradamente de una vez, y luego echan el libro a un lado. Yo, siendo doctor, lo leo aún como un niño y digo cada mañana y cada vez que tengo tiempo, palabra por palabra, el Padrenuestro, los Diez Mandamientos, el Credo y los Salmos. Y además debo leer y estudiar todos los días, y sin embargo no tengo aún la firmeza que deseo, y he de seguir siendo niño y discípulo del catecismo, mas me gusta seguir siéndolo. Pero esa gente débil y delicada que quiere con una lectura apresurada hacerse doctor de los doctores, cree saberlo todo y no tener necesidad de nada más.*

*Si uno lo lee diariamente y lo ejerce con pensamientos y discursos, entonces el Espíritu Santo está presente en este leer, discurrir y reflexionar y siempre da mayor y nueva luz y devoción. Además ayuda enormemente contra el diablo, el mundo, la carne y todos los malos pensamientos el dedicarse a la Palabra de Dios, hablar y meditar sobre ella. Esta es la verdadera agua bendita de la cual el diablo huye y se deja exorcizar.*

La intención de Lutero era que el catecismo fuera usado en la Iglesia como base para los sermones, pero más especialmente en el hogar. El padre debía examinar a los niños por lo menos una vez por semana, y también a los criados. Si los niños no aprendían, no debían comer; si los criados se rehusaban, debían ser despedidos.

Los catecismos estaban ilustrados con grabados de episodios de la Biblia, adecuados a cada punto, que les añadían vida. "Creo en Dios Padre Todopoderoso" naturalmente exigía una visión de la Creación. "Santificado sea tu nombre" era ilustrado con una escena de predicación. "Acordarte has del día del Señor" mostraba a un grupo de devotos dentro de una iglesia mientras afuera un hombre recogía leña. Lutero, sin embargo, no era un rígido propugnador del día de reposo, y no fue precisamente él quien eligió esas figuras. Excesivamente modesto es el grabado que acompaña al sexto mandamiento, donde David con su arpa es seducido por la visión de Betsabé haciéndose lavar los pies. Para terminar la hora de catecismo Lutero sugería que se cantara un salmo o un himno.

### **La liturgia**

Otra de las grandes contribuciones de Lutero cae dentro del campo del culto público, que revisó primero en interés de la pureza y luego como instrumento de instrucción. Mientras todavía se hallaba en el Wartburgo había llegado a darse cuenta de que eran imperativos algunos cambios en la liturgia y aplaudido los intentos iniciales de Carlstadt. Sin embargo, Lutero mismo era

conservador en tales asuntos, y deseaba alterar lo menos posible la amada misa. El punto principal era que debía excluirse toda pretensión de méritos humanos Lutero emprendió en 1523 la tarea de hacer las mínimas revisiones esenciales para la doctrina evangélica. Su Formula Missae fue escrita en latín. El canon de la misa desapareció porque era la parte en que aparecía la referencia al sacrificio. Lutero restauró el énfasis de la primitiva Iglesia sobre la Santa Cena como acto de acción de gracias a Dios y de comunión en Cristo con Dios y con los demás hermanos. Esa primera misa luterana era solamente un acto de culto en el que los verdaderos cristianos se entregaban a la alabanza y la oración y en donde se fortalecía el hombre interior.

Pero pronto Lutero comprendió que muchos en la congregación no podrían participar de un acto de culto que no entendían. La Iglesia abarcaba la comunidad, y la congregación consistía en gentes de la ciudad de Wittenberg y los campesinos de las aldeas de los alrededores. ¿Hasta qué punto comprenderían éstos campesinos esa revisión de la misa latina? Por supuesto notarían el cambio implicado en el hecho de que se les diera el vino además del pan, y se darían cuenta de que algo había sido alterado cuando se suprimían las partes inaudibles. Pero como todavía estaba toda en idioma extranjero difícilmente se darían cuenta de que había desaparecido la idea de sacrificio. Por lo tanto, la misa debía ser dicha en alemán. Otros habían pensado así antes que Lutero, y Müntzer había preparado una misa en alemán que le gustó a Lutero mientras no supo que era de Müntzer. Gradualmente Lutero llegó a la conclusión de que debía emprender la revisión por sí mismo. En 1526 publicó la misa en alemán.

Todo estaba en alemán salvo el estribillo griego "Kyrie eleison". Los cambios dejaron intacta la estructura esencial; y un visitante suizo de 1536, acostumbrado a servicios más simples, opinaba que los luteranos habían conservado muchos elementos del papismo: genuflexiones, vestiduras, vueltas hacia el altar o hacia la concurrencia, atril y pulpito en lados opuestos. Aun la elevación de los elementos fue conservada hasta 1542. Para Lutero todos estos puntos eran indiferentes. No quería sustituir el viejo formalismo por uno nuevo y permitía amplia libertad y variación en los asuntos litúrgicos. Lo principal era que en alemán y en latín el canon de la misa había desaparecido. En su lugar quedaba una simple exhortación a recibir la comunión. Pero todo el tono del servicio fue alterado en dos sentidos: había más elementos de las Escrituras y más elementos instructivos. Eliminado el canon, el Evangelio y la Epístola asumían una posición más prominente; las palabras de la institución eran dichas en alemán; el sermón ocupaba más lugar y no era raro que los anuncios fueran tan largos como el sermón. De este modo la Iglesia se convirtió no sólo en casa de oración y alabanza, sino también en sala de clase.

### La música

Los caminos más radicales en la liturgia tenían relación con la música y afectaron tres puntos: los cantos entonados por el sacerdote, los corales interpretados por el coro y los himnos cantados por la congregación. Lutero mismo se dedicó a revisar los tres aspectos. Era competente, si no para ejecutar, por lo menos para dirigir e inspirar, puesto que tocaba el laúd y cantaba, si bien no se consideraba muy hábil en la composición. Los especialistas modernos no están de acuerdo sobre cuántos de los montajes musicales de sus himnos pueden ser suyos. Comúnmente se le atribuyen diez. Sabía ciertamente componer melodías sencillas, armonizar y arreglar. Pero por sobre todo era capaz de inspirar, porque su entusiasmo por la música era muy grande. Decía:

*La música es un hermoso don de Dios. A menudo ella me ha despertado y conmovido tanto que me dio ganas de predicar. San Agustín sentía remordimientos de*

*conciencia cada vez que se sorprendía deleitándose en la música; le parecía pecaminoso. Era un espíritu selecto y si viviera ahora estaría de acuerdo con nosotros. Mas estoy en desacuerdo con los fanáticos que desprecian la música; la música es un don de Dios. También ahuyenta al Demonio y hace alegre a la gente. Con ella olvidan toda ira, lascivia, arrogancia y cosas semejantes. Después de la teología doy a la música el lugar más alto y el supremo honor. No cambiaría lo poco que sé de música por algo más grande. La experiencia prueba que después de la Palabra de Dios sólo la música merece ser glorificada como señora y dominadora de las emociones del corazón humano. Sabemos que es aborrecida de los demonios y les es insoportable. Mi corazón bulle y se desborda al escuchar la música, que tan a menudo me ha refrescado y liberado de graves temores.*

Quizás el hecho de que Lutero era joven cuando cada uno de ellos abrazó la Reforma, pueda explicar en cierta medida por qué en el luteranismo alemán el arte pictórico cedió su lugar de preeminencia a favor de la expresión musical de la fe. La primera parte de la liturgia que debía ser reformada era la parte entonada por el sacerdote, incluyendo la Epístola y el Evangelio. Como Lutero estaba tan deseoso de que cada palabra de las Sagradas Escrituras fuera claramente escuchada y comprendida, es de preguntarse por qué no suprimió del todo la música, sustituyéndola por la lectura en voz alta. La respuesta está en la estructura arquitectónica, que llevaba más hacia la palabra cantada que hacia la hablada. Pero Lutero empleó todos los artificios para hacer resaltar el significado. Sólo una nota debía ser usada para cada sílaba y el acompañamiento de órgano no debía oscurecer las palabras. En todo el servicio el órgano era usado sólo antifonalmente. Los textos del Evangelio no debían ser con sostenidos, y las siete palabras de Cristo en la cruz no tenían que ser mezcladas con los cuatro Evangelios. La tradición luterana explica por qué Bach escribió una Pasión según San Mateo. El significado debía ser acentuado aun más por el colorido dramático. Los cantos gregorianos para la Epístola y el Evangelio eran monotónicos, salvo al final, cuando la voz bajaba. Lutero introdujo diferentes registros para la narración del Evangelista, las palabras de Cristo y las palabras de los apóstoles. Colocó el registro medio en tono alto porque su propia voz era de tenor, pero explicaba que él sólo ofrecía sugerencias y que cada celebrante debía descubrir y adaptar el tono musical que quedara bien con su propio alcance litúrgico. También los modos debían ser variados: para el Evangelio debía usarse el sexto, porque Cristo era alegre, y para la Epístola el octavo, porque Pablo era más sombrío. Esta terminología exige unas palabras de explicación. En la actualidad tenemos una serie de claves y solamente dos modos, el mayor y el menor. Los intervalos en todas las claves son los de Do, conservados por el uso de bemoles y sostenidos en la transposición. En el siglo XVI estaban en uso ocho modos con diferentes intervalos que se formaban partiendo en cada nota de la octava y ascendiendo sin bemoles ni sostenidos. La atención que Lutero dedicó a todos estos aspectos de los tonos musicales para los textos en prosa de las Escrituras en idioma vernáculo preparó el camino para los oratorios.

Su colaborador Walther se refiere a la ayuda que en esta materia recibió Lutero. Dice:

*Cuando hace cuarenta años Lutero quería preparar su misa alemana, pidió al Elector de Sajonia y al duque Juan que Conrado Rupff y yo fuéramos llamados a Wittenberg, para discutir sobre música y la naturaleza de los ocho modos de los salmos gregorianos. Él preparó la música para las Epístolas y los Evangelios, así como para las palabras de institución del verdadero cuerpo y sangre de Cristo; me las cantó y me pidió*

*que expresara mi opinión sobre sus esfuerzos. En esa oportunidad me retuvo tres semanas en Wittenberg; discutimos cómo podría darse el tono apropiado a las Epístolas y al Evangelio. Pasé muchas horas agradables cantando con él y a menudo noté que no parecía cansarse nunca de cantar ni quería terminar; y después, siempre era capaz de discutir sobre música del modo más elocuente.*

El segundo elemento que debía ser revisado era el coral para el coro. Allí había un rico fondo disponible en la música religiosa polifónica de los Países Bajos, que Lutero admiraba por sobre todas las otras. Como base se tomaba la melodía del canto gregoriano y alrededor de ella giraban tres, cuatro o más voces en contrapunto con complicados adornos. Lutero mismo, en el prefacio a la obra musical de 1538, reunió en un pasaje todas sus alabanzas a la música con la más adecuada descripción que se haya escrito del coral polifónico de los Países Bajos:

*A todos los amantes del arte liberal de la música, les deseo, yo, el doctor Martín Lutero, la gracia y la paz de Dios Padre y Nuestro Señor Jesucristo. Con todo mi corazón quisiera ensalzar y alabar este precioso don de Dios que es el noble arte de la música, mas no sé dónde empezar o terminar. No hay nada en la tierra que no tenga su tono. Aun el aire invisible canta cuando se lo castiga con una vara. Entre las bestias y los pájaros el canto es aun más maravilloso. El rey David, él mismo músico excelso, da testimonio con gran asombro y gozo del canto de los pájaros. ¿Qué diré entonces de la voz del hombre, a la cual ninguna otra cosa puede compararse? Los filósofos y hombres doctos han luchado en vano por explicar cómo la voz humana puede expresar los pensamientos del corazón en el habla y el canto, en la risa y la lamentación. Pero de la música hay que decir que después del Sagrado Verbo nada hay que deba ser alabado como ella, porque se adueña y domina toda la emoción del corazón. Nada en la tierra es más poderoso para hacer alegre al triste, triste al alegre, valiente a los acobardados, humildes a los arrogantes; para atemperar a los coléricos y disminuir el odio. El Espíritu Santo mismo paga tributo a la música cuando dice que el mal espíritu se alejaba de Saúl cuando David tocaba el arpa. Por eso los Padres han compuesto en música la Palabra de Dios, y tenemos tantos hermosos cánticos y salmos. Por eso le fue dada la voz al ser humano, para que pueda alabar a Dios al mismo tiempo con cánticos y palabras. Pero cuando la música natural es aguzada y refinada por el arte, entonces se empieza a ver con asombro la grande y perfecta sabiduría de Dios en su maravillosa obra de la música. Es magnífico ante todo cuando alguien canta una melodía simple, mientras tres, cuatro o cinco otras voces, en torno a ella, juegan, se regocijan y se adornan de maneras y sonidos diversos y parecen representar al lado de ella como una danza de cuadrillas en el cielo, de suerte que aun a aquellos que menos se conmueven les parece que nada más maravilloso existe en el mundo. Quien no se conmueve ante obra tan maravillosamente hermosa, debe ser, en verdad, un bruto.*

Según Lutero, no es el menor mérito de la música el no ser contenciosa. Nunca polemizó en cuanto al canto. Los grandes corales polifónicos de los Países Bajos eran católicos, pero por esta razón no dejó Lutero de amarlos e inspirarse en ellos. Cuando los duques de Baviera se convirtieron en sus enemigos tan violentos que el sólo recibir una carta de Lutero en sus territorios podía poner a alguien en peligro, se aventuró, sin embargo, a escribir a un compositor bávaro, Senfl: "Mi amor por la música me lleva también a esperar que mi carta no os ponga en peligro en ninguna forma, pues, ¿quién, aun en Turquía, reprocharía a alguien que ama el arte y

ensalza al artista? De todos modos, ensalzo a vuestros duques bávaros aun cuando ellos no me aprecien, y los honro por encima de todos los demás porque cultivan y honran la música." Erasmo trató de preservar las unidades europeas en lo político. Lutero las conservó en la música.

El coral polifónico exigía un coro. Lutero realizó constantes esfuerzos por tener coros ejercitados. Jorge Rhaw, el cantor del duque Jorge y director del canto a doce voces en el debate de Leipzig, fue llevado a Wittenberg para servir de cantor en el coro de la corte y el de la iglesia. Los coros sostenidos por los príncipes alemanes son dignos de mención porque proporcionaban al instante conjuntos cantores diestros. Lutero se sintió grandemente apenado cuando Juan Federico, por economía, dejó de sostener el coro que tan largo tiempo sostuviera la liberalidad de Federico el Sabio. A modo de compensación se formaron sociedades corales en las ciudades, y sobre todo se ejercitó a los niños cuidadosamente en las escuelas.

La última reforma y la más grande de todas se efectuó en el canto de la congregación. En la Edad Media la liturgia estaba casi completamente reservada al celebrante y al coro. La congregación se unía en unas pocas respuestas en la lengua vernácula. Lutero desarrolló en tal forma este elemento, que bien puede ser considerado el padre del canto congregacional. Fue en este punto donde su doctrina del sacerdocio de todos los creyentes tuvo su realización más concreta. En este punto y solamente en éste el luteranismo era realmente democrático. Todo el pueblo cantaba. Partes de la liturgia fueron convertidas en himnos: el Credo y el Sanctus. La congregación no cantaba "Creo", sino "Creemos en un solo Dios". La congregación cantaba cómo el profeta Isaías vio al Señor alto y elevado y escuchó el canto de los serafines: "¡Santo, Santo, Santo!"

#### El himnario.

Además, en 1524, Lutero publicó un himnario con veintitrés himnos de cuya letra era autor y quizás en parte el compositor de su música. Doce eran paráfrasis de himnos latinos. Seis eran versificaciones de los Salmos. Sus propias experiencias de angustias y liberación le permitían investir a los Salmos de un sentimiento muy personal en esas versiones libres. El "De profundis" se convirtió en "En la más espantosa necesidad". El gran himno de batalla de la Reforma, "Castillo fuerte", apareció en un himnario posterior. Aquí más que en ninguna otra parte tenemos al mismo tiempo los versos y la música de Lutero, y aquí más que en ninguna otra parte tenemos un epítome del carácter religioso de Lutero. El himno está basado en la versión de la Vulgata del Salmo 46, pues Lutero en sus devociones personales continuaba usando el latín en el que había sido educado. Mientras que en este salmo el hebreo dice "Dios es nuestro refugio", el latín tiene "Nuestro Dios es un refugio". En forma similar, Lutero empieza "Castillo fuerte es nuestro Dios". Aunque el Salmo 46 es básico, está manejado con excesiva libertad y entretreído con muchas reminiscencias de las Epístolas de Pablo y el Apocalipsis. Palabras toscas, como talladas a martillo, engastadas en tonos majestuosos, disciplinan las huestes celestiales en orden de batalla. Hacia el final el himno se extiende en un esfuerzo bajo los sobretonos del conflicto cósmico, mientras el Dios Señor de Sabaoth mata al príncipe de las tinieblas, despiadado, y reivindicada a los santos martirizados.

El pueblo de Lutero aprendió a cantar. Se fijaron ensayos durante la semana para toda la congregación, y se recomendaba a la familia que cantara en el hogar después de la hora del catecismo. Un jesuita atestiguaba que "los himnos de Lutero mataban más almas que sus sermones". Este extracto de una crónica de la ciudad de Magdeburgo muestra cómo eran llevados los cánticos al pueblo:

*El día de San Juan, entre Pascua y Pentecostés, entró por las puertas de la ciudad hasta el monumento del emperador Otón un viejo, un tejedor, y allí ofrecía himnos en venta mientras los cantaba para el pueblo. El burgomaestre, que venía de misa temprano, al ver la multitud preguntó a uno de sus criados qué pasaba. "Hay un viejo bribón — contestó— que canta y vende los himnos del hereje Lutero." El burgomaestre lo hizo arrestar y lo arrojó a la prisión, pero doscientos ciudadanos intercedieron y fue dejado en libertad.*

Entre los himnos que el anciano cantaba por las calles de Magdeburgo estaba el Aus tiefer Not de Lutero.

*A ti, Señor, en mi temor,  
Clamando estoy con duelo;  
En tu clemencia y en tu amor  
No niegues el consuelo.  
Te lo suplica el pecador,  
Puesto en angustia, y en horror;  
¡Oh, ten misericordia!*

*Ante tu gracia y tu favor  
Que a perdonar aspira, Inútil es y sin valor  
Aun la más pura vida. Nadie ante ti se hará valer,  
Y todos te habrán de temer, Confiando en tu gracia.*

*Por ello en Dios pondré mi fe,  
No en mis merecimientos.  
En El reposará mi ser  
Y en su bondad espero.  
Con su palabra me dio  
El Consuelo y amparo fiel,  
De él nunca desespero.*

## Capítulo XX LA IGLESIA MINISTERIAL

Distinguido por igual en la traducción de la Biblia, la composición del catecismo, la reforma de la liturgia y la creación del himnario, Lutero era igualmente grande en los sermones predicados desde el pulpito, las clases dadas en el aula y las oraciones pronunciadas en el "aposento alto". Su versatilidad es verdaderamente sorprendente. Nadie en su propia generación era capaz de rivalizar con él.

### La predicación

La Reforma dio un lugar central al sermón. El pulpito estaba más alto que al altar, pues Lutero sostenía que la salvación se alcanza a través de la Palabra y sin la Palabra los elementos carecen de calidad sacramental; pero la Palabra es estéril si no se la pronuncia. Todo esto no es decir que la Reforma inventó la predicación. En el siglo anterior a Lutero, para su sola provincia de Westfalia se habían impreso diez mil sermones, y aunque existen solamente en latín, se los predicaba en alemán. Pero la Reforma exaltó realmente el sermón. Todos los planes educativos descritos en el capítulo anterior encontraron su más alta aplicación en el pulpito. Los reformadores de Wittenberg emprendieron una extensa campaña de instrucción religiosa por medio del sermón. Los domingos había tres servicios públicos: de cinco a seis de la mañana sobre las Epístolas de Pablo; de nueve a diez sobre los Evangelios, y por la tarde, a una hora variable, una continuación del tema de la mañana o sobre el catecismo. La iglesia no se cerraba durante la semana, sino que los lunes y martes había sermones sobre el catecismo, los miércoles sobre el Evangelio de Mateo, los jueves y viernes sobre las Epístolas apostólicas y las tardes del sábado sobre el Evangelio de San Juan. No era un solo hombre el que cargaba con toda esta tarea. Había un cuerpo de clérigos, pero la participación de Lutero era prodigiosa. Incluyendo las devociones familiares, a menudo hablaba cuatro veces los domingos, y trimestralmente emprendía una serie de clases de dos semanas, cuatro veces por semana, sobre el catecismo. La suma de sus sermones existentes es de 2.300. La mayor cantidad corresponde al año 1528, en que pronunció 195 sermones distribuidos en 145 días.

Su preeminencia en el pulpito deriva en parte de la seriedad con que miraba el oficio de predicador. La tarea del ministro es exponer la Palabra en la cual solamente se halla cura para las heridas de la vida y el bálsamo de la eterna beatitud. El predicador debe morir diariamente por la preocupación de no descarriar a su rebaño. A veces desde el pulpito Lutero confesaba que alegremente, como el sacerdote y el Levita de la parábola, pasaría por otro lado. Pero se repetía a sí mismo constantemente el consejo que habría dado un predicador desalentado, que se quejaba de que la predicación era una carga, que sus sermones eran siempre cortos y que hubiera sido mejor permanecer en su anterior profesión. Lutero le dijo:

*Si Pedro y Pablo estuvieran aquí, os reprenderían porque queréis ser de golpe tan perfecto como ellos. Arrastrarse es algo, aun cuando uno no pueda caminar. Que cada uno haga lo mejor que pueda. Si no podéis predicar una hora, entonces predicad media hora o un cuarto de hora. No tratéis de imitar a otras personas. Haced cargo simplemente de lo que importa, y dejad el resto a Dios. Mirad solamente su honra y no busquéis el aplauso de los hombres. Rogad a Dios que ponga sabiduría en nuestra boca y dé oídos a vuestros oyentes. Podéis creerme que la predicación no es obra humana. Yo que soy viejo [tenía cuarenta y ocho años] y experimentado, me asusto cada vez que*



*tengo que predicar. Con toda seguridad experimentaréis tres cosas: si tenéis un borrador especialmente bueno, se hará agua. En segundo lugar: si desesperáis por completo del borrador Dios hará que prediquéis excelentemente lo que gusta a los oyentes; pero vos mismo no quedaréis satisfecho. Y en tercer lugar, cuando de antemano hayáis sido incapaz de preparar nada, predicaréis aceptablemente para vuestros oyentes y para vos mismo. Entonces rogad a Dios y dejad todo lo demás en sus manos.*

Los sermones de Lutero seguían el curso prescrito por el año cristiano y las lecciones asignadas por la larga costumbre a cada domingo. En este campo no hizo innovaciones. Como comúnmente solía hablar en el servicio de las nueve, sus sermones se refieren en su mayor parte a los Evangelios más que a sus Epístolas favoritas de Pablo. Pero el texto nunca le importaba demasiado. Si no tenía ante sí las palabras de Pablo: "El justo vivirá por la fe", podía fácilmente extraer el mismo punto del ejemplo del paralítico del Evangelio, cuyos pecados fueron perdonados antes de ser curada su enfermedad. Año tras año predicaba sobre los mismos pasajes y sobre los mismos grandes hechos: Adviento, Navidad, Epifanía, Cuaresma, Pascua, Pentecostés. Si ahora leemos sus sermones a través de treinta años sobre un mismo tema, resulta sorprendente la frescura con que cada año iluminaba algún aspecto nuevo. Cuando se tiene la impresión de que esta vez no hay nada asombroso, viene un relámpago. Está narrando la traición a Jesús. Judas devuelve las treinta monedas de plata con las palabras: "He traicionado la sangre inocente", y el sacerdote responde: "¿Qué nos importa eso a nosotros?" Lutero comenta que no hay soledad cómo la soledad del traidor porque aun sus confederados no le tienen simpatía. Los sermones abarcan todos los temas, desde la sublimidad de Dios hasta la gula de una cerda. Las conclusiones eran a menudo bruscas porque el sermón era seguido por los anuncios, frecuentemente tan largos como el sermón porque todos los sucesos de la semana siguiente eran explicados con exhortaciones apropiadas o inapropiadas, y castigos. Unas pocas muestras de los sermones y anuncios bastarán.

El primer ejemplo muestra cómo pasaba directamente del sermón a los anuncios. Las dificultades financieras a que se refiere no habían sido solucionadas con la intervención del príncipe y, por lo tanto, cada miembro de la congregación debía dar cuatro peniques. Lutero señala que él, personalmente, no ha sido afectado porque, como profesor universitario, recibe su estipendio del príncipe. Los siguientes extractos están, por supuesto, muy condensados:

*El sermón del 8 de noviembre de 1528 fue sobre el señor que perdonó a su criado. Este señor, dijo Lutero, simboliza el Reino de Dios. El criado no fue perdonado por haber perdonado antes a su compañero. Al contrario, recibió el perdón antes de haber hecho nada acerca de su compañero. Quien quiera ser cristiano debe tener dos clases de perdón: el primero es el que recibimos de Dios; el segundo es el que nosotros ejercemos no guardando ningún mal sentimiento hacia nadie en la tierra. Pero no debemos pasar por alto que hay dos órdenes: el mundano y el espiritual. El príncipe no puede ni debe perdonar porque tiene una administración diferente de la de Cristo, que reina sobre corazones quebrantados y rotos. El emperador gobierna sobre truhanes que no reconocen sus pecados y se burlan y llevan altas sus cabezas. Por esto el emperador lleva una espada, símbolo de sangre y no de paz. Pero el reino de Cristo es para las conciencias angustiadas; ahí se dice: "Sé libre; no te pido una sola moneda, solamente esto: ve y haz lo mismo por tu prójimo." El señor de la parábola no dice al criado: ve y funda un monasterio, sino simplemente que tenga compasión de sus compañeros.*

*Pero ahora, ¿qué os diré, wittenburgueses? Sería mejor que os predicara ahora el Sacbsenspiegel [espejo de Sajonia, antiguo código sajón]. Queréis ser cristianos y al mismo tiempo practicar la usura, el robo y el hurto. ¿Cómo esperáis recibir perdón vosotros, que estáis tan sumergidos en los pecados? En este caso se aplica la espada del emperador, pero mi sermón es para los corazones quebrantados que sienten sus pecados y no tienen paz. Basta de este Evangelio.*

*Esta es la semana de la colecta para la iglesia. Estoy enterado de que no deseáis dar nada. Vosotros, gentes desagradecidas, deberíais avergonzaros. Vosotros, wittenburgueses, habéis sido aliviados de las escuelas y hospitales, que han sido tomadas por el tesoro común, y ahora queréis saber por qué se os pide que deis cuatro peniques. Son para los ministros, maestros de escuela y sacristanes. Los primeros trabajan para vuestra salvación, os predicán el precioso tesoro del Evangelio, administran los sacramentos y os visitan con gran riesgo personal en las pestes. Los segundos enseñan a la juventud, pues la colectividad precisa concejales, jueces y pastores. Los terceros cuidan de los pobres. Hasta ahora el tesoro común cuidó de ellos, y ahora que se os pide dar cuatro miserables peniques alzáis los brazos al cielo. ¿Qué quiere decir esto, sino que preferís que no se os predique el Evangelio, que no se enseñe a los niños, que no se ayude a los pobres? No lo digo por mí mismo. Yo no recibo nada de vosotros. Yo soy el pordiosero de mi gracioso señor el príncipe. No poseo ni un palmo de tierra y no dejaré a mi mujer y mis hijos ni un solo penique. Pero gozaré con mayor alegría de mi pobreza que vosotros de vuestra riqueza y abundancia. Casi me arrepiento de haberos liberado de los tiranos y los papistas. Sois bestias ingratas, no sois dignos del tesoro del Evangelio. Si no mejoráis, dejaré de predicar, pues es como echar perlas a los cerdos.*

Y otra cosa: los novios que vienen para la bendición nupcial deben venir temprano. Hay horas establecidas: en verano, por la mañana a las ocho y por la tarde a las tres; en invierno por la mañana a las nueve y por la tarde a las dos. En cuanto a los que lleguen más tarde me reservo el derecho de bendecirlos yo mismo; pero no me lo agradecerán. Y los invitados deberán prepararse con tiempo para la boda y no hacer que el joven Ganso espere a la señora Pata.

El 10 de enero de 1529 la lección era sobre las bodas de Caná de Galilea. Este pasaje, decía Lutero, está escrito en honor del matrimonio. Hay tres estados: matrimonio, virginidad y viudez. Todos son buenos. Ninguno debe ser despreciado. La virgen no debe ser estimada por encima de la viuda ni la viuda por encima de la esposa, así como el sastre no debe ser estimado por encima del carnicero. Pero no hay ningún estado al que el demonio se oponga tanto como al del matrimonio. Los clérigos no han querido molestarse con el trabajo y las preocupaciones que implica. Tienen miedo de una mujer regañona, de hijos desobedientes, de la servidumbre díscola; de que muera aquí una vaca, allá un cerdo. Sin duda es mejor estar libre de sinsabores y dormir hasta que el sol brille sobre la cama. Nuestros antepasados sabían esto y decían: "Querido hijo, hazte cura o monje y pásalo bien." He oído a personas casadas decir a los monjes: "Vosotros lo tenéis todo fácil, pero nosotros, cuando nos levantamos, no sabemos dónde encontrar nuestro pan." El matrimonio es una pesada cruz porque son muchísimos los cónyuges que se pelean. Es una gracia de Dios cuando están de acuerdo. Por eso las Sagradas Escrituras enumeran como maravillas: la concordia entre los hermanos, el amor entre los prójimos, y marido y mujer bien unidos entre sí." (Eclesiástico 25: 1 y sigs.) Cuando veo una pareja así me alegro como si estuviera en un jardín de rosas. Es un caso raro.

## Sermón sobre la Navidad

Lutero está en sus mejores momentos y en su forma más característica en sus sermones de Navidad. El relato parece completamente simple, pero a modo de preparación se ha adentrado en las interpretaciones del relato que hicieron Agustín, Bernardo, Taulero y Ludovico de Sajonia, autor de una vida de Cristo. En todo lo que le había antecedido infundía Lutero las profundidades de su teología y lo vitalizaba con su gráfica imaginación. He aquí un ejemplo:

*El Evangelio es tan claro que no necesita muchas interpretaciones. Sólo requiere que lo miremos y contemplemos y que lo dejemos penetrar hasta lo más hondo de nuestro corazón. Sólo aprovecha a los que, aquietando su corazón, se olvidan de todas las cosas y sólo ponen la atención en sus páginas. Es como el sol sobre las aguas quietas: vemos sus reflejos y nos calienta. Mas el sol, sobre las aguas agitadas, no se ve, y tampoco nos calienta. Si queréis, pues, iluminación y calor, la gracia divina y sus milagros; si queréis tener el corazón ardiente, alumbrado, devoto y alegre, id allí donde encontráis quietud y las imágenes penetran en vuestro corazón, y hallaréis milagro sobre milagro.*

*¡Cuan sencilla y simplemente tienen lugar en la tierra los sucesos que tan ensalzados son en el cielo! En la tierra sucedió de esta guisa: Había una pobre y joven esposa, María de Nazareth, entre los moradores más pobres de la aldea, tan poco estimada que nadie se dio cuenta de la gran maravilla que ella llevaba. Era callada, no se vanagloriaba, sino que servía a su marido, José, pues no tenían ni sirvienta ni mozo. Ellos simplemente abandonaron su casa. Quizá tenían un asno para que María cabalgara, aunque los evangelios no dicen nada acerca de él, y bien podemos suponer que fuera a pie. El viaje era, por cierto, de más de un día desde Nazareth de Galilea hasta Belén, en el país judío que se halla al otro lado de Jerusalén. José había pensado: "Cuando lleguemos a Belén estaremos entre parientes y podremos pedir prestado todo." ¡Buena idea! Ya era bastante malo que una joven desposada, casada hacía solamente un año, no pudiera tener su hijo en Nazareth en su propia casa y tuviera que hacer todo ese viaje de tres días estando encinta. ¡Cuánto peor aun el que cuando llegara no hubiera lugar para ella! La posada estaba llena. Nadie quiso ceder su habitación a una mujer embarazada. Tuvo que ir a un establo y allí dar a luz al Hacedor de todas las criaturas a quien nadie quería hacer lugar. ¡Qué vergüenza, malvado Belén, habría que haber pegado fuego a esa posada! Pues aun cuando la virgen María hubiera sido una pordiosera o no hubiera estado casada, todos en ese momento deberían haberse alegrado de poder prestarle ayuda. Hay muchos de vosotros en esta congregación que pensáis: "¡Si yo hubiera estado allí! ¡Cuan pronto hubiera estado para ayudar al Niño! Le hubiera lavado los pañales. ¡Ojalá yo hubiese tenido la suerte, como los pastores, de ver al Señor yaciendo en el pesebre!" Sí, ahora lo haríais, porque conocéis la grandeza de Cristo, pero en aquel entonces no os hubierais comportado mejor que la gente de Belén. ¡Qué pueriles y tontos pensamientos son éstos! ¿Por qué no lo hacéis ahora? Tenéis a Cristo en vuestro prójimo. Debéis servirlo, pues lo que hacéis en favor de vuestro prójimo necesitado lo hacéis al Señor Jesucristo mismo. El nacimiento fue aun más lastimoso. Nadie se compadeció de esa joven esposa que daba a luz a su primogénito; nadie la atendió; nadie reparó en su vientre grávido; nadie se dio cuenta de que en ese extraño lugar no tenía la menor cosa necesaria para un parto. Allí estaba sin nada preparado: sin luz, sin fuego, en plena noche, sola en la oscuridad. Nadie le prestó la ayuda habitual. Todos están beodos y alegres en la posada, un pulular de huéspedes de todas partes, de*

*modo que nadie se ocupa de esa mujer. También creo que ella misma no se había percatado que su alumbramiento estaba tan próximo; si no, se hubiera quedado en Nazareth. Y podéis imaginar qué clase de paños pueden haber sido aquellos en que lo envolvió. Quizás su velo, pero no por cierto los pantalones de José, que ahora se exhiben en Aquisgrán.*

*Pensad, mujeres, que allí no había nadie para bañar al Niño. Nada de agua caliente, ni siquiera fría. Ningún fuego, ninguna luz. La madre tuvo que ser ella misma comadrona y criada. El frío pesebre fue cama y baño. ¿Quién enseñó a la pobre muchacha lo que debía hacer? Nunca antes había tenido un hijo. Me maravilla que el pequeñuelo no muriera de frío. No hagáis de María una piedra. Pues cuanto más altas están las gentes en el favor de Dios, tanto más frágiles son.*

*Cuando meditamos, pues, sobre el Evangelio del Nacimiento, hay que imaginar que todo sucedió del mismo modo que con nuestros hijos. Contemplad a Cristo yaciendo en el regazo de su joven madre. ¿Qué cosa puede ser más dulce que el Niño, qué más encantador que su Madre? ¿Qué cosa más hermosa que su juventud? ¿Qué cosa más tierna que su virginidad? Mirad al Niño, ¡cuan inocente es! Sin embargo, todo lo que existe le pertenece, para que vuestra conciencia no le tema sino que busque consuelo en él. No dudéis. Para mí no hay mayor consuelo dado a la humanidad que éste, que Cristo se convirtiera en hombre, en un niño, un infante que jugaba en el regazo y en el pecho de su preciosísima Madre. ¿A quién no reconforta esta visión? Ahora ya está vencido el poder del pecado, de la muerte, del infierno, de la conciencia, y de la culpa, si os acercáis a este Niño que juguetea y creéis que ha venido no para juzgaros sino para salvaros.*

### **Exposición de Jonás**

Así como los sermones de Lutero eran a menudo didácticos, también sus clases eran comúnmente predicaciones. Siempre estaba enseñando, ya fuera en el aula o en el pulpito; y siempre estaba predicando, ya fuera en el pulpito o en el aula. Sus clases sobre Jonás tienen más de sermón que muchos de los predicados en la iglesia del Castillo. Lutero trató a Jonás, como a todos los otros personajes bíblicos, como un espejo de sus propias experiencias. He aquí un resumen de la exposición:

*Jonás fue enviado a reprender al poderoso rey de Asiria. Esto exigía mucho valor. Si hubiéramos estado allí, nos hubiera parecido necio que un hombre solo atacara a un imperio como ése. ¿Cómo sería, si a ti o a mí nos mandaran al emperador turco con tal misión? Así muchas veces debió parecer ridículo que un hombre solo se levantara contra el papa. Pero la acción de Dios siempre parece necesidad.*

*"Y Jonás halló un navío que partía para Tarsis." Los impíos piensan que pueden huir de Dios yendo a una ciudad donde no los reconocen. ¿Por qué se negó Jonás a ir? En primer lugar, porque la tarea era muy grande. Ningún profeta había sido elegido nunca para ir a los paganos y le pareció cruel y extraño que Dios le ordenara tal cosa justamente a él. Otra razón era que sentía enemistad por Nínive. Pensaba que Dios era solamente Dios de los judíos y prefería morir antes que proclamar la gracia de Dios a los paganos.*

*Entonces Dios envió un gran viento. ¿Por qué envolver a los demás pasajeros en el castigo de Jonás? Nosotros no somos nadie para establecer reglas para Dios, y por otro lado las otras personas que estaban en el barco no eran inocentes. ¿Quién está sin*

*pecado ante Dios? La tempestad debe de haber sido muy repentina, porque la gente se dio cuenta de que debía de haber una causa inusitada. La razón natural enseñó a los marineros que Dios es Dios era algo grande, por sobre todas las cosas. La luz de la razón es una gran luz, pero falla en que está pronta para creer que Dios es Dios, pero no para creer que Dios es Dios para nosotros. Estas gentes invocaron a Dios. Esto prueba que creyeron que era Dios, es decir, para los demás, pero no creyeron realmente que los ayudaría a ellos, pues de lo contrario no hubieran arrojado los útiles y la mercadería por la borda. Hicieron lo imposible por salvar el navío, como los papistas que tratan de salvarse por las obras.*

*Jonás dormía profundamente en la bodega. Así ocurre siempre con los pecadores. No sienten arrepentimiento. Si Dios hubiera olvidado su pecado, Jonás nunca le hubiera concedido un pensamiento. Pero cuando lo despiertan y advierte el estado del barco reconoce que Dios lo persigue con el castigo. Su conciencia despierta y el pecado cobra vida. Siente el aguijón de la muerte y la ira de Dios. Entonces, no sólo el navío, sino el mundo entero le parece demasiado estrecho. Reconoce su falta y considera inocentes a todos los demás. Esto es lo que hace la contrición. Hace inocente a todo el mundo y un pecador de nosotros mismos. Mas Jonás no estaba dispuesto todavía a confesar su pecado. Dejó que los marineros lucharan hasta que Dios le hizo ver claramente que todos perecerían con él. Nadie quería confesar de quién era la culpa, así que decidieron hallar el culpable echando suertes. Las heridas no pueden ser curadas hasta que uno las descubre y los pecados no pueden ser perdonados hasta que son confesados. Algunos dicen que ellos pecaron al echar suertes, pero no sé que el echar suertes esté prohibido en las Sagradas Escrituras.*

*Entonces Jonás dice: "Hebreo soy y temo a Jehová, Dios de los cielos que hizo la mar y la tierra." La confesión hace patente el pecado y empieza la lucha con la muerte. Empero había ocurrido la cosa más sublime, pues el corazón se deshizo en parte de la pesada carga del pecado y la conciencia quedó algo aliviada por la confesión. La fe empieza a arder aunque muy débilmente, cuando la ira de Dios viene sobre nosotros. Hay ahí dos cosas: el pecado y el temor. Los corazones imprudentes dejan a un lado el pecado y miran el temor. Siempre actúa así la razón cuando la gracia y el espíritu no la ayudan. Mas no sirve. Al confesar Jonás que era hebreo y servidor del verdadero Dios, hizo aun más grande e injustificable su pecado y deshonor. Y Jonás dijo: "Arrojadme al mar." Los marineros pensaron que la confesión era suficiente y se sentaron nuevamente a remar. Pero Jonás hubo de colmar la vergüenza, aun mil veces mayor porque era vergüenza ante Dios mismo. Pues ante Él no hay rincón donde esconderse, ni siquiera en el infierno. Jonás no podía prever su liberación. Dios aleja de la vista todo honor y todo consuelo y sólo deja la vergüenza.*

*Luego sigue la muerte, pues el aguijón de la muerte es el pecado. Jonás pronunció su propia sentencia: "Echadme a la mar". Siempre debemos recordar que Jonás no podía prever el final. Sólo veía la muerte, la muerte y la muerte. Mas lo peor de todo era que su muerte se debía a la ira de Dios. No hubiera sido tan malo si hubiese muerto como mártir, pero cuando la muerte es un castigo, es realmente horrible. ¿Quién no tiembla ante la muerte, aun cuando no sienta ni conozca la ira de Dios como los paganos? Pero si hay también pecado y remordimiento de conciencia, ¿quién puede soportar la vergüenza ante Dios y el mundo? ¡Qué lucha debe de haber tenido lugar en el corazón de Jonás! Debe de haber sudado sangre. Tenía que luchar al mismo tiempo contra el*

*pecado, contra su propia conciencia, contra los sentimientos de su corazón, contra la muerte y la ira de Dios.*

*Como si el mar no fuera suficiente, Dios preparó un gran pez. Para el pobre Jonás, perdido y moribundo, ¡que horrible imagen del terror la del pez con la gran boca abierta y los afilados dientes como columnas puntiagudas, y una garganta tan ancha que llegaba hasta el interior del vientre! Del mismo modo se agosta la conciencia ante la ira de Dios, la muerte, el infierno y la condenación. "Y estuvo Jonás en el vientre del pez tres días y tres noches." Estos fueron los tres días y tres noches más largos que hubo bajo el sol. ¡Cómo debieron de palparle los pulmones y el hígado! Apenas si habrá mirado a su alrededor para ver su morada. Pensaba: "¿Cuándo, cuándo, cuándo terminará esto?"*

*¿Cómo puede nadie imaginar que un hombre pueda estar tres días y tres noches tan solitario en el vientre de un pez sin luz, sin alimento, absolutamente solo, y salir vivo? ¿Quién no tomaría esto por una leyenda si no estuviera en las Escrituras? Pero Dios está también en el infierno. "Y oró Jonás desde el vientre del pez a Jehová su Dios." Lo que sigue no creo que lo haya expresado exactamente con las mismas palabras mientras estaba allí abajo, pero muestra lo que estaba pensando. No esperaba su salvación. Pensaba que debía morir, y sin embargo, oraba: "Clamé de mi tribulación a Jehová." Esto demuestra que ante todo debemos recurrir a Dios. Si podéis clamar, vuestra agonía ha pasado. El infierno mismo, cuando desde allí se invocará a Dios y clamará por él, dejaría de ser el infierno. Pero nadie puede creer lo difícil que es esto. Es fácil llorar y lamentarse, temblar y dudar. Mas invocar a Dios es algo que no podemos hacer. Pues nos agobia la conciencia, el pecado y la ira de Dios están alrededor de nuestro cuello. La sola naturaleza o un impío no pueden clamar. Cuando Jonás llegó al punto en que pudo clamar, había vencido. Clamad al Señor en vuestra angustia y ella será atenuada. Clamad y nada más. Él no os pregunta acerca de vuestros méritos. La razón no comprende esto y siempre trata de presentar algo para aplacar a Dios. Pero no hay nada que presentar. La razón no cree ni sabe que basta invocar para aplacar la ira de Dios, como nos enseña Jonás aquí,*

*"Todas tus ondas y tus olas han pasado sobre mí." Observemos que Jonás las llama tus olas. Si una hoja arrastrada por el viento puede asustar a un ejército, ¿qué no le habrá hecho el mar a Jonás? ¿Y qué no hará la majestad de Dios en el día del juicio a todos los ángeles y todas las criaturas? Cuando mi alma desfallecía en mí, acordéme de Jehová." Esto es volverse del Dios juez al Dios Padre. Pero esto no está en manos del hombre. "Yo empero con voz de alabanza te sacrificaré; pagaré lo que prometí. La salvación pertenece a Jehová." Y mandó Jehová al pez, y vomitó a Jonás en la tierra.» Lo que antes sirve para la muerte, ahora debe servir para la vida.*

### **La oración**

Lutero era, por sobre todo, un hombre de oración, y sin embargo tenemos menos de sus oraciones que de sus sermones y conversaciones porque logró mantener a sus alumnos fuera de la cámara secreta. Tenemos las colectas que compuso para la liturgia, la oración para la sacristía y una oración que se dice fue oída casualmente por su compañero de cuarto en Worms. En el siguiente extracto de su exposición del Padrenuestro pisamos un terreno más seguro:

*Lutero enseña a sus lectores: Puesto de hinojos, o de pie, con las manos cruzadas y los ojos dirigidos hacia el cielo, di o piensa con la mayor concisión: "¡Oh Padre*

*Celestial, Dios amado! Soy un pobre e indigno pecador, no soy digno de elevar mis ojos ni mis manos hacia ti en oración, pero puesto que nos has mandado orar y nos has enseñado cómo hacerlo, por intermedio de Nuestro Señor Jesucristo, digo: 'El pan nuestro de cada día dánosle hoy!.' Oh amado Señor Padre, danos tu bendición en esta vida terrenal. Danos benévola mente tu paz y libranos de la guerra. Concede a nuestro emperador sabiduría y comprensión para que pueda gobernar su reino terrenal en paz y beatitud. Da a todos los reyes, príncipes y señores buen consejo para que puedan dirigir sus tierras en tranquilidad y justicia, y especialmente guarda al gobernante de nuestra tierra. Protégelo de las lenguas malignas e infunde en sus súbditos gracia para servirle con fidelidad y obediencia. Concede nos buen tiempo y los frutos de la tierra. Te encomendamos casa, tierra, esposa e hijos. Ayúdanos para que podamos gobernar, nutrir y educar. Aparta al Corruptor y a los ángeles malos que impiden estas cosas. Amén.*

*"Y perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores." Amado Señor y Padre, no nos juzgues, puesto que ante ti ningún hombre está justificado. No tengas en cuenta nuestras transgresiones ni que somos tan ingratos con todas tus inefables mercedes del espíritu y el cuerpo, y que diariamente caemos más de lo que sabemos o nos damos cuenta. No señales cuan buenos o malos somos, sino que concédenos la inmerecida gracia por intermedio de Jesucristo tu amado Hijo. Perdona también a nuestros enemigos y a todos los que nos han herido y hecho mal, y nosotros también los perdonamos desde nuestro corazón, pues se hacen a ellos mismos el mayor mal al enardecerse contra ellos. Pero nosotros no nos beneficiamos con su perdición y preferiríamos mucho más que fueran bendecidos. Amén. (Y si alguno siente aquí que no puede perdonar, que niegue solicitando gracia para poder hacerlo. Pero esto es un punto que pertenece a la predicación.).*

## Capítulo XXI LA LUCHA POR LA FE

Siempre fue mucho más íntimamente personal el consejo pastoral de Lutero que sus enseñanzas o prédicas. Ni en el aula ni en el pulpito dejaba de estar presente lo personal; pero cuando el médico se dedicaba a la cura de almas, recurría casi exclusivamente a aquellas cosas que él mismo había descubierto que eran buenas para semejantes dolencias. Por esta razón, cualquier consideración de lo que él hiciera por otros con el fin de aliviar angustias espirituales debe tomar la forma de un análisis de sus propias enfermedades y de los remedios que encontrara provechosos tanto para él como para los demás.

### La persistente lucha de Lutero

Para empezar, debemos reconocer de Lutero que tenía dolencias persistentes. Este hombre que había fortalecido con la fe a otros, libraba él mismo una perpetua lucha por la fe. Quizás el trastorno más grave de toda su vida se produjo en el año 1527. La recurrencia de estas depresiones nos plantea nuevamente la cuestión de si ellas no habrán tenido una base física, y esta pregunta no puede ser realmente contestada. El intento de descubrir una correlación entre sus muchas enfermedades y las crisis de desesperación ha resultado infructuoso, y no debemos olvidar a este respecto que sus dolencias espirituales ya eran agudas en el monasterio, antes de que empezaran las físicas. Es más plausible encontrarles conexión con los sucesos externos. Las crisis fueron precipitadas por un rayo, por la primera misa, y en 1527 por el choque total de los radicales unido al hecho de que Lutero estaba todavía durmiendo en su propia cama mientras que sus seguidores morían por la fe. Cuando salió del estado de shock que se apoderó de él, luchaba con el reproche que se hacía a sí mismo de estar todavía vivo. "No era digno —decía— de derramar mi sangre por Cristo como muchos de mis compañeros lo han hecho al confesar el Evangelio. Sin embargo este honor fue negado al discípulo amado, Juan Evangelista, quien escribió un libro contra el papado mucho peor que todo lo que yo he escrito." Aunque los sucesos externos lo afectaran, la naturaleza misma de la noche oscura del alma es tal, que puede ser ocasionada por cosas intangibles. El debilitamiento físico era más a menudo el efecto que la causa de este desaliento.

El contenido de las depresiones era siempre el mismo: la pérdida de la fe en que Dios es bueno y es bueno para mí. Después de la espantosa Tribulación de 1527, Lutero escribió: "Durante más de una semana estuve a las puertas de la muerte y el infierno. Temblaba con todos mis miembros. Cristo estaba completamente perdido. Fui sacudido por la desesperación y la blasfemia de Dios." Su agonía en los últimos años era tanto más intensa cuanto que él mismo era un médico de almas, y si la medicina que había prescrito para sí mismo y para ellas era en realidad un veneno, se le presentaba una terrible responsabilidad. El gran problema para él no era saber de dónde provenían sus depresiones, sino saber cómo vencerlas. En el curso de repetidas exposiciones sobre el tema, había elaborado una técnica para sí mismo y para sus fieles.

El primer consuelo que ofrecía era la reflexión de que son necesarios trastornos internos del espíritu para la solución válida de los genuinos problemas religiosos. Las reacciones emocionales pueden ser excesivamente agudas, pues el demonio siempre convierte un piojo en un camello. No obstante, la relación del hombre con Dios no puede ser apacible.

*Si yo vivo más tiempo me gustaría escribir un libro sobre las tribulaciones, pues sin ellas ningún hombre puede comprender ni las Escrituras, ni la fe, ni el temor o el*



*amor de Dios. Sí; aquel que no ha estado nunca sujeto a tribulaciones no conoce el significado de la esperanza.*

*David debe de haber sido atormentado por un demonio realmente terrible. No pudo haber tenido visiones tan profundas sin haber experimentado grandes tribulaciones.*

Lutero casi llegaba a decir que una excesiva sensibilidad emocional es un modo de revelación. Los que están tan predispuestos u caer en la desesperación como a elevarse en éxtasis pueden ser capaces de mirar la realidad desde un ángulo diferente que la gente ordinaria. Sin embargo, es también un ángulo verdadero; y cuando el problema o el objeto religioso ha sido mirado así una vez, otros menos sensitivos serán capaces de mirar desde un nuevo punto ventajoso y testimoniar que la percepción es válida.

### Sus depresiones

Lutero sentía que sus depresiones eran necesarias. Pero al mismo tiempo eran terribles y con todos los medios trataba de evitarlas y vencerlas. Toda su vida fue una lucha contra ellas, una pelea por la fe. Este es el punto en que nos interesa Lutero tan agudamente, pues nosotros también somos abatidos y también deseáramos saber cómo atemperar nuestros desalientos. Lutero tenía dos métodos: uno era el ataque de frente, el otro un abordaje indirecto. A veces se entregaba a una lucha directa con el Demonio. Esta *mise en scene* particular puede divertir al lector moderno e inclinarlo a no tomar seriamente a Lutero; pero debe tenerse en cuenta que lo que el Demonio le dice a Lutero es solamente lo que uno se dice a sí mismo en momentos de introspección y, lo que es aun más significativo, solamente las dificultades menores eran referidas al Demonio. En todos los encuentros más importantes, Dios mismo era el atacante. El Demonio era en cierta medida un alivio. Lutero saboreaba, en comparación, la personificación de su enemigo en la forma de un ser a quien podía hostigar sin peligro de blasfemia. Describe con placer algunos de esos ataques:

*Cuando me acuesto, el Demonio siempre me está esperando. Cuando empieza a atormentarme, le doy esta respuesta: "Demonio, ahora tengo que dormir. Dios manda que trabajemos de día y durmamos de noche. Así que vete." Si entonces no cede y me echa en cara mis pecados, le digo: "Sí, querido, ya sé todo eso. Y conozco algunos más que has pasado por alto. Aquí hay algunos extra. Anótalos." Si todavía insiste en acusarme, le digo con sarcasmo: "San Satanás, ruega por mí. Por supuesto que tú no has hecho nunca nada malo en tu vida. Tú solo eres santo. Vé ante Dios y obtén gracia para ti mismo. Si quieres hacerme piadoso, te digo: "Médico, cúrate a ti mismo.' "*

A veces Lutero tenía la temeridad de emprender también la lucha más grande contra Dios mismo. "Discuto mucho con Dios con gran impaciencia —decía— y le recuerdo sus promesas." La mujer cananea era una fuente de interminable asombro y consuelo para Lutero, porque había tenido la audacia de discutir con Cristo. Cuando ella le pidió que viniera a curar a su hija, él le respondió que no había sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel, y que no estaba bien tomar el pan de los hijos y dárselo a los perros. Ella no discutió su juicio; admitió que era un perro. Pidió nada más que lo que corresponde a los perros; lamer las migajas que caen de la mesa de los hijos. Tomó a Cristo con sus propias palabras. Entonces Él no la trató como un perro sino como a un hijo de Israel.

*Todo esto está escrito para nuestro consuelo, para que podamos ver cómo esconde Dios su faz y que no debemos proceder de acuerdo con nuestros sentimientos, sino de acuerdo con su Palabra. Todas las respuestas de Cristo parecían un no, pero él no quería decir no. No había dicho que ella no era de la casa de Israel. No había dicho que ella era un perro. No había dicho que no. Sin embargo, todas sus respuestas parecían más negativas que afirmativas. Esto muestra cómo nuestro corazón cae en la desesperación. No ve nada más que una clara negativa. Por eso es necesario volverse al sí profundamente escondido bajo el no, y atenerse con fe firme a la palabra de Dios.*

### **El camino indirecto**

A veces, sin embargo, Lutero aconsejaba no intentar abrirse camino luchando. "No discutáis con el diablo —solía decir—. Él tiene cinco mil años de experiencia. Ha probado todas las artimañas con Adán, Abraham y David y conoce exactamente los puntos débiles." Además, es persistente. Si no consigue abatirlos en el primer asalto, empezará un verdadero sitio de atrición hasta que os deis por vencidos de puro agotados. Lo mejor es alejar todo el asunto. Buscad compañía y discutid algún asunto irrelevante, como, por ejemplo, lo que está sucediendo en Venecia. Huid de la soledad. "Las dificultades empezaron para Eva mientras caminaba sola en el jardín. Yo he sufrido mis peores tentaciones cuando estaba solo." Buscad algún hermano cristiano, algún sabio consejero. Resguardaos con la hermandad de la Iglesia. Luego, además, buscad compañía alegre, compañía femenina, convites, danzas, alegría y canto. Comed y bebed aunque el alimento sea desagradable. El ayuno es el peor expediente. Una vez Lutero dio tres reglas para disipar el abatimiento: la primera es la fe en Cristo, la segunda es encolerizarse y la tercera es el amor de una mujer. Recomienda especialmente la música. El Demonio la odia porque no puede soportar la alegría. El médico de Lutero relata que en una oportunidad llegó con unos amigos para una velada musical y encontraron a Lutero desfalleciente; pero cuando los otros empezaron a cantar, pronto fue él uno de la partida. La vida hogareña era un consuelo y una distracción. También lo era la presencia de su esposa cuando el Demonio lo asaltaba en las vigili­as nocturnas. "Entonces me vuelvo a mi Katie y le digo: 'Perdóname por tener tales tentaciones, y hazme volver de tan vanas vejaciones.'" El trabajo manual era un alivio. Una buena forma de exorcizar al Demonio, aconsejaba Lutero, es ensillar el caballo y desparramar abono por los campos. Con todos estos consejos de huir de la refriega, Lutero en cierto modo prescribía la fe como una cura para la falta de fe. Abandonar la discusión es, en sí mismo, un acto de fe semejante a la Gelassenheit de los místicos, una expresión de confianza en el poder restaurador de Dios, que actúa en el subconsciente mientras el hombre se ocupa de cosas ajenas a ello.

Esto explica por qué a Lutero le gustaba observar a los que viven gozosamente, como los pájaros y los niños. Viendo mamar a su pequeño Martín, dijo: "Hijo, tus enemigos son el papa, los obispos, el duque Jorge, Fernando y el Demonio. Y allí estás, chupando despreocupadamente." Cuando Anastasia, que tenía entonces cuatro años, parloteaba acerca de Cristo, ángeles y cielo, Lutero dijo: "Mi querida niña, ¿si sólo pudiéramos asirnos a esa fe!"

—¡Cómo, papá! —le dijo ella—, ¿tú no lo crees? Y Lutero comentaba:

*Cristo ha hecho de los niños nuestros maestros. Me entristece el que yo, a pesar de ser todo un doctor, todavía tenga que ir a la misma escuela con Hans y Magdalena, pues, ¿quién entre los hombres puede comprender el pleno significado de esta palabra de Dios: "Padre nuestro que estás en los cielos"? Quien comprende estas palabras y cree en ellas dirá a menudo: "Soy Señor de los cielos y la tierra y todo lo que hay en ellos. El*

*ángel Gabriel es mi sirviente, Rafael es mi cochero, y los otros ángeles mis criados en cada una de mis necesidades. Mi Padre, que está en los cielos, me los envía para que no tropiece mi pie contra una piedra." Y mientras estoy confesando esta fe, mi Padre deja que yo sea arrojado en la cárcel, sea ahogado o decapitado. Entonces la fe vacila y nuestra flaqueza nos dice al oído: "¿Y quién sabe si es verdad?"*

### **La lucha con el ángel**

La sola observación de los niños no podía responder a esta pregunta. La lucha debía ser reanudada en el plano directo. Si Lutero se sentía perturbado por el estado del mundo y el estado de la Iglesia, sólo podía lograr nuevamente seguridad a través del reconocimiento de que, de hecho, la situación no era mala. A pesar de los muchos juicios pesimistas de sus últimos años, Lutero podía decir: "No tengo una visión lastimosa de nuestra Iglesia, sino más bien una visión de la Iglesia floreciendo a través de una enseñanza pura e incorrupta y aumentada con excelentes ministros día a día."

En otros momentos la depresión era con respecto a sí mismo. Recordemos las oscilaciones de sus sentimientos en el Wartburgo, con respecto a si había sido temerario o pusilánime. La respuesta en su caso nunca podía ser que tuviera algún derecho sobre Dios, y entonces volvía siempre la cuestión de si Dios le tendría misericordia. Cuando uno es asaltado por esta duda, ¿a dónde puede uno volverse? Lutero decía que nunca se sabe adonde, pero que siempre hay algún lugar. Es inútil preguntar por el punto de partida de la teología de Lutero. Empieza por donde puede. El mismo Cristo se aparece variable, a veces como el Buen Pastor y a veces como el Juez vengativo. Si Cristo se le aparecía hostil, Lutero se volvía a Dios y recordaba el primer mandamiento: "Yo soy el Señor tu Dios." Esta sola declaración es al mismo tiempo una promesa, y Dios debe mantener sus promesas.

*En tal caso debemos decir: "Que desaparezca todo aquello en que hemos confiado, Señor. Tú solo nos das ayuda y consuelo. Tú has dicho que me ayudarías. Creo en Tu palabra. Oh, mi Dios y Señor, he escuchado de ti una palabra gozosa y consoladora. Me aferré a ella, pues sé que no me engañas. No importa cómo puedas aparecerte, cumplirás lo que has prometido, eso y nada más."*

Por otro lado, si Dios se esconde en las nubes tormentosas que ocultan la cima del Sinaí, entonces reuníos alrededor del pesebre, mirad al Niño Jesús mientras brinca en el regazo de su madre y sabed que la esperanza del mundo está allí. O si Cristo y Dios están igualmente inalcanzables, entonces mirad al firmamento de los cielos y maravillaos de la obra de Dios, que lo sostiene sin columnas. O tomad la flor más diminuta y ved en el pétalo más pequeño la obra de Dios.

Todas las ayudas externas de la religión deben ser estimadas. Lutero atribuía gran importancia a su bautismo. Cuando el Demonio lo asaltaba, respondía: "Estoy bautizado." Asimismo, en sus conflictos con los católicos y los radicales encontraba seguridad, apelando a su doctorado. Éste le daba autoridad y el derecho de hablar.

### **La roca de las Escrituras**

Pero siempre y por sobre todo lo demás, la gran ayuda objetiva de Lutero eran las Sagradas Escrituras, porque ellas son el registro escrito de la revelación de Dios en Cristo. "La

verdadera peregrinación cristiana no es ir a Roma o a Compostela, sino a los Profetas, los Salmos y los Evangelios." Las Escrituras asumían para Lutero una importancia abrumadora, pero no principalmente como un libro fundamental para las polémicas antipapales, sino como la única base de certidumbre. Había rechazado la autoridad de los papas y los concilios, y no podía empezar desde dentro de sí como hacían los profetas del testimonio interior. La médula de su disputa con ellos era que en los momentos de abatimiento no podía encontrar dentro de sí más que absolutas tinieblas. Se hallaba completamente perdido a menos que pudiera encontrar algo externo a que asirse. Y ese algo lo encontraba en las Sagradas Escrituras.

Desde nuestro punto de vista, su actitud hacia las Escrituras carecía de sentido crítico, pero no pecaba de credulidad. Nada lo asombraba tanto en todos los relatos bíblicos como la fe de los personajes: que María creyera en la anunciación del arcángel San Gabriel; que José diera crédito al sueño que aliviaba todos sus recelos; que los pastores creyeran en la apertura del cielo y el cántico de los ángeles; que los Reyes Magos estuvieran dispuestos a ir a Belén de acuerdo con la palabra del profeta. Había tres milagros en la Natividad: que Dios se hiciera hombre, que una virgen concibiera y que María creyera. Y el mayor de todos era el último. Cuando los Reyes Magos confiaron en su propio juicio y fueron directamente a Jerusalén sin consultar la estrella, Dios la sacó de los cielos y los dejó que azorados preguntaran a Herodes, quien entonces llamó a sus sabios y éstos buscaron en las Escrituras. Y es esto lo que debemos hacer nosotros cuando perdemos de vista la estrella.

Pero es precisamente en este punto donde el itinerario de Lutero empieza a escapárenos. Podemos seguirlo bastante bien en la descripción de sus angustias. Pero cuando nos ofrece esta salida, nos desilusiona. ¿Debemos abandonarlo ahora como a un Virgilio en el Purgatorio y buscar en otro la Beatriz que pueda conducirnos al Paraíso? Quizás una palabra de Lutero pueda ayudarnos, después de todo, pues él declaraba que el Evangelio no es tanto un milagro como una maravilla, non miracula sed, mirabilia. No hay mejor manera de sentir la maravilla que tomar a Lutero como guía. Dejemos que él nos describa, con todo su poder y penetración, las desesperaciones espirituales de los personajes bíblicos y la forma en que pudieron encontrar la mano del Señor. Ya hemos visto un ejemplo en el caso de su comentario de Jonás. Como otra ilustración tomemos su descripción del sacrificio de Isaac por Abraham. Salvo la suposición inicial de que Dios ordenó el sacrificio y que el ángel intervino al final, todo lo demás es el relato de una lucha interna que no es difícil de transformar en la historia de una visión que nace o una revelación que se despliega. Escuchemos cómo expone Lutero el relato:

*Dios había dicho a Abraham que debía sacrificar al que era hijo de su vejez por un milagro, la simiente a través de la debía convertirse en padre de reyes y de una gran nación, Abraham se demudó. No sólo porque perdería a su hijo sino bien porque Dios se presentaba como un mentiroso. Él le había dicho: "En Isaac te será llamada descendencia", y ahora decía: "Mata a Isaac." ¿Quién no odiaría a un Dios tan cruel y contradictorio? ¡Cómo deseaba Abraham hablar de esto con alguien! ¿No podría decirselo a Sara? Pero él sabía bien que si lo mencionaba a cualquiera lo disuadirían y le impedirían cumplir el mandato. El lugar destinado para el sacrificio, el Monte Moría, se hallaba a cierta distancia, "y Abraham se levantó muy de mañana, y enalbardó su asno y tomó dos mozos suyos, y a Isaac su hijo, y cortó leña para el holocausto". Abraham no dejó en manos de otro la tarea de ensillar el asno. Él mismo cargó el animal con la leña para el holocausto. Todo el tiempo iba pensando que esos leños consumirían a su hijo, su única esperanza de descendencia. Con esos mismos leños que él estaba juntando sería quemado el muchacho. En situación tan terrible, ¿no debería tomarse tiempo para*

*reflexionar? ¿No podría decírselo a Sara a pesar de todo? ¡Cuántas lágrimas interiores lloró! Cinchó el asno y estaba tan ensimismado que apenas si sabía lo que hacía.*

*Tomó a dos criados y a Isaac su hijo. En ese momento todo moría en él: Sara, su familia, su hogar, Isaac. Esto es lo que significa vestirse de cilicio y sentarse en cenizas. Si hubiera sabido que era solamente una prueba, no la hubiera intentado. Tal es la naturaleza de nuestras pruebas, que mientras duran no podemos ver el final. "Al tercer día alzó Abraham su vista y vio el lugar de lejos." ¡Qué batalla había sostenido en esos tres días! Allí dejó Abraham a los criados y al asno, echó la leña sobre los hombros de Isaac y él mismo tomó la antorcha y el cuchillo del sacrificio. Todo el tiempo iba pensando: "Oh, Isaac, ¡si tú supieras! ¡Si tu madre supiera que vas a ser sacrificado!" "Y fueron ambos juntos." Nadie en el mundo puede saber lo que allí pasó. Ambos marchaban juntos. ¿Quiénes? El padre y su amadísimo hijo, uno sin saber lo que le esperaba pero dispuesto a obedecer, el otro seguro de que debía reducir a cenizas a su hijo. "Entonces habló Isaac a Abraham su padre y dijo: Padre mío. Y él respondió: Heme aquí, mi hijo. Y él dijo: He aquí el fuego y la leña; mas ¿dónde está el cordero?" Le llamaba padre y se preocupaba de que hubiera olvidado algo, y respondió Abraham: "Dios se proveerá de cordero para el holocausto, hijo mío."*

*Cuando llegaron al monte, Abraham erigió el altar y puso sobre él la leña, y entonces se vio obligado a decirlo todo a Isaac El muchacho quedó estupefacto. Debe de haber protestado: "¿Has olvidado que soy el hijo de Sara por un milagro de su vejez; que a través de mí se te ha prometido descendencia, ser el padre de reyes y de una gran nación?" Y Abraham debe de haber contestado que Dios cumpliría sus promesas aun con las cenizas. Entonces Abraham lo ató y lo puso sobre la leña. El padre levantó el cuchillo. El muchacho le ofreció su garganta. Si Dios hubiera dormido un instante, el joven hubiera sido muerto. Ni siquiera con la mente yo me siento capaz de según mirando esa escena. El joven era como un cordero para el sacrificio. Jamás en la historia se ha visto tal obediencia, excepto la de Cristo. Mas Dios estaba vigilando, y con él todos los ángeles. El padre toma el cuchillo; el joven no se mueve. Entonces llamó el ángel "¡Abraham, Abraham!" Mira cómo está cerca la divina majestad en la hora de la muerte. Nosotros decimos: "En medio de la vida estamos cercados por la muerte." Mas Dios responde: "No, en medio de la muerte viviréis."*

Lutero leyó una vez esta historia en una devoción familiar Cuando hubo terminado, Katie dijo:

—No lo creo. Dios no hubiera tratado así a su hijo.

—Pero Katie —respondió Lutero—, sí que lo hizo.

Escuchemos también cómo describe Lutero la Pasión de Cristo. La narración es colocada en un plano más humano. Se nos recuerda que la muerte de Cristo fue aun más terrible porque fue una ejecución. Esto significa la muerte en un momento conocido de antemano, para quien se da plena cuenta de lo que ello implica. En la vejez, el ángel de la muerte a menudo pliega sus alas y nos permite deslizarnos apaciblemente. Jesús fue la muerte en plena posesión de sus facultades. Sufría aun más que los malhechores. Un ladrón era simplemente crucificado, pero no injuriado al mismo tiempo. A Cristo se le escarnecía: "Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz." Que era como decir: "Dios es justo. Él no ha de dejar que un hombre inocente muera en la cruz." Cristo en este punto era simplemente un hombre, y para él era como para mí cuando viene el Demonio y dice: "Eres mío." Después de ser afrentado Cristo, el sol se oscureció y la tierra tembló. Si una conciencia inquieta tiembla de horror ante el crujido de una hoja llevada por el viento, ¡cuánto

más terrible debe de haber sido cuando el sol se escondió y la tierra tembló! Cristo se sintió arrastrado a un grito de desesperación: Las palabras están registradas en la lengua original para que podamos sentir la absoluta desolación: ¡Eli, Eli, lama sabachthani!, "¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?" Pero observad esto: la oración del abandonado empieza con "¡Dios mío!" El grito de desesperación era una confesión de fe.

No es sorprendente, pues, que Lutero, en el año de su más profunda depresión, compusiera este himno:

Castillo fuerte es nuestro Dios,  
Defensa y buen escudo;  
Con su poder nos libraré  
En este trance agudo.  
Con furia y con afán  
Acósanos Satán;  
Por armas deja ver  
Astucia y gran poder,  
Cual él no hay en la tierra

Sin destruirla dejarán  
Aún mal de su grado  
Esta palabra del Señor  
El lucha a nuestro lado.  
Que lleven con furor  
Los bienes vida honor,  
Los hijos la mujer.....  
Todo ha de perecer....  
De Dios el Reino queda<sup>1</sup>.

Nuestro valor es nada aquí  
Con él todo es perdido;  
Más por nosotros pugnará  
De Dios el Escogido  
¿Sabéis quién es Jesús?  
El que venció en la cruz  
Y pues el solo es Dios,  
El triunfa en la batalla.

Aún si están demonios mil  
Prontos a devorarnos  
No temeremos porque Dios  
Sabrá aún prosperarnos.  
Que muestre su vigor  
Satán y su furor;  
Dañarnos no podrá  
Pues condenado es ya  
Por la Palabra Santa.

---

<sup>1</sup> Traducción de J. B. Cabrera.

## **Capítulo XXII**

### **LA MEDIDA DEL HOMBRE**

Los últimos dieciséis años de la vida de Lutero, desde la Confesión de Augsburgo en 1530 hasta su muerte en 1546, son tratados comúnmente por sus biógrafos con más ligereza que el período anterior, si es que no los omiten por completo. Hasta cierto punto este relativo descuido se justifica, porque la última parte de la vida de Lutero no encierra nada de determinativo para sus ideas ni de crucial en sus realizaciones. Su propio veredicto de 1531 era algo más que una broma ceñuda: "Si los papistas al devorarme, morderme y desgarrarme me ayudan a desembarazarme de este esqueleto pecador y si el Señor no desea libramme esta vez como lo ha hecho tan a menudo antes, alabado sea y gracias le sean dadas. He vivido lo suficiente. Hasta que yo me haya ido no sentirán todo el peso de Lutero." Tenía razón; sus ideas habían madurado ya, su iglesia estaba establecida, sus colaboradores podían continuar su obra, como tuvieron que hacerle en la esfera pública, porque durante el resto de su vida estuvo bajo la pena de destierro de la Iglesia y el Estado.

#### **La bigamia del Landgrave**

Este exilio del escenario público lo irritaba tanto más cuanto que los conflictos y trabajos de los años dramáticos habían menoscabado su salud y hecho de él prematuramente un viejo irascible, petulante, malhumorado, insubordinado y a veces decididamente grosero. No cabe duda de que esta es otra razón por la cual los biógrafos prefieren ser breves cuando tratan este período, hay varios incidentes sobre los que sería mejor arrojar un velo, pero precisamente porque tan a menudo se los explota en su descrédito no deben ser dejados de lado. El más notorio fue su actitud ante la bigamia del landgrave Felipe de Hesse. El príncipe había sido dado en matrimonio sin consideración a sus propios afectos —es decir, por razones puramente políticas— a la edad de diecinueve años a la hija del duque Jorge. Felipe, incapaz de combinar el romance con el matrimonio, buscó su satisfacción promiscuamente fuera de él. Después de su conversión su conciencia le remordió tanto que no se atrevía a presentarse en la Mesa del Señor. Estaba convencido de que si pudiera tener una compañera a quien amara verdaderamente sería capaz de mantenerse dentro de los lazos del matrimonio. Había varias formas en que hubiera podido solucionarse esta dificultad. Si hubiera continuado siendo católico, hubiese podido conseguir la anulación con el pretexto de algún defecto en el matrimonio; pero como se había hecho luterano no podía esperar ninguna consideración del papa. Tampoco hubiera permitido Lutero que se recurriera al artificio católico. Una segunda solución hubiera sido divorciarse y volverse a casar. Muchísimas organizaciones protestantes de la actualidad apoyarían ese método, especialmente teniendo en cuenta que Felipe había sido sometido en su juventud a un matrimonio sin amor. Pero Lutero interpretaba rígidamente los Evangelios en ese punto, y se atenía a la palabra de Cristo tal como la registra Mateo, en el sentido de que el divorcio sólo es permitido por adulterio. Pero Lutero sentía que debía de haber algún remedio, y lo descubrió mediante una reversión a las costumbres de los patriarcas del Antiguo Testamento, que habían practicado la bigamia y hasta la poligamia sin que se produjera ninguna manifestación de disgusto divino. Se le dio a Felipe la seguridad de que podía, con toda conciencia, tomar una segunda esposa. Pero como hacerlo debía ir contra las leyes del país debía mantener esa unión en secreto. La madre de la nueva esposa se negó a hacer esto, y entonces Lutero aconsejó una mentira, con el pretexto de que su consejo había sido dado en el confesonario, y para guardar los secretos del confesonario se justifica una mentira. Pero el secreto ya no era tal, y la desautorización fue ineficaz. El

comentario final de Lutero fue que si en adelante alguien quería practicar la bigamia, el diablo le diera un baño en los abismos del infierno.

Este episodio tuvo desastrosas consecuencias políticas para el movimiento protestante, pues Felipe, a fin de lograr el perdón del emperador, tuvo que disolver su alianza militar con los protestantes. La escena de Felipe buscando abyectamente la gracia de Su Majestad Imperial encierra una cierta ironía, porque Carlos depositó por toda Europa hijos ilegítimos, que el papa legitimaba a fin de que pudieran ocupar altos cargos en el Estado. La solución de Lutero al problema puede ser llamada solamente un lamentable subterfugio. Lo mejor hubiera sido dirigir primero su ataque contra el mal sistema de degradar el matrimonio hasta el plano de la conveniencia política, y bien hubiera podido adoptar como el protestantismo posterior la solución del divorcio.

### **Actitud hacia los anabaptistas**

El segundo desarrollo de esos últimos años en la vida de Lutero fue su endurecimiento hacia los sectarios, especialmente los anabaptistas. El crecimiento de éstos constituía un verdadero problema para la Iglesia territorial, puesto que a pesar del decreto de muerte que recayó sobre ellos en la dieta de Spira, en 1529, con la concurrencia de los evangélicos, la intrepidez y la vida irreprochable de sus mártires había ganado conversos hasta el punto de hacer temer la despoblación de las iglesias establecidas. Felipe de Hesse observaba un mayor mejoramiento en la vida de los sectarios que en la de los luteranos, y un ministro luterano que escribió contra los anabaptistas testimonió que andaban entre los pobres, parecían muy humildes, oraban mucho, leían el Evangelio, hablaban especialmente acerca de la vida externa y las buenas obras, de ayudar al prójimo, dar y prestar, tener bienes en común, no ejercer autoridad sobre nadie y vivir con todos como hermanos y hermanas. Tales eran las gentes ejecutadas por el elector Juan de Sajonia. Pero nuevamente la sangre de los mártires resultó la semilla de la Iglesia. Todo esto tenía muy confundido a Lutero. En 1527 escribía con respecto a los anabaptistas:

*No es justo, y me apena profundamente, que esas pobres gentes sean tan lastimosamente llevadas a la muerte, quemadas y asesinadas con crueldad. Dejad que cada uno crea lo que quiera. Si están equivocados, bastante castigo tendrán con el fuego del infierno. ¿Por qué, entonces, infligirles tormentos terrenales, a menos que sean sediciosos o cometan desacato contra la autoridad? Hay que hacerles frente con las Sagradas Escrituras y la Palabra de Dios. Con el fuego no iréis a ninguna parte.*

Es obvio, sin embargo, que esto no quiere decir que Lutero considerase una fe tan buena como la otra. Él creía firmemente que la fe equivocada implicaría el fuego del infierno; y aunque la verdadera fe no puede ser creada por coerción, puede ser liberada de los impedimentos. Por cierto que el magistrado no debía soportar que la fe fuera blasfemada. Según una opinión expresada en 1530, para Lutero había dos ofensas que merecían aun la muerte: la sedición y la blasfemia. De este modo se trasladaba el acento de la creencia equivocada a su manifestación pública mediante palabras y hechos. Esto no era, sin embargo, un gran adelanto para la libertad, pues Lutero interpretaba la mera abstención de los cargos públicos y el servicio militar como sedición, y el rechazo de un artículo del Credo de los Apóstoles como blasfemia.

En un memorándum de 1531, compuesto por Melancton y firmado por Lutero, se presenta como blasfemia insoportable el rechazo del oficio ministerial y la desintegración de la Iglesia como sedición contra el orden eclesiástico. En un memorándum de 1536, también



redactado por Melanchton y firmado por Lutero, se borra la distinción entre los anabaptistas pacíficos y los revolucionarios. Felipe de Hesse había pedido consejo a diversas ciudades y universidades acerca de lo que debía hacer con unos treinta anabaptistas que tenía arrestados. Se había negado resueltamente a infligirles la pena de muerte, limitándose a aplicarles la pena de destierro. Pero esto no surtió efecto porque los anabaptistas argumentaron que la tierra es del Señor y se rehusaron a irse.

De todas las respuestas que recibió Felipe, las de los luteranos fueron las más severas. Melanchton argumentaba esta vez que aun la acción pasiva de los anabaptistas al rechazar el gobierno, los juramentos, la propiedad privada y los matrimonios fuera de su fe era en sí misma un quebrantamiento del orden civil y por lo tanto una actitud sediciosa. La protesta de los anabaptistas contra el castigo de la blasfemia era en sí una blasfemia. La supresión del bautismo de los niños crearía una sociedad pagana, y el separarse de la Iglesia y la formación de sectas eran una ofensa a Dios.

Lutero no puede haberse sentido muy feliz al firmar esos memorándums. De todos modos, les agregaba posdatas. Al primero decía: "Asiento. Aunque parezca cruel castigarlos con la espada, es más cruel que ellos condenen el ministerio de la Palabra y no tengan una doctrina bien cimentada y supriman la verdadera, y en esta forma traten de trastornar el orden civil." El agregado de Lutero al segundo documento era un ruego para que la severidad fuera atemperada con la misericordia. En sus Charlas de sobremesa se dice que en 1540 había vuelto a la posición de Felipe de Hesse de que sólo los anabaptistas sediciosos debían ser ejecutados y los otros meramente desterrados. Pero Lutero dejó pasar más de una oportunidad sin decir una palabra a favor de aquellos que con gozo se entregaban como corderos para el matadero. Pensaríamos que tuvo que haberse conmovido por el caso de Fritz Erbe, que murió en el Wartburgo después de dieciséis años de encarcelamiento. En cuanto a la eficacia de tal severidad, Lutero habría podido reflexionar si hubiera sabido que la resolución y firmeza de Erbe habían convertido a la mitad del populacho de Eisenach al anabaptismo.

Para comprender la posición de Lutero hay que recordar que el anabaptismo no era en todos los casos socialmente inofensivo. El año en que Lutero firmó el memorándum en que aconsejaba la muerte aun para los anabaptistas pacíficos, es el año en que un grupo de ellos dejó de ser pacífico. Aguijoneados por diez años de incesante persecución, en 1534 bandas de fanáticos recibieron una revelación del Señor de que no debían ser más como corderos para el sacrificio, sino más bien como el ángel con la hoz para legar la cosecha. Se apoderaron por la fuerza de la ciudad de Münster en Westfalia y allí inauguraron el reino de los santos, con el que había soñado Tomás Müntzer. Católicos y protestantes le unieron para suprimir el reino de los nuevos Danieles y Elias. Este episodio hizo un daño incalculable a la reputación de los anabaptistas, que tanto antes como después de él fueron gente pacífica. Pero este ejemplo de rebelión engendró el temor de que bajo pieles de ovejas se ocultaran lobos, con los cuales sería mejor luchar antes de que arrojaran el disfraz. En el caso de Lutero debe recordarse, además, que el principal anabaptista de Turingia era Melchor Rink, que había estado con Tomás Müntzer en la batalla de Frankenhausen. Sin embargo, mientras se aducen todos estos atenuantes, no se puede olvidar que el memorándum de Melanchton justificaba la extirpación de los pacíficos, no porque ellos fueran revolucionarios incipientes y clandestinos, sino con el pretexto de que aun el renunciamiento pacífico del Estado constituía en sí una sedición.

El otro punto que debe recordarse tanto en el caso de Lutero como de Melanchton, es que ellos estaban tan convencidos como lo estaba la Iglesia de la inquisición de que la verdad de Dios puede ser conocida, y siendo conocida la humanidad tiene la obligación suprema de conservarla sin mancilla. Los anabaptistas eran mirados como corruptores de almas. Es más extraña la

suavidad de Lutero para con ellos, que su severidad. Él insistió hasta el fin en que no se puede obligar a nadie a creer, que el hombre puede creer en privado lo que quiera, que sólo una rebelión abierta o un ataque público a la enseñanza ortodoxa debe ser penado; para decirlo en sus propias palabras, que sólo deben estar sujetas a restricciones la sedición y la blasfemia y no la herejía.

### Actitud hacia los judíos

Otro grupo disidente que atraía el interés de Lutero eran los judíos. Primero había creído que eran gentes obstinadas que habían rechazado a Cristo, pero los judíos contemporáneos no podían ser culpados de los pecados de sus padres y su rechazo del cristianismo podría serles fácilmente disculpado en razón de las corrupciones del papado. Decía:

*Si yo fuera judío, preferiría mil veces el potro del tormento, antes que pasarme al papa.*

*Los papistas se han degradado tanto, que un buen cristiano preferiría ser un judío antes que uno de ellos, y un judío preferiría ser un cerdo antes que un cristiano*

*¿Qué bien les podemos hacer a los judíos cuando los tratamos con violencia, los calumniamos y los odiamos como a perros? ¿Cómo podemos esperar mejorarlos si se les prohíbe trabajar, empujándolos a la usura? No hay que aplicarles la ley del papa, sino la ley del amor de Cristo. Si algunos son obstinados, ¿qué importa? Tampoco nosotros somos todos buenos cristianos.*

Lutero confiaba en que su propia Reforma, al eliminar los abusos del papado, lograría la conversión de los judíos. Pero los conversos eran pocos e inestables; cuando trató de ganar a algunos rabinos, ellos a su vez intentaron hacer de él un judío. El rumor de que un judío había sido sobornado por los papistas para asesinarlo no fue recibido con completa incredulidad. En los últimos años de Lutero, cuando se lo combatía tan acerbamente, llegaron noticias de que en Moravia los cristianos estaban siendo Inducidos a judaizar. Entonces estalló en un exabrupto, recomendando que todos los judíos fueran deportados a Palestina. Si esto no podía hacerse, entonces se les debía prohibir el practicar la usura, deberían ser obligados a ganarse la vida con el cultivo de su tierra, sus sinagogas debían ser quemadas y debían quitárseles tus libros, inclusive la Biblia.

Sería como para desear que Lutero hubiera muerto antes de escribir ese opúsculo. Pero debe aclararse lo que recomendaba y por qué lo hacía. Su posición era completamente religiosa y en ningún sentido racial. El supremo pecado para él era el persistente rechazo de la revelación de Dios mismo en Cristo. Los siglos de sufrimiento de los judíos eran en sí mismos un signo del disgusto divino. El principio territorial debía ser aplicado a los judíos. Debían ser obligados a irse a la tierra que les pertenecía. Este era un programa de sionismo forzado. Pero si esto no era factible, entonces Lutero recomendaba que se obligara a los judíos a vivir de la tierra. Inconscientemente estaba proponiendo una vuelta al estado de la primera Edad Media, cuando los judíos se dedicaban a la agricultura. Echados de la tierra, se habían dedicado al comercio y, habiendo sido expulsados del comercio, al préstamo de dinero. Lutero quería invertir el proceso y con ello, inadvertidamente, hubiera acordado a los judíos una posición más segura de la que gozaban en sus días. El incendio de las sinagogas y la confiscación de los libros era, sin embargo, una resurrección de las peores características del programa de Pfefferkorn. Además debe agregarse otra cosa: si no aparecieron opúsculos similares en Inglaterra, Francia y España en los días de Lutero fue porque los judíos ya habían sido expulsados casi por completo de esos países.

Alemania, desorganizada en este como en tantos otros aspectos, expulsó a los judíos en algunas localidades y los toleró en otras, tales como Frankfurt y Worms. La ironía de la situación residía en que Lutero se justificaba apelando a la ira de Jehová contra los que adoran a otros dioses. Lutero no hubiera escuchado a quien le impugnara la validez de esta pintura de Dios, pero podía haber recordado que las Escrituras mismas desaprueban el que el hombre quiera imitar la venganza divina.

### **Los papistas y el emperador**

El tercer grupo hacia el cual Lutero se volvió más acerbo fue el de los papistas. Sus injurias contra el papa se hicieron quizás aun más violentas cuanto que ya le quedaba poco por hacer. Se le había negado otra presentación en público como la de Worms, donde pudiera hacer una confesión más amplia, y el martirio que había alcanzado a otros, a él lo había pasado por alto. Compensó esto lanzando vitriolo. No mucho antes de morir publicó un opúsculo ilustrado con caricaturas ultrajantemente vulgares. En todo esto era completamente desenfrenado.

Su actitud hacia el emperador era diferente. En este aspecto Lutero alimentaba su última gran ilusión. Todavía en 1531 alababa a Carlos por su clemencia anterior y no podía convencerse de que el emperador hubiera de ceder a las incitaciones de los papistas. Pero si lo hacía y tomaba las armas para suprimir el Evangelio, entonces sus súbditos no debían hacer otra cosa que rehusarse a servir bajo sus estandartes y dejar el resto en manos del Señor, que había librado a Lot de Sodoma. Aun cuando no interviniera para preservar a los suyos, Dios continuaría siendo el Señor Dios, y bajo ninguna circunstancia debían los súbditos tomar armas contra los poderes establecidos. Sin embargo, al año siguiente se vio obligado a observar que la palabra usada por el apóstol Pablo, es decir, poderes, está en plural y que aunque un hombre común no puede tomar la espada, que ha sido entregada solamente al "poder", un poder puede legítimamente ejercer fiscalización, aun con la espada, sobre otro. En otras palabras, un lector del gobierno puede emplear la fuerza para impedir la injusticia de otro. El Sacro Imperio Romano era una monarquía constitucional, y el emperador había jurado en su coronación que ningún súbdito alemán sería desterrado sin ser escuchado y condenado. Aunque esta cláusula no había sido invocada para proteger a un monje acusado de herejía, el caso cambió cuando se complicaron en él príncipes y electores. Si Carlos faltaba a este juramento, entonces los magistrados inferiores podían resistirle aun con las armas. La fórmula sugerida así a Lutero por los juristas estaba destinada a tener un uso muy amplio y extenso. Los luteranos la emplearon hasta que obtuvieron un reconocimiento legal en 1555. Después los calvinistas se apropiaron del lema y equipararon a la nobleza menor de Francia con los magistrados inferiores. Subsiguientemente, los puritanos de Inglaterra hicieron la misma identificación con el Parlamento. Los historiadores posteriores están tan acostumbrados a considerar al luteranismo como políticamente servil y al calvinismo como intransigente, que les vendría bien recordar que esta doctrina tuvo su origen en suelo luterano.

Pero no fue una invención de Lutero. Aun cuando él aceptara su validez, nunca lo hizo sin cierto grado de recelo y de tal modo que nos hace dudar de que fueran realmente llenadas sus condiciones. Él opinaba que el emperador podía ser resistido con la fuerza, no en el caso de que reintrodujera la misa, sino solamente en caso de que intentara obligar a los luteranos a asistir a ella. Esto lo hizo el emperador solamente después de la muerte de Lutero, cuando fue capturado Felipe de Hesse y se le exigió estar presente en la celebración. Nunca sabremos si en este caso Lutero hubiera opinado que había llegado el momento de usar legítimamente la espada. Siempre estaba dispuesto a desobedecer, pero era excesivamente tardo en levantar una mano contra el ungido por el Señor.

Estos eran los problemas públicos que le ocupaban en sus últimos años, pero en ninguno de ellos pudo Lutero hacer algo más que escribir un memorándum. Debía dedicar sus esfuerzos a tareas más restringidas, y hacía esto preferentemente. "Por dar leche una vaca no llega al cielo — decía—, pero para eso ha sido hecha", y con el mismo tono decía que Martín Lutero no podía con su ministerio decidir el destino de Europa, pero había sido hecho para el ministerio. Se entregaba sin reservas a todas las obligaciones de la universidad y la parroquia. Hasta el fin estuvo predicando, dando clases, aconsejando y escribiendo. Por más que la actitud de soberbio desafío de los primeros días hubiera degenerado en el mal humor de un hombre torturado por las enfermedades, el trabajo y el desaliento, un caso de verdadera necesidad le devolvía su sentido de la proporción le llevaba nuevamente a la brecha. Los últimos sucesos de su vida constituyen un ejemplo. Tuvo un disgusto tan serio porque los jóvenes de Wittenberg usaban escotes bajos, que abandonó su hogar declarando que no volvería. Su médico lo trajo de vuelta. Entonces llegó pedido de los condes Mansfeld para un mediador en una disputa. Melancthon estaba demasiado enfermo para ir. Lutero estaba demasiado enfermo para vivir. Fue, reconcilió a los condes, y murió en el camino de vuelta.

Los últimos años de Lutero, sin embargo, no deben ser considerados como chisporroteos de una llama moribunda. Si bien en sus opúsculos polémicos era a veces salvaje y grosero, en las obras que constituyen la verdadera médula de la empresa de su Vida creció constantemente en madurez y en poder creador artístico. La traducción de la Biblia fue mejorada hasta el final. Los sermones y comentarios bíblicos alcanzaron alturas supremas. La delineación del Sacrificio de Isaac, que hemos citado, proviene del año 1545. Algunos de los paisajes citados en este libro para ilustrar los principios religiosos y éticos de Lutero son también del último período.

### **La Medida del Hombre**

Cuando se quiere tomar la medida del hombre, hay tres señores que se presentan naturalmente. El primero es su propia Alemania. Él se llamaba a sí mismo el profeta de Alemania, haciendo que debía asumir un título tan presuntuoso ante los asnos papistas, y se dirigía a sus amados alemanes. Con frecuencia se dice que nadie hizo tanto como él para modelar el carácter del pueblo alemán. La indiferencia ante la política y la pasión por la música, característica de este pueblo, ya estaban presentes en él. Su lenguaje ha sido modelado hasta tal punto por la mano de Lutero, que le es difícil reconocer hasta qué punto está en deuda con él. Si se le pregunta a un alemán si no le parece notable un pasaje de la Biblia de Lutero, puede que conteste que esa es precisamente la forma en que hablaría cualquier alemán. Pero la razón es simplemente que todo alemán ha sido criado con la Biblia de Lutero. La influencia del hombre sobre su pueblo fue más profunda aun en el hogar. En realidad, el hogar fue la única esfera de vida que la Reforma afectó profundamente. La economía siguió su camino hacia el capitalismo y la política su camino hacia el absolutismo. Pero el hogar asumió esa cualidad de afectuoso y piadoso patriarcado que Lutero había impuesto como modelo en su propia familia. El impacto más profundo de Lutero fue sobre la religión de su pueblo. Sus sermones eran leídos a las congregaciones, se cantaba su liturgia, en el seno de la familia el padre enseñaba su catecismo, su Biblia alentaba al descorazonado y consolaba al moribundo. Si ningún inglés ocupa un lugar similar en la vida religiosa de su pueblo es porque ningún inglés abarcó tanto como Lutero. La traducción de la Biblia al inglés fue obra de Tyndales, el libro de oraciones es de Cramer, el catecismo es de los teólogos de Westminster. El estilo de los sermones se entronca en Latimer, el himnario proviene de Watts. Y no vinieron todos ellos en el mismo siglo. Lutero hizo el trabajo

de más de cinco hombres. Y en cuanto a la pura riqueza y exuberancia de su vocabulario y la maestría del estilo, sólo puede ser comparado con Shakespeare.

Los alemanes, naturalmente, reclaman a tal alemán para sí. Pero cuando se empieza a buscar a través de los siglos a aquellos que naturalmente podrían compararse con este hombre, no hay uno de su estatura que sea alemán. En realidad, un historiador alemán ha dicho que en el transcurso de trescientos años un solo alemán comprendió realmente a Lutero, y éste fue Juan Sebastián Bach. Si queremos descubrir paralelos a Lutero como el luchador con el Señor, debemos volvernos al judío Pablo, al latino Agustín, al francés Pascal, al danés Kierkegaard, al español Unamuno, al ruso Dostoievski, al inglés Bunyan y al norteamericano Edwards.

Por esta razón en el segundo gran sector, la Iglesia, su infancia se extiende tanto más allá de su propia tierra. El luteranismo tomó posesión de Escandinavia y tiene una gran cantidad de seguidores en los Estados Unidos, aparte de que su movimiento dio el impulso que a veces lanzó y a veces contribuyó a establecer las otras variedades del protestantismo. Todas nacen en cierta medida de él. Y lo que hizo por su pueblo, hasta cierto punto también por otros. Su traducción, por ejemplo, influyó sobre la versión inglesa, de la Biblia. El prefacio de Tyndale está tomada de Lutero. También sus reformas litúrgicas tuvieron influencia sobre el Libro de Oración Común. Y hasta la Iglesia católica debe mucho. A menudo se dice que si no hubiera aparecido Lutero, hubiese triunfado una Reforma erasmiana o, en todo caso, una Reforma según el modelo español. Todo esto es, por supuesto, pura conjetura, pero es obvio que la Iglesia católica recibió un tremendo choque de la Reforma Luterana y una terrible incitación a hacer su propia Reforma.

El tercer sector es el más importante de todos, y el único al que Lutero atribuía importancia suprema: el de la religión. Es aquí donde debe ser juzgado. En su religión él era un hebreo, no un griego que imaginara dioses y diosas divirtiéndose en el Olimpo. El Dios de Lutero, como el de Moisés, era el Dios que habita en las nubes tormentosas y cabalga en alas del viento. A una señal suya la tierra tiembla y la gente ante él es como uní gota en el cubo de agua. Es un Dios de majestad y poder, inescrutable, aterrador, devastador y destructor en su ira. A pesar de ser el Terribilísimo, es también el Misericordiosísimo. "Como el padre se apiada de sus hijos, así el Señor..." Pero, ¿cómo sabemos esto? En Cristo y solamente en Cristo. En el Señor de la Vida, nacido en la inmundicia de un establo y muerto como un malhechor ante el abandono y la mofa de los hombres, clamando a Dios y recibiendo por respuesta solamente el temblor de la tierra y el oscurecimiento del sol, abandonado hasta de Dios, cargando en esa hora sobre sí nuestras iniquidades para aniquilarlas, pisoteando las huestes del infierno y desplegando, en medio de la ira del Terrible, el amor que no nos abandona. Ya no temblaba Lutero ante el crujido de una hoja llevada por el viento, y en vez de invocar a Santa Ana se declaraba capaz de reírse ante el trueno y los rayos de la tormenta. Fue esto lo que le permitió decir palabras como éstas: "Aquí estoy. No puedo hacer otra cosa. Que Dios me ayude. Amén."

**SE FINALIZÓ EL PROCESO DE DIGITALIZACIÓN POR  
ANDRES SAN MARTIN ARRIZAGA, TEMUCO, CHILE,  
10 DE NOVIEMBRE DE 2010**

[www.escriturayverdad.cl](http://www.escriturayverdad.cl)